

COLECCIÓN UNIVERSAL **R**

N.º 21-24

STENDHAL

Rojo y negro



NOVELA

TOMO II



MADRID-BARCELONA
MCMXIX

Biblioteca Nacional de España

COLECCIÓN UNIVERSAL

Stendhal

—

ROJO Y NEGRO

TOMO II

MCMXIX

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, 1919.

Papel fabricado especialmente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

62 324

COLECCIÓN UNIVERSAL

STENDHAL

Rojo y Negro

NOVELA

TOMO II

La traducción ha sido hecha
por Enrique de Mesa.



MADRID · BARCELONA
MCMXIX

«Tipográfica Renovación» (C. A.), Larra, 8.—MADRID

Biblioteca Nacional de España

ROJO Y NEGRO

TOMO II

No es bonita, no usa afeites.
SAINTE-BEUVE.

CAPITULO PRIMERO

Los placeres del campo.

O rus quando ego te adspiciam! (1).

VIRGILIO.

—El señor viene, sin duda, a esperar el correo de París—le dijo el dueño de una posada donde se detuvo para almorzar.

—El de hoy o el de mañana, me es igual—dijo Julián.

El correo llegó mientras se las daba de indiferente. Había dos sitios vacantes.

—¡Hola! ¿Eres tú, mi pobre Falcoz?—dijo el viajero que venía de tierras de Ginebra, al que montaba en el coche al tiempo que Julián.

—Te creía instalado en las cercanías de Lyon—dijo Falcoz—, en uno de los hermosos valles del Ródano.

—Y espléndidamente instalado. Voy huyendo.

(1) ¡Campo, cuándo te contemplaré!

—¡Cómo es eso! ¿Huyendo tú, Saint-Giraud? Con ese aspecto de hombre bueno, ¿has cometido algún crimen?—dijo Falcoz riendo.

—Por cierto que tanto daría. Huyo de la vida abominable que se lleva en provincias. Me encanta la frescura de los bosques y la tranquilidad campestre, como tú sabes muy bien; muchas veces me has tachado de romántico. No había querido en mi vida oír hablar de política, y la política es la que me echa de mi casa.

—Pero ¿a qué partido perteneces?

—A ninguno, y esto es lo que me pierde. Toda mi política se reduce a lo siguiente: me gusta la música, la pintura; un buen libro es un acontecimiento para mí. Voy a cumplir cuarenta y cuatro años. ¿Qué me queda por vivir? Quince, veinte, treinta años a lo sumo. Pues bien, estoy seguro que dentro de treinta años, los ministros serán un poco más aptos, pero tan honrados como los de hoy. La historia de Inglaterra me sirve de espejo para nuestro porvenir. Siempre habrá un rey que guste de aumentar sus prerrogativas; siempre la ambición de ser diputado, la gloria y los centenares de miles de francos ganados por Mirabeau quitarán el sueño a las gentes ricas de provincias; llamarán a esto ser liberal y amar al pueblo. Siempre será acicate de los ricos el llegar a ser par o gentilhombre de cámara. En el navío del Estado, todo el mundo querrá mandar la maniobra, porque paga bien. ¿No quedará nunca un sitio, aunque sea pequeño, para el simple pasajero?

—Al grano, al grano, que debe ser una historia muy divertida con tu carácter tranquilo. ¿Son las últimas elecciones las que te echan de tu provincia?

—Mi mal viene de más lejos. Hace cuatro años tenía yo cuarenta y quinientos mil francos; hoy tengo cuatro años más, y, probablemente, cincuenta mil francos menos, que perderé con la venta de mi castillo de Montfleury, a orillas del Ródano, situación soberbia.

En París estaba cansado de esta comedia perpetua a la que obliga lo que llama la gente la civilización del siglo diez y nueve. Tenía sed de honradez y sencillez. Compró una propiedad en las montañas, cerca del Ródano; nada más hermoso bajo el cielo. El vicario del pueblo y los hidalgos del contorno me hacen la corte durante seis meses; les doy de comer; les digo que he dejado París para no volver en mi vida a hablar ni a oír hablar de política. “Como ustedes ven—les dije—, ni siquiera estoy suscrito a periódico alguno. Cuantas menos cartas me trae el cartero más contento estoy.”

Aquello no era lo que el vicario había pensado; al poco tiempo soy objeto de mil demandas indiscretas, de enredos, etc. Quería dar doscientos o trescientos francos anuales a los pobres; me los piden para asociaciones piadosas: la de San José, la de la Virgen, etc.; me niego en redondo; entonces, me insultan cuanto pueden. Tengo la tontería de molestarme. Ya no puedo salir por

la mañana a disfrutar de la belleza de nuestras montañas, sin tropezarme con alguna molestia que me saque de mis quimeras para recordarme con desagrado los hombres y sus trapacerías. En las procesiones de rogativas, por ejemplo, cuyos cantos me agradan (son quizá una melodía griega), no bendicen mis campos porque, según dice el vicario, pertenecen a un impío. Se muere una vaca de un vieja devota, dice ésta que la culpa la tiene un estanque vecino que es propiedad del impío filósofo llegado de París, y a los ocho días me encuentro a todos los peces tripa arriba, envenenados con cloruro de cal. Los chismes y enredos me rodean en todas formas. El juez de paz, hombre honrado, pero que teme ser destituido, me quita siempre la razón. La paz del campo es un infierno para mí. En cuanto me han visto abandonado por el vicario, jefe de la congregación del pueblo, y sin el apoyo del capitán retirado, jefe de los liberales, todos se me han venido encima, hasta el albañil, a quien estaba dando de comer hacía un año; hasta el carrero, que quería abusar de mí impunemente al arreglar mis carretas.

Con objeto de tener algún apoyo, y poder ganar, por lo tanto, alguno de mis pleitos, me hago liberal; pero, como tú has dicho, llegan estas endiabladas elecciones, me piden mi voto...

—¿Para un desconocido?

—Al contrario, para un individuo a quien conozco de sobra. Me niego a darlo, ¡imprudencia

temeraria!; desde aquel momento, héteme aquí con los liberales también en contra; mi posición se hace intolerable. Estoy seguro de que si al vicario se le ocurre decir que yo había asesinado a mi criada, hubiese habido veinte testigos de los dos partidos que hubieran jurado haberme visto cometer el crimen.

—Quieres vivir en el campo sin servir las pasiones de tus convecinos, hasta sin escuchar su charla insulsa. ¡Qué impertinencia!...

—Por fin está reparada. Montfleury se vende; perderé cincuenta mil francos si es preciso, pero estoy contentísimo; me veo libre de este infierno de hipocresía y enredos. Voy a buscar la soledad y la paz del campo al único lugar en que existen en Francia: en un cuarto piso de los Campos Elíseos. Y aún tengo que pensar si me conviene comenzar mi carrera política, en el barrio del Roule, dando el pan bendito en la parroquia.

—Nada de eso te hubiera ocurrido en tiempo de Bonaparte—dijo Falcoz, con los ojos brillantes de cólera y de pesar.

—Enhorabuena; pero, ¿por qué no se ha sabido mantener en su sitio tu Bonaparte? Todo lo que yo soporto hoy, lo hizo él.

Aquí redobló la atención de Julián. Por las primeras palabras, había comprendido que el bonapartista Falcoz era el antiguo amigo de la infancia de M. De Renal, repudiado por él en 1816; y el filósofo Saint-Giraud debía de ser hermano del jefe de negociado de la prefectura de..., que

sabía hacerse adjudicar en buenas condiciones las casas de los ayuntamientos.

—Y todo esto lo ha hecho tu Bonaparte—continuó Saint-Giraud—; un hombre honrado, inofensivo si los hay, con cuarenta años y quinientos mil francos, no puede establecerse en provincias para vivir en paz: los curas y los nobles le echan de su casa.

—No hables mal de él—exclamó Falcoz—; nunca ha llegado a tal altura Francia en la estimación de los pueblos como durante los trece años que él reinó. Entonces había grandeza en todo lo que se hacía.

—Tu emperador, que el diablo se lleve—repuso el hombre de cuarenta y cuatro años—, sólo fué grande en los campos de batalla y cuando restableció la hacienda en 1802. ¿Qué significa su conducta después? Con sus chambelanes, su pompa y sus recepciones en las Tullerías, hizo una nueva edición de todas las nonadas monárquicas. Si la hubiera corregido, quizá habría podido pasar un siglo o dos. Los nobles y los curas han querido volver a la antigua; pero no tienen la mano de hierro necesaria para difundirla entre el público.

—Tu lenguaje es el propio de un antiguo impresor.

—¿Quién me echa de mis tierras?—continuó iracundo el impresor?—. Los curas que Napoleón volvió a llamar mediante su concordato, en vez de tratarlos como el Estado trata a los médicos,

a los abogados, a los astrónomos, sin ver en ellos más que ciudadanos, sin preocuparse de la industria con que tratan de ganarse la vida. ¿Habría hoy nobles insolentes si tu Bonaparte no se hubiese cuidado de hacer barones y condes? No; la moda había pasado. Después de los curas, los hidalgüelos rústicos son los que más me han irritado y me han empujado a hacerme liberal.

La conversación no terminaba nunca: este tema ocupará a Francia medio siglo aún.

Como Saint-Giraud repetía que era imposible vivir en provincias, Julián, tímidamente, sacó el ejemplo de M. De Renal.

—¡Caramba, jovencito, está usted bueno!—exclamó Falcoz—. Ese se ha hecho martillo por no ser yunque, y un martillo de los más terribles. Pero estoy viendo que le desbanca el Valenod. ¿Conoce usted a este bribón? Este es el legítimo. ¿Qué dirá su monsieur de Renal cuando cualquier mañana de éstas se vea destituido y al Valenod ocupando su puesto?

—Se quedará solo con sus crímenes—dijo Saint-Giraud—. Entonces, joven, ¿usted conoce Verrières? Pues bien, Bonaparte, que Dios confunda, y sus baturrillos monárquicos, han hecho posible el reinado de los Renal y de los Chelan, que han traído después el reinado de los Valenod y los Maslon.

Aquella conversación de política de encrucijada, asombraba a Julián y le distraía de sus ensueños voluptuosos.

El primer aspecto de París, visto de lejos, le hizo poca impresión. Los castillos en el aire sobre la suerte que le esperaba, tenían que luchar con el recuerdo, vivo aún, de las veinticuatro horas que acababa de pasar en Verrières. Se juraba que no abandonaría jamás a los hijos de su amiga, y que lo dejaría todo para protegerlos si las impertinencias de los curas imponían la república y las persecuciones a los nobles.

¿Qué habría ocurrido la noche de su llegada a Verrières si, en el momento en que sujetaba su escala en la ventana del dormitorio de Mme. De Renal, hubiera encontrado en aquel cuarto a un extraño o a M. De Renal?

Pero también qué delicia las dos primeras horas, cuando su amiga quería sinceramente que se marchase, y él abogaba por su causa sentado cerca de ella en la obscuridad. Un alma como la de Julián está sujeta a tales recuerdos una vida entera. El resto de la entrevista se confundía ya con los primeros tiempos de su amor, catorce meses antes.

Julián fué sacado de su ensimismamiento porque el coche se paró. Acababan de entrar en el patio de Correos, calle J. J. Rousseau.

—Quiero ir a la Malmaison—dijo a un cabriolé que se acercó.

—¡A esta hora, señor! Y ¿para qué?

—¿A usted qué le importa? Andando.

Toda pasión sincera sólo se ocupa de sí misma. Por esto es por lo que, a mi parecer, son tan ri-

dículas las pasiones en París, donde el vecino pretende siempre que los demás se ocupan mucho de él. Me guardaré bien de referir el entusiasmo de Julián en la Malmaison. Lloró. ¿A pesar de las horribles tapias blancas recién construídas y que dividen el parque? Sí, señor; para Julián, lo mismo que para la posteridad, no había nada entre Arcola, Santa Elena y la Malmaison.

Por la noche, Julián vaciló mucho antes de entrar en un teatro; tenía ideas extravagantes sobre aquel lugar de perdición.

Una profunda desconfianza le impidió admirar el París vivo; sólo le impresionaban los monumentos dejados por su héroe.

—Ya estoy en el centro de la intriga y la hipocresía. Aquí reinan los protectores del abate de Frilair.

En la noche del tercer día, la curiosidad venció a su resolución de verlo todo antes de presentarse al abate Pirard. El abate le explicó, en un tono frío, el género de vida que le esperaba en casa de M. De la Mole

—Si al cabo de unos cuantos meses no resulta usted útil, volverá al seminario; pero por la puerta grande. Va usted a alojarse en casa del marqués, uno de los más grandes señores de Francia. Vestirá usted de negro; pero como quien está de luto, no como eclesiástico. Exijo que tres veces por semana siga sus estudios de teología en un seminario donde yo le presentaré. Todos los días, a las doce, se instalará usted en la biblioteca del

marqués, que piensa utilizarle para escribir cartas para sus pleitos y otros negocios. El marqués anota en dos palabras, al margen de cada carta que recibe, el género de contestación que hay que dar. Yo he dicho que suponía que al cabo de tres meses estaría usted en condiciones de escribir esas cartas, de modo que, de doce que presentará a la firma del marqués, pudiese firmar ocho o nueve. Por la noche, a las ocho, ordenará usted su despacho, y a las diez estará libre...

Pudiera ocurrir—continuó el abate Pirard—que alguna señora anciana o algún hombre con tono meliflúo le haga a usted entrever ventajas enormes, o burdamente le ofrezca dinero por ver las cartas que recibe el marqués.

—¡Señor!—exclamó Julián enrojeciéndose.

—Es singular—dijo el abate con amarga sonrisa—que siendo como es usted pobre, y después de un año de seminario, aún sienta esas indignaciones virtuosas. ¡Tiene usted que haber estado bien ciego!

—¿Será la fuerza de la sangre?—dijo el abate a media voz y como hablando consigo mismo.

Lo más raro de todo—añadió mirando a Julián—es que el marqués le conoce a usted... Yo no sé cómo. Le señala para comenzar cien lises de sueldo. Es un hombre que obra siempre a capricho; éste es su defecto. Se peleará con usted por puerilidades. Si está contento, quizá llegue a aumentarle el sueldo hasta ocho mil francos. Pero ya comprenderá usted que no ha de darle todo este dinero por su linda cara. Se trata de hacer-

se útil. En su puesto, yo hablaría poco, y, sobre todo, no hablaría nunca de lo que ignoro.

¡Ah!—siguió el abate—; he tomado informes por su cuenta; olvidaba la familia de monsieur de la Mole. Tiene dos hijos, una chica y un muchacho de diez y nueve años, elegante por excelencia, una especie de atolondrado que nunca sabe a medio día lo que va a hacer a las dos. Tiene talento, es valiente; ha hecho la guerra de España. El marqués espera, no sé por qué, que se hará usted amigo del joven conde Norberto. Yo le he dicho que era usted un gran latinista, y quizá piense que enseñe a su hijo algunas frases hechas de Cicerón y de Virgilio.

En su lugar, yo no me dejaría nunca embromar por este joven, y antes de ceder a sus avances, perfectamente corteses, pero algo desvirtuados por la ironía, me los haría repetir varias veces.

No le ocultaré que el joven conde de la Mole le despreciará seguramente en principio, porque usted no es más que un plebeyo. Un abuelo suyo era de la corte, y tuvo el honor de que le cortaran la cabeza en la plaza de la Grève, el 26 de abril de 1574, por una intriga política. Usted es hijo de un carpintero de Verrières, y, por añadidura, está a sueldo de su padre. Pese usted bien estas diferencias y estudie en Moreri la historia de esta familia; todos los aduladores que comen con ellos hacen de cuando en cuando lo que llaman alusiones delicadas a ella.

Mucho cuidado con la forma en que responde

usted a las bromas del conde Norberto de la Mole, jefe de un escuadrón de húsares y futuro par de Francia, y luego no venga a quejarseme de nada.

—Me parece—dijo Julián, enrojeciéndose mucho—, que ni siquiera debería contestar a un hombre que me desprecia.

—Usted no puede tener idea exacta de este desprecio. Sólo se mostrará en cumplidos exagerados. Si fuese usted un tonto podría dejarse engañar por ellos; si quisiese hacer fortuna, debería dejarse engañar.

—El día en que no me convenga todo esto, ¿pasaré por un ingrato si me vuelvo a mi celdita número 103?

—Sin duda alguna—respondió el abate—; todos los aduladores de la casa le calumniarán; pero entonces apareceré yo. "Adsum qui feci". Diré que tal resolución es cosa mía.

Julián estaba herido por el tono amargo y casi agresivo que observaba en el abate Pirard; aquel tono estropeaba por completo su última contestación.

El hecho es que el abate tenía un escrúpulo de conciencia en querer a Julián, y sentía una especie de terror religioso al mezclarse tan directamente en la suerte de otro.

—También verá usted—añadió con la misma desgana y como cumpliendo un penoso deber—a la marquesa de la Mole. Es una mujer alta, rubia, devota, altiva, perfectamente educada y aun más

insignificante. Es hija del viejo duque de Chaulnes, tan conocido por sus prejuicios nobiliarios. Esta gran dama es una especie de compendio realzado de lo que en el fondo constituye el carácter de las mujeres de su categoría. No se oculta en decir que el único título que estima es el haber tenido algún antepasado en las cruzadas. El dinero viene mucho después. ¿Le sorprende esto? Ya no estamos en provincias, amigo mío.

Verá usted en su salón a muchos grandes señores que hablan de nuestros príncipes con un tono singular de ligereza. Madame de la Mole baja la voz en señal de respeto siempre que nombra a un príncipe, y, sobre todo, a una princesa. No le aconsejaré a usted que diga delante de ella, de Felipe II o Enrique VIII, que fueron unos monstruos. Han sido "Reyes", y esto les concede derechos imprescriptibles al respeto de todos, y, especialmente, al respeto de los seres sin cuna, como usted y como yo. Sin embargo—añadió M. Pirard—, somos sacerdotes (pues por tal le tomará a usted), y a título de tales, nos considera como lacayos necesarios para su salvación.

—Señor—dijo Julián—, me parece que no estaré mucho tiempo en París.

—Enhorabuena; pero tenga en cuenta que no hay fortuna posible para un hombre de nuestro traje más que arrojándose a los grandes señores. Con lo que hay de indefinible, a lo menos para mí, en el carácter de usted, si no hace fortuna, será perseguido; no hay términos medios para us-

ted. No se engañe. Los hombres veo que no le producen a usted un placer al dirigirle la palabra; en un país como éste, está usted expuesto a la desgracia si no consigue el respeto. ¿Qué hubiese sido de usted en Besançon sin este capricho del marqués de la Mole? Algún día comprenderá todo lo singular de su comportamiento con usted, y si usted no es un monstruo, le tendrá agradecimiento eterno a él y a su familia. ¡Cuántos pobres curas, más instruídos que usted, se han pasado años y años en París sin más que los tres reales de su misa y los dos de sus explicaciones en la Sorbona!... Recuerde lo que le contaba el invierno pasado, de los primeros años de ese mal sujeto de cardenal Dubois. ¿Llegaría usted en su orgullo, por ventura, a suponer que tiene usted más talento que él?

Yo, por ejemplo, hombre tranquilo y mediocre, contaba con morirme en mi seminario: había cometido la tontería de tomarle cariño. Pues bien, iba a ser destituido cuando he presentado mi dimisión. ¿Sabe usted a cuánto ascendía mi fortuna? Tenía quinientos veinte francos de capital, ni más ni menos, y ni un solo amigo; apenas dos o tres conocidos. Monsieur de la Mole, a quien no había visto en mi vida, me ha sacado del atolladero; sólo ha necesitado decir una palabra, y me han dado un curato en el que todos los feligreses son gentes acomodadas por encima de los vicios groseros, y los emolumentos me avergüenzan; tan poco proporcionados son a mi trabajo. Le he ha-

blado a usted durante tanto tiempo para poner un poco de plomo en esa cabeza.

Una palabra aún: tengo la desgracia de ser irascible; es posible que usted y yo dejemos de hablarnos. Si las altiveces de la marquesa o las bromas de mal género del hijo le hacen insoponible esta casa, le aconsejo que termine sus estudios en algún seminario a treinta leguas de París, si puede ser al Norte, mejor que al Mediodía. En el Norte hay más civilización y menos injusticia, y—añadió bajando la voz—tengo que confesarlo, la vecindad de los periódicos de París atemoriza a los tiranuelos.

Si continuamos sintiendo placer en vernos y la casa del marqués no le conviene, le ofrezco el puesto de teniente cura, y partiremos por mitad lo que rinda el curato. Le debo esto, y mucho más aún, por el ofrecimiento singular que me hizo en Besançon. Si en vez de quinientos veinte francos no hubiese tenido nada, me habría usted salvado.

El abate había perdido su tono de voz agrio. Con gran vergüenza por su partè, Julián sentía las lágrimas en los ojos; ardía en deseos de echarse al cuello de su amigo; no pudo por menos de decirle con el aire más varonil que logró afectar:

—Mi padre me odió desde la cuna; ésta ha sido una de mis mayores desgracias; pero no me quejaré de la suerte, que me ha hecho encontrar un padre en usted.

—Bueno, bueno—dijo el abate sin saber qué hacer.

Y añadió, encontrando que venía muy al caso, una frase de seminario:

—No hay que decir la suerte, hijo mío; diga siempre la Providencia.

El coche se detuvo; el cocheró levantó el aldabón de bronce de una puerta inmensa: era el palacio de la Mole. Y para que los transeúntes no pudiesen dudar, estas palabras se leían en una plancha de mármol negro colocada encima de la puerta.

Aquella afectación desagradó a Julián.

—¡Tienen tanto miedo a los jacobinos! Ven un Robespierre y su carreta detrás de cada seto; son grotescos en su miedo; muchas veces hasta hacen morir de risa, y rotulan así sus casas, para que la canalla las conozca sin trabajo en caso de una revuelta y las saquee.

Comunicó su pensamiento al abate Pirard.

—¡Pobre muchacho! Preveo que pronto será usted mi teniente. ¡Qué demonio de idea se le ha ocurrido a usted!

—No encuentro nada más sencillo—dijo Julián.

La gravedad del portero, y, sobre todo, la limpieza del patio, causaron su admiración. Hacía un sol hermoso.

—¡Qué magnífica arquitectura!—dijo a su amigo.

Se trataba de uno de esos palacios, de fachada tan chabacana, del Faubourg Saint-Germain, construídos hacia la época de la muerte de Voltaire. Nunca han estado tan lejos la moda y la belleza.

CAPITULO II

Entrada en el mundo.

¡Ridículo y conmovedor recuerdo: el primer salón en que a los diez y ocho años ha entrado uno solo, sin apoyo! La mirada de una mujer bastaba a desconcertarme. Cuanto más quería agradar, más torpe era. Hacíame de todo las más falsas ideas. Ora me entregaba sin motivo, ora veía un enemigo en uno que me había mirado con gravedad. Pero en medio de aquellas desdichas de mi timidez, ¡qué bello era un bello día!

KANT.

Julián se paraba embobado en medio del patio.

—Vamos, adopte usted un aire razonable—dijo el abate Pirard—. Se le ocurren ideas horribles, y luego no es usted más que un niño. ¿Dónde está el “nihil mirare” de Horacio? (Nada de entusiasmo.) Piense que este enjambre de lacayos, al verle colocado aquí, tratará de burlarse de usted; verán en usted un igual a ellos, colocado por encima injustamente. Aparentando bondad, buenos consejos, deseo de guiarle, tratarán de hacerle caer en alguna tontería grosera.

—Les desafío a ello—dijo Julián, mordiéndose los labios y recobrando toda su desconfianza.

Los salones que atravesaron estos señores en el primer piso, antes de llegar al gabinete del mar-

qués, hubiesen parecido a mis lectores tan tristes como magníficos. Si os los dieran tal y como están, os negaríais a habitarlos; parecían la patria del bostezo y del razonamiento triste. Ellos aumentaron el encanto de Julián.

—¿Cómo puede ser desgraciado — pensaba — quien habite una mansión tan espléndida?

Por fin, estos señores llegaron a la más fea de todas las habitaciones de aquel soberbio piso; apenas si había luz; allí estaba un hombrecillo delgado, de mirada viva y con una peluca rubia. El abate se volvió a Julián y le presentó. Era el marqués. A Julián le costó trabajo reconocerle; tan cortés lo encontró. No era el gran señor, de traza tan altanera, de la abadía de Bray-le-Haut. A Julián le pareció que su peluca tenía demasiado pelo. Pensando en esto, no se sintió intimidado lo más mínimo. En primer término, observó que el descendiente del amigo de Enrique III tenía un aspecto bastante mezquino. Estaba muy delgado y se movía mucho. Pero pronto advirtió que el marqués tenía una cortesía aún más agradable para el interlocutor que la del mismo obispo de Besançon. La audiencia no duró tres minutos. Al salir, dijo el abate a Julián:

—Ha mirado usted al marqués como si lo estuviese retratando. No soy un águila en lo que estas gentes llaman cortesía; pronto sabrá usted mucho más que yo; pero, en fin, la osadía de su mirada me ha parecido de lo menos cortés.

Habían vuelto a subir al coche; el cochero se

detuvo cerca del bulevar. El abate introdujo a Julián en una serie de grandes salones. Julián observó que no estaban amueblados. Estaba mirando un magnífico reloj dorado, que representaba un asunto muy indecente, a su juicio, cuando se acercó a él sonriendo un señor muy elegante. Julián inició un saludo.

El señor aquel sonrió y le puso la mano en el hombro. Julián se estremeció y dió un paso atrás. Estaba rojo de cólera. El abate Pirard, a pesar de su gravedad, se rió hasta llorar. El señor en cuestión era un sastre.

—Le dejo a usted en libertad—le dijo el abate al salir—durante dos días; entonces podrá ser presentado a Mme. De la Mole. Otro quizá le vigilara a usted como a una muchacha en estos primeros momentos de su estancia en esta nueva Babilonia. Si se ha de perder, piérdase cuanto antes, y me verá libre de la debilidad de pensar en usted. Pasado mañana, por la mañana, el sastre le enviará dos trajes; dará usted cinco francos al muchacho que se los pruebe. Procure que estos parisienses no oigan el metal de su voz. Si dice una palabra, encontrarán el medio de burlarse de usted. Es su especialidad. Pasado mañana, a medio día, vaya a mi casa... Ahora, piérdase... ¡Ah!, se me olvidaba: mándese hacer botas, camisas; cómprese un sombrero en los sitios indicados aquí.

Julián miraba la letra en que estaban escritas aquellas señas.

—Es letra del marqués—dijo el abate—; es un hombre activo que todo lo prevé, y que prefiere hacer, a mandar. Le toma a usted a su servicio para que le ahorre esta clase de molestias. ¿Tendrá usted bastante talento para ejecutar bien todas las cosas que este hombre vivo le indique con medias palabras? Esto es lo que nos dirá el porvenir; usted verá lo que hace.

Julián entró sin decir una palabra en casa de los comerciantes que indicaban las señas, y observó que era recibido con respeto; el zapatero, al escribir su nombre en su libro, puso: M. Julián de Sorel.

En el cementerio del Père Lachaise, un señor muy obsequioso, y aún más liberal en sus frases, se ofreció para indicar a Julián la tumba del mariscal Ney, que una sabia política priva del honor de un epitafio. Pero al separarse de aquel liberal, que, con lágrimas en los ojos, casi le abrazaba, Julián no tenía reloj. Adiestrado con esta experiencia, a los dos días, a las doce, se presentó al abate Pirard, que le miró mucho.

—Es fácil que se haga usted un fatuo—le dijo el abate con severidad.

Julián tenía el aspecto de un hombre muy joven; vestido de luto riguroso, en realidad estaba muy bien; pero el buen abate era aún bastante provinciano, por su parte, para notar que Julián conservaba ese movimiento de hombros que en los pueblos es elegancia e importancia al tiempo. Al ver a Julián, el marqués juzgó sus gracias de un modo tan distinto del abate, que le dijo:

—¿Pondría usted algún reparo a que M. Sorel tomara lecciones de baile?

El abate quedó como petrificado.

—No—respondió al fin—. Julián no es sacerdote.

El marqués, subiendo de dos en dos los escalones de una escalerilla excusada, fué en persona a instalar a nuestro héroe en una linda buhardilla que daba sobre el inmenso jardín del palacio. Le preguntó cuántas camisas se había encargado en casa del camisero.

—Dos—respondió Julián, intimidado al ver a un señor tan poderoso descender a estos detalles.

—Muy bien—repuso el marqués con aire serio y con cierto tono imperativo y breve, que dió qué pensar a Julián—; muy bien, encárguese otras veintidós. Aquí tiene usted el primer trimestre de su sueldo.

Al bajar de la buhardilla, el marqués llamó a un hombre de edad.

—Arsenio—le dijo—, encárguese de servir a M. Sorel.

Pocos momentos después, Julián se encontró solo en una biblioteca magnífica; aquel momento fué delicioso. Para no ser sorprendido en medio de su emoción fué a ocultarse en un rinconcito obscuro, desde donde contemplaba en éxtasis el lomo de los libros.

—¡Podré leer todo esto!—se decía—. ¿Cómo podría no encontrarme a gusto aquí? Monsieur de Renal se hubiera creído deshonorado para siempre

con la centésima parte de lo que el marqués de la Mole ha hecho por mí. Pero veamos las copias que he de hacer.

Terminado este trabajo, Julián se atrevió a acercarse a los libros; estuvo a punto de volverse loco de alegría al encontrar una edición de Voltaire. Corrió a abrir la puerta de la biblioteca para no ser sorprendido. En seguida se dió el gusto de abrir uno por uno los ochenta volúmenes. Estaban magníficamente encuadernados; eran la obra maestra del mejor artista de Londres. No hacía falta tanto para que llegase a su colmo la admiración de Julián.

Una hora después entró el marqués; miró las copias, y notó con asombro que Julián escribía “cela” con dos eles: “cella”.

—¿Será un cuento todo lo que el abate me ha dicho de su ciencia?

El marqués, muy desencantado, le dijo con dulzura:

—¿No está usted seguro de su ortografía?

—Es cierto—dijo Julián, sin pensar ni remotamente en el daño que se hacía.

Tan enternecido estaba por las bondades del marqués, que le recordaban, por contraste, el tono áspero de M. De Renal.

—Toda la experiencia de este buen abate del Franco Condado es tiempo perdido; pero ¡tenía tanta necesidad de un hombre fiel!—pensó el marqués.

—“Cela” se escribe con una sola ele—le dijo el

marqués—. Cuando termine usted las copias, busque en el diccionario las palabras de cuya ortografía no esté muy seguro.

A las seis le mandó llamar; miró con contrariedad evidente las botas de Julián.

—Tengo que reprocharme un olvido: no le he dicho que tiene que vestirse todos los días a las cinco y media.

Julián le miraba sin comprender.

—Quiero decir ponerse medias. Arsenio se encargará de recordárselo; hoy yo le excusaré.

Diciendo estas palabras, M. De la Mole hacía entrar a Julián en un salón resplandeciente de dorados. En ocasiones semejantes, M. De Renal no dejaba nunca de apretar el paso para entrar el primero. La vanidad de su antiguo amo hizo que Julián marchase demasiado cerca del marqués y le pisase, haciéndole mucho daño a causa de la gota que padecía.

—Es paleta a más no poder—díjose éste.

Fué presentado a una señora alta y de aspecto imponente. Era la marquesa. A Julián le pareció impertinente, algo como Mme. De Maugiron, la subprefecta de la circunscripción de Verrières, cuando asistía a la comida del día de San Carlos. Un poco azorado por la magnificencia del salón, Julián no oyó lo que decía M. De la Mole. La marquesa apenas si se dignó mirarle. Estaban presentes varios hombres, entre los cuales Julián reconoció, con gran alegría, al joven obispo de Agda, el que se dignara hablarle algunos meses

antes en la ceremonia de Bray-le-Haut. Este joven prelado se asustó, sin duda, de las miradas tiernas que fijaba sobre él la timidez de Julián, y ni por asomo reconoció a aquel provinciano.

Julián creyó advertir que los hombres reunidos en aquel salón tenían cierto aire triste y afectado; en París se habla bajo y no se exageran las pequeñas cosas.

Un joven guapo, con bigote, muy pálido y muy espigado, entró hacia las seis y media; tenía una cabeza muy pequeña.

—Siempre has de hacer esperar—dijo la marquesa, a la que besó la mano.

Julián comprendió que aquel era el conde de la Mole. Le juzgó encantador a primera vista.

—¿Es posible—se decía—que sea éste el hombre cuyas bromas ofensivas han de echarme de esta casa?

Siguiendo el examen del conde Norberto, Julián observó que llevaba botas altas y espuelas.

—Y yo he de ponerme calzón corto, sin duda en signo de inferioridad.

Se sentaron a la mesa. Julián oyó a la marquesa que decía alguna palabra severa, levantando un poco la voz. Casi al mismo tiempo vió a una joven extremadamente rubia y muy bien parecida, que se fué a sentar enfrente de él. No le gustó; sin embargo, después de observarla atentamente, pensó que nunca había visto unos ojos tan hermosos, aun cuando reflejaban un alma fría. Luego Julián halló que miraban con la expresión

del aburrimiento que examina, pero que recuerda la obligación de ser imponente.

—Los ojos de Mme. De Renal también eran muy hermosos ojos—decíase—; todo el mundo se los alababa; pero no tenían nada de común con éstos.

Julián no poseía bastante mundo para distinguir que lo que hacía brillar de tiempo en tiempo los ojos de Mlle. Matilde—así la oyó llamar—era el fuego de algún arrebató. Cuando los ojos de Mme. De Renal se animaban, era por el fuego de la pasión o efecto de una indignación generosa al escuchar el relato de alguna maldad. Hacia el fin de la comida, Julián dió con una palabra que expresaba el género de belleza de los ojos de mademoiselle de la Mole:

—Echan chispas—se dijo.

Por lo demás, como recordaba desgraciadamente a su madre, la marquesa, que cada instante le agradaba menos, dejó de mirarla. En cambio, el conde Norberto le parecía admirable por dondequiera que le mirara. Julián estaba tan seducido, que no le ocurrió sentir envidia ni odiarle porque era más noble y más rico que él.

A Julián le pareció que el marqués se aburría.

Cuando servían el segundo plato, el marqués se dirigió a su hijo:

—Norberto, te ruego que te intereses por monsieur Sorel, a quien acabo de dar un puesto en mi estado mayor, y del cual pretendo hacer un hombre “si cella” se puede.

—Es mi secretario—dijo el marqués a su vecino—, y escribe “cela” con dos eles.

Todo el mundo miró a Julián, que hizo una reverencia, un poco demasiado acentuada, a Norberto; pero, en general, todo el mundo encontró bien su actitud.

El marqués debía de haber hablado del género de educación que Julián recibiera, pues uno de los convidados le interpeló sobre Horacio.

—Hablando de Horacio, precisamente, tuve un éxito con el obispo de Besançon—díjose Julián—. Por lo visto, no conocen más autor que ese.

A partir de aquel momento, sintióse dueño de sí. Este movimiento le fué tanto más fácil, cuanto que acababa de decidir que Mlle. De la Mole no sería nunca una mujer a sus ojos. Desde el seminario consideraba a los hombres mal, y difícilmente se dejaba intimidar por ellos. De hallarse el comedor amueblado con menos magnificencia, hubiérase sentido en posesión de toda su sangre fría. Lo que más le acobardaba era los dos enormes espejos, de ocho pies de alto cada uno, en los que veía a veces a su interlocutor hablando de Horacio. Sus frases no eran demasiado largas para un provinciano. Tenía unos hermosos ojos, cuya timidez, asustada o triunfante cuando la respuesta era feliz, duplicaba el brillo. Todo el mundo le encontró agradable. Aquella especie de examen daba un poco de interés a una comida seria. El marqués animó con una seña al interlocutor de Julián para que lo acorralara.

—¿Será posible que sepa algo de algo?—pensaba.

Julián respondió inventando cosas, y perdió bastante de su timidez para demostrar, no ingenio, cosa imposible para quien no sabe el idioma especial que se habla en París, sino algunas ideas nuevas, aun cuando presentadas sin gracia y sin oportunidad. Todos se percataron de que dominaba el latín.

El que discutía con Julián era un académico de la Historia, que por casualidad sabía latín. Encontró en Julián un buen humanista, perdió el temor de ponerle colorado y trató realmente de acorralarle. En el calor de la discusión, Julián llegó a olvidar el mobiliario magnífico del comedor, y concluyó por exponer ideas sobre los poetas latinos, que su interlocutor no había visto en ninguna parte. Como hombre honrado que era, felicitó sinceramente al joven secretario. Felizmente, se entabló una discusión sobre si Horacio fué pobre o rico; un hombre amable, voluptuoso e insubstancial, que hacía versos por entretenimiento, como Chapelle, el amigo de Molière y de La Fontaine, o un pobre diablo de poeta laureado, que seguía a la corte y hacía odas en el cumpleaños del rey, como Southey, el acusador de lord Byron.

Se habló del estado de la sociedad en las épocas de Augusto y de Jorge IV: en las dos épocas, la aristocracia era todopoderosa; pero en Roma, Mecenas le arrebató el poder, siendo no más que un simple caballero, y en Inglaterra, había

reducido a Jorge IV casi casi al estado de un dogo de Venecia. Esta discusión parece que sacó al marqués del estado de sopor en que le sumía el aburrimiento al principio de la comida.

Julián no entendía nada de los nombres modernos, como Southey, lord Byron, Jorge IV, que oía pronunciar por vez primera. Pero a nadie se escapó que, en cuanto se trataba de hechos ocurridos en Roma, y cuyo conocimiento podía deducirse de las obras de Horacio, de Tácito, de Marcial, etc., demostraba una superioridad incontestable. Julián se apropió tranquilamente unas cuantas ideas que aprendiera del obispo de Besançon en la famosa discusión que sostuvo con este prelado, y ciertamente no fueron las menos saboreadas.

Cuando se cansaron de hablar de los poetas, la marquesa, que creía una obligación admirar todo aquello que divertía a su marido, se dignó mirar a Julián.

—Los modales poco finos de este joven abate ocultan quizá a un hombre instruído—dijo a la marquesa el académico, que estaba cerca de ella.

Julián oyó algo de lo que decía. Las frases hechas eran muy a propósito para el talento de la dueña de la casa; aceptó aquélla que se refería a Julián, y se sintió muy satisfecha de haber invitado a comer al académico.

—Divierte a M. De la Mole—pensaba.

CAPITULO III

Los primeros pasos.

Ese valle inmenso, lleno de luces esplendorosas y de miles de hombres, deslúmbreme la vista. Ninguno me conoce. Todos son superiores a mí. Pierdo la cabeza.

Poemi dell'ar.—REINA.

Al día siguiente, muy temprano, estaba Julián en la biblioteca, escribiendo cartas, cuando se abrió una puertecilla, oculta por un estante, y entró por ella Mlle. Matilde. Mientras Julián admiraba aquel mecanismo, Mlle. Matilde parecía muy contrariada de encontrarle allí. A Julián le pareció que con los "papillotes" tenía un aire duro, altivo y casi masculino. Mademoiselle de la Mole poseía el secreto de robar volúmenes en la biblioteca de su padre sin que se notase. La presencia de Julián hacía inútil su correría de aquella mañana, lo cual la contrarió, tanto más, cuanto que iba a buscar el segundo tomo de "La princesa de Babilonia", de Voltaire, digno complemento de una educación eminentemente monárquica y religiosa, obra maestra del Sagrado Corazón. Esta pobre muchacha, a los diez y nueve años, necesitaba de lo picante del ingenio para interesarse en una novela.

El conde Norberto apareció en la biblioteca a

cosa de las tres; iba a estudiar un periódico para poder hablar de política por la noche, y le agradó mucho encontrar a Julián, a quien había olvidado por completo. Estuvo correctísimo con él y le invitó a montar a caballo.

—Mi padre nos da permiso hasta la hora de comer.

Julián comprendió aquel “nos” y lo encontró encantador.

—¡Dios mío, señor conde!—dijo Julián—. Si se tratase de derribar un árbol de ochenta pies de alto, escuadrarlo y cortarlo en tablas, me atrevo a decir que lo haría bien; pero montar a caballo... ro lo he hecho más de seis veces en mi vida.

—Bueno, pues hoy será la séptima—dijo Norberto.

En el fondo de su alma, Julián recordaba la entrada del rey de *** en Verrières, y creía que montaba divinamente. Pero al volver del bosque de Bolonia y al tratar de huir de un coche en medio de la calle de Bac se cayó, llenándose de barro. Su suerte fué que tenía dos trajes. En la comida, el marqués, por dirigirle la palabra, le preguntó qué tal había sido el paseo. Norberto apresuróse a contestar en términos generales.

—El señor conde es la bondad personificada para mí—repuso Julián—, y yo se lo agradezco en lo que vale. Se ha dignado darme un caballo de lo más lindo y tranquilo, pero no podía atarme a él, y, a falta de esta precaución, me he caído en esa calle tan larga, cerca del puente.

Mademoiselle Matilde intentó en vano contener una carcajada, y luego, en su indiscreción, pidió detalles de la caída. Julián salió del paso con mucha sencillez; tuvo gracia sin darse cuenta de ello.

—Auguro bien de este curita—dijo el marqués al académico—. Un provinciano sepcillo, en trance parejo, es una cosa que no se ha visto ni se verá, y, por añadidura, contando su desgracia delante de señoras.

Julián tranquilizó de tal manera a sus oyentes sobre su infortunio, que al final de la comida, cuando la conversación general tomó otro rumbo, Mlle. Matilde preguntaba a su hermano detalles del desgraciado accidente. Como las preguntas continuaban y la mirada de Julián se cruzase varias veces con la de la joven, se atrevió a contestar directamente, aun cuando no fuese interrogado, y los tres acabaron por reir como lo hubiesen podido hacer tres jóvenes habitantes de un pueblo en el fondo de un bosque.

Al día siguiente, Julián asistió a dos clases de teología y volvió en seguida a escribir una veintena de cartas. Encontró instalado cerca de él, en la biblioteca, a un joven vestido muy cuidadosamente, pero cuyo aspecto era mezquino, y su fisonomía, la representación de la envidia.

El marqués entró.

—¿Qué hace aquí M. Tambeau?—dijo al recién venido con tono severo.

—Crefía...—repuso el joven sonriendo rastre-
mente.

—No, señor, “no creía usted”. Es una prueba, pero desgraciada.

El joven Tambeau se levantó furioso y desapareció. Era un sobrino del académico, amigo de madame de la Mole, y se dedicaba a la literatura. El académico había conseguido que el marqués le tomase como secretario. Tambeau, que trabajaba en un cuarto apartado, al saber el favor de que gozaba Julián, quiso compartirlo, y por la mañana fué a instalar su despacho en la biblioteca.

A las cuatro, después de dudarlo un poco, Julián se atrevió a presentarse en la habitación del conde Norberto. Este se disponía a montar a caballo, y se azoró un tanto, pues estaba perfectamente educado.

—Creo—dijo a Julián—que debe usted ir al picadero, y, dentro de algunas semanas, estaré encantado de montar con usted.

—Quería tener el honor de dar las gracias al señor conde por sus bondades para conmigo, y puede creerme que sé perfectamente cuánto le debo. Si el caballo no está herido a consecuencia de mi torpeza de ayer, y si está libre, desearía montarlo hoy.

—Desde luego, mi querido Sorel; pero por su cuenta y riesgo. Suponga usted que le he hecho todas las objeciones que aconseja la prudencia, porque el hecho es que son las cuatro y no tenemos tiempo que perder.

Una vez a caballo, dijo Julián al condésito:

—¿Qué es lo que hay que hacer para no caerse?

—Varias cosas—respondió Norberto riendo a carcajadas—; por ejemplo, echar el cuerpo hacia atrás.

Julián emprendió un trote largo. Estaban en la plaza de Luis XVI.

—Joven temerario—dijo Norberto—, hay muchos coches, y la mayor parte guiados por imprudentes. Si se cae usted, los "tilburys" pasarán por encima de su cuerpo, pues no se arriesgarán a estropear la boca de su caballo parándole en seco.

Veinte veces vió Norberto a Julián a punto de caer; pero el paseo terminó al fin sin ningún accidente. Al volver, el joven conde dijo a su hermana:

—Te presento un jinete temerario.

En la comida, hablando de un extremo a otro de la mesa, hizo justicia al atrevimiento de Julián: era todo lo que podía alabarse en su modo de montar a caballo. El joven conde había oído por la mañana a los mozos que limpiaban los caballos en el patio tomar pretexto de la caída de Julián para burlarse de él despiadadamente.

A pesar de tantas bondades, pronto Julián se sintió aislado en medio de aquella familia. Todos los usos le parecían singulares, y faltaba a ellos. Sus tonterías eran la diversión de los criados.

El abate Pirard se había marchado a su curato.

—Si Julián es un pobre muchacho, que se hunda; si es un hombre de corazón, que salga adelante por su propio esfuerzo—pensaba.

CAPITULO IV

El palacio de la Mole.

¿Qué hace aquí? ¿Hállase a gusto? ¿Pensará agradar?

RONCARD.

Si todo parecía extraño a Julián en el noble salón del palacio de la Mole, aquel joven pálido y vestido de negro parecía, a su vez, muy singular a las personas que se dignaban fijarse en él. Madame de la Mole propuso a su marido que le mandara a algún asunto cuando tuvieran invitados a comer a ciertos personajes.

—Quiero llevar la experiencia hasta el fin—respondió el marqués—. El abate Pirard pretende que estamos en un error al herir el amor propio de las gentes que admitimos a nuestro lado. “Nadie se apoya más que en lo que resiste, etc.” Este no es inconveniente más que por su cara desconocida; por lo demás, es sordomudo.

—Para que yo pueda orientarme—dijose Julián—, voy a escribir los nombres y alguna frase sobre el carácter de las personas que veo en el salón.

Colocó en primer término a cinco o seis amigos de la casa, que le hacían la corte sin cesar, suponiéndole protegido por un capricho del marqués. Eran pobres peleles, más o menos cobardes; pero, fuerza es decirlo en honor de esta clase de hombres, tal y como se la encuentra hoy día en los salones de la aristocracia: no eran igualmente co-

bardes para todos. Alguno de ellos se hubiese dejado maltratar por el marqués y se hubiera revuelto contra una palabra dura que le hubiere dirigido Mme. De la Mole.

Había demasiado orgullo y demasiado aburrimiento en el fondo del carácter de los dueños de la casa; estaban demasiado habituados a ultrajar por distraerse para que pudiesen esperar tener amigos verdaderos. Pero, excepción hecha de los días de lluvia, y en los momentos agudos de aburrimiento, que eran raros, siempre se portaban con la más exquisita cortesía.

Si los cinco o seis aduladores que atestiguaban a Julián una amistad tan fraternal, hubiesen desertado del palacio de la Mole, la marquesa se habría visto expuesta a grandes ratos de soledad, y para las mujeres de esta clase, la soledad es horrible: es el emblema de la "desgracia".

El marqués era irreprochable para su mujer; procuraba que su salón estuviese suficientemente frecuentado, no por pares, pues encontraba a sus nuevos colegas poco nobles para que fuesen a su casa como amigos, y no lo bastante divertidos para admitirlos como subalternos.

Julián no penetró en estos secretos hasta mucho más tarde. La política directora, que es el objeto de conversación en las casas burguesas, no se aborda en las de la clase del marqués sino en momentos de apuro.

Tal es aún, incluso en este siglo absurdo, el imperio de la necesidad de divertirse, que hasta los

mismos días de comida, apenas el marqués salía del salón, todo el mundo desaparecía. Con tal que no se hiciera mofa de Dios, ni de los curas, ni del rey, ni de la gente del gobierno, ni de los artistas protegidos por la corte, ni de nada de lo establecido; con tal de no hablar bien de Beranger, ni de los periódicos de oposición, ni de Voltaire, ni de Rousseau, ni de nada de lo que suponga un poco de franqueza; sobre todo, con tal de no hablar de política, se podía con libertad discutir de todo.

No hay cien mil escudos de renta ni cordón azul que puedan luchar contra tales privilegios de salón. La menor idea viva se juzgaba como una grosería. A pesar del buen tono, de la cortesía más exquisita, del empeño en ser agradable, en todos los semblantes se leía el aburrimiento. Los jóvenes, que iban a cumplir con un deber social, como tenían hablar de cosas que hicieran suponer un pensamiento o traicionaran alguna lectura prohibida, se callaban después de alguna frase elegante sobre Rossini y el tiempo que hacía.

Julián observó que los que mantenían viva la conversación generalmente, eran dos vizcondes y cinco barones que M. De la Mole conociera en la emigración. Aquellos señores tenían seis u ocho mil libras de renta, cuatro por el "Diario" y tres por la "Gaceta de Francia". Uno de ellos traía diariamente alguna anécdota que contar de Palacio, donde no se escatimaba la palabra "admirable". Julián notó que tenía cinco cruces, y los demás, por lo general, sólo tenían tres.

En cambio, en la antesala se veían diez lacayos de librea, y durante la velada se servían helados o te cada cuarto de hora, y a eso de las doce, una especie de cena, con vino de Champagne.

Esta era la causa que hacía quedarse a Julián algunas noches hasta el final; por lo demás, no comprendía que nadie pudiera escuchar en serio la conversación ordinaria de aquel salón magníficamente dorado. A veces miraba a los interlocutores para asegurarse de que ellos mismos no se burlaban de lo que decían.

—Mi M. De Maistre, que me sé de memoria, ha dicho cosas cien veces mejor dichas—pensaba—, y aun así y todo, es bastante aburrido.

Julián no era el único en advertir aquella asfíxia moral. Los unos se consolaban atracándose de helados; otros, dándose el gusto de decir al salir de la velada: “Vengo del palacio de la Mole, donde he sabido que Rusia, etc.”

Julián supo, por uno de los aduladores, que aún no hacía seis meses Mme. De la Mole recompensó una asiduidad de más de veinte años haciendo prefecto al pobre barón de Le Bourguignon, que desde la Restauración era subprefecto.

Aquel gran acontecimiento aumentó el celo de todos aquellos señores, que si antes se molestaban por pocas cosas, después no se molestaron por nada. Rara vez se notaba una falta directa de consideración; pero Julián ya había sorprendido en la mesa algunos diálogos breves entre el marqués y su mujer, crueles para los que estaban

sentados a su lado. Aquellos nobles personajes no disimulaban su sincero desprecio por todo lo que no procediera de “gentes que montaran en las carrozas del rey”. Julián observó que la palabra “cruzada” era la única que lograba dar a sus semblantes una expresión profundamente seria, mezclada de respeto. El respeto ordinario tenía siempre cierto matiz de complacencia.

En medio de toda aquella magnificencia y de aquel aburrimiento, Julián sólo se interesaba por M. De la Mole; un día le oyó, con gran placer, decir que él no había intervenido para nada en el ascenso del pobre Le Bourguignon. Era una atención con la marquesa; Julián sabía la verdad por el abate Pirard.

Una mañana que el abate trabajaba con Julián en la biblioteca del marqués, en el eterno pleito de Frilair, dijo Julián de repente:

—Señor, el comer todos los días con la marquesa, ¿es uno de mis deberes, o es una consideración que tienen conmigo?

—Es un gran honor—repuso el abate, escandalizado—. M. N., el académico, que desde hace quince años está haciendo una corte asidua, no ha logrado conseguirlo para su sobrino, M. Tambeau.

—Para mí, señor, es la parte más penosa de mi destino. Me aburría menos en el seminario. Algunas veces veo bostezar, incluso a la misma mademoiselle de la Mole, que debe estar acostumbrada, sin embargo, a la amabilidad de los amigos de la casa. Tengo miedo de dormirme. Por favor, con-

siga que me den permiso para ir a comer por dos pesetas en alguna posada humilde.

El abate, verdadero advenedizo, era muy sensible a la honra de comer con un gran señor. Mientras se esforzaba en hacer comprender a Julián este sentimiento, un ligero ruido les hizo volver la cabeza. Julián vió a Mlle. De la Mole que escuchaba. Se puso colorado. La muchacha, que viniera en busca de un libro, había oído todo y sintió cierta consideración por Julián. Este no ha nacido de rodillas—pensó—, como este viejo abate. ¡Dios mío, qué feo es!

En la comida, Julián no se atrevía a mirar a Mlle. De la Mole; pero ella tuvo la bondad de dirigirle la palabra. Aquel día esperaban mucha gente; ella le instó a que se quedara. Las muchachas de París no son nada partidarias de las gentes de cierta edad, sobre todo cuando se visten descuidadamente. Julián no necesitó mucha sagacidad para percatarse de que los colegas de monsieur Le Bourguignon, que se quedaban en el salón, disfrutaban el honor de ser el objeto ordinario de las bromas de Mlle. De la Mole. Aquel día, hubiese o no afectación por su parte, fué cruel con los fastidiosos.

Mademoiselle de la Mole era el centro de un pequeño grupo que se reunía casi todas las noches detrás de la inmensa poltrona de la marquesa. De él formaban parte el marqués de Croisenois, el conde de Caylus, el vizconde de Luz y otros dos o tres oficiales jóvenes amigos de Norberto o de su

hermana. Todos estos señores se sentaban en un gran sofá azul. Al extremo del sofá, precisamente al lado opuesto del que ocupaba la brillante Matilde, hallábase silencioso Julián sentado en una silla de énea bastante baja. Aquel modesto lugar era envidiado por todos los aduladores; Norberto mantenía en él decorosamente al joven secretario de su padre, dirigiéndole la palabra de vez en cuando o nombrándole un par de veces en la velada. Aquel día Mlle. de la Mole le preguntó cuál podría ser la altura de la montaña en que está situada la ciudadela de Besançon. Nunca hubiera podido decir Julián si aquella montaña era o no más alta que Montmartre. A menudo se reía de todo lo que se hablaba en el grupo aquel; pero se sentía incapaz de inventar nada semejante. Le parecía como una lengua extranjera que entendiese, sí, pero que no pudiese hablar.

Los amigos de Matilde estaban aquella noche en actitud hostil contra todo el que llegaba al gran salón. Los amigos de la casa gozaron la prioridad por ser los mejor conocidos. Puede suponerse si Julián estaría atento; todo le interesaba: lo mismo el fondo de las cosas que el modo de burlarse de ellas.

—Ahí está M. Descoulis—dijo Matilde—; no lleva peluca. ¿Será que pretenda llegar a la prefectura por su talento y para ello exhibe esa cabeza calva que, según él, está llena de grandes pensamientos?

—Es un hombre que conoce a todo el mundo—

dijo el marqués de Croisenois—. También frecuenta la casa de mi tío el cardenal. Es capaz de cultivar una mentira con cada uno de sus amigos durante años enteros, y cuenta que tiene doscientos o trescientos amigos. Su talento consiste en saber cultivar la amistad. Ahí donde le ven ustedes, a las siete de la mañana en invierno ya está lleno de barro llamando a la puerta de alguno de sus amigos. Riñe con la gente de cuando en cuando, y escribe siete u ocho cartas con motivo del enfado. Luego se reconcilia, y otras siete u ocho cartas llenas de protestas de amistad. Pero en donde brilla a gran altura es en la expansión franca y sincera del hombre honrado que no oculta nada en su corazón. Esta maniobra surge cuando hay que pedir un favor. Uno de los vicarios de mi tío es admirable contando la vida de M. Descoulis desde la Restauración. Le haré venir un día.

—¡Bah! No creeré una palabra de todo lo que diga; esos son celos del oficio entre gente de poco más o menos—dijo el conde de Caylus.

—El nombre de M. Descoulis tendrá un puesto en la historia—repuso el marqués—. Ha hecho la Restauración con el abate de Prad, y con Talleyrand y Pozzo-di-Borgo.

—Es un hombre que ha manejado millones—dijo Norberto—, y no concibo cómo viene aquí a soportar los epigramas de mi padre, abominables muchas veces. ¿Cuántas veces ha hecho usted traición a sus amigos?—le decía días pasados de un extremo a otro de la mesa.

—¿Pero es cierto que ha hecho traición?—dijo Mlle. De la Mole—. ¿Y quién no habrá traicionado a alguien?

—¡Cómo!—dijo el conde de Caylus a Norberto—. ¿En su casa M. Sainclair, ese famoso liberal? ¿Qué demonios viene a hacer aquí? Es preciso que yo le aborde, que le hable y que le haga hablar; dicen que tiene mucho ingenio.

—Pero, ¿cómo va a recibirle tu madre?—dijo el marqués de Croisenois—. Tiene unas ideas tan extravagantes, tan generosas, tan independientes...

—Miren ustedes—dijo Mlle. De la Mole—, miren al hombre independiente cómo saluda a monsieur Descoulis, inclinándose hasta el suelo, y cómo le coge la mano. Creía que iba a besársela.

—Descoulis debe de estar en mejores relaciones de lo que nosotros nos figuramos con el poder—repuso Croisenois.

—Sainclair viene aquí para ser de la academia—dijo Norberto—; mira cómo saluda al barón L * * *, Croisenois.

—Sería menos rastrero ponerse de rodillas—dijo M. de Luz.

—Querido Sorel—dijo Norberto—, usted que tiene talento, pero que acaba de llegar de la montaña, procure no saludar nunca como ese gran poeta ni al mismo Dios Padre.

—Aquí tenemos al hombre de ingenio por excelencia, al barón Baton—dijo Mlle. De la Mole remedando la voz del lacayo que le anunciaba.

—Yo creo que hasta los criados se burlan de

él. ¡Qué nombre: barón Baton!—dijo monsieur de Caylus.

—¿Qué tiene que ver el nombre?, nos decía días pasados—repuso Matilde—. Figúrense ustedes al duque de Bouillon anunciado por primera vez; yo creo que al público lo que le falta es la costumbre.

Julián se apartó del sofá. Poco sensible aún a las encantadoras sutilezas de una burla ligera, para reirse de una broma necesitaba que tuviese un fundamento. No veía en la charla de aquellos jóvenes nada más que el tono despectivo en general, y ello le llamaba la atención. Su pudor provinciano o inglés llegaba hasta vislumbrar la envidia, en lo cual se equivocaba ciertamente.

—El conde Norberto—decíase—, que necesita hacer tres borradores para escribir una carta de veinte líneas a su coronel, se consideraría muy dichoso si hubiese escrito en su vida una página como las de Sainclair.

Pasando inadvertido a causa de su poca importancia, acercóse Julián sucesivamente a varios grupos; seguía de lejos al barón Baton y quería oírle. Aquel hombre de tanto ingenio tenía un aire inquieto, y Julián no le vió rehacerse un poco, sino después de haber colocado dos o tres frases punzantes. A Julián le parecía que aquel género de talento necesitaba espacio.

El barón no podía decir palabras; necesitaba, por lo menos, cuatro frases de seis líneas cada una para resultar lucido.

—“Este hombre diserta, no habla”—decía alguien a la espalda de Julián—. Julián volvióse y enrojació de placer al oír nombrar al conde Chalvet, el hombre más fino del siglo. Julián había tropezado con su nombre en el “Memorial de Santa Elena” y en los trozos de historia dictados por Napoleón. El conde Chalvet era parco en palabras; sus períodos eran justos, vivos, profundos. Si hablaba de un negocio, en el momento se veía que la discusión avanzaba un paso. Siempre aducía hechos; daba gusto oírle. Por lo demás, en política era un cínico desvergonzado.

—Yo soy independiente—decía a un señor que ostentaba tres placas, de las que, aparentemente, se burlaba. ¿Por qué quieren que tenga hoy la misma opinión que hace seis semanas? En este caso, mi opinión sería mi tirano.

Cuatro jóvenes graves, que le rodeaban, torcieron el gesto; estos señores no gustan de bromas. El conde vió que había ido demasiado lejos. Felizmente descubrió al honrado M. Balland, “tartufo” de la honradez. El conde se puso a hablar con él; los jóvenes se acercaron a ellos, pues comprendieron que el pobre Balland iba a ser sacrificado. A fuerza de moral y de moralidad, aunque horriblemente feo, y después de unos primeros pasos en el mundo, muy difíciles de contar, Balland se casó con una mujer muy rica, que murió, y luego con otra, riquísima también, a quien nunca se veía en sociedad. Balland disfruta con gran humildad de sesenta mil libras

de renta y tiene aduladores. El conde Chalvet le habló de todo esto, ensañándose. Pronto se vieron rodeados por una treintena de personas. Todos sonreían, incluso los jóvenes graves, esperanza del siglo.

—¿Por qué viene a casa de M. De la Mole, si evidentemente es el blanco de las burlas?—pensó Julián—. Y se acercó al abate Pirard para preguntárselo.

Monsieur Balland se escurrió.

—Bueno—dijo Norberto—, ya se ha marchado uno de los espías de mi padre; ya sólo queda el cojo Napier.

—¿Será esa la solución del enigma?—pensó Julián—. Pero en este caso, ¿por qué recibe el marqués a Balland?

El severo abate Pirard torcía el gesto en un rincón del salón oyendo cómo los lacayos anunciaban.

—Esto es, pues, una caverna—decía como Bazile—; no veo llegar más que gentes degeneradas.

Y es que el severo abate no conocía nada de lo que rodea a la alta sociedad. Pero, por sus amigos los jansenistas, tenía una noción bastante exacta de aquellos hombres, que llegan a los salones por su extremada destreza al servicio de todos los partidos, o por su fortuna escandalosa. Aquella noche, durante unos minutos, respondió con toda su alma a las preguntas insistentes de Julián; luego se calló, de repente, desolado de tener siempre que hablar mal de todo el mun-

do y considerándolo como un pecado. Bilioso, jansenista y creyente en el deber de la caridad cristiana, su vida en sociedad era una lucha.

—¡Qué cara tiene ese abate Pirard!—notaba Mlle. Matilde cuando Julián volvía hacia el sofá.

Julián se sintió molesto, y, sin embargo, ella tenía razón. Monsieur Pirard era indudablemente el hombre más honrado del salón; pero su cara, colorada y llena de pústulas, que contraía con los remordimientos de su conciencia, le hacía repugnante en aquel momento. Fíese usted de las fisonomías—pensó Julián—; cuando el abate Pirard, en su delicadeza, se reprocha algún pecadillo, es cuando resulta con un aspecto más odioso; en cambio en la cara de Napier, espía reconocido por todos, se lee una expresión plácidamente pura y tranquila. El abate Pirard había hecho, sin embargo, muchas concesiones a su partido: había tomado un criado y se vestía muy bien.

Julián notó algo raro en el salón. Todas las miradas se dirigieron a la puerta y hubo repentinamente casi un silencio. El criado anunciaba al famoso barón de Tolly, que atraía todas las miradas a consecuencia de las elecciones. Julián se adelantó y le vió muy bien. El barón presidía un colegio y tuvo la feliz idea de escamotear algunas de las papeletas en las que figuraban los votos en favor de uno de los candidatos. Pero, para que hubiese compensación, las reemplazó por otros papelitos en que figuraba un nombre que le era grato. Esta maniobra decisiva fué descubierta por

unos cuantos electores, que se apresuraron a felicitar al barón de Tolly. El buen hombre estaba aún pálido a consecuencia de esta hazaña. Gentes mal intencionadas habían pronunciado la palabra "galeras". Monsieur de la Mole le recibió con frialdad. El pobre barón apresuróse a desaparecer.

—Si nos abandona tan pronto es porque va a casa de M. Comte—dijo el conde Chalvet, provocando la hilaridad general.

En medio de algunos grandes señores mudos, y de los intrigantes, degenerados en su mayoría, pero todos gente de talento, que aquella noche abundaban sucesivamente en el salón de M. De la Mole (indicábasele para un ministerio) hacía sus primeras armas el joven Tambeau. Si bien no tenía aún finura de concepto, se desquitaba, como veremos, por la energía de las palabras.

—¿Por qué no condenar a este hombre a diez años de presidio?—decía en el momento en que Julián se acercaba a su grupo—. A los reptiles se les debe recluir en un calabozo profundo y dejarlos que se mueran a la sombra, para que su veneno no se haga más fuerte y más peligroso. ¿De qué sirve imponerle mil escudos de multa? ¿Que es pobre? Bueno; tanto mejor; su partido pagará por él. Merecía quinientos francos de multa y diez años de calabozo.

—¡Dios santo! ¿Quién será el monstruo de quien están hablando?—pensó Julián, que admiraba el tono vehemente y los ademanes bruscos de su colega.

La carita delgada y consumida del sobrino favorito del académico era odiosa en aquel momento. Julián se enteró a poco que hablaban del poeta más grande de la época.

—¡Ah, monstruo!—exclamó Julián a media voz, al tiempo que se humedecían sus ojos con lágrimas generosas—. ¡Ah, miserable! Yo te devolveré este comentario.

—¡Estos son, sin embargo—pensaba—, los peones del partido de que el marqués es uno de los jefes! Y este hombre ilustre, a quien calumnia, ¿qué de cruces y sinecuras no habría acumulado si se hubiera vendido, no digo ya al Ministerio ramplón de M. De Nerval, sino a cualquiera de esos ministros medio honrados que hemos visto sucederse?

El abate Pirard hizo seña a Julián desde lejos. Monsieur de la Mole le acababa de decir algo. Pero cuando Julián, que en aquel momento escuchaba con los ojos bajos las jeremiadas de un obispo, se vió libre al fin y pudo acercarse a su amigo, lo encontró acaparado por el abominable Tambeau. Este pequeño monstruo odiaba a Pirard por considerarle la causa del favor de Julián y, sin embargo, le hacía la corte.

“—¿Cuándo nos libraré la muerte de toda esta vieja podredumbre?”.

En estos términos de energía bíblica estaba hablando en tal momento, del respetable lord Holland, el literatillo aquél. Su único mérito consistía en saber muy bien la biografía de todos los

hombres vivos, y acababa de pasar una rápida revista a todos los que podían aspirar a ejercer alguna influencia en el reinado del nuevo rey de Inglaterra.

El abate Pirard pasó a un salón inmediato. Julián le siguió:

—El marqués no es amigo de los escritorcillos, se lo alvierto; es su única antipatía. Si sabe usted latín, griego, si puede ser la historia de los egipcios, de los persas, etc., le honrará y le protegerá como a un sabio. Pero no se le ocurra escribir una página en francés, sobre todo tratando de materias graves y que estén por encima de su posición en el mundo, porque le llamaría escritorzuelo y le tomaría entre ojos. ¿Cómo viviendo en el palacio de un gran señor no sabe usted la frase del duque de Castries sobre Alembert y Rousseau? ¡Quieren entender de todo y no tienen mil escudos de renta!

—Aquí, como en el seminario, todo se sabe—pensó Julián. Tenía escritas ocho o diez páginas, bastante enfáticas, que eran una especie de elogio histórico del viejo médico mayor, que, según él, le había hecho hombre. Y este cuaderno siempre le he tenido guardado bajo llave—dijose Julián.

Subió a su cuarto, quemó el manuscrito y volvió al salón. Los bribones de nota se habían marchado; sólo quedaban los señores condecorados.

En torno a la mesa, que los criados acababan de traer ya servida, había siete u ocho damas muy nobles, muy devotas, muy afectadas, de trein-

ta a treinta y cinco años. La brillante mariscal de Fervaques entró excusándose por lo tarde que llegaba. Eran más de las doce. Fué a colocarse junto a la marquesa. Julián se emocionó profundamente: tenía los mismos ojos y la misma mirada de Mme. De Renal.

Mademoiselle de la Mole, en un grupo aún nutrido de amigos, se ocupaba en burlarse del desgraciado conde de Thaler, hijo único del famoso judío, célebre por las riquezas que adquiriera prestando dinero a los reyes para hacer la guerra a los pueblos. El judío acababa de morir, dejando a su hijo cien mil escudos de renta al mes, y un nombre, por desgracia, demasiado conocido. Su posición singular exigía una gran sencillez de carácter o mucha fuerza de voluntad. Por desgracia, el conde no era más que un infeliz, adornado con todo género de pretensiones que le inspiraban sus aduladores.

Monsieur de Caylus pretendía que le habían metido en la cabeza pedir en matrimonio a Mlle. De la Mole (a la que cortejaba el marqués de Croise-nois, que sería duque y tendría cien mil libras de renta).

—No le acuséis de tener voluntad—decía Norberto compasivamente.

El defecto principal quizá del pobre conde de Thaler era la falta de voluntad. Por esta cualidad de su carácter hubiese merecido ser rey. Aconsejándose siempre de todo el mundo, no tenía el valor de seguir hasta el fin ningún parecer.

—Su fisonomía—decía Mlle. de la Mole—habría bastado por sí sola para producirle una alegría eterna.

Era una mezcla singular de inquietud y desconcomiamiento; pero de vez en cuando se advertían en él algunos ramalazos de importancia y de ese aire cortante que debe tener el hombre más rico de Francia, sobre todo cuando posee una buena figura y no cuenta aún treinta y seis años.

—Es tímidamente insolente—decía el marqués de Croisenois.

El conde de Caylus, Norberto y otros tres o cuatro jóvenes con bigote, le tomaron el pelo cuanto quisieron, sin que él se diera cuenta de ello; finalmente, le despidieron al dar la una.

—¿Son los famosos caballos árabes los que le están esperando a usted a la puerta, con el tiempo que hace?—dijo Norberto.

—No, es un tiro nuevo, mucho menos caro—respondió Thaler—. El caballo de la izquierda me cuesta cinco mil francos, y el de la derecha no vale más que cien lises; pero espero que me crean ustedes cuando les diga que sólo lo hago enganchar de noche, y eso porque tiene un trote exactamente igual al del otro.

La observación de Norberto hizo pensar al conde que era una cosa propia de un hombre como él tener la pasión de los caballos, y que convenía no dejar a los suyos que se mojasen. Marchóse, y aquellos señores salieron un momento después, burlándose de él.

Julián se quedó pensando al oírles reír en la escalera. —He podido ver el extremo opuesto de mi situación. No tengo veinte lises de renta, y he estado codeándome con un hombre que tiene veinte lises por hora, y aún se burlan de él... Ver semejantes cosas cura la envidia.

CAPITULO V

La sensibilidad y una gran dama devota.

Una idea algo viva parece allí grosería; tan acostumbrados están a las palabras sin relieve. ¡Desgraciado el que inventa al hablar!

FAULAS.

Después de algunos meses de prueba, he aquí la situación de Julián el día en que el administrador de la casa le entregó el tercer trimestre de su sueldo. Monsieur de la Mole le había encargado de la administración de sus tierras en Bretaña y en Normandía. Julián realizaba frecuentes viajes a ambas regiones. Estaba encargado en absoluto de la correspondencia relativa al famoso pleito con el abate de Frilair, habiéndole puesto en antecedentes el abate Pirard.

Sobre las breves notas que el marqués garabateaba al margen de las cartas que recibía, Julián redactaba las respuestas, que casi siempre firmaba el marqués.

En la escuela de Teología los profesores se quejaban de su falta de asiduidad; pero no por eso

dejaban de considerarle como uno de los alumnos más distinguidos. Estos diferentes trabajos, emprendidos con todo el ardor de la ambición reprimida, pronto quitaron a Julián los vivos colores que trajera de su provincia. Su palidez era un mérito a los ojos de sus compañeros, los jóvenes seminaristas. Julián los encontraba menos perversos, menos rastreros ante un escudo que los de Besançon; ellos le creían enfermo del pecho. El marqués le había dado un caballo. Temeroso de tropezarse con alguno de los seminaristas en sus paseos de jinete, les había dicho que este ejercicio le estaba recomendado por los médicos.

El abate Pirard le había llevado a varias reuniones de jansenistas. Julián quedóse extrañado: la idea de la religión estaba en su espíritu indestructiblemente ligada con la hipocresía y el afán de ganar dinero. Admiró aquellos hombres piadosos que no pensaban en el presupuesto. Varios jansenistas se habían hecho amigos suyos y le daban consejos. Un mundo nuevo se abría ante él. En las reuniones de los jansenistas conoció a un conde de Altamira, hombre de cerca de seis pies de estatura, liberal condenado a muerte en su país, y devoto. Este extraño contraste, la devoción y el amor a la libertad, le chocó mucho.

Julián estaba un poco frío con el joven conde. Norberto había notado que contestaba con demasiada viveza a las bromas de algunos de sus amigos. Habiendo cometido también dos o tres inconveniencias, Julián se propuso no dirigir nunca la

palabra a la señorita Matilde. Todo el mundo seguía siendo para él de una finura exquisita en el palacio de la Mole; pero él se sentía rebajado. Su buen sentido provinciano se explicaba este efecto por el refrán popular: "Tout beau, tout nouveau." (Todo lo nuevo place.)

Quizá era más clarividente que los primeros días, o bien había pasado el primer entusiasmo producido por la urbanidad parisina.

En cuanto dejaba de trabajar era presa de un mortal aburrimiento: este es el efecto deprimente de la cortesía admirable, pero tan medida, tan perfectamente graduada según las posiciones, que distingue a la alta sociedad. Un corazón algo sensible en seguida ve el artificio.

Es indudable que en provincias hay un tono vulgar o poco cortés. Pero al contestar siempre se pone algo de pasión. Nunca Julián sintió herido su amor propio en el palacio de la Mole; pero muchas veces, al término de la jornada, sentía deseos de llorar. En provincias, un mozo de café se interesa por uno si, al entrar en su establecimiento, le ocurre un accidente; pero si este accidente tiene algo desagradable para el amor propio, al compadecerle a uno, repetirá diez veces la palabra molesta. En París tienen la atención de ocultarse para reír; pero siempre es uno un extraño.

Pasaremos en silencio una porción de pequeñas aventuras que hubiesen puesto en ridículo a Julián si no hubiera estado, en cierto modo, por encima de él. Una loca sensibilidad le hacía cometer

mil torpezas. Todos sus placeres eran de previsión: tiraba a la pistola diariamente, siendo uno de los mejores discípulos del maestro de armas más famoso. En cuanto disponía de algún rato, en vez de dedicarse a leer, como antes, se iba al picadero y pedía los caballos más resabiados. En los paseos con el picador casi siempre era derribado al suelo.

El marqués le encontraba útil a causa de su trabajo asiduo, de su silencio, de su inteligencia, y poco a poco le fué confiando una colección de asuntos difíciles de desenmarañar. En los ratos que su gran ambición le dejaba alguna tregua, el marqués se dedicaba, con sagacidad, a algunos negocios; como estaba en condiciones de saber noticias, jugaba a la Bolsa con fortuna. Compraba casas, bosques; pero se enfadaba fácilmente. Daba centenares de luses y pleiteaba por centenares de francos. Los hombres ricos que tienen altas miras, buscan en los negocios más la diversión que el resultado. El marqués necesitaba un jefe de Estado Mayor que pusiera en orden, y a la mano, todos sus asuntos de dinero.

Madame de la Mole, aunque de carácter tan mesurado, se burlaba algunas veces de Julián. Le "imprevisto", producto de la sensibilidad, causa el horror de las grandes damas por ser el antípoda de las conveniencias. Dos o tres veces el marqués le defendió diciendo:

—Si es ridículo en el salón, en cambio triunfa en el despacho.

Julián, por su parte, creyó tener en la mano el secreto de la marquesa. Esta se dignaba interesarse por todo, en el momento en que anunciaban al barón de la Joumate: un ser frío con fisonomía impasible. Era bajo, delgado, feo, muy bien vestido; pasaba la vida en Palacio y, en general, no decía nada de nada. Así era su modo de pensar. Madame de la Mole se hubiera considerado felicísima, por primera vez en su vida, si le hubiera podido hacer marido de su hija.

CAPITULO VI

El modo de expresarse

Su alta misión es juzgar con calma los incidentes de la vida cotidiana de los pueblos. Su sabiduría debe prevenir las grandes iras por pequeñas causas o por sucesos que la voz de la fama transfigura al conducirlos a lo lejos.

GRATIUS.

Para ser un recién llegado, que por altivez jamás pregunta, Julián no incurrió en demasiadas majaderías. Un día, obligado por un gran chapparrón a guarecerse en un café de la calle de Saint-Honoré, un hombre corpulento, con levitón de castor, extrañado de su mirada sombría, miróle a su vez, exactamente lo mismo que un día le mirara en Besançon el amante de Amanda.

Julián se había reprochado muchas veces haber dejado pasar aquel primer insulto, para su-

frir esta mirada. Pidió explicaciones. El hombre del levitón le dirigió entonces las injurias más soeces; toda la gente del café les rodeó; los transeuntes se detenían en la puerta. Por una precaución de provinciano, Julián llevaba siempre consigo pistolas; en aquel momento su mano las empuñaba dentro del bolsillo con movimiento convulsivo. Sin embargo, tuvo serenidad y se limitó a repetir a su hombre de minuto en minuto: "Caballero, su nombre: le desprecio."

La insistencia con que repetía aquellas cinco palabras, acabó por llamar la atención de la gente.

¡Caramba!, ese que despotrica no tiene más remedio que darle su nombre. El hombre del levitón, al oír repetidamente aquel deseo, arrojó a la cara de Julián cinco o seis tarjetas. Felizmente, no le alcanzó ninguna; Julián se había propuesto no hacer uso de las pistolas más que en el caso de que el otro le tocara. El hombre se marchó, no sin volverse de tiempo en tiempo para amenazarle con el puño y dirigirle injurias.

Julián se sintió bañado en sudor. ¿De modo que el hombre más despreciable tiene fuerza para emocionarme hasta este punto?—se decía con rabia—. ¿Cómo mataré esta sensibilidad tan humillante?

¿Dónde buscar un testigo? No tenía amigo ninguno. Había hecho varios conocimientos, pero todos, regularmente, al cabo de seis semanas de relación, se alejaban de él. Soy insociable—pensaba—, y ahora me veo cruelmente castigado. Por

fin le ocurrió la idea de buscar a un antiguo teniente del 96º, llamado Lieven, un pobre diablo, con quien tiraba a las armas muchas veces. Julián se franqueó con él.

—Bueno, seré su testigo—dijo Lieven—; pero con una condición: si no hiere usted a su contrario se batirá usted conmigo inmediatamente.

—Convenido—dijo Julián encantado—. Y se fueron a buscar a M. C. de Beauvoisis, a las señas indicadas en su tarjeta, al extremo del “faubourg” Saint-Germain.

Eran las siete de la mañana. Al anunciarse en su casa, pensó Julián si podría ser aquel señor el pariente de Mme. De Renal, empleado en la Embajada de Roma o de Nápoles, y que dió una carta de recomendación al cantante Jerónimo.

Julián entregó a un fornido criado una de las tarjetas que le arrojaron la víspera, y una suya.

Les hicieron esperar, a él y a su testigo, más de tres cuartos de hora; por fin les pasaron a una habitación elegantísima. Allí se encontraron con un joven alto, ataviado como una muñeca; sus facciones tenían la perfección y la insignificancia de la belleza griega. Su cabeza, notablemente estrecha, remataba en una pirámide de cabellos de un rubio admirable. Estaban rizados cuidadosamente, sin que hubiera un cabello alborotado. Se conoce que para estarse rizando así nos ha hecho esperar el maldito—pensó el teniente del 96º—. La bata de colorines, el pantalón de mañana, todo, hasta las zapatillas borda-

das, era correcto y maravillosamente cuidado. Su fisonomía, noble y vacua, reflejaba ideas provechosas y exquisitas: el ideal del hombre amable, el horror a lo imprevisto y a la burla, mucha gravedad.

Julián, a quien su teniente del 96° había explicado que hacerse esperar tanto tiempo, después de haberle tirado groseramente las tarjetas a la cara, era una ofensa más, entró bruscamente en la habitación de M. De Beauvoisis. Tenía intención de ser insolente, pero hubiese querido al tiempo ser de buen tono.

Le chocó tanto la dulzura de M. De Beauvoisis, su aspecto, a un tiempo sereno, importante, y satisfecho de sí mismo, la elegancia admirable de todo lo que le rodeaba, que en un abrir y cerrar de ojos perdió su decisión de ser insolente. No era el hombre de la víspera. Su asombro fué tal al encontrarse con una persona tan distinguida en lugar del personaje grosero que encontrara en el café, que no pudo articular una palabra. Le presentó una de las tarjetas que le habían tirado.

—Ese es mi nombre—dijo el hombre mundano, al cual el traje negro de Julián, tan de mañana, inspiraba poca consideración—; pero no comprendo la verdad.

La manera de pronunciar estas últimas palabras hizo a Julián recuperar parte de su mal humor.

—Vengo a batirme con usted. Y explicó el asunto de un tirón.

Monsieur Carlos de Beauvoisis, después de pensar maduramente en ello, estaba muy satisfecho del corte del traje negro de Julián. Es de Staub; se ve claramente—decíase oyéndole hablar—; el chaleco es de buen gusto, las botas están bien; pero, por otra parte, este traje negro, tan temprano... Será para escapar mejor a las balas—pensó el caballero de Beauvoisis.

Después que se hubo dado aquella explicación, volvió a su exquisita cortesía y trató casi de igual a igual a Julián. El coloquio fué bastante largo, el asunto era delicado; pero, finalmente, Julián no pudo negarse a la evidencia. Aquel joven, tan bien educado que tenía ante su vista, no se parecía en lo más mínimo al personaje grosero que le había insultado la víspera.

Julián sentía una repugnancia invencible a marcharse y hacía durar la explicación. Observaba la suficiencia del caballero de Beauvoisis; así se había llamado él mismo, extrañado de que Julián le llamara sencillamente señor.

Admiraba su gravedad, mezclada de cierta fatuidad modesta, pero que no le abandonaba un solo instante. Estaba asombrado del modo singular cómo movía la lengua al pronunciar las palabras... Pero en fin, en todo aquello no había el menor motivo para buscarle disputa.

El joven diplomático se ofrecía a batirse con mucha gracia, pero el ex teniente del 96º, que llevaba una hora sentado, con las piernas separadas, las manos en los muslos y los codos hacia

fuera, declaró que su amigo, M. Sorel, no era capaz de buscar pelea, a la alemana, a un hombre porque a éste le hubieran robado sus tarjetas de visita.

Julián salía de muy mal humor. El coche del caballero de Beauvoisis estaba esperando a la puerta, al pie de la escalinata; casualmente, Julián levantó la vista, y, en el cochero, reconoció a su hombre de la víspera.

Verle, tirarle de su gran casaca, echarle abajo del pescante y darle una tanda de fustazos, fué obra de un instante. Dos lacayos quisieron defender a su compañero, y alcanzaron con algún puñetazo a Julián; pero en el mismo momento montó una de sus pistolas y disparó sobre ellos, haciéndoles emprender la huída. Todo esto ocurrió en un minuto.

El caballero de Beauvoisis bajaba la escalera con una gravedad de lo más cómico, repitiendo con su pronunciación de gran señor: ¿Qué es eso? ¿Qué es eso? Tenía, evidentemente, una gran curiosidad, pero la importancia diplomática no le permitía demostrar más interés. Cuando se enteró de lo que se trataba, la altivez aún luchó en su semblante con la sangre fría, un si es no es burlona, que no debe desaparecer nunca de la cara de un diplomático.

El teniente del 96.º comprendió que M. De Beauvoisis tenía gana de batirse, y quiso, diplomáticamente también, conservar para su amigo las ventajas de la iniciativa.

—Lo que es ahora sí que hay motivo para un duelo—exclamó.

—Más que sobrado—repuso el diplomático.

—Ese bribón queda despedido—dijo a los lacayos—. Que monte otro en el pescante.

Abrieron la portezuela del coche; el caballero se empeñó en hacer los honores de él a Julián y a su testigo. Fueron a buscar a un amigo de monsieur de Beauvoisis, que indicó un lugar tranquilo. En el camino, la conversación estuvo muy bien. En todo aquello, lo único raro era el diplomático en bata.

—Estos señores, aun cuando muy nobles—pensó Julián—, no son fastidiosos como los que van a comer a casa de M. De la Mole. Vec—añadió un instante después—por qué se permiten faltar a las conveniencias.

Hablaban de las bailarinas más celebradas por el público en un baile dado la víspera. Aquellos señores hacían alusiones a anécdotas picantes que Julián y su amigo el teniente ignoraban en absoluto. Julián no cometió la tontería de pretender conocerlas; confesó llanamente su ignorancia. Esta franqueza agradó al amigo del caballero; le contó las anécdotas con todos sus detalles y muy bien.

Una cosa chocó sobremanera a Julián. Estaban levantando un altar en medio de una calle para la procesión del Corpus, y el coche tuvo que detenerse un instante. Aquellos señores se permitieron varias bromas: el cura, según ellos, era hijo de un arzobispo. Jamás en casa del marqués de

la Mole, que aspiraba a ser duque, se hubiera nadie atrevido a decir una frase semejante.

El duelo terminó pronto. Julián recibió un balazo en el brazo; se lo vendaron con pañuelos empapados en aguardiente, y el caballero Beauvoisis suplicó a Julián, con mucha cortesía, que le permitiese llevarle a su casa en el mismo coche que le había traído. Cuando Julián indicó el palacio de la Mole, hubo un cambio de miradas entre el joven diplomático y su amigo. El coche de alquiler de Julián estaba allí; pero él encontraba la conversación de aquellos señores mucho más divertida que la del buen teniente del 96.º.

—¡Dios mío! ¿Y esto es un duelo?—pensaba Julián—. ¡Qué felicidad haber encontrado a ese cochero! ¡Cuán grande no sería mi desgracia si hubiese tenido que soportar también este nuevo insulto en un café!

La conversación divertida casi no se interrumpió. Entonces comprendió Julián que la afectación diplomática sirve para algo.

—Ahora me convenzo—decíase—de que el aburrimiento no es cosa inherente a una conversación entre gente linajuda. Estos se guasean de la procesión del Corpus; se atreven a contar, y con detalles pintorescos, anécdotas escabrosas. Sólo les falta el razonar justamente sobre la cosa pública, y aun esta falta está compensada por la gracia del tono y la exactitud de sus expresiones. Julián sentíase vivamente inclinado hacia ellos. ¡Qué feliz sería si pudiera verlos con frecuencia!

Apenas se separaron, el caballero de Beauvoisis apresuróse a pedir informes: éstos no fueron brillantes.

Tenía una gran curiosidad por conocer a su hombre. ¿Podría dignamente hacerle una visita? Las pocas noticias que obtuvo no eran nada animadoras.

—¡Esto es afrentoso!—dijo a su testigo—. Es imposible que yo confiese que me he batido con un simple secretario de M. De la Mole, y, además, porque mi cochero me ha robado mis tarjetas de visita. Ciertamente que en todo esto hay mucha posibilidad de ridículo.

Aquella misma noche, el caballero de Beauvoisis y su amigo publicaron por doquiera que el tal Sorel, joven irreprochable, por otra parte, era hijo natural de un amigo íntimo del marqués de la Mole. El cuento corrió sin dificultad. Una vez divulgado y admitido, el joven diplomático y su amigo no tuvieron inconveniente alguno en visitar varias veces a Julián en el transcurso de los quince días que pasó en su cuarto. Julián les confesó que sólo había ido a la Opera una vez en su vida.

—¡Pero eso es espantoso! ¡Si no se va a otra parte! Es preciso que su primera salida sea para el conde de Ory.

En la Opera, el caballero de Beauvoisis le presentó al famoso cantante Jerónimo, que alcanzaba a la sazón un éxito inmenso.

Julián casi hacía la corte al caballero: aquella mezcla de respeto hacia sí mismo, de importancia

misteriosa y de fatuidad de muchacho, le encantaba. Por ejemplo, el caballero tartamudeaba un poco porque tenía el honor de ver con frecuencia a un gran señor que tenía ese defecto. Nunca había visto Julián, reunidos en una misma persona, lo ridículo que divierte y la pettección de modales que un pobre provinciano debe tratar de imitar.

En la Opera se le veía con el caballero de Beauvoisis; esta amistad hizo pronunciar su nombre.

—¿Con que—le dijo un día el marqués—, es usted hijo natural de un caballero rico del Franco Condado, amigo mío íntimo?

El marqués cortó la palabra a Julián, que quería protestar contra la conjetura de haber contribuido lo más mínimo a propalar aquel rumor.

—Monsieur de Beauvoisis no ha querido bairse con el hijo de un carpintero.

—Ya lo sé, ya lo sé—dijo M. de la Mole—; y ahora me toca a mi afirmar ese rumor, que me conviene. Pero tengo que pedirle a usted un favor que no le costará más que perder una media hora. Todos los días de ópera, a las once y media, vaya usted a presenciar, en el vestíbulo, la salida de la gente del gran mundo. Conserva usted algunos modales provincianos que es preciso perder; además, no está mal conocer, siquiera sea sólo de vista, a los grandes personajes, cerca de los cuales yo puedo cualquier día darle a usted alguna misión. Vaya a la taquilla para que le conozcan, ya le darán las entradas.

CAPITULO VII

Un ataque de gota.

Tuve un ascenso, no por mérito propio, sino porque mi amo padecía de gota.

BERTOLOTTI.

El lector quizá se sorprenda de este tono libre y casi amistoso: nos hemos olvidado de decirle que el marqués llevaba seis semanas encerrado en sus habitaciones, a consecuencia de un ataque de gota.

Mademoiselle de la Mole y su madre estaban en Hières con la madre de la marquesa. El conde Norberto veía a su padre solamente unos minutos: estaban en muy buenas relaciones; pero no tenían nada que decirse. Monsieur de la Mole, reducido a Julián, se asombró mucho de ver que tenía ideas. Se hacía leer los periódicos. No tardó mucho el joven secretario en poder elegir los pasajes interesantes. Había un periódico nuevo que el marqués aborrecía; había jurado no leerle nunca, y todos los días hablaba de él. Julián se reía. El marqués, irritado contra el tiempo presente, se hizo leer Tito Livio: la traducción, improvisada sobre el texto latino, le divertía.

Un día, el marqués dijo con aquel tono excesivamente cortés, que muchas veces impacientaba a Julián:

—Me va usted a permitir, querido Sorel, que le regale un frac azul; cuando se lo quiera po-

ner y venga aquí, le consideraré como el hermano menor del conde de Chaulnes, es decir, el hijo de mi amigo el viejo duque.

Julián no llegaba a comprender de lo que se trataba; aquella misma noche ensayó una visita con frac azul. El marqués le trató como a un igual. Julián tenía un corazón digno de comprender la verdadera cortesía; pero no tenía idea de los matices. Antes de aquel capricho del marqués, hubiera jurado que era imposible ser recibido con más consideración. ¡Qué admirable talento!, díjose Julián. Cuando se levantó para marcharse, el marqués le dió mil excusas por no poder acompañarle, a causa de su gota.

Aquella extravagancia preocupó a Julián: ¿se querrá burlar de mí?, pensó. Fué a pedir consejo al abate, quien, peor educado que el marqués, le respondió silbando y hablando de otra cosa. Al día siguiente, por la mañana, Julián se presentó al marqués vestido de negro, con su cartera y sus cartas para firmar. Fué recibido de la manera antigua. Por la noche, con el frac azul, ya encontró el tono diferente y exactamente lo mismo que la víspera.

—Puesto que no se fastidia demasiado en las visitas que tiene la bondad de hacer a un pobre viejo enfermo—le dijo el marqués—, tendrá usted que hablarle de todos los incidentes de su vida, pero con franqueza y sin cuidarse más que de contar claramente y de una manera divertida. Porque es menester divertirse—continuó el mar-

qués—; no hay otra cosa más real en la vida. Un hombre no puede salvarme la vida todos los días en la guerra, o hacerme un regalo de un millén; pero si yo tuviese a Rivarol aquí, junto a mi diván, todos los días me quitaría una hora de sufrimiento y de fastidio. Le conocí mucho en Hamburgo durante la emigración.

Y el marqués contó a Julián las anécdotas de Rivarol con los hamburgueses, que se asociaban cuatro para comprender una palabra aguda.

Reducido M. de la Mole a la sociedad de aquel curita, quiso estimularle. Le picó en su orgullo. Puesto que le pedían la verdad, Julián decidió decirlo todo, callando sólo dos cosas: su admiración fanática por un hombre que molestaba al marqués, y la perfecta incredulidad, que no iba muy bien a un futuro cura. Su historia con el caballero de Beauvoisis llegó muy a propósito. El marqués se rió hasta llorar de la escena del café de la calle de Saint-Honoré, con el cochero abrumándole de injurias soeces. Aquella fué una época de perfecta franqueza en las relaciones entre el protector y el protegido.

Monsieur de la Mole se interesó en aquel carácter singular. Al principio acariciaba las ridiculeces de Julián para divertirse con ellas; pero al poco tiempo encontró más interesante corregir suavemente la manera de ver falsa de aquel joven. Los demás provincianos que vienen a París, pensaba el marqués, admiran todo; éste odia todo. Los otros tienen demasiada afectación; éste

no tiene bastante, y los majaderos le toman por un majadero.

El ataque de gota se prolongó por los grandes fríos del verano, y duró varios meses.

Cualquiera le toma afecto a un perrillo faldero—decíase el marqués—; ¿por qué me avergüenzo de encariñarme con este curita? Es muy original. ¿Y qué inconveniente hay en que le trate como a un hijo? Si me dura este capricho, todo será que me cueste un brillante de quinientos luis en mi testamento.

Una vez que el marqués hubo comprendido el carácter firme de su protegido, cada día le encargaba un nuevo asunto.

Julián notó con espanto que a veces aquel gran señor le daba decisiones contradictorias sobre la misma cosa.

Esto podía comprometerle gravemente. Julián no trabajó más con él sin presentarle un registro, en el cual escribía las decisiones, y el marqués las firmaba. Julián había tomado un dependiente, que era el encargado de escribir, en un registro particular, las notas relativas a cada asunto. En él figuraba también la copia de todas las cartas.

Aquella idea le pareció al marqués, en un principio, el colmo de la ridiculez y del aburrimiento; pero antes de dos meses ya había notado las ventajas. Julián le propuso tomar un dependiente, que hubiese servido a un banquero, para que llevara por partida doble la cuenta de

todas las facturas y demás gastos de las tierras que Julián administraba.

Estas medidas pusieron tan en claro todos los negocios a los propios ojos del marqués, que éste se pudo dar el gusto de emprender dos o tres especulaciones nuevas sin el concurso de su testaferro, que le robaba.

—Tome tres mil francos para usted—dijo un día a su joven administrador.

—Señor, pueden calumniar mi conducta.

—¿Qué necesita usted?—repuso el marqués de mal talante.

—Que tenga usted la bondad de escribir de su puño y letra su resolución en el registro, concediéndome tres mil francos. Y no crea, toda esta contabilidad es idea del abate Pirard.

El marqués, con la misma cara de aburrimiento que el marqués de Moncade, escuchando las cuentas de M. Poisson, su administrador, escribió el acuerdo.

Por la noche, cuando Julián se presentaba de frac azul, nunca se trataba de negocios. Las bondades del marqués eran tan halagüeñas para el amor propio, siempre en guardia, de nuestro héroe, que no tardó mucho en sentir, a su pesar, algún cariño por aquel amable anciano. Y no es que Julián fuese sensible, al modo como se entiende en París, pero no era un monstruo, y nadie, después de la muerte del viejo médico mayor, le había hablado con tanto cariño. Observó con extrañeza que el marqués tenía ciertas consideraciones para su amor propio que nunca

había encontrado en el viejo médico. Comprendió, por fin, que éste se sentía más orgulloso de su cruz que el marqués de su cordón azul. El padre del marqués era un gran señor.

Un día, al final de una audiencia matutina, en traje negro y para tratar de negocios, Julián distrajo al marqués, que le retuvo dos horas y quiso a toda costa regalarle algunos billetes de banco que su testafarro le acaba de traer de la Bolsa.

—Espero, señor marqués, que no me saldré del respeto que le debo al suplicarle que me permita decirle dos palabras.

—Hable, amigo mío.

—El señor marqués me perdonará que rechace ese donativo. No se lo concede al hombre del traje negro, y sólo serviría para desvirtuar las maneras que tiene la bondad de tolerar al individuo del frac azul.

Saludó respetuosamente y se marchó sin mirar.

Aquel rasgo divirtió al marqués, y se lo contó por la noche al abate Pirard.

—Tengo que confesarle una cosa, querido abate. Conozco el nacimiento de Julián y le autorizo a usted a que no me guarde el secreto sobre esta confidencia.

Su proceder de esta mañana es noble—pensó el marqués—, y yo lo ennoblezco.

Algún tiempo después el marqués pudo por fin salir.

—Tiene usted que ir a pasar dos meses en Londres—dijo a Julián—. Los correos ordinarios

y extraordinarios le llevarán a usted las cartas que yo reciba con mis notas marginales. Usted las contesta y me las devuelve acompañando cada carta de su respuesta. He calculado que el retraso sólo puede ser de cinco días.

Yendo en la posta, camino de Calais, Julián pensaba con extrañeza en la causa de aquel viaje, y encontraba fútiles los pretendidos asuntos que había de resolver.

Nada diremos del sentimiento de odio y casi de horror con que pisó el suelo inglés. Ya conocemos su loca pasión por Bonaparte. En cada oficial veía un sir Hudson Lowe, en cada gran señor un lord Bathurst ordenando las infamias de Santa Elena y recibiendo la recompensa de ellas en diez años de ministerio.

En Londres conoció por fin la alta fatuidad. Trabajó amistad con algunos jóvenes rusos que le iniciaron.

—Es usted un predestinado, querido Sorel—le decían—; tiene usted por naturaleza esa expresión fría y a “mil leguas de la sensación presente” que tanto nos empeñamos en aparentar.

—No ha entendido usted su siglo—le decía el príncipe Korasoff—: “hacer siempre lo contrario de lo que se espera de uno”. Esta es la única religión de la época; no sea usted loco ni afectado, pues entonces esperarán de usted locuras y afectaciones, y no se cumplirá el precepto.

Julián se cubrió de gloria un día en el salón del duque de Fitz-Folke, que le había invitado

a comer en unión del príncipe Korasoff. Estuvieron esperándole una hora. La manera cómo Julián se condujo entre las veinte personas que esperaban, se cita aún en Londres entre los jóvenes secretarios de Embajada. Su actitud fué imponderable.

Quiso ver, a pesar de los "dandys" amigos suyos, al célebre Felipe Vane, el único filósofo que ha habido en Inglaterra después de Loke. Le encontró finalizando su séptimo año de cárcel. La aristocracia no bromea en este país—pensó Julián—; Vane está, además, deshonrado, vilipendiado, etc.

Julián le encontró decididor y animado; la rabia de la aristocracia le distraía. Este es el único hombre alegre que he visto en Inglaterra—díjose Julián al salir de la cárcel.

"La idea más útil a los tiranos es la de Dios"—le dijo Vane...

Suprimimos el resto del sistema, por "cínico".

A su vuelta, M. de la Mole le preguntó: —¿Qué idea divertida me trae usted de Inglaterra?...

El se calló.

—¿Qué idea trae usted, divertida o no?—repi-
tió el marqués vivamente.

—Primero—dijo Julián—, el inglés más sensato está loco una hora del día, y es visitado por el demonio del suicidio, que es el dios del país.

Segundo. El talento y el genio pierden un veinticinco por ciento de su valor al desembarcar en Inglaterra.

Tercero. No hay nada en el mundo tan bello, tan admirable, tan conmovedor como los paisajes ingleses.

—Ahora me toca a mí—dijo el marqués.

Primero. ¿Por qué fué usted a decir en el baile de la Embajada de Rusia, que hay en Francia trescientos mil jóvenes de veinticinco años, que desean ardientemente la guerra? ¿Cree usted que esto puede ser una cosa halagadora para los reyes?

—No se sabe qué hacer cuando se habla con nuestros grandes diplomáticos—dijo Julián—. Tienen la manía de entablar discusiones serias. Si uno se limita a los lugares comunes de los periódicos, pasa por tonto. Si se permite enunciar una idea que tenga algo de verdad y de novedad, se asombran, no saben qué contestar, y al día siguiente, a las siete, le mandan a uno decir, con el primer secretario de la Embajada, que ha estado inconveniente.

—No está mal—dijo el marqués riendo—. Por lo demás, apuesto cualquier cosa, hombre profundo, a que no ha adivinado usted lo que ha ido a hacer a Inglaterra.

—Perdóneme—repuso Julián—. He ido para comer una vez por semana con el embajador del rey, que es el mejor educado de los hombres.

—Ha ido usted a buscar esta cruz—le dijo el marqués—. No quiero que se quite usted el traje negro y me he acostumbrado al tono más divertido con que trato al hombre del frac azul. Hasta nueva orden, fíjese bien en lo que voy a de-

cirle: cuando yo vea esta cruz, será usted el hijo menor de mi amigo el duque de Chaulnes, que sin percatarse de ello lleva seis meses empleado en la diplomacia. Note usted bien—añadió el marqués con tono serio y cortando por lo sano las demostraciones de gracias—que no quiero sacarle de su estado. Esto es siempre una falta y una desgracia para el protector y el protegido. Cuando usted se canse de mis pleitos, o a mí no me convenga tenerle, pediré para usted un buen curato, como el de nuestro amigo el abate Pirard y “nada más”—añadió el marqués secamente.

Aquella cruz fué una gran cosa para el orgullo de Julián. Hablaba mucho más, no se creía ofendido con tanta frecuencia, ni se consideraba blanco de todas aquellas frases susceptibles de una explicación poco cortés y que tan fácilmente se escapaban a cualquiera en el curso de una conversación.

La cruz también le valió una visita singular: la del barón de Valenod, que venía a París a dar las gracias por su baronía al ministro, y a entenderse con él. Iba a ser nombrado alcalde de Verrières en sustitución de M. De Renal.

Julián se rió mucho por dentro cuando M. De Valenod le dió a entender que habían descubierto, hacía poco, que M. De Renal era jacobino. El hecho es que en una elección que se preparaba, el nuevo barón era el candidato del ministerio, y en el gran colegio del departamento, en realidad muy ultramontano, los liberales prestaban su apoyo a M. De Renal.

En vano trató Julián de saber algo de Mme. De Renal: el barón, recordando sin duda su antigua rivalidad, fué impenetrable. Terminó pidiendo a Julián el voto de su padre para las próximas elecciones. Julián le prometió escribir.

—Debería usted, señor caballero, presentarme al marqués de la Mole.

En efecto, “debería”, persó Julián; pero ¡es tan bribón!

—En realidad—respondió—, soy muy poca cosa en el palacio de la Mole para atreverme a presentar a nadie.

Julián decía todo al marqués; aquella noche le contó la pretensión del Valenod y sus hazañas y sus gestas desde 1814.

—No solamente—replicó M. De la Mole, con un aire muy serio—me presentará usted mañana al nuevo barón, sino que le invito a comer pasado mañana. Será uno de nuestros nuevos prefectos.

—En ese caso—repuso Julián fríamente—, pido para mi padre el puesto de director del depósito de mendicidad.

—Enhorabuena—dijo el marqués, recobrando su aire alegre—; me esperaba alguna moralidad. Se va usted formando.

Monsieur de Valenod supo por Julián que el administrador de loterías de Verrières acababa de morir; Julián encontró divertido el dar aquel destino a M. de Cholin, aquel viejo imbécil cuya petición anteriormente recogió él en el cuarto de M. De la Mole. El marqués rió de buena gana

de aquella petición que Julián le enderezó mientras firmaba la carta en que pedía el destino al ministro de Hacienda.

Apenas nombrado Cholin, supo Julián que la Diputación del departamento había solicitado aquel puesto para M. Gros, el célebre geómetra; este hombre generoso sólo tenía cuatrocientos francos de renta, y anualmente prestaba seiscientos al administrador que acababa de morir para ayudarle a educar a su familia.

Julián se asombró de lo que había hecho. Esto no es nada, se dijo; tendré que hacer otras injusticias si quiero llegar, y las ocultaré con las más bellas palabras sentimentales. ¡Pobre monsieur Gros! El es quien merecía la cruz, y yo soy quien la tiene, y tengo que obrar con arreglo al sentir del Gobierno que me la da.

CAPITULO VIII

¿Cuál es la condecoración que da más tono?

No me refresca tu agua,
dice el genio sediento. Sin embargo,
es el pozo más fresco
del Diar-Bekir.

PELLICO.

Un día volvía Julián de la encantadora finca de Villequier, a orillas del Sena, que M. De la Mole miraba con mucho interés, pues era la única de todas las suyas que había pertenecido al célebre Bonifacio de la Mole. En el palacio se encontró a la marquesa y a su hija, que regresaban de Hières.

Julián era ya un "dandy" y sabía el arte de vivir en París. Fué de una frialdad extremada con mademoiselle de la Mole. Parecía como si no guardara el menor recuerdo del tiempo en que ella le pedía, tan alegremente, detalles de su modo de caerse del caballo.

Mademoiselle de la Mole le encontró más alto y más pálido. Su talle, su aire no tenían ya nada de provinciano; pero no ocurría lo mismo con su conversación, en la que aún se notaba demasiada seriedad, demasiado positivismo. A pesar de estas razonables condiciones, gracias a su orgullo, no tenía nada de subalterna; solamente se advertía que consideraba como importantes demasiadas cosas. Pero se veía que era hombre capaz de sostener sus dichos.

—Carece de ligereza, pero no de talento—dijo Mlle. De la Mole a su padre, bromeando con él acerca de la cruz concedida a Julián—. Mi hermano te la ha pedido durante dieciocho meses, y ¡es un la Mole!

—Sí; pero Julián tiene lo imprevisto; cosa que no le ha ocurrido nunca al la Mole de que me hables.

Anunciaron al duque de Retz.

Matilde se sintió invadida de un deseo irresistible de bostezar; reconocía los antiguos dorados y los antiguos habituales del salón paterno. Se representaba una imagen perfectamente aburrida de la vida que iba a llevar en París. Y, con todo, en Hières echaba de menos París.

—Y, sin embargo, tengo diecinueve años; la edad de la dicha, según dicen todos esos tontos de cantos dorados.

Estaba mirando ocho o diez volúmenes de poesías nuevas que habían ido amontonando en la consola del salón durante su viaje a Provenza. Ella tenía la desgracia de poseer más talento que De Croisenois, De Luz, De Caylus y los demás amigos, y se figuraba todo lo que le dirían del hermoso cielo de Provenza, la poesía, el mediodía, etcétera, etc.

Aquellos ojos tan hermosos, que respiraban un aburrimiento profundo, y, lo que es peor, la seguridad de no hallar el placer, se fijaron en Julián. Por lo menos, él no era exactamente igual a ninguno.

—Señor Sorel—le dijo con ese tono de voz viva, breve, tan ajeno a la feminidad, que suelen emplear las jóvenes de la clase alta—: Señor Sorel, va usted esta noche al baile de M. De Retz.

—Señorita, no he tenido el honor de ser presentado al duque. (Hubiérase dicho que este nombre y este título arañaban la boca del provinciano orgulloso.)

—He encargado a mi hermano que le lleve a su casa, y si va usted, podría darme algunos detalles sobre la finca de Villequier, pues parece que hemos de ir allá en la primavera. Me gustaría saber si el castillo está habitable y si los alrededores son tan bellos como dicen: hay tantas reputaciones mal adquiridas...

Julián no contestaba.

—Vaya usted al baile con mi hermano—añadió ella, muy secamente.

Julián saludó con respeto.

—Hasta en el baile tengo que dar cuenta de algo a todos los miembros de la familia. ¿No me pagan como hombre de negocios? Su mal humor añadió: ¡Dios sabe si lo que diga a la hija no contraría los proyectos del padre, del hermano, de la madre! Es una verdadera corte de príncipe soberano. Es menester ser de una perfecta nulidad y, sin embargo, no dar a nadie derecho a quejarse.

—¡Cómo me molesta esta muchacha!—pensó, mirando alejarse a Mlle. De la Mole, a quien llamaba su madre para presentarla a unas amigas suyas—. Desluce todas las modas; lleva el vestido como colgado de los hombros... Está aún más pálida que antes de su viaje... ¡Qué cabellos tan incoloros a fuerza de ser rubios; parece que la luz los atraviesa!... ¡Cuánta altanería en la manera de saludar y en su mirada! ¡Qué gestos de reina!

Mademoiselle de la Mole acababa de llamar a su hermano en el momento en que salía del salón.

El conde Norberto se acercó a Julián:

—Querido Sorel—le dijo—, ¿dónde quiere usted que le recoja esta noche para ir al baile de M. De Retz? Me ha encargado expresamente que le lleve.

—Ya sé a quien debo tantas bondades—respondió Julián, saludando con una profunda reverencia.

Como su mal humor no encontraba nada que

reprochar al tono de perfecta cortesía y hasta de interés con que le hablaba Norberto, dióse a reflexionar sobre la contestación que él había dado a sus frases dignas de agradecimiento. Le parecía que tenía un matiz marcado de vileza.

Por la noche, al llegar al baile, se asombró de la magnificencia del palacio De Retz. El patio de entrada estaba cubierto de un inmenso toldo de cutí carmesí con estrellas doradas, de lo más elegante. Debajo de este toldo, el patio estaba transformado en un bosque de naranjos y adelfas en flor. Como habían enterrado cuidadosamente los tiestos, las adelfas y los naranjos parecían emerger del suelo. El camino que atravesaban los carruajes estaba enarenado.

Aquel conjunto causó un efecto extraordinario en nuestro provinciano. No tenía idea de semejante magnificencia: en un momento su emoción alejóle cien leguas del mal humor. En el coche, camino del baile, Norberto se sentía completamente feliz, y él, por el contrario, lo veía todo negro; apenas entraron en el patio, se trocaron los papeles.

Norberto sólo era sensible a algunos detalles que se habían descuidado en medio de toda aquella magnificencia. Valuaba el coste de todo, y a medida que llegaba a un total crecido, Julián advertía que se mostraba como envidioso y acometido de mal humor.

Por su parte, llegó seducido, admirando y casi tímido por la emoción, al primero de los salones en que se bailaba. A la puerta del segundo la

gente se agolpaba y la aglomeración era tan grande que le fué imposible avanzar. El decorado de este segundo salón representaba la Alhambra de Granada.

—Hay que convenir en que es la reina del baile—decía un joven con bigote, que rozaba con su hombro el pecho de Julián.

—Mademoiselle Fourmont, que durante todo el invierno ha sido la más bonita—le contestaba su vecino—, se percata de que va pasando a segundo término; fíjate en su aire singular.

—En realidad, despliega todo su arte para agradar. Mira, mira qué sonrisa tan graciosa cuando se queda sola en la contradanza. Te juro que es impagable.

—Mademoiselle de la Mole tiene el aspecto de ser dueña del placer que le produce su triunfo, del que se da perfecta cuenta. Diríase que teme agradar a quien le habla.

—Muy bien; ese es el arte de seducir.

Julián hacía vanos esfuerzos por ver a aquella mujer tan seductora: siete u ocho individuos, más altos que él, le impedían verla.

—Hay mucho de coquetería en ese recato tan noble—repuso el joven de los bigotes.

—Y esos grandes ojos azules, que se bajan tan lentamente en el momento en que están a punto de traicionarse—repuso el vecino—. A fe mía, no hay nada más hábil.

—Mira qué aire tan vulgar tiene la bella Fourmont a su lado—dijo un tercero.

—Ese aire de modestia quiere decir: ¡Cuán-ta amabilidad no desplegaría por usted si fuese el hombre digno de mí!

—¿Y quién puede ser digno de la sublime Matilde?—dijo el primero—. Algún príncipe soberano, hermoso, espiritual, buena figura, un héroe en la guerra y con veinte años a lo sumo.

—El hijo natural del emperador de Rusia... al cual concederían una soberanía en favor de este matrimonio..., o sencillamente el conde de Thaler, con su aire de campesino ataviado...

La puerta quedó libre; Julián pudo pasar.

Puesto que pasa por tan notable ante todas estas muñecas, vale la pena que yo la estudie, pensó. Así comprenderé en qué consiste la perfección para estas gentes.

Cuando la buscaba con la vista, Matilde le miró. Mi deber me llama, díjose Julián; pero en su expresión ya no había mal humor. La curiosidad le hacía adelantarse con un placer, que aumentó considerablemente ante la vista del vestido, muy escotado, de Matilde, y, a la verdad, de un modo muy poco halagüeño para su amor propio. Su belleza tiene juventud, pensó. Cinco o seis jóvenes, entre los cuales reconoció Julián a los que oyera en la puerta, se interponían entre él y ella.

—Usted que ha estado aquí todo el invierno, ¿verdad que este baile es el más bonito de la temporada?—dijo ella.

El no contestó.

—Este rigodón, de Coulon, me parece admirable, y estas señoras lo bailan a la perfección.

Los jóvenes se volvieron para ver quién era el feliz mortal de quien se pretendía con tanto empeño una respuesta. La respuesta no fué muy alentadora.

—Yo no puedo ser buen juez, señorita; me paso la vida escribiendo; este es el primer baile que he visto de esta magnificencia.

Los jóvenes de los bigotes se escandalizaron.

—Es usted un sabio, señor Sorel—repuso ella, con un interés marcado—; ve usted todos estos bailes, todas estas fiestas como un filósofo, como J. J. Rousseau. Estas locuras le asombran sin seducirle.

Una palabra acababa de apagar la imaginación de Julián, dejando su corazón desilusionado. Su boca adquirió una expresión de desdén, algo exagerado quizá.

—J. J. Rousseau—respondió—me parece un majadero cuando se pone a juzgar el gran mundo; no le comprendía, y tenía un corazón de lacayo advenedizo.

—Escribió el “Contrato social”—dijo Matilde, con un tono de veneración.

—Abogando por la república y predicando el derrumbamiento de las dignidades monárquicas, este advenedizo se siente ebrio de placer si un duque cambia la dirección de su paseo, después de comer, para acompañar a uno de sus amigos.

—¡Ah! ¡Sí! El duque de Luxemburgo en Montmorency, acompaña a un tal M. Coindet, de París—repuso Mlle. De la Mole, con el placer y el abandono del primer goce de pedantería.

Estaba tan endiosada con su saber como el académico que descubrió al rey Yeretrius. La mirada de Julián continuó penetrante y severa. Matilde había tenido un momento de entusiasmo; la frialdad de su contrincante la desconcertó profundamente, y le causó tanto más extrañeza, cuanto que era ella la que acostumbraba a producir este efecto en los demás.

En aquel momento, el marqués de Croisenois avanzaba con apresuramiento hacia mademoiselle de la Mole. Estuvo un instante a tres pasos de ella, sin poder acercarse a causa de la aglomeración. La miraba riendo de la dificultad. Cerca de él estaba la joven marquesa de Rouvray, prima de Matilde. Daba el brazo a su marido, que lo era hacía quince días solamente. El marqués de Rouvray, muy joven también, tenía todo el amor inocente, propio de un hombre que, habiendo hecho un matrimonio de conveniencia, arreglado exclusivamente por los notarios, se encuentra con una persona muy guapa. M. De Rouvray sería duque a la muerte de un tío suyo muy viejo.

Mientras el marqués de Croisenois, no pudiendo atravesar la multitud, miraba sonriente a Matilde, ella posaba sus ojos de azul de cielo en él y sus vecinos. No puede haber nada másroso que ese grupo—decíase a sí misma—. Ahí está Croi-

senois que pretende casarse conmigo; es dulce, bien educado, tiene modales exquisitos, como Rouvray. Si no fueran tan aburridos estos señores, serían muy amables. El también me acompañará al baile con este aire limitado y satisfecho. Al año de matrimonio, mi coche, mis caballos, mis trajes, mi castillo a veinte leguas de París, serán lo más elegante que se imagine, completamente capaces de hacer morir de envidia a una advenediza, a una condesa de Roiville, por ejemplo. Pero, ¿y después?...

Matilde se aburría esperando. El marqués de Croisenois logró acercarse y le hablaba; pero ella soñaba sin escucharle. El ruido de sus palabras se confundía para ella con el bordoneo del baile. Seguía maquinalmente con la vista a Julián, que se había alejado con aire respetuoso, pero altivo y descontento. Divisó en un rincón, lejos de la multitud que circulaba, al conde de Altamira, condenado a muerte en su país, a quien ya conoce el lector. En tiempos de Luis XIV, una de sus parientas estuvo casada con un príncipe de Conti; este recuerdo le protegía algo contra la policía de la congregación.

Estoy viendo que la sentencia de muerte es lo que distingue a un hombre—pensó Matilde—: es la única cosa que no se compra.

¡Acabo de hacer una buena frase! ¡Qué lástima que no se me haya ocurrido en forma que pudiera honrarme! Matilde tenía demasiado gusto para colocar en la conversación una frase hecha

previamente, pero tenía también demasiada vanidad para no estar encantada de sí misma. El tinte de tedio que había en su fisonomía se trocó en un aire de contento. El marqués de Croisenois, que seguía hablándola, creyó entrever el triunfo, y redobló su facundia.

¿Qué podría objetar a mi frase el más exigente?—se dijo Matilde—. Yo respondería al crítico: Un título de barón, de vizconde, se compra; una cruz se da; mi hermano acaba de conseguirla, y ¿qué ha hecho?; un grado se obtiene con diez años de guarnición, o un pariente ministro de la Guerra, y se puede ser jefe de escuadrón, como Norberto. Una gran fortuna... Esto es una de las cosas más difíciles y por consiguiente de las más meritorias. ¡Y qué cosa más graciosa!; es precisamente lo contrario de todo lo que dicen los libros... Bueno, pues por la fortuna se casan con la hija de Rothschild. En realidad mi frase es profunda. La sentencia de muerte es la única cosa que nadie se ha cuidado de solicitar.

—¿Conoce usted al conde de Altamira?—preguntó a Croisenois.

Parecía ella volver de tan lejos, y tenía la pregunta tan poca relación con lo que el pobre marqués le estaba diciendo hacía cinco minutos, que, a pesar de su amabilidad, se sintió desconcertado. Y, sin embargo, era un hombre de talento y muy reputado por tal.

—¿Qué singular es Matilde!—pensó—. Esto es un inconveniente; pero ¡dará una posición tan bo-

nita a su marido! No sé cómo se las arregla este marqués de la Mole: está relacionado con todo lo mejor de todos los partidos; es un hombre que no puede perder su posición. Y, además, esta singularidad de Matilde puede pasar por genialidad. Con una ilustre cuna y mucho dinero, el genio no es ridículo, sino que supone una gran distinción. Y luego, ella tiene, cuando quiere, esa mezcla de talento, de carácter y de oportunidad que produce la amabilidad exquisita... Como es difícil hacer dos cosas a un tiempo, el marqués contestó a Matilde en un tono vacuo y como recitando una lección:

—¿Quién no conoce a ese pobre Altamira?—. Y le hizo la historia de su conspiración fallida, ridícula, absurda.

—Muy absurda—respondió Matilde, como hablando consigo misma—; pero ha hecho algo. Quiero ver a mi hombre. Tráigamele—le dijo al marqués, que no salía de su asombro.

El conde de Altamira era uno de los admiradores más fervientes del aire altanero y casi impertinente de Mlle. De la Mole, que, según él, era una de las más lindas muchachas de París.

—¡Qué hermosa estaría en un trono!—dijo a Croisenois, dejándose conducir por él sin dificultad.

No faltan gentes en el mundo que quieren establecer como principio que no hay nada de peor tono que una conspiración: huele a jacobino. ¿Y qué cosa más fea que el jacobino sin éxito?

La mirada de Matilde se burlaba con Croisenois

del liberalismo de Altamira; pero le escuchaba con gusto.

Un conspirador en un baile es un lindo contraste—pensaba—. A Matilde parecíale que éste, con sus negros mostachos, tenía el aspecto de un león descañsando; pero pronto advirtió que su espíritu sólo presentaba una actitud: “la utilidad, la admiración por la utilidad”.

El joven conde pensaba que no merecía su atención más que aquello que pudiera dar a su país el Gobierno de las dos Cámaras. Separóse con gusto de Matilde, la persona más seductora del baile, porque vió entrar a un general peruano.

Desesperando de Europa, el pobre Altamira vióse reducido a pensar que cuando los Estados de la América meridional sean fuertes y poderosos, podrán devolver a Europa la libertad que Mirabeau les envió.

Un torbellino de jóvenes con bigote se aproximó a Matilde. Esta, notando que Altamira no se había dejado seducir, estaba un poco picada con su marcha, viendo de lejos cómo brillaban sus ojos negros al hablar con el general peruano. Mademoiselle de la Mole miraba a los jóvenes franceses con aquella seriedad profunda que ninguna de sus rivales podía imitar. ¿Cuál de ellos—pensaba—sería capaz de hacerse condenar a muerte, aun suponiendo que todas las circunstancias le fuesen favorables?

Su mirada singular halagaba a los poco inteligentes; pero inquietaba a los otros. Temían que

se tradujese en alguna frase mortificante y de difícil réplica.

Un nacimiento ilustre da cien cualidades cuya ausencia me ofendería; lo veo por el ejemplo de Julián—pensaba Matilde—; pero anula aquellas condiciones del alma capaces de hacerse condenar a muerte.

En aquel momento alguien decía cerca de ella: Este conde de Altamira es el hijo segundo del príncipe de San Nazaro-Pimentel, un Pimentel que intentó salvar a Conradin, decapitado en 1268. Es una de las familias más nobles de Nápoles.

¡Bonita prueba de mi máxima! La cuna ilustre quita la fuerza de carácter necesaria para hacerse condenar a muerte. Decididamente, esta noche no hago más que disparatar. Puesto que no soy más que una mujer como las otras, es menester bailar. Cedió a los deseos del marqués de Croisenois, que hacía una hora estaba pidiéndole un galop. Para distraerse de su desgracia en filosofía, Matilde quiso ser por todo extremo seductora: el marqués de Croisenois quedó encantado.

Pero ni el baile, ni el deseo de agradar a uno de los hombres más completos de la corte, pudieron distraer a Matilde. Y era imposible tener más éxito; era la reina del baile; lo veía, pero con indiferencia. Qué vida tan borrosa pasaría con Croisenois, decía, cuando una hora después, éste la conducía a su sitio... ¿Dónde estará el placer para mí—añadía tristemente—, si luego de seis meses de ausencia no le hallo en un

baile que sería la envidia de todas las mujeres de París? Y, además, me veo en él rodeada de todos los homenajes de una sociedad que no puede imaginarse más escogida. Aquí no hay más burgueses que algunos pares y un Julián o dos a lo sumo. Y, sin embargo, agregaba con una tristeza creciente, la suerte me ha concedido una porción de favores: ilustración, fortuna, juventud...; desgraciadamente, todo menos felicidad.

Los más dudosos de mis dotes son aquellos de que me han hablado toda la noche. En mi talento sí creo, pues, evidentemente les causo miedo a todos. Si se aventuran a abordar un tema serio, al cabo de cinco minutos de conversación vienen a parar, jadeantes y como haciendo un gran descubrimiento, a una cosa, que les estoy repitiendo hace una hora. Soy guapa, tengo esta cualidad, por la que Mme. De Staël hubiera sacrificado todo, y, sin embargo, es innegable que me muero de aburrimiento. ¿Y hay alguna razón para que me aburra menos si llego a cambiar mi nombre por el del marqués de Croisenois?

—Pero, ¡Dios mío!—añadió, casi con ganas de llorar—, ¿no es un hombre perfecto? Es la obra maestra de la educación de este siglo; no se le puede mirar sin que se encuentre alguna cosa amable y hasta espiritual que decir de él; es valiente. Pero este Sorel es singular. Y su mirada perdía su expresión aburrida y adquiría un aire de enfado. Le he advertido que tenía que hablarle, y no se digna presentarse ante mí.

CAPITULO IX

El baile.

El lujo de los atavíos, el brillo de las luces, los perfumes, tantos brazos bonitos, tantos hermosos hombros, ramos de flores, arias de Rossini que arrebatan, pinturas de Cicerí. Estoy fuera de mí.

Viajes de UZERI.

—Estás de mal humor—le dijo la marquesa de la Mole—, y te advierto que es de mal tono en un baile.

—Tengo dolor de cabeza—respondió Matilde, con aire desdeñoso—. Hace mucho calor aquí.

En este momento, como para dar la razón a Mlle. De la Mole, el viejo barón de Tolly se puso malo y cayó al suelo; le tuvieron que sacar de allí. Se habló de una apoplejía; fué un incidente desagradable.

Matilde no se ocupó de él. Tenía el plan preconcebido de no parar mientes en los viejos ni en las personas que solían decir cosas tristes.

Se entregó al baile para no escuchar las conversaciones sobre la apoplejía, que, además, no lo fué; pues al día siguiente el barón volvió a aparecer.

—Pero ese Sorel no acaba de venir—dijose de nuevo, después de bailar. Le buscaba con los ojos cuando le vió en otro salón. Cosa extraña; parecía que había perdido aquel aspecto de frialdad impassible, tan peculiar en él. No tenía ya el aire inglés.

—Está hablando con el conde de Altamira, mi condenado a muerte—se dijo Matilde—. Sus ojos despiden un fuego sombrío; tiene el aspecto de un príncipe disfrazado; su mirada es doblemente orgullosa.

Julián se acercaba al sitio en que estaba ella, siempre hablando con Altamira; ella le miraba fijamente, estudiando sus rasgos, tratando de descubrir en ellos las altas cualidades que pueden servir a un hombre para conseguir el honor de hacerse condenar a muerte.

Al pasar cerca de ella:

—Sí—decía al conde de Altamira—; Danton era un hombre.

—¡Cielos! ¿Sería él un Danton?—dijose Matilde—. Pero éste tiene una cara tan noble, y Danton era tan horriblemente feo, y carnicero, según creo.

Julián estaba aún muy cerca de ella; no dudó en llamarle, pues tenía la conciencia y el orgullo de hacer una pregunta extraordinaria para una muchacha.

—Danton era carnicero, ¿verdad?—le dijo.

—Sí, para algunas personas—respondió Julián con una expresión de desprecio mal disimulada, y con los ojos brillantes aún por su conversación con Altamira—; pero desgraciadamente para las gentes bien nacidas, era abogado en Merry-sur-Seine; es decir, señorita—añadió con malicia—que comenzó como muchos pares de los que vemos aquí. Verdad es que Danton tenía un incon-

veniente enorme a los ojos de la belleza: era muy feo.

Estas últimas palabras las dijo rápidamente, con un aire extraordinario y muy poco fino.

Julián esperó un instante, con el torso ligeramente inclinado y un aire de humildad orgullosa. Parecía que estaba diciendo: Me pagan para contestar a sus preguntas y vivo de mi sueldo. No se dignaba levantar sus ojos hacia Matilde. Ella, con los suyos tan bonitos, abiertos desmesuradamente y fijos en él, parecía su esclava. Por fin, como continuara el silencio, él la miró del modo que un lacayo mira a su señor para tomar órdenes. Aunque sus ojos se encontraron con los de Matilde, que continuaban fijos en él con una mirada extraña, no por eso dejó de alejarse con marcado apresuramiento.

¡El, que realmente es tan guapo—se dijo al fin Matilde saliendo de su ensimismamiento—, hace tal elogio de la fealdad! Siempre tan original. No es como Caylus o Croisenois. Este Sorel tiene algo del aire que toma mi padre cuando hace tan bien Napoleón en el baile.

Había olvidado por completo a Danton.

Decididamente, esta noche me aburro. Y pensando esto cogió el brazo de su hermano y a pesar suyo le obligó a dar una vuelta en el baile. De pronto se le ocurrió la idea de seguir la conversación del condenado a muerte con Julián.

La aglomeración era enorme. Sin embargo, Matilde logró reunirse a ellos en el momento en

que Altamira, a dos pasos de ella, se acercaba a una bandeja para tomar un helado. Hablaba a Julián con el cuerpo medio vuelto. Mientras conversaba, Altamira fijóse en un brazo de uniforme bordado, que tomaba otro helado, próximo a él. El bordado pareció excitar su atención, y se volvió del todo para ver al personaje a quien pertenecía el brazo. En el mismo momento, aquellos ojos, tan nobles y tan sencillos, tomaron una ligera expresión de desdén.

—¿Ve usted ese hombre?—dijo bastante bajo a Julián—. Es el príncipe de Araceli, embajador de ***. Esta mañana ha pedido mi extradición al ministro de Estado de Francia, M. De Nerval. Por cierto, allí está, mírele usted, jugando al wisth. Monsieur de Nerval está muy inclinado a entregarme, pues en 1816 les dimos a ustedes dos o tres conspiradores. Si me devuelven a mi rey, a las veinticuatro horas me colgarán. Y seguramente será alguno de estos señoritos de los bigotes el que me “eche mano”.

—¡Infames!—exclamó Julián, casi en alta voz.

Matilde no perdía una sílaba de su conversación. El aburrimiento había desaparecido.

—No tan intimes—repuso el conde de Altamira—. He hablado de mí para poner un ejemplo vivo. Mire usted al príncipe de Araceli: cada cinco minutos contempla su toisón de oro; no cabe en sí de gozo al ver ese juguete en su pecho. El pobre hombre no es en el fondo más que un anacronismo. Hace cien años el toisón era un honor

insigne, pero entonces no lo habría podido alcanzar. Hoy, entre las gentes bien nacidas, hay que ser un Araceli para pagarse de tenerlo. Habría hecho ahorcar a toda una ciudad por conseguirlo.

—¿Lo ha obtenido a ese precio?—preguntó Julián con ansiedad.

—No, precisamente—respondió con frialdad Altamira—; pero sí haciendo arrojar al río a una treintena de ricos propietarios de su país que pasaban por liberales.

—¿Qué monstruo!—dijo Julián.

Mademoiselle de la Mole, con la cabeza inclinada y presa del más vivo interés, estaba tan cerca de él, que casi le rozaba el hombro con sus lindos cabellos.

—¿Es usted aun muy joven!—respondía Altamira—. Le decía a usted que tengo una hermana casada en Provenza; es aun bonita, joven, dulce, una excelente madre de familia, fiel a sus deberes, piadosa y no beata.

—¿Adónde querrá ir a parar?—pensaba Matilde de la Mole.

—Es feliz—continuó el conde de Altamira—, y lo era en 1815. Entonces yo estaba oculto en su casa, en una finca cerca de Antibes. Pues bien; cuando supo la ejecución del mariscal Ney, se puso a bailar.

—¿Es posible?—dijo Julián, aterrado.

—Es el espíritu de partido—repuso Altamira—. En el siglo diez y nueve ya no hay verdaderas pasiones; por eso la gente se aburre tanto en Fran-



cia. Se hacen las mayores crueldades, pero sin crueldad.

—Tanto peor—respondió Julián—. Cuando se cometen crímenes, por lo menos hay que cometerlos con placer; sólo pueden tener esto de bueno, y por esta razón quizá se pudiera llegar a justificarlos en cierto modo.

Mademoiselle de la Mole, olvidándose por completo de lo que se debía a sí misma, se había colocado casi entre Altamira y Julián. Su hermano, que le daba el brazo, acostumbrado a obedecerla, paseaba su vista por la sala, y, para no quedar mal, fingía estar detenido por la multitud.

—Tiene usted razón—decía Altamira—. Todo se hace sin entusiasmo y sin acordarse de él; hasta los mismos crímenes. En este baile se pueden citar, quizá, diez individuos que podrían ser condenados como asesinos. Ellos lo han olvidado, y el mundo también (1).

Hay algunos que se emocionan profundamente, hasta derramar lágrimas, si su perro se rompe una pata. En el Père La Chaise, cuando se cubre de flores su tumba, como dicen ustedes con tanto ingenio en París, se nos enseña que reunían todas las cualidades de los caballeros de pro y se habla de las hazañas de su bisabuelo, que figuraba en tiempos de Enrique IV. Si, a pesar de los buenos oficios del príncipe de Araceli, no me ahorcan, y puedo algún día disfrutar de mi fortuna en París,

(1) Es un descontento el que habla. (Nota de Mollète en Tartufe.)

tendré mucho gusto en invitarle a comer con ocho o diez asesinos, llenos de honores y sin remordimientos. En esa comida, usted y yo seríamos los únicos de sangre limpia; pero yo sería despreciado y casi odiado, como un monstruo jacobino y sanguinario, y usted despreciado sencillamente como hombre del pueblo, intruso en la buena sociedad.

—Nada más cierto—dijo Mlle. De la Mole.

Altamira la miró extrañado; Julián no se dignó mirarla.

—Observe usted que la revolución que yo dirigía no resultó bien—continuó Altamira—porque no quise cortar tres cabezas y distribuir entre nuestros partidarios siete u ocho millones que estaban en una caja cuya llave guardaba yo. Mi rey, que hoy arde en deseos de verme colgado, y que antes de la revuelta me tuteaba, me habría dado el gran cordón de su Orden si hubiera cortado esas tres cabezas y distribuido el dinero de dicha caja, pues entonces habría tenido, al menos, un medio éxito, y mi país hubiera logrado los mismos títulos que... Y es que el mundo es una partida de ajedrez.

—Entonces—repuso Julián, echando chispas por los ojos—no sabía usted el juego; ahora...

—¿Cortaría las cabezas, quiere usted decir, y no sería un girondino, como me daba usted a entender el otro día?... Ya le contestaré cuando haya usted matado a un hombre en duelo, cosa mucho menos fea, sin embargo, que hacerle morir a manos del verdugo.

—A fe mía—dijo Julián—, el fin justifica los medios. Si en lugar de ser un átomo tuviera alguna fuerza, no vacilaría en hacer ahorcar a tres hombres para salvar la vida de cuatro.

Sus ojos expresaban el fuego de la conciencia y el desprecio de los juicios vanos de los hombres; se cruzaron con los de Mlle. De la Mole, que estaba a su lado, y aquel desprecio, lejos de tornarse en un matiz gracioso y fino, pareció duplicarse.

Ella se sintió profundamente ofendida, pero no estuvo en sus manos olvidar a Julián, y se alejó despechada, arrastrando a su hermano.

—Voy a tomar ponche y a bailar mucho—se dijo—. Quiero elegir lo mejor que haya para hacer efecto a toda costa. Bueno, aquí está ese famoso impertinente, el conde de Fervaques.

Aceptó su invitación y bailaron.

—Se trata de ver—pensó ella—cuál de los dos es más impertinente; pero para burlarme de él es preciso que le haga hablar.

A poco, todos los demás bailarines bailaban sólo "pro formula". Nadie quería perder ninguna de las agudas réplicas de Matilde. Monsieur de Fervaques se azoraba, y no encontrando más que palabras elegantes, en vez de ideas, hacía gestos; Matilde, que estaba de mal humor, fué cruel con él, logrando hacerse un enemigo. Bailó hasta el amanecer y se retiró cansadísima. Pero, al volver a casa en el coche, las pocas fuerzas que le restaban sólo le servían para hacerla desgracia-

da. Julián la había despreciado y ella no podía despreciarle.

Julián estaba en el colmo de la dicha, arrebatado, sin darse cuenta, por la música, las flores, las mujeres bonitas, la elegancia general y, más que nada, por su imaginación, que soñaba con distinciones para él y la libertad para todos.

—¡Qué hermoso baile!—dijo al conde—. No falta nada en él.

—Falta el pensamiento—respondió Altamira.

Y su fisonomía traicionaba ese desprecio, tanto más profundo, cuanto que la educación impone el deber de ocultarlo.

—Usted lo es, señor conde. ¿Verdad que el pensamiento sigue conspirando?

—Me encuentro aquí a causa de mi nombre. Pero en estos salones se odia el pensamiento. Como no sea que no se eleve más que a la altura de una canción de zarzuela; entonces se premia. Pero al hombre que piensa, si tiene energía y novedad en sus réplicas, le llaman ustedes "cínico". ¿No es este nombre el que dieron los jueces a Courier? Le encarcelaron ustedes lo mismo que a Beranger. A todo el que se distingue un poco por su talento entre ustedes, la congregación lo entrega a la policía correccional, y la buena sociedad aplaude.

Y es que esta sociedad envejecida coloca las conveniencias por encima de todo... Nunca llegarán ustedes a elevarse más altos del valor militar: tendrán ustedes muchos Murat, pero ningún

Washington. Yo no veo en Francia más que vanidad. Un hombre que improvisa hablando, emite con facilidad un juicio imprudente, y el dueño de la casa se cree deshonrado.

A este punto, el coche del conde, que conducía a Julián, se detuvo delante del palacio de la Mole. Julián estaba enamorado de su conspirador. Altamira le había dirigido esta lisonja, hija seguramente de la más profunda convicción: "Usted no tiene la ligereza francesa y comprende el principio de "utilidad". Daba la casualidad que la antevíspera Julián había visto "Marino Faliero", tragedia de Casimiro Delavigne.

—¿No tiene Israel Bertuccio mucho más carácter que todos los nobles venecianos?—decíase nuestro plebeyo, alborotado—. Y, sin embargo, son gentes cuya nobleza se remonta al año setecientos, un siglo antes de Carlomagno, mientras que la de los que figuraban en el baile de esta noche, en casa de M. De Retz, a duras penas llegan a remontarse al siglo trece. No obstante, entre todos aquellos nobles de Venecia, tan grandes por su cuna, sólo sobresale Israel Bertuccio.

Una conspiración anula todos los títulos concedidos por los caprichos sociales. En ella, un hombre toma desde luego el puesto que le asigna su modo de hacer frente a la muerte. Hasta el talento pierde su imperio...

¿Qué sería Danton hoy, en este siglo de los Valenod y los Renal? Seguramente, ni substituto del procurador del rey...

¿Qué digo? Se habría vendido a la congregación, sería ministro; pues, después de todo, el gran Danton robó. Mirabeau también se vendió. Napoleón había robado millones en Italia, y sin ellos, la pobreza le hubiese impedido hacer nada, como a Pichegru. La Fayette es el único que no ha robado nunca ¿Hay que robar? ¿Hay que venderse?—pensó Julián.

Esta pregunta le dejó perplejo. Empleó el resto de la noche leyendo la historia de la revolución.

Al día siguiente, mientras escribía cartas en la biblioteca, seguía pensando en su conversación con el conde de Altamira.

—En realidad—decíase, después de estar mucho tiempo ensimismado—, si estos españoles liberales hubieran comprometido al pueblo por sus crímenes, no les habrían barrido tan fácilmente. Fueron niños orgullosos y charlatanes... ¡Igual que yo!—exclamó de repente Julián, como el que se despierta sobresaltado.

¿Qué he hecho meritorio que me dé derecho a juzgar a pobres diablos, que, al fin, una vez en la vida se han atrevido, han comenzado a obrar? Yo soy como el individuo que al levantarse de la mesa dice: “Mañana no comeré”; lo cual no me impedirá estar fuerte y alegre como hoy. ¡Quién sabe lo que se experimenta cuando se está a mitad de camino de una acción grande!...

Estos altos pensamientos fueron turbados por la llegada imprevista de Mlle. De la Mole a la biblioteca. Estaba él a tal punto animado por su

admiración hacia las grandes cualidades de Danton, de Mirabeau, de Carnot, que supieron no dejarse vencer, que su mirada se posó en Mlle. De la Mole, pero sin cuidarse de ella, sin saludarla, casi sin verla. Cuando por fin sus grandes ojos, tan abiertos, advirtieron su presencia, se apagó el fuego de su mirada. Mademoiselle de la Mole lo notó con amargura.

En vano Matilde le pidió un tomo de la "Historia de Francia", de Vely, que estaba en la tabla más elevada de un estante, lo cual obligaba a Julián a traer la más alta de las dos escaleras. Julián se había subido en la escalera, había buscado el libro, se lo había entregado, pero continuaba sin poder ocuparse de ella. Al llevarse de nuevo la escalera, distraído, dió un codazo a uno de los cristales de un armario; el estrépito de los pedazos al caer al suelo le despertó, por fin. Apresuróse a dar excusas a Mlle. De la Mole, queriendo ser bien educado; fué lo único que pudo conseguir. Matilde comprendió claramente que le había perturbado y que se hallaba mucho más a gusto dedicado a los pensamientos que le absorbían a su llegada que hablando con ella. Después de mirarle mucho, se marchó lentamente. Julián la veía marcharse, gozando del contraste entre la sencillez de su traje de aquel momento con la elegancia lujosa del de la víspera. La diferencia entre los dos semblantes era casi tan notable. Aquella muchacha, tan altiva en el baile del duque de Retz, tenía en este momento una mirada casi suplicante.

—Realmente—se dijo Julián—, este traje negro hace resaltar más la belleza de su cuerpo. Tiene porte de reina; pero ¿por qué va de luto? Si pregunto a alguien el motivo de ese luto, dirán que cometo una tontería más.

Julián había salido por completo de las profundidades de su entusiasmo.

—Tengo que releer todas las cartas que he escrito esta mañana. ¡Dios sabe las faltas y las equivocaciones que tendrán!

Estaba leyendo con forzada atención la primera carta, cuando oyó muy cerca de él el roce de un vestido de seda; se volvió rápidamente. Mademoiselle de la Mole estaba a dos pasos de su mesa, riéndose. Aquella segunda interrupción enfureció a Julián.

Matilde, por su parte, acababa de convencerse de que no significaba nada para aquel hombre; su risa no tenía más objeto que ocultar su turbación, y lo consiguió.

—Evidentemente, señor Sorel, debe usted estar pensando en algo muy interesante. ¿Alguna anécdota curiosa de la conspiración que nos ha enviado a París al conde de Altamira? Dígame de lo que se trata; ardo en deseos de saberlo; yo le juro que seré discreta.

Al pronunciar esta frase, ella misma se sintió extrañada. ¿Cómo? ¿Estaba suplicando a un inferior? Su azoramiento aumentó; luego añadió en tono ligero:

—¿Qué es lo que ha podido hacer de usted, de

ordinario tan frío, un ser inspirado, una especie de profeta de Miguel Angel?

Esta pregunta, viva e indiscreta, que hirió profundamente a Julián, le devolvió toda su locura.

—¿Danton hizo bien en robar?—dijo brusca- mente y con un tono que a cada momento era más arisco—. ¿Debían los revolucionarios del Piamonte y de España comprometer al pueblo mediante crímenes y dar a gentes que incluso no tuvieran mérito alguno todos los puestos del ejército, todas las cruces? ¿No hubieran temido la vuelta del rey las personas que ostentaran estas cruces? ¿Debieron exponer al pillaje el tesoro de Turín? En una palabra, señorita—añadió, acercándose a ella con un aire terrible—, el hombre que quiere hacer desaparecer de la tierra el crimen y la ignorancia, ¿debe pasar como una tromba, haciendo daño sin mirar?

Matilde sintió miedo; no pudo sostener la mirada de él y retrocedió dos pasos. Le miró un momento; luego, avergonzada de su miedo, con paso ligero salió de la biblioteca.

CAPITULO X

La reina Margarita.

¡Amor! ¡En qué locuras
consigues deleitarnos!

*(Cartas de una Religiosa
Portuguesa.)*

Julián repasó sus cartas. Cuando se oyó la campana de la comida, pensó:

Qué ridículo debo de haber resultado a los ojos de esta muñeca parisiense; ¡qué locura haberle dicho francamente en lo que estaba pensando! Aun cuando quizá no haya sido una locura tan grande. En esta ocasión, la verdad era digna de mí.

¿Y por qué venirme a interrogar sobre cosas íntimas? Esta es una indiscreción por su parte. He faltado a las conveniencias. Mis ideas sobre Danton no forman parte del servicio por el cual me paga su padre.

Al llegar al comedor, distrajóse Julián de su mal humor, viendo el luto riguroso de Mlle. De la Mole, cosa que le chocó, tanto más cuanto que ninguna otra persona de la familia iba vestida de negro.

Después de comer se le había pasado por completo el acceso de entusiasmo que le obsesionara todo el día. Por fortuna, el académico que sabía latín era uno de los comensales.

—Este es el hombre que menos se burlará de mí—dijose Julián—si, como me figuro, mi pregunta sobre el luto de Mlle. De la Mole es una tontería.

Matilde le miraba con una expresión singular.

—Esta es la coquetería de las mujeres de aquí, tal y como Mme. De Renal me la había pintado—se dijo Julián—. No he estado nada amable con ella esta mañana; no he cedido al capricho que tenía de hablar. He aumentado de valor ante su vista. Sin duda, el diablo no va perdiendo nada en esto. Luego sabrá vengarse su altivez desde-

ñosa. ¡Qué diferencia con lo que he perdido! ¡Qué sencillez, qué naturalidad encantadora! Sabía sus pensamientos antes que ella; los veía nacer; no tenía más contrario en su corazón que el miedo de perder a sus hijos, cosa razonable y natural hasta para mí mismo, que era la víctima. He sido un majadero. Las ilusiones que me hacía con París me impidieron apreciar a aquella mujer sublime.

¡Qué diferencia, Dios mío! ¿Qué es lo que encuentro aquí? Vanidad seca y orgullosa, todos los matices del amor propio y nada más.

Se levantaron de la mesa.

—No dejemos que acaparen a mi académico—dijose Julián.

Se acercó a él conforme salían al jardín, adoptó un aire dulce y sumiso, y tomó parte en su furor contra el éxito de Hernani.

—Si estuviéramos aún en el tiempo de las cartas selladas...—dijo.

—Entonces no se hubiera atrevido—exclamó el académico con un gesto a lo Talma.

A propósito de una flor, Julián citó algunas frases de las "Geórgicas" de Virgilio, y declaró que no conocía nada igual a los versos del abate De-lille. En una palabra, aduló al académico de varias maneras, después de lo cual le dijo con el aire más indiferente:

—Supongo que Mlle. De la Mole ha heredado a algún tío, y por eso lleva luto.

—¡Cómo! ¿Es usted de la casa—dijo el académico parándose en seco—y no conoce usted su

locura? Ciertamente que es extraño que su madre le permita tales cosas; pero aquí, entre nosotros, no es por la firmeza de carácter por lo que se distingue esta casa. Mademoiselle Matilde tiene más firmeza que nadie, y es la que los maneja. Hoy es ¡30 de abril!

Y el académico se calló, mirando a Julián con aire sutil. Julián sonrió lo más espiritualmente que pudo.

—¿Qué relación habrá entre llevar un vestido negro y el 30 de abril?—se decía—. Preciso es que yo sea aún más torpe de lo que pensaba.

—Le confesaré a usted...—dijo al académico, y su mirada seguía siendo interrogadora.

—Vamos a dar una vuelta por el jardín—dijo el académico, entreviendo gozoso la oportunidad de colocar una narración larga y elegante—. Pero ¿es posible que no sepa usted lo que ocurrió el 30 de abril de 1574?

—¿Dónde?—repuso Julián extrañado.

—En la plaza de la Grève.

Era tal su asombro, que estas palabras no le descubrieron nada. La curiosidad, la esperanza de un interés trágico, tan en relación con su carácter, daban a sus ojos ese brillo que con tanto gusto ve un narrador en su oyente.

Encantado el académico de encontrar un oído virgen, contó con todos sus pormenores a Julián cómo el 30 de abril de 1574, el más guapo mancebo de su siglo, Bonifacio de la Mole, y su amigo, el hidalgo piamontés Aníbal Coconasso,

fueron decapitados en la plaza de la Grève. La Mole era el amante adorado de la reina Margarita de Navarra, y “observe usted—añadió el académico—que Mlle. De la Mole se llama “Matilde Margarita”. La Mole era asimismo favorito del duque de Alençon, y amigo íntimo del rey de Navarra, luego Enrique IV, marido de su amante. El martes de Carnaval de este año de 1574, se hallaba la corte en Saint-Germain con el pobre rey Carlos IX, que se trasladó allí moribundo. La Mole quiso libertar a los príncipes sus amigos, a quienes la reina Catalina de Médicis retenía prisioneros en la corte. Hizo avanzar doscientos caballos bajo las murallas de Saint-Germain; el duque de Alençon tuvo miedo, y la Mole fué entregado al verdugo. Pero lo que conmueve a mademoiselle de la Mole, según me confesó ella misma hace siete u ocho años, cuando tenía doce, pues es una cabeza, una cabeza”...

Y el académico levantaba los ojos al cielo.

—Lo que la impresionó más de esta catástrofe política es que la reina Margarita, que estaba oculta en una casa de la plaza de la Grève, tuvo el valor de pedir al verdugo la cabeza de su amante, y a la noche siguiente, a las doce, cogió aquella cabeza, y en su coche fué a enterrarla por sus propias manos en una capilla situada al pie de la colina de Montmartre.

—¿Es posible?—exclamó Julián emocionado.

—La señorita Matilde desprecia a su hermano porque, como usted ve, no se preocupa lo más

mínimo de toda esta historia antigua y no se viste de luto el día 30 de abril. Desde esta ejecución, y para recordar la amistad íntima que uniera a la Mole y a Coconasso, el cual, como buen italiano, se llamaba Aníbal, todos los individuos de esta familia llevan este nombre. Y—agregó el académico bajando la voz—el tal Coconasso, según el mismo Carlos IX, fué uno de los más crueles asesinos del 24 de agosto de 1572... ¿Pero cómo es posible, querido Sorel, que usted, comensal de esta casa, ignorase estas cosas?

—Por esto, sin duda, es por lo que, durante la comida, Mlle. De la Mole ha llamado Aníbal a su hermano dos veces. Yo creía haber oído mal.

—Era un reproche. Es extraño que la marquesa soporte tales chifladuras... El que se case con esta muchacha, verá cosas muy interesantes.

Esta frase fué seguida de otras cuatro o cinco satíricas. La alegría y la intimidad que brillaban en los ojos del académico chocaron a Julián.

—Somos dos criados que hablan mal de sus amos—pensó—. Pero nada debe extrañarme en este hombre de academia.

Un día, Julián le había sorprendido a los pies de la marquesa de la Mole; le pedía un estanco para un sobrino suyo de provincias.

Aquella noche, una doncellita de Mlle. De la Mole, que hacía la corte a Julián, como antaño se la hiciera Elisa, le sugirió la idea de que su ama no se vestía de luto para atraer las miradas. Era

una extravagancia, hija de su carácter. Sentía un verdadero afecto por aquel la Mole, amante favorito de la reina más espiritual de su siglo, y que murió por querer dar la libertad a sus amigos. ¡Y qué amigos!: el primer príncipe de la sangre y Enrique IV.

Habitado a la perfecta naturalidad que presidía toda la conducta de Mme. De Renal, Julián sólo veía afectación en todas las mujeres de París y, por poco inclinado que estuviese a la tristeza, no encontraba nada que decirles. Mademoiselle de la Mole fué una excepción.

Comenzaba ya a no tomar por sequedad de corazón ese género de belleza que consiste en la nobleza del aspecto. Sostuvo conversaciones prolongadas con Mlle. De la Mole, quien algunas veces, después de la comida, se paseaba con él por el jardín, delante de las ventanas del salón. Ella le dijo un día que estaba leyendo la historia de Aubigné y de Brantôme.

—Lectura singular—pensó Julián—. Y la marquesa no le permite leer las novelas de Walter-Scott.

Un día le contó, con los ojos brillantes por el placer que produce la admiración sincera, el rasgo de una mujer del reinado de Enrique III, que acababa de leer en las memorias de L'Etoile. Al descubrir la infidelidad de su marido, le mató con un puñal.

El amor propio de Julián se sentía halagado. Una persona rodeada de tantos respetos, y que,

según el académico, manejaba a toda la casa, se dignaba hablarle en un tono que podía tomarse por amistoso.

—Me había equivocado—pensó Julián a poco—; no es familiaridad, sólo soy un confidente de tragedia, es la necesidad de hablar. Paso por sabio en esta familia. Me voy a leer a Brantôme, D'Aubigné, L'Etoile, para poder contestar a alguna de las anécdotas de que me habla Mlle. De la Mole. Quiero salir de este papel de confidente pasivo.

Poco a poco sus conversaciones con aquella muchacha, tan empacada al tiempo que dueña de sí misma, se hicieron más interesantes. El se olvidaba de su triste papel de plebeyo rebelde. La encontraba instruída y casi razonable. Sus opiniones en el jardín eran muy distintas de las que ostentaba en el salón. Algunas veces tenía con él un entusiasmo y una franqueza que contrastaban señaladamente con su manera de ser habitual, tan altiva y tan fría.

—Las guerras de la Liga son los tiempos heroicos de Francia—le decía ella, con los ojos centelleantes de entusiasmo y de inteligencia—. Entonces, cada uno se batía para conseguir aquello que deseaba, para que triunfase su partido, y no por ganar una cruz buenamente, como en tiempo de su emperador. Convenga usted en que entonces había menos egoísmo y pequeñez. Me gusta ese siglo.

—Y Bonifacio de la Mole fué el héroe principal—repuso él.

—Por lo menos, fué amado de un modo que debe ser muy dulce. ¿Qué mujer de hoy no sentiría horror al tocar la cabeza de su amante decapitado?

Madame de la Mole llamó a su hija. La hipocresía, para ser útil, debe ocultarse; y Julián, como vemos, había hecho a Mlle. De la Mole una medio confesión de su culto por Napoleón.

—La inmensa ventaja que tienen sobre nosotros—se dijo Julián cuando se quedó solo en el jardín—, es que la historia de sus antepasados los eleva sobre los sentimientos vulgares, y no tienen siempre que estar pensando en su subsistencia. ¡Qué miseria!—agregó con amargura—. No soy digno de razonar sobre estos grandes intereses. Mi vida no es más que una serie de hipocresías, porque no tengo mil francos de renta para pan.

—¿En qué está usted cavilando?—le dijo Matilde que volvía corriendo.

Julián estaba cansado de despreciarse. Por orgullo expresó francamente su pensamiento. Enrojecía al hablar de su pobreza a una persona tan rica. Trató de expresar con un tono orgulloso que no pedía nada. Nunca le había parecido tan bello a Matilde: le encontró una expresión de sensibilidad y de franqueza que le faltaban muy a menudo.

Poco menos de un mes después de esto, Julián se paseaba pensativo por el jardín del palacio de la Mole; pero su semblante no tenía la dureza y

la arrogancia filosófica que solía imprimir en él el sentimiento represado de su inferioridad. Acababa de acompañar hasta la puerta del salón a Mlle. De la Mole, que pretendía haberse hecho daño en un pie corriendo con su hermano.

—Se ha apoyado en mi brazo de un modo muy especial—decíase Julián—. ¿Soy un fatuo, o será que le gusto? ¡Me escucha con un aspecto tan dulce, incluso cuando le hablo de los sufrimientos de mi orgullo! Ella, tan orgullosa con todo el mundo. ¡Cómo se asombrarían en el salón si le viesen esa cara! Ciertamente no tiene con nadie esa expresión dulce y bondadosa.

Julián trataba de no exagerar esta singular amistad. La comparaba a una paz armada. Todos los días, al volverse a ver, antes de adoptar el tono casi íntimo de la víspera, se preguntaba poco más o menos:

—¿Seremos hoy amigos o enemigos?

Julián comprendía que dejarse ofender una sola vez por aquella muchacha tan altiva, sería perderlo todo. Si he de reñir con ella, más vale que sea a las primeras de cambio, defendiendo los justos derechos de mi orgullo, que no teniendo que rechazar las muestras de desprecio que seguirían al menor abandono de lo que debo a mi dignidad personal.

Algunas veces, en días de mal humor, Matilde trató de emplear con él el tono de gran dama; adoptaba una gran finura en tales tentativas; pero Julián las rechazaba rudamente.

Un día la interrumpió con brusquedad, diciéndole:

—¿Tiene Mlle. De la Mole alguna orden que comunicar al secretario de su padre? El tiene la obligación de escuchar y ejecutar sus órdenes con respeto; pero, aparte eso, no tiene que dirigirle ni una sola palabra. No le pagan para comunicarle sus pensamientos.

Aquella manera de ser, y las singulares dudas que asaltaban a Julián, hicieron desaparecer el aburrimiento que, por lo regular, encontraba en aquel salón tan magnífico; pero donde se tenía miedo de todo y donde no estaba bien visto bromear de nada.

—¡Sería gracioso que me amase! Pero que me ame o no—continuaba Julián—, tengo por confidente íntimo una muchacha de talento, delante de la cual veo temblar a toda la casa, y más que nadie al marqués de Croisenois. Este muchacho tan bien educado, tan dulce, tan valiente, y que reúne todas las condiciones de nacimiento y de fortuna que, aisladamente cualquiera de ellas, daría una gran tranquilidad a mi corazón, está enamorado de ella y será su esposo. ¡Cuántas cartas me ha hecho escribir el marqués a los notarios para arreglar el contrato! Y yo que me veo tan inferior con la pluma en la mano, a las dos horas, aquí en el jardín, triunfo de ese joven tan amable, pues, en resumen, las preferencias son visibles, directas. Quizá ella odia en él al marido futuro. Tiene bastante altanería para ello. Y

las bondades que tiene conmigo las obtengo a título de confidente inferior.

Pero no, o yo estoy loco o me hace la corte; cuanto más fino y respetuoso me muestro con ella, más me busca. Y esto podría ser un plan preconcebido, pura afectación; pero veo que sus ojos se animan cuando aparezco de improviso. ¿Saben fingir hasta ese punto las mujeres de París? ¡Qué me importa! Las apariencias me favorecen; aprovechemos las apariencias. ¡Dios mío, qué guapa es! ¡Cómo me gustan sus grandes ojos azules, vistos de cerca y mirándome como me miran con frecuencia! ¡Qué diferencia de esta primavera a la del año pasado, cuando vivía tan desgraciado y sosteniéndome a fuerza de carácter, en medio de aquellos trescientos hipócritas, malvados y necios! Yo era casi tan malo como ellos.

En los días de desconfianza, Julián pensaba:

—Esta muchacha se burla de mí. Está de acuerdo con su hermano para engañarme. ¡Pero parece que desprecia tan profundamente la falta de energía de este hermano!

—Es valiente y nada más—me dice hablando de él—; no tiene ni una idea que se atreva a salirse de la moda. Siempre soy yo quien tiene que salir a su defensa. ¡Una muchacha de diez y nueve años! ¿Se puede a esta edad ser fiel en todo momento a la hipocresía preconcebida?

Por otra parte, cuando Mlle. De la Mole fija en mí sus grandes ojos azules, con una expresión singular, el conde Norberto se aleja. Esto es sos-

pechoso. ¿No debería indignarle que su hermana distinga a un "criado" de su casa? Porque yo he oído al duque de Chaulnes hablar de mí en este sentido. Ante este recuerdo, la cólera substituía a todo otro sentimiento. ¿Será afición al viejo lenguaje en ese duque maniático?

—Bueno—continuaba Julián con ojos de tigre—, es bonita, será mía, en seguida me marcharé, y desgraciado del que me estorbe en mi huída.

Esta idea llegó a ser la única ocupación de Julián: no podía pensar en otra cosa. Se le pasaban los días como horas.

A cada instante, queriendo emplear su pensamiento en otra cosa, trataba de olvidar todo, y un cuarto de hora después, con el corazón palpitante, salía de su distracción con la cabeza loca y soñando con esta idea. ¿Me ama?

CAPITULO XI

El imperio de una muchacha.

Admiro su belleza, pero temo su ingenio.

MÉRIMÉE.

Si Julián hubiese empleado en examinar lo que pasaba en el salón el tiempo que empleaba en exagerar la belleza de Matilde, o en apasionarse contra la altivez natural en su familia, que ella olvidaba por él, hubiera comprendido en qué consistía el imperio que ejercía sobre todo el mundo. Cuando alguien molestaba a Mlle. De la Mole, ella

sabía castigarle con una burla tan mesurada, tan bien elegida, tan irreprochable en apariencia, dirigida con tanta oportunidad, que la herida se hacía más profunda a medida que se reflexionaba sobre ella. Poco a poco resultaba atroz para el amor propio ofendido. Como ella no concedía ninguna importancia a muchas cosas que eran asuntos serios para el resto de la familia, siempre resultaba indiferente a sus ojos. Los salones de la aristocracia se citan con agrado cuando se sale de ellos, pero eso es todo; la cortesía, por sí misma, sólo es algo los primeros días. Julián era una prueba de ello; después del primer encanto, el primer asombro.

La cortesía, decíase, no es más que la ausencia de la cólera que dan los malos modales. Matilde se aburría a menudo; quizá se habría aburrido en todas partes. En esos momentos, aguzar un epigrama era para ella una distracción y un verdadero placer.

Quizá para tener víctimas un poco más divertidas que sus padres, el académico y los otros cinco o seis inferiores que la cortejaban, había hecho concebir esperanzas al marqués de Croisenois, al conde de Caylus y a otros dos o tres jóvenes de lo más distinguido. Sólo eran para ella nuevos objetos de sátira.

Hemos de confesar con pena, pues queremos a Matilde, que había recibido cartas de varios de ellos, a las cuales había contestado algunas veces. Nos apresuraremos a añadir que este personaje

es una excepción en las costumbres del siglo, pues, en general, no es la falta de prudencia lo que se puede reprochar a las alumnas del noble convento del Sagrado Corazón.

Un día, el marqués de Croisenois devolvió a Matilde una carta bastante comprometedora, que recibiera de ella la víspera. Creía, mediante este acto de prudencia, avanzar en sus pretensiones. Pero precisamente lo que agradaba a Matilde en sus cartas era la imprudencia. Sentía un placer en jugar con su suerte. No le dirigió la palabra en seis semanas.

Le divertían las cartas de aquellos muchachos, aunque, según ella, todas se parecían. Siempre pintaban la pasión más profunda, la más melancólica.

—Todos son el mismo hombre irreprochable, dispuesto a partir para Palestina—decía a una prima suya—. ¿Has visto algo más soso? Y éstas serán las cartas que he de recibir toda mi vida. Sólo cambiarán de veinte en veinte años, según el género de ocupación que esté de moda. Debían de ser menos incoloras en tiempo del imperio. Entonces, todos los jóvenes del gran mundo habían presenciado o hecho acciones que “realmente” eran grandes. Mi tío, el duque de N***, estuvo en Wagram.

—¿Qué espíritu se necesita para dar un sablazo? Y cuando lo han hecho, lo comentan tan a menudo...—dijo Mlle. De Sainte Heredite, la prima de Matilde.

—Pues bien, esos relatos me agradan. Estar en una “verdadera” batalla de Napoleón, donde morirían diez mil soldados, es una prueba de valor. Exponerse al peligro eleva el alma y la salva de ese aburrimiento en que parecen sumidos mis pobres adoradores, y que además es contagioso. ¿Cuál de ellos ha tenido la idea de hacer algo extraordinario? Piensan conseguir mi mano. ¡Bonito negocio! Soy rica, y mi padre ayudará a su verno. ¡Si siquiera encontrara uno que fuese un poco divertido!

La manera de ver las cosas, viva, clara y pintoresca de Matilde, se reflejaba en su lenguaje, estropeándolo. Muchas veces, una frase suya parecía incorrecta a sus amigos, tan bien educados. Si ella hubiese estado menos a la moda, quizá hubiera llegado a confesarse que su modo de hablar tenía algo subido de color para la delicadeza femenina.

Ella, por su parte, era muy injusta con los caballeros que pululan por el bosque de Bolonia. Veía el porvenir, no con terror (esto habría sido un sentimiento vivo), sino con asco, muy raro a su edad.

¿Y qué podía desear? Fortuna, nacimiento ilustre, talento, belleza—según decían y ella creía—, todo lo había acumulado sobre ella la suerte.

Estos eran los pensamientos de la heredera más envidiada del Faubourg Saint-Germain cuando comenzó a sentir agrado en pasearse con Julián. Extrañó su orgullo y admiró la habilidad de aquel plebeyo.

—Llegará a obispo, como el abate Maury—se dijo.

A poco, la resistencia sincera y no fingida con la que nuestro héroe acogía muchas de sus ideas, la preocupó y le hizo pensar; contaba a su amiga los menores detalles de sus conversaciones, y le parecía que nunca llegaba a expresarlas con fidelidad.

Una idea la iluminó de repente:

—Tengo la dicha de amar—dijose un día con un transporte increíble de alegría—. Amo, amo; es claro como la luz. A mi edad, una muchacha joven, bella, espiritual, ¿dónde puede hallar sensaciones si no es en el amor? Por mucho que haga, no sentiré nunca amor por Croisenois, Caylus y “tutti quanti”. Son irreprochables, quizá demasiado irreprochables: me aburren.

Repasó en su imaginación todos los relatos de pasión que había leído en “Manon Lescaut”, la “Nueva Eloísa”, las “Cartas de una religiosa portuguesa”, etc., etc. Por supuesto que se trataba de las grandes pasiones; el amor ligero era indigno de una muchacha de su edad y de su alcurnia. No daba nombre de amor más que a ese sentimiento heroico que se encontraba en Francia en tiempos de Enrique III y de Bassompierre. Este amor no cedía mezquinamente ante los obstáculos, sino que empujaba a grandes cosas.

—¡Qué desgracia para mí que no haya una verdadera corte como la de Catalina de Médicis o de Luis XIII! Me siento capaz de todo lo más atre-

vido y grande del mundo. ¿Qué no haría yo con un rey, hombre de corazón, como Luis XIII, suspirando a mis pies! Le conduciría a Vendée, como suele decir el barón de Tolly, y, desde allí, reconquistaría su reino; entonces no habría más privilegios... y Julián me secundaría. ¿Qué es lo que le falta? Un nombre y fortuna. Conquistaría el nombre y haría fortuna.

A Croisenois no le falta nada, y toda su vida no será más que un duque, medio neo, medio liberal; un ser indeciso, siempre distante de los extremos, y, "por consiguiente, siempre en segundo término".

¿Cuál es la acción grande que no sea un "extremo" al emprenderla? Únicamente después de realizada, es cuando parece posible a los seres vulgares. Sí, el amor, con todos sus milagros, va a reinar en mi corazón; lo siento en el fuego que me anima. El cielo me debía este favor. No en balde ha acumulado en una sola persona todas las cualidades. Mi dicha será digna de mí. Los días de mi vida no serán en lo sucesivo monótonamente iguales unos a otros. Ya supone grandeza y audacia atreverse a amar a un hombre colocado tan lejos de mí por su posición social. Veamos: ¿continuará mereciéndome? Al primer asomo de flaqueza que observe en él, le abandono. Una muchacha de mi alcurnia y con el carácter caballeresco que me suponen (era frase de su padre), no debe conducirse como una tonta.

¿Y no haría este papel si amase al marqués de

Croisenois? Sería una nueva edición de la felicidad de mis primas, lo cual desprecio con toda mi alma. Sé de antemano todo lo que me diría el pobre marqués y todo lo que tendría que contestarle. ¿Qué es un amor que hace bostezar? Para la firma del contrato de mi boda, habría una fiesta semejante a la que se celebró cuando la más pequeña de mis primas; en ella se enternecerían los papás, si no es que se ponían de mal humor por alguna cláusula introducida la víspera por el notario de la parte contraria.

CAPITULO XII

¿Será un Danton?

Necesitar la *ansiedad* era el rasgo característico de la hermosa Margarita de Valois, mi tía, que pronto se casó con el rey de Navarra, a quien hoy vemos reinar en Francia con el nombre de Enrique IV. La necesidad de jugar constituía el secreto del carácter de esa amable princesa. Así se explican los disgustos y reconciliaciones con sus hermanos desde la edad de diez y seis años. Y ¿qué arriesga en el juego una joven? Lo más preciado: la reputación, la consideración de toda su vida.

(*Memorias del duque de Angulema, hijo natural de Carlos IX.*)

—Entre Julián y yo, nada de firma de contrato, nada de notario; todo es heroico, todo será hijo

del azar. Aparte la nobleza que le falta, es algo semejante al amor de Margarita de Valois por el joven la Mole, el hombre más distinguido de su tiempo. ¿Es culpa mía que los muchachos de la corte sean tan partidarios de las "conveniencias" y palidezcan a la sola idea de la menor aventura un poco singular? Un viajecito a Grecia o a Africa es para ellos el colmo de la audacia, y para eso tienen que ir en grupo. En cuanto se ven solos, tienen miedo, no de la lanza del beduino, sino del ridículo, y este miedo les vuelve locos.

Mi Julián, por el contrario, gusta de obrar solo. Nunca hay en este ser privilegiado la menor idea de buscar apoyo y auxilio en los demás: los desprecia, y por esto mismo no le desprecio yo a él.

Si Julián fuese noble, aun siendo pobre, mi amor no sería más que una tontería vulgar, sencillamente una unión desigual; ya no le querría; no habría en ello nada de lo que caracteriza las grandes pasiones: lo inmenso de la dificultad que vencer y la negra incertidumbre del suceso.

Mademoiselle de la Mole estaba tan preocupada con estos razonamientos, que al día siguiente, sin advertirlo, se puso a alabar a Julián delante de su hermano y de Croisenois. Su elocuencia fué tan lejos, que les chocó.

—Ten cuidado con ese joven que tiene tanta energía—exclamó su hermano—. Si vuelve la revolución, nos hará guillotinar a todos.

Ella no respondió, y apresuróse a embromar a su hermano y a Croisenois sobre el miedo que les

causaba la energía. En el fondo no es más que temer de encontrarse con lo imprevisto, de quedarse corto ante ello...

—Siempre, siempre, señores, el miedo al ridículo, monstruo que, por desgracia, murió en 1816. No hay ridículo posible—decía M. De la Mole— en un país donde existen dos partidos.

Su hija había comprendido esta idea.

—De modo, señores—decía a los enemigos de Julián—, que toda la vida estarán ustedes muertos de miedo, y al final les dirán: “No era un lobo; era sólo su sombra.”

Matilde se separó de ellos pronto. La frase de su hermano le causaba horror; la inquietó mucho; pero al día siguiente le parecía la mejor lisonja.

—En este siglo, en el que toda energía está muerta, la suya les da miedo. Le repetiré la frase de mi hermano; quiero ver qué contestación se le ocurre. Pero elegiré uno de los momentos en que sus ojos brillan. Entonces no puede mentirme.

—¡Sería un Danton!—añadió, después de un rato de ensimismamiento—. Bueno, entonces habría vuelto a empezar la revolución. ¿Y qué papel harían Croisenois y mi hermano? Ya está escrito. La resignación sublime. Serían borregos heroicos, que se dejarían sacrificar sin decir una palabra. Su único miedo, incluso a la hora de la muerte, sería parecer de mal gusto. Mi Julián saltaría la tapa de los sesos al jacobino que viniera a prenderle, a poca esperanza de salvarse que tuviera. El no tiene miedo de ser de mal gusto.

Esta última frase la puso pensativa: le despertaba recuerdos penosos y le quitó todo su atrevimiento. La tal frase le recordaba las bromas de Caylus, de Croisenois, de Luz y de su hermano. Estos señores reprochaban unánimemente a Julián su aire de "cura", humilde e hipócrita.

—Pero—repuso de repente, con la mirada brillante de alegría—la amargura y la frecuencia de sus burlas demuestran, a despecho de ellos, que es el hombre más distinguido que hemos visto este invierno. ¿Qué importan sus defectos, sus ridiculeces? Tiene grandeza, y por eso les molesta, y eso que ellos suelen ser muy buenos y muy indulgentes. El está seguro de que es pobre y de que ha estudiado para ser cura; ellos son jefes de escuadrón y no han necesitado estudiar; es más cómodo.

A pesar de todos los inconvenientes de su eterno traje negro y de su fisonomía de cura, que el pobre muchacho no tiene más remedio que aparentar, so pena de morir de hambre, su mérito les da miedo; nada más claro. Y cuando estos señores dicen alguna frase que creen fina e imprevista, ¿no miran en seguida a Julián? Lo he notado muchas veces. Y, sin embargo, saben de sobra que, si no le preguntan, no les habla jamás. Únicamente a mí me dirige la palabra, me supone con un alma más alta. A sus observaciones sólo responde lo justo para ser cortés, y en seguida vuelve a su respeto. Conmigo discute horas enteras; no está seguro de sus ideas más que cuando yo

no encuentro ninguna objeción. En fin, todo este invierno no hemos tenido violencias; sólo se trata de llamar la atención con palabras. Mi padre, hombre superior, y que llevará muy lejos la fortuna de nuestra casa, respeta a Julián. Todos los demás le odian; nadie le desprecia más que las beatas amigas de mi madre.

El conde de Caylus tenía o fingía tener una gran pasión por los caballos; se pasaba la vida en la cuadra, y muchas veces almorzaba en ella. Esta afición, unida a la costumbre de no reirse jamás, le daba mucho prestigio entre sus amigos: era el águila de aquel reducido círculo.

Cuando al día siguiente se reunió con ellos, detrás de la poltrona de Mme. De la Mole, no estando presente Julián, M. De Caylus, apoyado por Croisenois y por Norberto, atacó vivamente el buen concepto que Matilde tenía de Julián. Lo hizo venir a cuento en el instante en que vió a Mlle. De la Mole. Ella comprendió aquel homenaje desde una legua, y quedó encantada.

—Ya están todos confabulados—se dijo—contra un hombre de genio que no tiene diez luises de renta y que no puede contestar más que cuando le preguntan. Le tienen miedo con su traje negro. ¿Qué sería si llevara charreteras?

Nunca estuvo ella más elocuente. Desde los primeros ataques abrumó con sarcasmos burlones a Caylus y sus aliados. Cuando se apagó el fuego de las bromas de aquellos brillantes oficiales, dijo ella a Caylus:

—Que mañana cualquier hidalgo de las montañas del Franco Condado reconozca que Julián es su hijo natural y le dé, con su nombre, algunos miles de francos, y a las seis semanas tiene bigotes como ustedes, señores, y a los seis meses es oficial de húsares, como ustedes. Y entonces no sería ridícula la grandeza de su carácter. Les veo a ustedes reducidos, señor duque futuro, a aquella antigua preocupación: la superioridad de la nobleza de la corte sobre la nobleza de provincias. ¿Pero qué les quedaría si llevo las cosas al extremo, si se me ocurre la diablura de dar por padre a Julián un duque español, prisionero de guerra en Besançon, en tiempos de Napoleón, y que por escrúpulo de conciencia le reconoció en su lecho de muerte?

Todas aquellas suposiciones de nacimiento ilegítimo parecieron de mal gusto a Caylus y Croisenois. Esto fué lo único que vieron en los razonamientos de Matilde.

Por muy dominado que estuviese Norberto, las palabras de su hermana eran tan claras, que, adoptando un aire grave que iba muy mal, preciso es confesarlo, con su fisonomía sonriente y bondadosa, atrevióse a decir algunas palabras:

—¿Estás malo, hijo mío?—le respondió Matilde haciéndose la seria—. Preciso es que estés muy mal para responder a las bromas con discursos morales.

¡Tú haciendo moral! ¿Es que piensas solicitar una plaza de prefecto?

Matilde se olvidó pronto de la molestia del conde de Caylus, del mal humor de Norberto y la desesperación silenciosa de Croisenois. Tenía que tomar una decisión sobre una idea fatal que acababa de apoderarse de su alma.

Julián es bastante sincero conmigo—se dijo—; a su edad, en una posición inferior, desgraciado como lo es por una gran ambición, se necesita una amiga. Quizá yo soy esa amiga; pero no veo nada de amor en él. Con la audacia de su carácter me hubiese hablado de su amor.

Esta incertidumbre, esta discusión consigo misma, que desde aquel momento ocupó todos los instantes de Matilde, y para la cual encontraba nuevos argumentos cada vez que Julián le hablaba, hizo desaparecer por completo los ratos de aburrimiento que padecía.

Hija de un hombre de talento, que podía ser ministro y devolver sus bosques al clero, mademoiselle de la Mole había sido en el Sagrado Corazón objeto de las mayores adulaciones. Esta desgracia no se compensa nunca. Habían llegado a persuadirla que con sus condiciones de nacimiento, fortuna, etc., debía ser más dichosa que cualquiera otra. Esta es la causa del aburrimiento de los príncipes y de todas sus locuras.

Matilde no había podido escapar a la funesta influencia de tal idea. Por mucho talento que se tenga, a los diez años no se está en guardia contra las adulaciones de todo un convento, y, en apariencia, tan bien fundadas.

Desde el punto y hora en que hubo decidido que amaba a Julián, no se aburrió más. Todos los días se felicitaba del partido que había tomado de procurarse una gran pasión. Este entretenimiento tiene muchos peligros, pensaba; pero tanto mejor, mil veces mejor.

Sin una gran pasión languidecía de aburrimiento en el momento más hermoso de mi vida: de dieciséis a veinte años. Ya he perdido los más bellos; obligada por todo placer a oír disparatar a los amigos de mi madre, que en Coblenza, en 1792, no eran precisamente, según dicen, tan serenos como sus palabras de hoy los pintan.

Mientras estas grandes incertidumbre agitaban a Matilde, Julián no comprendía sus largas miradas, que se posaban en él. Notaba un aumento de frialdad en los modales del conde Norberto, y un nuevo acceso de altanería en los de Caylus, de Luz y de Croisenois. Pero ya estaba habituado. Tal desgracia solía ocurrirle siempre a continuación de una velada, en la que brillara más de lo conveniente a un hombre de su posición. Sin la acogida especial que le hacía Matilde, y la curiosidad que todo aquello le inspiraba, habría rehuído acompañar al jardín a aquellos jóvenes de bigotes cuando después de la comida salían escoltando a Mlle. de la Mole.

Sí, es imposible que me lo niegue—decíase Julián—; Mlle. de la Mole me mira de un modo especial. Pero hasta cuando sus bellos ojos azules, fijos en mí, se abren con más abandono, siem-

pre leo en ellos un fondo de examen, de sangre fría, de maldad. ¿Es posible que esto sea amor? ¡Qué diferencia de las miradas de madame de Renal!

Un día, después de comer, Julián, que había acompañado a M. de la Mole a su despacho, volvía rápidamente al jardín. Al acercarse, sin precaución, al grupo formado por Matilde y sus amigos, sorprendió algunas palabras dichas en voz muy alta. Estaba ella atormentando a su hermano. Julián oyó su nombre pronunciado dos veces distintamente. Apareció, todos quedaron en silencio, y vanos fueron cuantos esfuerzos hicieron por romperle. Mademoiselle de la Mole y su hermano, estaban demasiado animados para poder encontrar otro motivo de conversación. Messieurs de Caylus, de Luz y de Croisenois, y otro amigo suyo, parecieron a Julián de una indiferencia glacial. Se alejó.

CAPITULO XIII

Un complot.

Dichos inconexos, encuentrós fortuitos, transfórmanse en pruebas evidentes para un hombre de imaginación que tenga algún fuego en el corazón.

SCHILLER.

Al día siguiente volvió a sorprender a Norberto y su hermana hablando de él. A su llegada queda-

ron, como la víspera, en un silencio de muerte. Sus sospechas no tuvieron límites.

—¿Se habrían dedicado aquellos jovencitos a burlarse de mí? Es fuerza confesar que esto es mucho más probable, mucho más natural que una pretendida pasión de Mlle. De la Mole por un pobre diablo de secretario. En primer lugar, ¿tienen pasiones estas gentes? Su fuerte es engañar. Están celosos de mi pobre superioridad de palabra. Los celos son también uno de sus flacos. Todo se explica en este sistema. Mademoiselle de la Mole quiere convencerme de que me distingue sólo para ofrecermé en espectáculo a su pretendiente.

Esta cruel sospecha cambió la situación moral de Julián. La tal idea encontróse en su corazón con un comienzo de amor que le costó poco trabajo destruir. Aquel amor estaba fundado solamente en la extraña belleza de Matilde o, mejor dicho, en sus modales de reina y su admirable atavío. En esto Julián era todavía un advenedizo. Una mujer bonita del gran mundo es, según dicen, lo que más admira a un campesino de talento cuando llega a un puesto alto en la sociedad. No era, pues, el carácter de Matilde lo que hacía soñar a Julián los días anteriores. Tenía bastante buen sentido para comprender que no conocía el tal carácter. Todo lo que observaba en él podía ser simple apariencia. Por ejemplo, por nada del mundo, Matilde habría faltado a misa un domingo; casi todos los días acompañaba a su madre.

Si en el salón de la Mole algún imprudente se olvidaba del sitio en que estaba y se permitía la más ligera alusión a una broma contra los intereses, reales o supuestos, del trono o del altar, Matilde adquiría en seguida una seriedad de piedra. Su mirada, que era tan viva, recobraba la altivez impasible de un antiguo retrato de familia.

Pero Julián estaba seguro de que siempre tenía en su cuarto uno o dos volúmenes de los más filosóficos de Voltaire. El mismo solía llevarse de "ocultis" algún tomo que otro de la edición tan hermosamente encuadernada. Separando unos tomos de otros, ocultaba la falta del que se llevaba; pero pronto advirtió que otra persona leía a Voltaire. Recurrió a un ardid de seminario: colocó unos trocitos de crin en los volúmenes que supuso podían interesar a Matilde, y vió que desaparecían durante semanas enteras.

Monsieur de la Mole, molesto con su librero, que le enviaba todos los "faux Mémoires", encargó a Julián de comprar todas las novedades un poco atrevidas. Pero para que el veneno no se extendiese por la casa, el secretario tenía orden de dejar estos libros en un pequeño estante colocado en el mismo cuarto del marqués. Pronto tuvo la certeza de qué, por poco hostiles que tales libros fuesen a los intereses del trono y del altar, no tardaban en desaparecer. Ciertamente no era Norberto quien leía.

Exagerándose esta experiencia, Julián suponía a Matilde la duplicidad de Maquiavelo, y aquella

pretendida maldad era un encanto a sus ojos, quizá el único encanto moral que ella tenía. El aburrimento de la hipocresía y de los discursos de virtud le hacían caer en este extremo.

Excitaba su imaginación mucho más de lo que le empujaba su amor. Después de perderse en sueños sobre la elegancia de cuerpo de Mlle. De la Mole, el excelente gusto de su traje, la blancura de sus manos, la belleza de sus brazos, la "desenvoltura" de todos sus movimientos, era cuando se sentía enamorado. Entonces, para completar el encanto, la suponía una Catalina de Médicis. No había nada demasiado profundo y perverso para el carácter que le prestaba. Era el ideal de los Maslon, los Frilair, los Castanède, admirados por él en su juventud. Era, en una palabra, el ideal de París para él.

¿Y habrá nada más gracioso que suponer profundidad o perversidad al carácter parisiense?

—Es muy posible que este "trío" se burle de mí—pensaba Julián.

Había que conocer muy poco su carácter, para no notar la expresión sombría y fría que tomaron sus ojos al responder a los de Matilde. Una ironía amarga rechazó las seguridades de amistad que Mlle. De la Mole, extrañada, se atrevió a insinuar dos o tres veces.

Acicatado por aquel capricho repentino, el corazón de la muchacha, por naturaleza frío, tedioso, sensible al talento, se convirtió en todo lo apasionado que podía ser. Pero también había mucho or-

gullo en el carácter de Matilde, y el brotar de un sentimiento que hacía depender de otro toda su dicha, fué acompañado de una sombría tristeza.

Julián había aprendido bastante desde su llegada a París para distinguir que aquello no era la tristeza seca del aburrimiento. En vez de estar ansiosa, como otras veces, de reuniones, teatros, diversiones de todo género, más bien las huía.

La música cantada por franceses aburría de muerte a Matilde y, sin embargo, Julián, que juzgaba un deber asistir a la salida de la Opera, observó que hacía que la llevaran lo más frecuentemente posible. Creyó advertir que había llegado a perder algo de la medida perfecta que presidía todas sus acciones. Algunas veces contestaba a sus amigos con bromas insultantes a fuerza de energía. Le pareció que tomaba entre ojos al marqués de Croisenois.

—Preciso es que este muchacho ame furiosamente al dinero para que no deje plantada a esta mujer, por rica que sea—pensaba Julián—. E indignado ante los insultos dirigidos a la dignidad masculina, era doblemente frío con ella, llegando a veces hasta a contestarla con descortesía.

Por muy resuelto que estuviese a no dejarse engañar por las muestras de interés de Matilde, eran éstas tan evidentes algunos días, y Julián, que empezaba a abrir los ojos, la encontraba tan guapa, que muchas veces se veía apurado.

—La habilidad y la generosidad de estos jóvenes del gran mundo acabarían por triunfar de mi poca experiencia—se dijo—. Hay que marcharse y poner un término a esto.

El marqués le acababa de confiar la administración de unas cuantas tierras y casas que poseía en el Bas-Languedoc. Se imponía un viaje. Monsieur de la Mole consintió a disgusto. Excepción hecha de las cuestiones de alta ambición, Julián se había convertido en su "alter ego" para todo lo demás.

—En fin de cuentas, no me han atrapado—decía Julián mientras preparaba su partida—. Sean reales las burlas que Mlle. De la Mole hace a esos señores, o bien sean por inspirarme confianza, el caso es que me he divertido. Si no existe una conspiración contra el hijo del carpintero, Mlle. De la Mole es incomprensible; pero, a lo menos, lo es tanto para el marqués de Croisenois como para mí. Ayer, por ejemplo, estaba realmente de mal humor y tuve el placer de ver humillarse a un joven tan noble y tan rico como yo soy plebeyo y miserable. Este es el más hermoso de mis triunfos: él me alegrará en mi silla de posta cuando cruce las llanuras del Languedoc.

Había guardado secreto acerca de su viaje; pero Matilde sabía mejor que él que se marchaba de París al día siguiente, y por mucho tiempo. Recurrió Matilde a un gran dolor de cabeza que el aire enrarecido del salón aumentaba. Se paseó por el jardín, persiguiendo de tal modo con sus bur-

las mordaces a Norberto, el marqués de Croise-nois, Caylus, De Luz y otros muchachos que habían comido en el palacio de la Mole, que les obligó a marcharse. Mientras, miraba a Julián de un modo extraño.

—Esta mirada es quizá una comedia—pensó Julián—; pero esta respiración agitada, esta turbación... ¡Bah!—se dijo—, ¿quién soy yo para juzgar estas cosas? Se trata de lo más sublime, de lo más fino entre las mujeres de París. Esta respiración agitada, que ha estado a punto de conmovirme, la habrá aprendido con Leontina Fay, a quien tanto quiere.

Estaban solos; la conversación languidecía evidentemente.

—No; Julián no siente nada por mí—decíase Matilde, creyéndose verdaderamente desgraciada.

En el momento de despedirse, ella le apretó el brazo con fuerza.

—Esta noche recibirá usted una carta mía—le dijo con una voz tan alterada que su acento no parecía de ella.

Aquella circunstancia conmovió a Julián.

—Mi padre—continuó—estima justamente los servicios que usted le presta. “Es preciso” que no se vaya usted mañana; busque un pretexto.

Y se alejó corriendo.

Su cuerpo era encantador. Era imposible tener un pie más bonito, corría con una gracia que entusiasmó a Julián; pero ¿adivinarás cuál fué su segundo pensamiento en cuanto hubo desaparecido

del todo? Se sintió ofendido del tono imperativo en que dijo las palabras: "Es preciso". Luis XV también, en el momento de morir, se sintió vivamente molesto por las mismas palabras mal empleadas por su médico, y, sin embargo, Luis XV no era un advenedizo.

Una hora después un lacayo entregó una carta a Julián: era sencillamente una declaración amorosa.

—No hay demasiada afectación en el estilo— dijo Julián, tratando, por sus observaciones literarias, de ocultar la alegría que contraía sus mejillas y le obligaba a reírse a su pesar—. ¡Por fin, yo!—exclamó de repente, pues la pasión era demasiado fuerte para poder contenerla—. ¡Yo, pobre campesino, tengo una declaración amorosa de una gran dama!

Y luego añadió, conteniendo su alegría todo lo posible:

—Yo no he estado mal. He sabido conservar la dignidad de mi carácter. Nunca he dicho que amaba.

Después se puso a estudiar los caracteres de la bonita letra inglesa de Mlle. De la Mole; necesitaba una ocupación material para distraerse de una alegría que llegaba al delirio.

"Su marcha me obliga a hablar... Sería superior" a mis fuerzas el no verle más...".

Una idea vino a llamar la atención de Julián, como un descubrimiento, interrumpiendo el exa-

men que hacía de la carta de Matilde y aumentando su alegría.

—Se la quito al marqués de Croisenois—exclamó—; yo, que sólo digo cosas serias. ¡Y él, que es tan guapo! Tiene bigote, un uniforme vistoso, y siempre encuentra una frase espiritual y fina que colocar en el momento oportuno.

Julián tuvo unos instantes deliciosos: erraba a la ventura por el jardín, loco de felicidad.

Más tarde subió a su despacho y se hizo anunciar al marqués de la Mole que, felizmente, no había salido. Le demostró con facilidad, enseñándole algunos papeles sellados recibidos de Normandía, que el interés de los pleitos normandos le obligaba a diferir su marcha a Languedoc.

—Me alegro que no se marche usted—le dijo el marqués cuando hubieron terminado de hablar de negocios—; “me gusta verle”.

Julián salió; aquellas palabras le producían inquietud.

—Y yo voy a seducir a su hija; a hacer imposible, tal vez, su matrimonio con el marqués de Croisenois, que constituyó su ilusión; pues si no es duque, por lo menos, su hija será grande...

Julián tuvo la idea de marcharse al Languedoc, a pesar de la carta de Matilde, a pesar de las explicaciones que diera al marqués; pero aquel destello de virtud desapareció en seguida.

—¡Qué bueno soy! ¡Yo, un plebèyo, teniendo compasión de una familia de esta alcurnia! ¡Yo, a

quien el duque de Chaulnes llama criado! ¿Cómo aumenta el marqués su inmensa fortuna? Vendiendo papel cuando sabe en Palacio que al día siguiente ha de haber un golpe de Estado. Y yo, arrojado a la última fila por una Providencia madrastra; yo, a quien ha dado un corazón noble y ni siquiera mil francos de renta, es decir, ni pan, "exactamente hablando: ni pan", ¿voy a rechazar un placer que se me ofrece? ¡Un manantial límpido, que viene a apagar mi sed en el desierto abrasado de la medianía que atravieso con tanto trabajo! No seré tan burro; allá se las arregle cada uno en este desierto de egoísmo que se llama la vida.

Y recordó algunas miradas, llenas de desdén, que le dirigiera Mme. De la Mole y, sobre todo, algunas damas amigas suyas.

El placer de triunfar del marqués de Croisenois acabó por completo con el ataque de virtud.

—¡Cómo me gustaría que se enfadase! ¡Con qué seguridad le daría ahora un tajo!

Y hacía el ademán de tirarse a fondo.

—Antes era un pedante que abusaba con bajeza de un poco de valor. Después de esta carta, soy su igual.

—Sí—decíase con una voluptuosidad infinita y hablando lentamente—; los méritos del marqués y los míos se han puesto en parangón, y el pobre carpintero del Jura se ha llevado el premio.

Bueno—exclamó—, ya he encontrado la rúbrica que he de poner a mi respuesta. No vaya usted

a figurarse, señorita de la Mole, que me olvido de mi posición. Yo le haré a usted comprender y sentir que es por el hijo de un carpintero por quien hace traición a un descendiente del famoso Guy de Croisenois, que siguió a San Luis a la Cruzada.

Julián no podía contener su alegría. Se vió obligado a bajar al jardín. Su cuarto, en donde se había encerrado con llave, le parecía demasiado estrecho para respirar.

—Yo, pobre campesino del Jura—se repetía sin cesar—; yo, condenado eternamente a este triste traje negro. ¡Ay! Veinte años antes hubiese llevado uniforme como ellos. En aquella época, un hombre como yo llegaba a “general a los treinta y seis años” o lo mataban. Aquella carta que estrujaba entre sus manos le daba la actitud y la traza de un héroe. Ahora, es cierto, con este traje negro, a los cuarenta años, se tienen cien mil francos de sueldo y el cordón azul, como el señor obispo de Beauvais.

—Bueno—se dijo, riendo como Mefistófeles—, yo tengo más talento que ellos; sé elegir el uniforme de mi siglo.

Y sintió acrecentarse su ambición y su apego al traje talar.

—¡Cuántos cardenales han gobernado que nacieron más humildemente que yo! Mi compatriota Granvelle, sin ir más lejos.

Poco a poco fuése calmando la agitación de Julián; la vencía la prudencia. Se dijo, como su

maestro Tartufo, cuyo papel se sabía de memoria:

"Je puis croire ces mots un artifice honnête.

.....
*Je ne me fierais point à des propos si doux,
 Qu'un peu de ses faveurs, après quoi je soupire,
 Ne vienne m'assurer tout ce qu'ils m'ont pu dire." (1).*

(TARTUFE, acte IV, scene V.)

—Tartufo también se perdió por una mujer, y valía tanto como cualquier otro... Pueden enseñar mi respuesta... Contra esto hay un remedio—añadió, pronunciando lentamente y con el acento de la ferocidad contenida—; la comenzaré por las frases más vivas de la carta de la admirable Matilde. Sí; pero entonces, cuatro lacayos de monsieur de Croisenois pueden precipitarse sobre mí y arrebatarme el original.

No, porque voy bien armado y saben que tengo la costumbre de disparar contra los criados.

Pero figurémonos que uno es arrojado; se precipita sobre mí. Le han ofrecido cien napoleones. Lo mato o lo hiero buenamente; es lo que piden. Me meten en la cárcel muy legalmente; me juzgan, y con toda justicia y equidad por parte de los jueces, me envían a hacer compañía en Poissy a Fontan y Magalon. Allí tengo que dormir en cama redonda con cien miserables... ¿Y

(1) Puedo creer que son esas palabras un artificio honnête.
 [neste.

.....
 Yo no me fiaría de tan dulces palabras
 Sin que algunos favores, que tanto anhelo,
 Vengan a asegurarme cuanto pudieron decirme.

he de sentir compasión por esta gente?—exclamó levantándose con ímpetu—. ¿La sienten ellos hacia las gentes del tercer estado cuando se apoderan de ellas? Esta frase fué el último suspiro de su agradecimiento a M. de la Mole, que, a pesar suyo, le atormentaba hasta aquel instante.

Poco a poco, caballeros, comprendo ese rasgo de maquiavelismo. El abate Maslon o el Castañede del seminario no hubieran hecho nada mejor. Ustedes me arrebatarán la carta “provocadora” y seré el segundo tomo del coronel Caron, en Colmar.

Un momento, señores. Voy a hacer un paquetito bien lacrado con la carta fatal y se la enviaré en depósito al abate Pirard. Este es un honrado jansenista, y, como tal, al abrigo de las seducciones del presupuesto. Sí, pero abre las cartas... Entonces, ésta se la enviaré a Fouqué.

Hay que convenir en que la mirada de Julián era atroz, su fisonomía repugnante; respiraba simplemente el crimen. Era el hombre desgraciado en pugna con la sociedad entera.

—“A las armas”—exclamó Julián—. Y bajó de un salto la escalinata que daba acceso al palacio. Entró en la tiendecilla de un memorialista que había en la esquina de la calle: le asustó,

—Copie usted esto—le dijo, dándole la carta de Mlle. De la Mole.

Mientras el memorialista rasgueaba, él escribió también a Fouqué, rogándole que conservara aquel precioso depósito. Pero, díjose interrumpido.

piendo su tarea: el gabinete negro de correos abrirá mi carta y les devolverá a ustedes la que buscan...; no, eso no será, señores. Fué a comprar una biblia enorme a una librería protestante; ocultó cuidadosamente la carta de Matilde en la cubierta; hizo un paquete con todo y lo remitió por la diligencia, dirigiéndolo a uno de los obreros de Fouqué, cuyo nombre era perfectamente desconocido en París.

Hecho esto, entró gozoso en el palacio de la Mole.

—A nuestro asunto ahora—exclamó, encerrándose con llave en su cuarto y despojándose de su traje.

“¡Cómo, señorita!—escribía después a Matilde—. Es Mlle. de la Mole quien valiéndose de Arsenio, criado de su padre, hace llegar una carta, por todo extremo seductora, a manos de un pobre carpintero del Jura, sin duda para burlarse de su inocencia...” Y transcribía las frases más claras de la carta que acababa de recibir.

La suya hubiese honrado a la prudencia diplomática del caballero de Beauvoisis.

No eran más que las diez. Julián, ebrio de felicidad y encantado con la idea de su fuerza, cosa tan nueva para un pobre diablo, entró en la Opera italiana. Oyó cantar a su amigo Jerónimo. Nunca la música le había exaltado hasta tal extremo. Era un Dios.

CAPITULO XIV

Pensamientos de una muchacha.

¡Qué perplejidades! ¡Cuántas noches sin dormir! ¡Dios mío! ¡Voy a tornarme despreciable? Me despreciará él mismo. Pero parte y se aleja.

ALFRED DE MUSSET.

No había tenido que luchar poco Matilde antes de escribir. Cualquiera que fuese el comienzo de su interés por Julián, el caso es que dominó al orgullo que desde que ella se conocía reinaba soberano en su corazón. Aquella alma altiva y fría sentíase arrebatada, por primera vez, de un sentimiento apasionado. Pero si bien había logrado dominar al orgullo, aun era fiel a sus costumbres. Dos meses de lucha y de sensaciones nuevas renovaron, por decirlo así, todo su ser moral.

Matilde creía ver la dicha. Y esta visión, todopoderosa en las almas bien templadas, unidas a un talento superior, tuvo que luchar largamente con la dignidad y todos los sentimientos de los deberes vulgares. Un día se presentó en el cuarto de su madre, a las siete de la mañana, rogándole que le permitiera refugiarse en Villequier. La marquesa ni siquiera se dignó contestarla, y le aconsejó que volviera a la cama. Aquel fué el último esfuerzo de la sensatez vulgar y de la deferencia a las ideas recibidas.

El temor de obrar mal y de ofender las ideas

que consideraban sagradas los Caylus, los Luz, los Croisenois, tenía poca influencia en su alma: individuos semejantes no le parecían hechos para comprenderla; sólo les hubiera consultado si se tratase de comprar un coche ó una propiedad. Su verdadero terror consistía en que Julián pudiese estar descontento de ella.

¿Quizá él no tiene tampoco más que las apariencias de un hombre superior?

Aborrecía la falta de carácter: ésta era la sola objeción contra los jóvenes que la rodeaban. Cuanto más se burlaban con gracejo de todo lo que se aparta de la moda, o la sigue mal, creyendo seguirla bien, más perdían a sus ojos.

Eran valientes, y nada más. Y aun eso ¿de qué modo?—decíase ella—. En duelo. Pero el duelo no es más que una ceremonia. Todo lo que ha de pasar se sabe de antemano, hasta las palabras que han de pronunciarse al caer. Tendido en la yerba, y con la mano sobre el corazón, es preciso un perdón generoso para el adversario, y una frase para una bella, muchas veces imaginaria, o que va al baile el mismo día de la muerte por temor a excitar sospechas.

Arrostran el peligro al frente de un escuadrón resplandeciente de acero; pero ¿y el peligro solitario, aislado, imprevisto, verdaderamente feo?

—¡Ay!—decíase Matilde—; en la corte de Enrique III era donde se podían encontrar hombres tan grandes por el carácter como por la alcurnia. Si Julián hubiese servido a Jarnac o a

Moncontour, yo no tendría ninguna duda. En aquellos tiempos del vigor y de la fuerza, los franceses no eran muñecos. El día de la batalla era casi el de menos vacilaciones.

Su vida no estaba aprisionada, como una momia egipcia, bajo una envoltura siempre igual y común a todos. Sí, añadía; entonces acreditaba más valor retirarse sólo a las once de la noche, saliendo del palacio de Soissons, habitado por Catalina de Médicis, que hoy marchar a Argelia. La vida de un hombre era una serie de azares: ahora la civilización ha desterrado al azar; lo imprevisto no existe. Si aparece en las ideas, todas las sátiras son poco para él; si aparece en los sucesos, no hay cobardía a la que no llegue nuestro miedo. Cualquiera locura que éste nos haga cometer, siempre tiene excusa. ¡Siglo degenerado y enojoso! ¿Qué hubiera dicho Bonifacio de la Mole, si levantado de la tumba su cabeza cortada, hubiese visto en 1793 diez y siete descendientes suyos dejarse prender como borregos para ser guillotinado dos días después? La muerte era segura; pero hubiera sido de mal tono defenderse y matar un jacobino o dos por lo menos. ¡Ah! En los tiempos heroicos de Francia, en el siglo de Bonifacio de la Mole, Julián habría sido jefe de escuadrón, y mi hermano, el curita de costumbres morigeradas, con la sensatez en los ojos y la razón en la boca.

Algunos meses antes, Matilde desesperaba de encontrar un ser algo diferente del patrón co-

mún. Había experimentado algún placer permitiéndose escribir a algunos muchâchos de la buena sociedad. Este atrevimiento tan inconveniente, tan imprudente en una muchacha, podía deshonrarla a los ojos de M. De Croisenois, del duque de Chaulnes, su padre, y de todo el palacio de Chaulnes, que al ver romperse el matrimonio proyectado hubiese querido averiguar la causa. En esa época, los días en que había escrito una de estas cartas, Matilde no podía dormir. Pero las tales cartas sólo eran respuestas.

Ahora se atrevía a decir que amaba. Escribía "la primera" (¡palabra terrible!) a un hombre colocado en las últimas filas de la sociedad.

Esta circunstancia le aseguraba, caso de descubrirse, un eterno deshonor. ¿Cuál de las mujeres que venían a visitar a su madre se habría atrevido a ponerse de su parte? ¿Qué frase podrían encontrar para amortiguar el golpe del horrible desprecio de los salones?

Hablar era tremendo; pero ¡escribir!...

"Hay cosas que no se escriben"—dijo Napoleón al saber la capitulación de Bailén—. Y precisamente era Julián quien le había dicho esta frase, como si quisiera darle una lección por anticipado.

Pero todo aquello no era nada: la angustia de Matilde tenía otras causas. Olvidando el efecto horrible que haría en la sociedad, la mancha imborrable y llena de desprecio, puesto que ultrajaba a su casta, Matilde iba a escribir a un ser

de muy distinta naturaleza que los Croisenois, los Luz, los Caylus.

Lo "imprevisto" y lo profundo del carácter de Julián hubiesen asustado a cualquiera que tratase de entablar con él una relación ordinaria. ¡Y ella iba a hacerle su amante, quizá su dueño!

¿Cuáles no serán sus pretensiones, si algún día me domina por completo? Bueno, diré como Medea: "En medio de tantos peligros, me queda mi yo."

Julián no tiene veneración ninguna por la nobleza de la sangre—pensaba—. Peor sería que tampoco sintiera amor por ella.

En estos últimos momentos de lucha terrible se presentaron las ideas de orgullo femenino. Todo tiene que ser raro en la suerte de una muchacha como yo—exclamó Matilde impaciente—. En aquel instante, el orgullo inspirado en ella desde la cuna luchaba contra la virtud. Entonces fué cuando la partida de Julián vino a precipitarlo todo.

(Tales caracteres son raros, felizmente.)

Por la noche, muy tarde, Julián tuvo la malicia de hacer bajar un baúl muy pesado al cuarto del portero, valiéndose, para este menester, del lacayo que cortejaba a la doncella de Matilde. Quizá esta maniobra no dé resultado alguno—se dijo—; pero si resulta, ella creerá que me he marchado. Y se durmió muy satisfecho de aquella burla. Matilde no pegó los ojos.

Al día siguiente, muy temprano, Julián salió sin ser visto y volvió antes de las ocho.

Apenas se instaló en la biblioteca, Mlle. de la Mole apareció en la puerta. El le entregó su contestación. Creyó que era su deber hablarle; por lo menos, nada más cómodo; pero Mlle. de la Mole no quiso escucharle y desapareció. Julián quedó encantado, no sabía qué decirle.

Si todo esto no es un juego convenido con el conde Norberto, es evidente que mis miradas, llenas de frialdad, son las que han encendido el amor estrambótico que le ha ocurrido sentir por mí a esta muchacha de tan alta alcurnia. Sería más tonto de lo conveniente si me dejara arrastrar a encapricharme con esta muñeca rubia. Este razonamiento le dejó más frío y más calculador que nunca.

En la batalla que se prepara—añadió—, el orgullo de cuna será como una colina que se eleve entre ella y yo, a modo de posición militar. Allí arriba será preciso maniobrar. He hecho muy mal en quedarme en París; esta demora de mi viaje me envilece y me expone si todo esto no es más que un juego. ¿Qué peligro había en marcharse? Me burlaba de ellos, si ellos se burlan de mí, y si su interés es real, centuplicaba este interés.

La carta de Mlle. de la Mole había sido una satisfacción tan grande para la vanidad de Julián, que, aun riéndose de lo que le sucedía, había olvidado pensar seriamente en la conveniencia de su marcha.

Una de las fatalidades de su carácter era el ser extremadamente sensible a sus faltas. Muy

contrariado, casi no se ocupaba de la victoria increíble que precediera a este pequeño descalabro, cuando a eso de las nueve Mlle. De la Mole apareció en el umbral de la puerta de la biblioteca, le tiró una carta y se marchó corriendo.

—Parece que esto va a ser una novela por cartas—dijo él, recogiendo aquélla—. El enemigo hace un movimiento falso; yo voy a hacer alarde de frialdad y virtud.

Se le pedía una respuesta decisiva, con una altivez que aumentó su alegría interior. El se dió el gusto de burlarse en dos páginas de las personas que quisieran burlarse de él, y, como una chanza más, anunció al final de su carta que se marcharía al día siguiente por la mañana.

Terminada esta carta, pensó: El jardín me servirá para entregársela. Y salió. Miró a la ventana de la habitación de Mlle. De la Mole.

Estaba situada en el primer piso, al lado de las de su madre; pero había un entresuelo.

Aquel primer piso estaba tan alto, que, paseándose por la gran avenida de tilos con su carta en la mano, Julián no podía ser visto desde la ventana de Mlle. De la Mole. La bóveda que formaban los bien podados tilos, interceptaba la vista. Pero—díjose Julián malhumorado—esto es una imprudencia más; pues si se han dedicado a burlarse de mí y me ven con una carta en la mano, tendrán mis enemigos un motivo de satisfacción.

La habitación de Norberto estaba precisamente encima de la de su hermana, y si Julián salía

de la bóveda que formaban las ramas de los tilos, el conde y sus amigos podrían seguir todos sus movimientos.

Mademoiselle de la Mole apareció detrás de los cristales; él le enseñó la carta a medias; ella bajó la cabeza. En seguida, Julián subió corriendo a su cuarto, y en la escalera principal encontró casualmente a la bella Matilde, que cogió su carta con una perfecta seguridad y con los ojos sonrientes.

¡Cuánta pasión había en los ojos de la pobre Mme. De Renal—díjose Julián—, cuando después ya de seis meses de relaciones íntimas osaba recibir una carta mía! En su vida, creo yo, que me ha mirado con ojos sonrientes.

No se expresó con tanta claridad el resto de su réplica; ¿tenía vergüenza de la futilidad de los motivos? Pero también—siguió pensando—qué diferencia de la elegancia de este vestido de mañana, de la elegancia del aire. Al ver a mademoiselle de la Mole a treinta pasos de distancia, un hombre de gusto adivinaría el puesto que ocupa en la sociedad. Esto es lo que puede llamarse mérito explícito.

Siempre chanceándose, Julián no se confesaba todo su pensamiento: Mme. De Renal no tenía ningún marqués de Croisenois que sacrificarle. No tenía más rival que el innoble subprefecto M. Charcot, que se hacía llamar de Maugiron, porque ya no hay Maugirons.

A las cinco, Julián recibió una tercera carta,

que le fué lanzada desde la puerta de la biblioteca. Mademoiselle de la Mole echó a correr también esta vez. —¡Qué manía de escribir—dijo—se él, riendo—cuando se puede hablar tan cómodamente! El enemigo quiere tener cartas más, y varias, es cosa clara. Y no se apresuraba a abrir aquélla. Otras cuantas frases elegantes, pensaba; pero al leer, palideció: no había mas que ocho líneas:

“Necesito hablar con usted; es preciso que le hable; esta noche al dar la una esté usted en el jardín. Coja la escalera grande del jardinero, que está cerca del pozo, apóyela en mi ventana, y suba a mi cuarto. Hace luna: no importa.”

CAPITULO XV

¿Es un complot?

¡Ay, qué cruel es el intervalo entre la concepción de un gran proyecto y su ejecución!
¡Cuántos terrores vanos!
¡Cuánta irresolución! Trátase de la vida; de más aún: del honor.

SCHILLER.

—Esto se pone serio—pensó Julián—. Y demasiado claro—añadió, después de un rato—. Esta hermosa señorita puede hablarme en la biblioteca con entera libertad, gracias a Dios, pues el marqués, con el miedo de que le presente alguna cuenta, no parece nunca por allí. Además, M. De la Mole y el conde Norberto, las únicas personas

que entran aquí, están fuera casi todo el día; se puede fácilmente observar su entrada en la casa, y la sublime Matilde, para cuya mano no sería bastante noble un príncipe reinante, quiere que yo cometa una imprudencia abominable. Es bien claro: quieren perderme o burlarse de mí, por lo menos. Primero han querido perderme con mis cartas; pero como son prudentes, necesitan un acto claro como el día. Estos tres señoritos me creen demasiado tonto o demasiado fatuo. ¡Vamos, que subir por una escalera de mano a un piso a veinticinco pies del suelo en una noche de luna llena! Me podrían ver hasta desde las casas vecinas. ¡Qué lindo estaría encaramado en la escalera!

Julián subió a su cuarto y se puso a hacer su equipaje; estaba decidido a marcharse y no contestar siquiera. Pero aquella resolución sensata no le daba ninguna tranquilidad de espíritu. Una vez cerrado su baúl, se dijo:

—¿Y si, por casualidad, Matilde obrase de buena fe? Entonces haría ante ella el papel de un perfecto cobarde. Yo no tengo alcurnia; me faltan grandes cualidades, dinero contante y sonante; no hay en mí suposiciones halagadoras, probadas por acciones elocuentes...

Estuvo reflexionando un cuarto de hora.

—No se puede negar; quedaría ante sus ojos como un cobarde—díjose al fin—. Perdería, no solamente la persona más deslumbradora de la alta sociedad; como decían todos en el baile del duque de Retz, sino también el divino placer de ver sa-

crificar por mí al marqués de Croisenois, hijo de un duque y que llegará también a duque; un muchacho encantador que tiene todas las cualidades que a mí me faltan: talento, apostura, nacimiento, fortuna... Este remordimiento me perseguiría toda mi vida; no por ella; ¡hay tantas queridas!

...Mais il n'est qu'un un honneur! (1)

dijo el anciano D. Diego, y aquí resulta claro y evidente que cejo ante el primer peligro que se me presenta; pues el duelo con M. De Beauvoisis no fué mas que una broma. Esto es otra cosa. Puede cualquier criado matarme como si tirara al blanco; pero no es éste el mayor peligro: puedo quedar deshonorado.

—Esto se pone serio, hijito—añadió con alegría y acento gascón—. Va en ello la negra honrilla. Nunca un pobre diablo como yo, colocado tan abajo por la suerte, encontrará ocasión más bonita; tendré conquistas, pero inferiores...

Reflexionó durante mucho tiempo, paseándose a pasos precipitados y deteniéndose de cuando en cuando. En su cuarto había un magnífico busto en mármol del cardenal Richelieu, que, a su pesar, atraía sus miradas. Aquel busto parecía que le miraba de un modo severo, como reprochándole la falta de audacia, que debe ser tan natural en el carácter francés: “En tu tiempo, gran hombre, ¿habría yo dudado?”.

—Poniéndome en lo peor—se dijo al fin Julián—,

(1) Pero sólo hay un honor.

y suponiendo que todo esto sea un lazo, es bien obscuro y comprometedor para una muchacha. Ya saben que no soy hombre que se calle. Por lo tanto, tendrían que matarme; y eso era bueno en 1574, en tiempos de Bonifacio de la Mole; pero en estos de hoy no se atreverían nunca. Estas gentes no son las mismas. Mademoiselle de la Mole tiene tantas envidiosas, que, mañana, cien salones resonarían con su vergüenza; y ¡con qué fruición!

Los criados comentan entre sí las preferencias marcadas de que soy objeto; lo sé, los he oído...

Por otra parte, ¡sus cartas!..., pueden creer que las llevo sobre mí. Si me sorprendieran en su cuarto, me las arrebatarían; tendría que habérmelas con dos, tres, cuatro hombres; qué sé yo. Pero ¿de dónde sacarían estos hombres? ¿Dónde encontrar servidores discretos en París? La justicia les da miedo... ¡Demonio! ¿Quizá los mismos Caylus, Croisenois, De Luz? Este momento y la cara ridícula que yo adoptara en medio de ellos, sería lo que les sedujera. Cuidadito con la suerte de Abelardo, señor secretario.

¡Qué demonios!, señores, no se irán sin alguna señal mía; daré en la cara, como los soldados de César en Farsalia... Y las cartas puedo ponerlas en lugar seguro.

Julián copió las dos últimas, escondió las copias en un tomo de Voltaire, en la biblioteca, y llevó los originales al correo.

Cuando estuvo de vuelta, díjose con sorpresa y terror. ¿En qué locura me voy a meter? Había

pasado un cuarto de hora sin pensar despacio en su acción de la noche siguiente.

Pero si no acepto me despreciaré a mí mismo. Toda mi vida esta acción será un motivo de duda, y para mí, tal duda es el más agudo de los tormentos. ¿No lo experimenté cuando el amante de Amanda? Creo que me perdonaría mejor un crimen: una vez confesado dejaría de pensar en él.

¡Cómo! ¿Habré sido rival de un hombre que ostenta uno de los nombres más ilustres de Francia, y yo mismo, con corazón alegre, me habré declarado inferior suyo? En el fondo sería un cobarde si no acudiese. Esta palabra decide todo— exclamó Julián levantándose.— Además, es muy bonita.

Si esto no es una traición, ¡qué locura comete por mí!... Y si es una burla, ¡qué demonio, señores!, en mi mano está convertirla en algo serio, y no dejaré de hacerlo.

Pero, ¿y si me sujetan los brazos en el momento de entrar al cuarto? Pueden haber colocado algún aparato ingenioso.

Esto es como un duelo, díjose riendo; hay parada para todo—dice mi maestro de armas—; pero el Dios clemente, que quiere que se acabe, hace que uno de los dos se olvide de parar. Además, con esto puedo contestarles. Y sacó las pistolas del bolsillo, renovando el cebo, a pesar de que estaba en buenas condiciones.

Todavía quedaban muchas horas de espera, y,

para hacer algo, Julián escribió a Fouqué: "No abras la carta que te incluyo más que en el caso de un accidente, si oyes decir que me ha ocurrido algo raro. En ese caso, borra los nombres propios del manuscrito que te envío y manda hacer ocho copias, que enviarás a los periódicos de Marsella, Burdeos, Lyon, Bruselas, etc.; diez días después manda imprimir este manuscrito; envía el primer ejemplar al señor marqués de la Mole, y quince días después, una noche, arroja por las calles de Verrières los demás ejemplares."

Arreglada en forma de cuento esta especie de memoria justificativa, que Fouqué no debía abrir sino en caso de accidente, Julián procuró hacerla lo menos comprometedora que pudo para mademoiselle de la Mole; pero, con todo, pintaba muy exactamente su posición.

Acababa Julián de cerrar su paquete cuando sonó la campana de la comida, haciendo latir su corazón. Preocupado con el relato que había tramado su imaginación, estaba entregado por entero a los presentimientos trágicos. Se veía cogido por criados, agarrotado, conducido a una cueva con una mordaza en la boca. Allí un criado le vigilaba, y si el honor de la noble familia exigía que la aventura terminase trágicamente, era fácil poner un fin a todo con uno de esos venenos que no dejan rastro; entonces se corría el rumor de que se había muerto de cualquier enfermedad y se le transportaba muerto a su habitación.

Emocionado con su propia historia, como un

autor dramático, Julián tenía verdadero miedo cuando entró en el comedor. Miraba a todos aquellos criados de gran librea. Estudiaba su fisonomía. Decíase: ¿Cuáles serán los que han elegido para la expedición de esta noche? En esta familia están tan presentes los recuerdos de Enrique III, que si se creen ultrajados tendrían más decisión que otros personajes de su jerarquía. Miró a Mlle. De la Mole para ver si leía en sus ojos los proyectos de su familia; estaba pálida y tenía un semblante completamente de la Edad Media. Nunca le había hallado tal aire de grandeza; estaba realmente guapa e imponente. Casi se sintió enamorado de ella. "Pallida morte futurá"--se dijo. (Su palidez revela sus grandes propósitos.)

En vano después de comer paseó durante mucho tiempo por el jardín; Mlle. De la Mole no pareció. Hablar con ella le hubiese quitado un gran peso de su corazón en aquel momento.

¿Por qué no confesarlo? Tenía miedo. Como estaba resuelto a obrar, se abandonaba sin vergüenza a este sentimiento. Se decía: Con tal de que en el momento preciso tenga el valor necesario, ¿qué importa lo que pueda sentir ahora? Y se fué a reconocer el peso de la escalera y el sitio en que estaba.

Este es un instrumento, díjose riendo, que estoy destinado a utilizar aquí, como en Verrières. ¡Qué diferencia! Entonces, añadió con un suspiro, no me veía obligado a desconfiar de la perso-

na por quien me exponía. ¡Y qué diferencia también del peligro!

Si me hubiesen matado en los jardines de monsieur de Renal, no habría habido deshonra para mí. Con facilidad hubieran hecho inexplicable mi muerte. Aquí, ¡qué abominables relatos se harían en los salones de Chaulnes, de Caylus, de Retz, etc.; en todas partes, en una palabra! Pasaría como un monstruo a la posteridad.

Durante dos o tres años—agregó, riéndose y burlándose de sí mismo. No obstante, aquella idea le anonadaba. ¿Pero podrían justificarme? Suponiendo que Fouqué hiciera imprimir mi libelo póstumo, eso sería una infamia más. ¡Cómo! Soy recibido en una casa, colmado de bondades, y en pago a ellas y a la hospitalidad que me han prestado, imprimo un libelo contando lo que pasa, atacando el honor de las mujeres. ¡No; antes mil veces me dejaré engañar!

Aquella velada fué horrible.

CAPITULO XVI

La una de la madrugada.

El jardín era muy grande, dibujado, no hacía muchos años, con un gusto perfecto. Pero los árboles tenían más de un siglo. Había allí algo de silvestre.

MASSINGER.

Iba a escribir una contraorden a Fouqué, cuando se oyeron las once. Hizo sonar la cerradura de

la puerta de su cuarto, como si se encerrase en él. Se fué a paso de lobo a observar lo que ocurría en la casa, sobre todo en el piso cuarto, que era el que ocupaban los criados. No había nada extraordinario. Una de las doncellas de madame de la Mole tenía reunión; los criados bebían ponche alegremente. Los que así ríen, pensó Julián, no formarán parte de la expedición nocturna: estarían más serios.

Finalmente fué a colocarse en un rincón oscuro del jardín. Si su plan es ocultarse de los criados de la casa, harán saltar las tapias del jardín a las personas encargadas de sorprenderme.

Si M. de Croisenois obra con sangre fría en este asunto, comprenderá que es menos comprometedor para la muchacha con quien quiere casarse que me sorprendan antes del momento en que entre en su cuarto.

Hizo un reconocimiento militar y muy minucioso. Se trata de mi honor, pensó; si caigo en alguna torpeza, no será una excusa para mí el decir: No había pensado en ello.

El tiempo era de una serenidad desesperante. A eso de las once salió la luna; a las doce iluminaba de lleno la fachada del palacio que daba al jardín.

Está loca, decíase Julián. Al dar la una, aún había luz en las ventanas del conde Norberto. En su vida había tenido Julián tanto miedo; no veía más que los peligros de la empresa, y no sentía ningún entusiasmo.

Fué a buscar la enorme escalera; esperó cinco minutos, para dar tiempo a una contraorden, y a la una y cinco colocó la escalera contra la ventana de Matilde. Subió despacio, con la pistola en la mano, asombrado de que no le atacasen. Al acercarse a la ventana, ésta se abrió sin ruido.

—Ya está usted aquí—le dijo Matilde, muy emocionada—; estoy siguiendo sus movimientos hace una hora.

Julián estaba muy azorado; no sabía cómo conducirse; no sentía nada de amor. En su azoramiento creyó que debía ser atrevido, y trató de abrazar a Matilde.

—¡Atrás!—le dijo ella, rechazándole.

Muy contento de aquel resultado, apresuróse a echar una ojeada en derredor suyo: la luna era tan clara, que las sombras que proyectaba en el cuarto de Mlle. De la Mole eran completamente negras. Bien puede haber aquí algún hombre escondido, pensó.

—¿Qué tiene usted en el bolsillo?—le dijo Matilde, encantada de encontrar un motivo de conversación.

Ella sufría de un modo raro: todos los sentimientos de timidez y recato, tan naturales en una muchacha bien nacida, habían recobrado su imperio y eran su suplicio.

—Tengo toda clase de armas y de pistolas—respondió Julián, no menos contento de poder decir algo.

—Hay que retirar la escalera—dijo Matilde.

—Es enorme y puede romper los cristales del salón de abajo o del entresuelo.

—No es preciso romper los cristales—respondió Matilde, tratando inútilmente de tomar el tono de conversación corriente—. Lo mejor es, a mi juicio, que deje usted caer la escalera, atando una cuerda al primer peldaño. Yo tengo cuerda de todas clases aquí.

—¿Y es esto una mujer enamorada?—pensó Julián—. Se atreve a decir que me ama, y tanta sangre fría, tantas precauciones, me demuestran bien a las claras que no triunfo de M. De Croisenois, como yo creía estúpidamente, sino que no hago mas que sucederle. Pero ¡poco importa! ¿La amo, acaso? Siempre triunfaré del marqués en el sentido de que le molestará mucho el tener un sucesor, y, aun más, que su sucesor sea yo. ¡Con qué altanería me miraba ayer en el café Tortoní, afectando no reconocerme! ¡Y con qué aire perverso me saludó luego, cuando no pudo por menos!

Julián había atado la cuerda al último peldaño de la escalera y la dejaba caer despacito, abocándose mucho fuera del balcón para arreglárselas de modo que no tropezase con los cristales.

—¡Bonito momento para matarme—pensó—, si hay alguien escondido en el cuarto de Matilde!

Pero el silencio más profundo continuaba reinando por todas partes.

La escalera dió en tierra; Julián logró colocarla sobre el macizo de flores exóticas que se extendía a lo largo de la pared.

—¡Qué dirá mi madre—dijo Matilde—cuando vea destrozadas todas sus hermosas plantas!—. Hay que tirar la cuerda—añadió con la mayor sangre fría—. Si la vieran colgada del balcón, sería una circunstancia difícil de explicar.

—¿“Y yo, cómo irme”?—dijo Julián con tono bromista, afectando el modo de hablar criollo. (Una de las doncellas de la casa era de Santo Domingo.)

—“Usted irse por la puerta”—dijo Matilde, encantada de esta idea—. ¡Qué digno de mi amor es este hombre!—pensó.

Julián acababa de dejar caer la cuerda al jardín. Matilde le apretó el brazo. El creyó que era un enemigo quien le cogía y se volvió rápidamente, sacando un puñal.

Era que ella había creído oír abrir una ventana. Se quedaron inmóviles y sin respirar. La luna les daba de lleno. El ruido no se volvió a oír, y ya no tuvieron inquietud alguna.

Entonces volvió el malestar, que era grande por ambas partes. Julián se aseguró de que la puerta estaba cerrada con cerrojo; pensó en mirar debajo de la cama, pero no se atrevió. Bien hubiera podido haber escondidos dos criados. Finalmente, temió a los reproches futuros de su prudencia, y miró

Matilde era presa de todas las angustias de la más extremada timidez. Le horrorizaba su situación.

—¿Qué ha hecho usted de mis cartas?—dijo por fin.

—¡Buena ocasión para desconcertar a esos señores si están a la escucha, y evitar la batalla!— pensó Julián—. La primera, escondida en una gran Biblia protestante, salió ayer en la diligencia, y pronto estará lejos de aquí.

Hablaba con mucha claridad al entrar en estos detalles, de modo que le pudieran oír las personas acaso escondidas en los grandes armarios de caoba que no se había atrevido a registrar.

—Las otras dos están en el correo, y siguen el mismo camino que la primera.

—¡Dios mío! ¿Y para qué tantas precauciones?—dijo Matilde, extrañada.

¿Por qué he de mentir?—pensó Julián—. Y le confesó todos sus recelos.

—¡Ahora comprendo la frialdad de tus cartas!—exclamó Matilde con un tono en que se traslucía más la locura que la ternura.

Julián no advirtió este matiz. Aquel tuteo le hizo perder la cabeza, o, por lo menos, sus sospechas se desvanecieron; se atrevió a estrechar en sus brazos a aquella muchacha tan hermosa y que tanto respeto le inspiraba. Fué rechazado a medias.

Recurrió a su memoria, como en otro tiempo, en Besançon, con Amanda Binet, y recitó algunas de las más bellas frases de la nueva Eloísa.

—Tienes corazón de hombre—le respondió, sin escuchar demasiado sus frases—; he querido poner a prueba tu valor, lo confieso. Tus primeras sospechas y tu resolución te declaran más intrépido aún de lo que yo creía.

Matilde hacía esfuerzos por tutearle; estaba evidentemente más atenta a esta manera inusitada de hablar que al fondo de las cosas que decía. Aquel tuteo, despojado de toda ternura, no producía ningún placer a Julián; extrañaba la falta de felicidad, y para sentirla, recurrió a su razón. Se veía estimado por aquella muchacha tan altiva y que nunca prodigaba alabanzas. Con este razonamiento, consiguió experimentar una satisfacción de amor propio.

Pero no era, ni con mucho, aquella voluptuosidad del alma que encontrara muchas veces junto a Mme. De Renal. Sus sentimientos de este primer instante no tenían nada de tiernos. Aquello era una felicidad de ambición, y Julián era sobre todo ambicioso. Habló de nuevo de las gentes de quien sospechaba y de las precauciones que había imaginado. Mientras hablaba, estaba pensando en el modo de aprovecharse de su victoria.

Matilde, muy azorada aún, y con el aire aterrado por el paso que diera, se alegró mucho de encontrar un motivo de conversación. Hablaron del modo de volver a verse. Julián gozó con delicia del talento y el valor de que dió prueba nuevamente durante esta discusión. Tenían que habérselas con gente muy lista: el pequeño Tambeau sería seguramente un espía; pero Matilde y él tampoco eran lerdos.

¿Qué cosa más fácil que reunirse en la biblioteca para ponerse de acuerdo?

—Yo puedo andar por todas partes en la casa sin despertar sospechas—añadió Julián—. Casi hasta entrar en el cuarto de Mme. De la Mole. Era imprescindible pasar por éste para llegar al de su hija. Si Matilde prefería que llegase siempre por el balcón, se expondría a aquel pequeño peligro con el corazón ebrio de alegría.

Al escucharle, Matilde se sintió molesta por aquel aire de triunfo. ¿Es mi dueño, pues?, se dijo. Ya se sentía presa del remordimiento. Su razón se horrorizaba de la locura insigne que acababa de cometer. Si estuviese en su mano, habría hecho desaparecer a Julián y a ella misma. En los momentos en que su fuerza de voluntad hacía callar a los remordimientos, la timidez y el pudor heridos hacíanla muy desgraciada. No había previsto ni con mucho el estado angustioso en que se hallaba.

—Sin embargo, es preciso que le hable—díjose al fin. Esto no está mal; todo el mundo habla a su amante. Y entonces, por cumplir un deber, y con una ternura que estaba más bien en las palabras empleadas que en el tono de su voz, le contó las resoluciones que había tomado respecto de él en los últimos días.

Tenía decidido que si se atrevía a llegar a su cuarto valiéndose de la escalera del jardinero, como le había indicado, se le entregaría por completo. Pero jamás se han dicho cosas tan tiernas con un tono más frío y más cortés. Hasta aquel momento era una cita helada, capaz de

hacer odiar el amor. ¡Qué lección de moral para una joven imprudente! ¿Vale la pena de perder su porvenir por tal momento?

Después de larga incertidumbre, que a un observador superficial podría parecerle efecto de un odio decidido—tanto hubieron de luchar los sentimientos que una mujer se debe a sí misma, aun con una voluntad tan firme—. Matilde acabó por ser para él una amante amable.

Ciertamente todos sus transportes eran un poco “voluntarios”. El amor apasionado era más bien una copia que una realidad.

Mademoiselle de la Mole creía cumplir un deber consigo misma y con su amante. El pobre muchacho, decía ella, ha demostrado un valor extraordinario; debe ser feliz o a mí me falta carácter. Pero hubiera cambiado por una eternidad de desdicha la cruel necesidad en que se hallaba.

A pesar de la gran violencia que se hacía, fué perfectamente dueña de sus palabras. No hubo ni una reconvención, ni una palabra de arrepentimiento que vinieran a echar a perder aquella noche, que a Julián le pareció más bien rara que feliz. ¡Qué diferencia, Santo Dios, con su última estancia de veinticuatro horas en Verrières! Los buenos modales de París han hallado el secreto de fastidiarlo todo, hasta el amor—se decía a sí mismo en su injusticia extremada.

Estaba entregado a estas reflexiones dentro de uno de los grandes armarios de caoba, donde le

habían metido en cuanto se oyeron los primeros ruidos en la estancia contigua, que era la de madame de la Mole. Matilde acompañó a su madre a misa; las criadas se marcharon luego de la habitación, y Julián escapó fácilmente antes de que volviesen a reanudar sus faenas.

Montó a caballo y buscó los lugares más solitarios de uno de los bosques cercanos a París. Se sentía más asombrado que dichoso. La alegría, que de tiempo en tiempo ocupaba su alma, era como la de un subteniente, al que, después de una brillante acción, el general en jefe lo nombrase coronel: se sentía elevado a una gran altura. Todo lo que la víspera estaba por cima de él, ahora estaba a su nivel o por debajo. A medida que se alejaba, la dicha de Julián fué en aumento.

Si no había nada de ternura en su alma, era porque, por extraño que parezca, Matilde, en toda su conducta con él, había cumplido un deber. En todos los acontecimientos de aquella noche no había nada imprevisto para ella; sólo la tristeza y la vergüenza que sintiera en vez de la entera felicidad de que hablan las novelas.

¿Me habré engañado y no estaré enamorada de él?—se dijo.

CAPITULO XVII

Una espada antigua

I now mean to be serious,—It is time.
 Since laughter now-a-days is deem too serious.
 A Jest at vice by virtue's called a crime (1).

Don Juan. C. XIII.

Matilde no asistió a la comida. Por la noche estuvo un momento en el salón, pero no miró a Julián. Esta conducta le pareció rara: no conozco bien sus costumbres, pensó; ya me dará la explicación de todo esto. Sin embargo, movido por una extrema curiosidad, estudiaba la expresión del semblante de Matilde; no pudo menos de observar que era seca y dura. Evidentemente no era la misma mujer que, la noche anterior, sentía o fingía sentir transportes de dicha, demasiado excesivos para ser naturales.

Al día siguiente, al otro, la misma frialdad por su parte: no le miraba; como si no existiera. Julián, desviado por la más viva inquietud, estaba a mil leguas de las sensaciones de triunfo que le animaran el primer día. ¿Será, quizá, una vuelta a la virtud? Pero esta palabra era demasiado burguesa para la altiva Matilde.

En las situaciones ordinarias de la vida no cree en la religión—pensaba Julián—. Sólo la consi-

(1) Ahora me propongo ser serio; ya es tiempo. [seria, porque hoy por hoy hasta la misma risa se ha vuelto hasta una burla de la virtud al vicio es declarada crimen.]

dera en cuanto que es útil a los intereses de su casta.

¿Pero no puede reprocharse vivamente la falta cometida aun cuando sólo sea por simple delicadeza? Julián creía ser su primer amante.

Otras veces se decía: hay que confesar que en su manera de ser no hay nada sencillo, ingenuo, tierno: nunca la he visto más altiva. ¿Será que me desprecia? Sería muy digno de ella el lamentar lo que ha hecho por mí, solamente a causa de mi humilde cuna.

Mientras Julián, lleno de los prejuicios adquiridos en los libros y en los recuerdos de Verrières, perseguía la quimera de una amante tierna que no piensa en sí propia desde el momento en que hace feliz a su amante, la vanidad de Matilde estaba furiosa contra él.

Como hiciera más de dos meses que no se aburría, ya no le asustaba el aburrimiento; y por eso, sin pensarlo, ni por asomo, Julián había perdido su principal cualidad.

—¡Me he dado un dueño!—se decía Mlle. De la Mole, presa de la más negra preocupación—. Tiene un gran sentido del honor, es cierto; pero si pongo a prueba su vanidad, puede vengarse de mí publicando la naturaleza de nuestras relaciones.

Matilde no había tenido ningún amante, y en esta circunstancia de la vida, que da ilusiones de ternura aun a las almas más secas, era presa de las reflexiones más amargas.

—Tiene un gran imperio sobre mí, puesto que

me domina por el terror, y puede darme un castigo horrible si le saco de sus casillas.

Esta sola idea bastaba para que Mlle. De la Mole pensase en ultrajarle. El valor era la primera cualidad de su carácter. No había nada que le produjera más agitación y que la curara del fondo de aburrimiento latente como la idea de que se jugaba su existencia a cara o cruz.

Al tercer día, como Mlle. De la Mole se obstinaba en no mirarle, después de comer Julián la siguió al billar, evidentemente contrariándola.

—Vamos a ver, caballero—díjole ella con mal contenida indignación—: ¿es que cree usted haber adquirido tan grandes derechos sobre mí que pretende hablarme en contra de mi voluntad, expresada bien a las claras?... Sepa usted que nadie en el mundo ha osado tanto.

Nada más gracioso que el diálogo de aquellos dos amantes: sin notarlo se sentían animados uno contra otro del odio más profundo. Como ni uno ni otro tenían el carácter sufrido y, además, poseían hábitos de buena sociedad, no tardaron mucho en declararse mutuamente que todo había terminado entre ellos para siempre.

—Juro que guardaré el secreto eternamente—dijo Julián—, y hasta añadiré que no volveré a dirigirle a usted la palabra si no temiere dañar a su reputación con un cambio tan marcado.

Saludó con respeto y se marchó.

Cumplía lo que él creía un deber, sin mucho esfuerzo; estaba muy lejos de figurarse enamora-

do de veras de Mlle. De la Mole. Indudablemente no la amaba tres días antes, cuando ella le escondiera en el armario de caoba; pero todo cambió rápidamente en su alma desde el momento en que se creyó reñido con ella para siempre.

Su memoria cruel se complacía en recordar los menores detalles de aquella noche que tan indiferente le dejara en la realidad.

La misma noche que siguió a la riña definitiva, Julián estuvo a punto de volverse loco al verse obligado a confesarse que amaba a Mlle. De la Mole. A este descubrimiento siguió una serie de luchas crueles; todos sus sentimientos estaban revueltos.

Dos días después, en lugar de estar orgulloso con M. De Croisenois, casi le habría abrazado, deshecho en lágrimas.

La costumbre de la desgracia le dió un rasgo de buen sentido; se decidió a partir para el Languedoc; hizo su equipaje, y fué al correo.

Se sintió desfallecer cuando, llegado a la Oficina de diligencias, le dijeron que, por una casualidad, había un puesto para el día siguiente en la diligencia de Toulouse. Le tomó y volvió al palacio de la Mole a anunciar al marqués su partida.

Monsieur de la Mole había salido. Más muerto que vivo, Julián fué a esperarle a la biblioteca. ¿Qué le ocurrió al encontrar allí a Mlle. De la Mole?

Al verle aparecer, ella tomó un aire de maldad, inconfundible para él.

Arrastrado por su desgracia, extraviado por la

sorpresa, Julián tuvo la debilidad de decirle, con el tono más tierno que le salió del alma:

—¿Entonces, ya no me ama usted?

—Me horroriza la idea de haberme entregado a un cualquiera—dijo Matilde, llorando de rabia contra sí misma.

—¡“A un cualquiera”!—exclamó Julián—. Y se lanzó sobre una espada antigua de la Edad Media, que se conservaba como una curiosidad en la biblioteca.

Su dolor, que creía extremo en el momento de dirigirse a Mlle. De la Mole, se centuplicaba, a causa de las lágrimas de vergüenza que ella estaba derramando ante su vista. Se hubiera considerado el más feliz de los hombres de poder matarla.

En el momento en que, con algún esfuerzo, consiguió sacar la espada de su antigua vaina, Matilde, feliz con una sensación tan nueva, avanzó orgullosa hacia él: sus lágrimas se habían secado.

La idea del marqués de la Mole, su bienhechor, se presentó vivamente a Julián. ¡Voy a matar a su hija!, se dijo. ¡Qué horror! Hizo un movimiento para tirar la espada. Seguramente, pensó, que va a echarse a reír con esta actitud de melodrama; a esta idea debió el recobrar toda su sangre fría. Miró la hoja de la antigua espada con curiosidad, como si tratase de descubrir alguna mancha de moho; luego la envainó de nuevo, y con la mayor tranquilidad la volvió a colgar del clavo de bronce que la sostenía.

Todo este movimiento, muy lento al final, duró

acaso un minuto. Mademoiselle de la Mole le miró asombrada: ¡He estado a punto de morir a manos de mi amante!, se decía.

Tal idea la transportaba a los bellos tiempos del siglo de Carlos IX y de Enrique III.

Permanecía inmóvil ante Julián, que acababa de colocar la espada en su sitio, y le miraba con ojos en los que no quedaba ni asomo de odio. Hay que convenir en que en aquel momento estaba realmente seductora: jamás mujer alguna estuvo más lejos de parecer una muñeca parisien-se. (Esta era la gran objeción de Julián contra las mujeres de aquel país.)

Voy a caer de nuevo en una debilidad con él, pensó Matilde. Y después de una recaída, en el momento preciso en que le he hablado tan duramente, si que se creería mi señor y dueño... Y se alejó corriendo.

¡Dios mío, qué hermosa es!—dijo Julián al verla en su huída—. Esa es la mujer que, aún no hace ocho días, se arrojaba en mis brazos furiosa de amor... Y esos instantes no volverán jamás... Y tengo yo la culpa. En el momento de un acto tan extraordinario, tan interesante para mí, yo estuve casi insensible... Fuerza es confesar que he nacido con un carácter bien cobarde y bien desdichado.

Entró el marqués; Julián apresuróse a anunciarle su marcha.

—¿Adónde?

—Al Languedoc.

—Perdone; pero no será así; está usted reservado a más altos destinos, y si se va a alguna parte, será al Norte... Es más, en términos militares: le arresto en el palacio. Me obligará usted a no estar fuera nunca más de dos o tres horas; puedo necesitarle de un momento a otro.

Julián saludó y se retiró sin decir una palabra, dejando muy extrañado al marqués. No se hallaba en estado de hablar, y se encerró en su cuarto. Allí pudo exagerarse en plena libertad todo lo terrible de su suerte.

—¿De modo—pensaba—que ni alejarme puedo? ¡Dios sabe los días que el marqués me retendrá en París! ¿Qué va a ser de mí? ¡Y no tengo un amigo a quien consultar! El abate Pirard no me dejaría concluir la primera frase; el conde de Altamira me propondría afiliarme a alguna conspiración. Y, sin embargo, estoy loco; lo siento: ¡estoy loco! ¿Quién podrá guiarme? ¿Qué va a ser de mí?

CAPITULO XVIII

Momentos crueles.

¡Y me lo confiesa! ¡Y enumera las más leves circunstancias! ¡Sus bellos ojos fijos en los míos, expresan el amor que siente por otro!

SCHILLER.

Mademoiselle de la Mole, arrebatada, sólo pensaba en la dicha de haberse visto a punto de ser muerta. Llegaba hasta a decirse:

—Es digno de ser mi dueño, puesto que ha estado a punto de matarme. ¿Cuántos jóvenes de la buena sociedad haría falta fundir en uno para llegar a un movimiento tan hermoso de pasión? Hay que confesar que estaba bien guapo en el momento en que se subió a la silla para volver a colocar la espada, precisamente en la posición pintoresca que el tapicero la colocó. Después de todo, no ha sido una locura tan grande el amarle.

En aquel instante, si se hubiese presentado un medio digno de reanudar la cosa, lo hubiese aceptado con gusto.

Julián, encerrado con llave en su cuarto, era presa de la más violenta desesperación. En sus locuras pensaba arrojarse a sus pies. Si en vez de estar oculto en un lugar apartado, hubiese andado errante por la casa y el jardín, de modo que hubiera podido aprovechar las ocasiones, seguramente su horrible desgracia se habría trocado en un momento por la felicidad mayor.

Pero la habilidad que echamos de menos en él, hubiera, en cambio, excluído el movimiento sublime de coger la espada que, en este instante, era lo que le hacía tan admirable ante los ojos de Mlle. De la Mole. Este capricho, favorable a Julián, duró todo el día. Matilde se representaba una imagen encantadora de los cortos instantes en que le amara y los echaba de menos.

—En realidad—se decía—, mi pasión por ese pobre muchacho no ha durado a sus ojos más que desde la una de la noche, en que le vi lle-

gar por la escalera, con todas sus pistolas en el bolsillo, hasta las ocho de la mañana. Un cuarto de hora después, oyendo misa en Sainte-Valère, es cuando comencé a pensar que se iba a creer mi dueño y que podría tratar de hacerme obedecer por medio del terror.

Después de comer, Mlle. De la Mole, lejos de huir de Julián, le habló y le invitó de cierto modo a que la siguiese al jardín: él obedeció.

Esta prueba le faltaba. Matilde cedía, casi sin advertirlo, al amor que volvía a sentir por él. Encontraba un gran placer en pasearse a su lado; miraba con curiosidad aquellas manos que por la mañana habían cogido la espada con intención de matarla.

Después de aquel acto, después de todo lo que había pasado, no podía volver a reanudarse la antigua conversación.

Poco a poco, Matilde comenzó a hacerle confidencias íntimas del estado de su corazón. Encontraba una rara voluptuosidad en aquella conversación, y llegó a contarle los ataques de entusiasmo pasajero que había sentido por M. De Croisenois, por M. De Caylus...

—¡Cómo! ¡También por M. De Caylus!—exclamó Julián—; y en esta frase estallaban todos los celos amargos de un amante abandonado. Matilde lo juzgó así y no se sintió ofendida por ello.

Continuó torturando a Julián, detallándole sus sentimientos de otra época del modo más pintoresco y con el acento de la más íntima veracidad.

El advertía que ella pintaba lo que tenía ante sus ojos; sentía el dolor de observar que, hablando, Matilde hacía descubrimientos en su propio corazón.

El tormento de los celos no puede ir más lejos.

Sospechar que un rival es amado, ya es bastante cruel; pero oír confesar con todos sus detalles el amor que inspira a la mujer que se adora, es, sin duda, el colmo del dolor.

¡Qué castigados estaban en aquel momento, los pujos de orgullo que llevaran a Julián a creerse más que los Caylus, que los Croisenois! ¡Con qué amargura íntima y sentida se exageraba sus cualidades más pequeñas! ¡Con qué ardiente buena fe se despreciaba a sí mismo!

Matilde le parecía adorable; no hay palabra que pueda expresar el exceso de su admiración. Paseándose a su lado, observaba a hurtadillas sus manos, sus brazos, su porte de reina. Estaba a punto de caer a sus pies, abrumado de amor y de dolor, clamando piedad.

¡Y ésta criatura, tan hermosa, tan superior a todo, que me ha amado una vez, va a amar dentro de poco a M. De Caylus!

Julián no podía dudar de la sinceridad de mademoiselle de la Mole: el acento de la verdad era demasiado evidente en todo lo que decía. Para que no faltase absolutamente nada a su desdicha, hubo momentos en que Matilde, a fuerza de ocuparse de los sentimientos que en un tiempo experimentó por M. De Caylus, llegó a hablar de

él como si le amase actualmente. Y en su acento, sin duda alguna, se reflejaba el amor; Julián lo veía claramente.

Si hubiera sentido su pecho inundado de plomo derretido, es seguro que habría sufrido menos. En aquel paroxismo de dolor, ¿cómo podía adivinar el pobre muchacho que, precisamente por estar hablando con él, era por lo que mademoiselle de la Mole se complacía en recordar las veleidades de amor que hacía tiempo sintiera por M. de Caylus o M. De Luz?

Nada podría expresar las angustias de Julián. Escuchaba las confidencias detalladas del amor sentido por otros en aquella misma avenida de tilos, donde pocos días antes esperaba que diera la una para subir a su cuarto. Ningún ser humano podría soportar una desgracia más intensa.

Este género de intimidad cruel duró ocho días largos. Matilde unas veces parecía buscar las ocasiones de hablarle, otras no las rehufía; el motivo de conversación sobre el que los dos recaían, con una especie de voluptuosidad cruel, era el relato de los sentimientos que ella experimentara por otros; ella le contaba las cartas que había escrito, recordando hasta las palabras y repitiéndole frases enteras. Los últimos días dijérase que contemplaba a Julián con una especie de alegría maligna. Los dolores de él eran un vivo placer para ella.

Se ve que Julián no tenía experiencia ninguna de la vida; ni siquiera había leído novelas.

Si hubiese sido un poco menos torpe y con aplomo hubiese dicho a aquella joven, tan adorada por él y que tan extrañas confianzas le hacía: "Convenga usted en que aun cuando yo no puedo igualarme a esos señores, sin embargo usted me ama", es posible que ella se hubiese sentido feliz al verse adivinada; por lo menos el éxito habría dependido exclusivamente de la gracia con que Julián expresara su idea y del momento que eligiera para ello. En todo caso saldría, y con ventaja para él, de una situación que corría el riesgo de hacerse monótona a los ojos de Matilde.

—¡Usted no me ama ya, y yo la adoro!—dijole Julián un día, loco de amor y de sufrimiento. Aquella tontería casi era la mayor que podía cometer.

La frase disipó, en un abrir y cerrar de ojos, todo el placer que Mlle. De la Mole encontraba en hablarle del estado de su alma. Cuando salió él con aquella tontería, ella comenzaba a extrañar que, después de lo pasado, no se ofendiese con sus relatos, llegando hasta a imaginarse que quizá no la amaba ya. El orgullo ha ahogado su amor, se decía ella. No es hombre que se vea impunemente preterido a individuos como Caylus, de Luz, Croisenois, que confiesa que son tan superiores a él. No, no le volveré a ver a mis pies.

Los días anteriores, en la ingenuidad de su desdicha, Julián solía hacer el elogio de las brillantes cualidades de aquellos señores, llegando hasta a exagerarlas. Aquel matiz no escapó a

Mlle. De la Mole; le chocaba, pero no llegaba a adivinar la causa. El alma frenética de Julián, al alabar a un rival que suponía amado, simpaticizaba con su felicidad.

Su frase, tan franca, pero tan estúpida, vino a cambiar todo en un momento: Matilde, segura de ser amada, le despreció totalmente.

En el momento de decir aquella frase desdichada estaban paseándose juntos; al oirla, Matilde se marchó inmediatamente, y su última mirada expresó el más profundo desprecio. Una vez dentro del salón, no volvió a mirarle en toda la noche. Al día siguiente, este desprecio se había apoderado por entero de su corazón; ya no quedaba en él nada del estímulo que durante ocho días le había hecho sentir tanto placer en tratar a Julián como el amigo más íntimo: le molestaba verle. La sensación de Matilde llegó hasta el asco; no hay palabra para expresar el exceso de desprecio que sentía al encontrarle al paso.

Julián no había comprendido nada de lo que pasaba en el corazón de Matilde hacía ocho días; pero se dió cuenta del desprecio. Tuvo el tacto de no presentarse ante ella sino muy rara vez, y nunca la miró.

Pero no se privó en cierto modo de su presencia sin un dolor mortal. Creyó sentir que su desgracia aumentaba aún.

—La resistencia del corazón humano no puede ir más lejos—se decía—. Pasaba la vida en una ventanita del tejado del palacio, cuya persiana

estaba cerrada herméticamente, y desde allí, por lo menos, podía ver a Mlle. De la Mole cuando salía al jardín.

¿Qué experimentaba cuando, después de comer, la veía pasearse con M. De Caylus, M. De Luz o cualquiera de los otros por quienes ella le confesara haber sentido alguna inclinación en un tiempo?

Julián no tenía idea de un sufrimiento tan intenso. Estaba a punto de gritar. Aquel alma, tan bien templada, se hallaba por fin totalmente vuelta.

Le era odioso pensar en otra cosa que no fuese Mlle. De la Mole; no podía escribir ni la carta más sencilla.

—Está usted loco—le dijo el marqués.

Julián, temblando de ser descubierto, habló de enfermedad y consiguió que le creyeran. Felizmente para él, en la comida, el marqués le dió bromo con su próximo viaje. Matilde comprendió que podía ser muy largo. Hacía varios días que Julián huía de ella y los jóvenes tan lucidos, que gozaban de todo lo que faltaba a aquel individuo tan pálido y sombrío, amado un día por ella, no tenían fuerza suficiente para sacarle de su ensimismamiento.

—Una muchacha corriente—decíase ella—, hubiera buscado su preferido entre estos muchachos que atraen todas las miradas en un salón; pero una de las características del genio es no amoldar sus ideas a la forma trazada por la vulga-

ridad. Compañera de un hombre como Julián, a quien sólo falta la fortuna que yo tengo, excitaré la atención continuamente, no pasaré inadvertida en la vida. Lejos de estar siempre temiendo una revolución, como mis primas, que por miedo al pueblo no se atreven a reñir a un postillón que guía mal, tendría la seguridad de representar un papel, y un papel importante; pues el hombre que he elegido tiene carácter y una ambición sin límites. ¿Qué le falta? ¿Amigos, dinero? Yo se los doy.

Pero su pensamiento trataba a Julián un poco como a ser inferior suyo, de quien podía hacerse amar cuando quisiera.

CAPITULO XIX

La ópera bufa.

O how this spring of love resembleth
The uncertain glory of an April day;
Which now shows all the beauty of the sun
And by and by a cloud takes all away! (1)

SHAKESPEARE.

Ocupada con el porvenir y el papel singular que esperaba, Matilde llegó hasta a echar de menos las discusiones serias y metafísicas que solía tener con Julián. Fatigada de tan altos pensamientos, también echaba de menos alguna vez los momentos de dicha que encontrara a su lado; es-

(1) ¡Cuánto este brote del amor recuerda de los días de abril la mucha gloria, que ya destellan con la luz del sol o se nublan de pronto!

tos últimos recuerdos no dejaban de provocar algunos remordimientos que en ocasiones la abrumaban.

—Aun cuando se tenga una debilidad—se decía—, es digno de una muchacha como yo el no olvidar sus deberes más que por un hombre de mérito; y no se dirá que han sido sus lindos bigotes, ni su gracia montando a caballo, lo que me ha seducido, sino sus profundas discusiones sobre el porvenir que aguarda a Francia, sus ideas acerca de la semejanza que los sucesos que van a descargar sobre nosotros pueden tener con la revolución de 1688 en Inglaterra. He sido seducida—respondía a sus remordimientos—; soy una débil mujer; pero, a lo menos, no me he dejado enganar como una muñeca por las cualidades externas. Si hay una revolución, ¿por qué Julián Sorel no representaría en ella el papel de Roland y yo el de su mujer? Prefiero este papel al de Mme. De Staël. La inmoralidad de la conducta será un obstáculo en nuestro siglo. Ciertamente, no me podrán reprochar otra segunda debilidad; me moriría de vergüenza.

Las preocupaciones de Matilde no eran siempre tan serias, fuerza es confesarlo, como los pensamientos que acabamos de transcribir.

Miraba a Julián y encontraba una gracia seductora en el menor de sus actos.

Es indudable, se decía, que he conseguido destruir en él hasta la más pequeña idea de sus derechos.

El tono triste y apasionado en que el pobre muchacho me dijo aquella frase de amor, hace ocho días, lo prueba plenamente, y hay que convenir en que fué una extravagancia por mi parte el molestarme por unas palabras en las que resplandecían el respeto y la pasión. ¿No soy su mujer? Aquella frase era muy natural, y preciso es confesar que muy amable. Julián sentía amor por mí después de conversaciones interminables, en las cuales, con refinada crueldad, sólo le hablaba de las veleidades amorosas, que, inspirada por el aburrimiento de la vida que llevo, sintiera por esos jóvenes de la buena sociedad, de quienes tan celoso está. ¡Si supiera lo poco peligrosos que son para mí y lo insulsos y exactamente iguales unos a otros que me parecen a su lado!

Mientras se hacía estas reflexiones, Matilde trazaba maquinalmente rayas con un lápiz en una hoja de su álbum. Uno de los perfiles que trazó la dejó asombrada y encantada: se parecía a Julián de un modo sorprendente. Es la voz del cielo, y éste uno de los milagros del amor, se dijo transportada. Sin advertirlo, estoy haciendo su retrato.

Fuése corriendo a su cuarto, se encerró en él; con empeño trató de hacer seriamente el retrato de Julián; pero no pudo conseguirlo: el perfil que trazara maquinalmente era el que más se parecía. Matilde quedó entusiasmada, pues vió en ello una prueba evidente de pasión.

No dejó su álbum hasta que ya bastante tarde la marquesa la envió llamar para ir a la ópera italiana. Entonces sólo tuvo una idea: buscar con la vista a Julián para que su madre le comprometiera a acompañarlas.

El no apareció, y aquellas señoras no tuvieron en su palco más que seres vulgares. Durante todo el primer acto de la ópera, Matilde soñó con el hombre que amaba, con los transportes de la más viva pasión; pero en el segundo acto, una frase de amor, cantada, preciso es confesarlo, con una melodía digna de Cimarosa, penetró en su corazón. La heroína de la ópera decía: "Tengo que castigarme del exceso de amor que siento por él; le amo demasiado."

En el momento en que oyó aquella canción sublime, todo lo que había en el mundo desapareció para Matilde. Le hablaban y no respondía; la reñía su madre y apenas si podía decidirse a mirarla. Su éxtasis llegó a un estado de exaltación y de pasión comparables a las más violentas sensaciones que Julián experimentara por ella en los últimos días. La romanza, llena de una gracia divina, en qué figuraba la frase que ella encontraba tan en armonía con su situación, la ocupaba por entero cuando no pensaba directamente en Julián. Gracias a su amor por la música, fué aquella noche para Julián lo que madame de Renal era siempre que pensaba en él. El amor de cabeza tiene más encanto, sin duda, que el verdadero amor, pero sólo tiene momentos

de entusiasmo; se conoce demasiado, se juzga sin cesar, y lejos de extraviar la razón, se funda en razonamientos.

De vuelta a casa, a pesar de las observaciones de Mme. de la Mole, Matilde pretextó tener fiebre y pasó una parte de la noche repitiendo aquella romanza en el piano y cantando la letra de la célebre canción que tanto le gustara.

Devo punirmi, devo punirmi
se troppo amai, etc. (1)

El resultado de aquella noche de locura fué que creyó haber triunfado de su amor.

(Esta página perjudicará de varios modos al desgraciado autor. Las almas frías le acusarán de indecencia. El no hace la injuria a las jóvenes que brillan en los salones de París de suponer que una sola de ellas sea susceptible de los impulsos de locura que degradan el carácter de Matilde. Este personaje es completamente imaginario, y hasta puede decirse que imaginado fuera de las costumbres sociales que han de asegurar entre todos los siglos un puesto tan distinguido a la civilización del siglo XIX.

No es precisamente la prudencia lo que falta a las muchachas que han constituido el ornamento de los bailes de este invierno.

Tampoco creo que se pueda acusarlas de despreciar demasiado una fortuna brillante, caballos, hermosas propiedades y todo lo que asegura una

(1) Debo castigarme si amé demasiado.

posición agradable en el mundo. Lejos de ver sólo aburrimiento en todas estas condiciones, suelen ser, en general, objeto de los más fervientes deseos, y si hay pasión en los corazones, son ellas quien la inspira.

Tampoco es el amor el que se encarga de la fortuna de los jóvenes dotados de algún talento, como Julián, sino que suelen agarrarse con todas sus fuerzas a una camarilla, y si ésta hace fortuna, todas las cosas buenas de la sociedad llueven sobre ellos. Desgraciado del hombre de estudio que no pertenece a una camarilla, pues le reprocharán hasta los éxitos más insignificantes e inciertos, y la alta virtud triunfará robándole. ¡Cuidado, señor! Una novela es un espejo que se pasea por un camino real. Tan pronto refleja el cielo azul como el fango de los cenagales del camino. El hombre que lleva en su morral el espejo, será acusado por vosotros de inmoral. ¡El espejo refleja el fango y acusais al espejo! Acusad, más bien, a la carretera en que está el cenagal, o mejor aún, al inspector de caminos que permite que el agua se encharque y lo forme.

Y ahora, ya convenido que el carácter de Matilde es imposible en nuestro siglo, no menos prudente que virtuoso, tengo menos miedo de irritar a nadie continuando el relato de las locuras de esta amable muchacha).

Durante todo el día siguiente, estuvo espiando las ocasiones de asegurarse de su triunfo sobre su loca pasión. Su objeto principal era desagradar

en todo a Julián; pero sin dejar escapar ninguno de sus movimientos.

Julián era demasiado desgraciado y, sobre todo, estaba demasiado agitado para adivinar una maniobra tan complicada de pasión, y aun menos podía ver todo lo que había en ella de favorable para él. Pagó las consecuencias de su ceguera, pues nunca fué su desgracia tan excesiva. Tenía tan poco dominio sobre sí mismo, que si algún filósofo pesimista le hubiera dicho: "procura aprovechar rápidamente las disposiciones que te van a ser favorables; en este género de amor de cabeza, que se suele ver en París, la misma manera de ser no puede durar más de dos días", no lo habría comprendido. Pero por muy exaltado que estuviese, Julián tenía honor. Su deber primordial era la discreción, y así lo comprendió. Pedir consejo, contar su suplicio al primero que llegase, hubiera sido una dicha comparable a la del desdichado que, atravesando un desierto abrasador, recibiera una gota de agua helada del cielo. Advirtió el peligro; temió responder con un torrente de lágrimas al indiscreto que le preguntase, y se encerró en su cuarto.

Vió a Matilde, que se paseaba mucho tiempo por el jardín. Cuando se hubo marchado, bajó él y se acercó a un rosal del que ella había cogido una flor.

La noche era oscura: pudo entregarse a todo su dolor sin temor de ser visto. Para él era indudable que Mlle. De la Mole, amaba a alguno de aquellos jóvenes oficiales con los que hacía poco

hablaba tan alegremente. Y le había amado a él; pero había conocido su poco mérito.

—Efectivamente, tengo muy poco—se decía Julián, plenamente convencido—; en conjunto soy un ser muy vulgar, muy cobarde, muy fastidioso para los demás y muy insoportable para mí mismo.

Sentíase mortalmente asqueado de todas sus buenas cualidades, de todas las cosas que hasta entonces amara con entusiasmo; y, en aquel estado de “imaginación trastornada”, emprendía la tarea de juzgar la vida con su imaginación. Este error es propio de un hombre superior.

Varias veces se presentó a él la idea del suicidio: esta imagen estaba llena de encantos; era como un descanso delicioso; era el vaso de agua helada que se ofrece al desdichado que, en el desierto, se muere de calor y de sed.

—Mi muerte aumentaría el desprecio que siento por mí—exclamaba—. ¿Qué recuerdo dejaría?

Sumido en este último abismo de la desgracia, un ser humano no tiene más recurso que el valor. Julián no tuvo bastante talento para decirse: “hay que atreverse”; pero al mirar a la ventana del cuarto de Matilde, a través de las persianas, vió que apagaba la luz. Se representaba aquella habitación encantadora, que desgraciadamente sólo había visto una vez en la vida. Su imaginación no alcanzaba a más.

Dió la una. Oír el sonido de la campana y decirse: “voy a subir con la escalera”, fué cuestión de un instante.

Aquello fué un destello de genio; los razonamientos acudieron en tropel. ¿Puedo ser más desgraciado?, se dijo. Corrió donde estaba la escalera; el jardinero la había sujetado con una cadena. Con la ayuda del gatillo de una de sus pistolas, que rompió, Julián, animado en aquel momento por una fuerza sobrehumana, torció ano de los eslabones de la cadena que sujetaba la escalera, se apoderó de ella en pocos minutos y la colocó, apoyándola en la ventana de Matilde.

Se va a enfadar, me va a abrumar con su desprecio, ¿qué me importa?; le doy un beso, un último beso, subo a mi cuarto y me mato...; mis labios habrán tocado sus mejillas antes de morir.

Sube la escalera volando, llama en la persiana; después de unos minutos, Matilde le oye, quiere abrir la ventana, la escalera estorba. Julián se agarra al gancho de hierro destinado a sujetar la persiana cuando está abierta, y a riesgo de precipitarse mil veces, da una violenta sacudida a la escalera y la retira un poco. Matilde puede abrir la persiana.

Más muerto que vivo, irrumpe él en el cuarto: —¡Eres tú!— dice ella, arrojándose en sus brazos.

.....

¿Quién podrá describir el exceso de dicha de Julián? El de Matilde no fué menor.

Le hablaba contra su propia voluntad y se descubría a él.

—Castígame por mi atroz orgullo—le decía, estrechándole en sus brazos, como si fuera a ahogarle—; eres mi dueño, yo soy tu esclava; tengo que pedirte perdón de rodillas por haber querido rebelarme.

Y se separaba de sus brazos para caer a sus pies. Sí; eres mi dueño—le decía otra vez, ebria de dicha y de amor—; reina para siempre en mí; castiga severamente a tu esclava cuando quiera rebelarse.

En otro momento se arranca de sus brazos, enciende la vela, y Julián tiene que hacer un gran esfuerzo para impedir que se corte la mitad de sus cabellos.

—Quiero acordarme—le dijo ella—de que soy tu servidora. Si alguna vez un execrable orgullo viene a perturbarme, enséñame estos cabellos y dime: “Ya no se trata del amor; ya no se trata de la emoción que tu alma pueda sentir en este momento; juraste obedecerme: obedece por tu honor.”

Pero será más prudente suprimir la descripción de tales muestras de extravío y felicidad.

La virtud de Julián fué igual a su dicha.

—Es menester que me vaya por la ventana—dijo a Matilde cuando el alba comenzó a dibujar por el Oriente las lejanas chimeneas que se erguían más allá de los jardines—. El sacrificio que me impongo es digno de ti: me privo de algunas horas de la dicha mayor que un alma humana puede disfrutar; es un sacrificio que hago a tu reputación. Si conoces mi corazón, comprenderás la

violencia que me hago. ¿Serás siempre para mí lo que en este momento? Pero el honor se impone, y esto basta. Has de saber que, después de nuestra primera entrevista, no todas las sospechas han sido contra los ladrones. Monsieur de la Mole ha hecho montar una guardia en el jardín; M. De Croisenois está rodeado de espías, se sabe lo que hace todas las noches...

A esta idea Matilde rió a carcajadas. Su madre y una doncella de servicio se despertaron; de repente comenzaron a hablarle del otro lado de la puerta. Julián la miró, ella palideció mientras reñía a la doncella, y no se dignó dirigir la palabra a su madre.

—Pero si se las ocurre abrir la ventana verán la escalera—dijo Julián.

La estrechó una vez más en sus brazos, se lanzó a la escalera y, deslizándose más bien que bajando, en un momento estuvo en el suelo.

Tres segundos más tarde la escalera estaba bajo la avenida de tilos y el honor de Matilde a salvo. Julián, ya pensando en sí, se encontró ensangrentado y casi desnudo; se había herido al dejarse caer sin precaución.

El exceso de felicidad le había devuelto toda la energía de su carácter; a veinte hombres que se hubieran presentado, atacarles él solo en aquel momento, no hubiera sido sino un placer más. Felizmente no fué puesta a prueba su virtud militar; dejó la escalera en su sitio, colocó nuevamente la cadena que la sujetaba, y no olvidó

disimular la huella que la escalera había dejado en el macizo de flores exóticas, bajo la ventana de Matilde.

Mientras, en la obscuridad, Julián pasaba su mano por la tierra blanda para asegurarse de que la huella había desaparecido por completo, sintió que algo caía sobre sus manos: era una de las trenzas de Matilde que ésta se había cortado y se la arrojaba.

Ella estaba en la ventana.

—Eso que te envía tu sierva—le dijo en voz bastante alta—, es un signo de obediencia eterna. Renuncio al ejercicio de mi razón, sé tú mi dueño.

Julián, vencido, estuvo a punto de volver a buscar la escalera y subir a su cuarto; pero la razón se impuso.

Entrar en la casa desde el jardín no era cosa fácil. Consiguió forzar la puerta de un sótano. Una vez en la casa, vióse obligado a echar abajo, lo más silenciosamente que pudo, la puerta de su cuarto; pues, en su azoramiento, se había dejado en la habitación, que acababa de abandonar tan rápidamente, hasta la llave, que estaba en el bolsillo de su traje.

—¡Con tal—pensó—que a ella se le ocurra esconder todos esos despojos mortales!

Por fin, la fatiga pudo más que la felicidad y, al salir el sol, cayó en un profundo sueño.

La campana del almuerzo despertóle con dificultad. Se presentó en el comedor. A poco apareció

Matilde. El orgullo de Julián tuvo un momento muy dichoso al ver el amor que se pintaba en los ojos de aquella persona tan hermosa y rodeada de tantos homenajes; pero no pasó mucho tiempo sin que su prudencia se sintiese alarmada.

So pretexto del poco tiempo que tuviera para peinarse, Matilde había arreglado sus cabellos de modo que Julián pudiera advertir al primer golpe de vista toda la extensión del sacrificio que le hiciera al cortarlos la noche precedente. Si algo hubiera podido afean una cara tan bonita, seguramente Matilde lo habría conseguido; todo un lado de sus hermosos cabellos rubio ceniza había sido cortado a media pulgada de la cabeza.

En el almuerzo, toda la conducta de Matilde respondió a esta primera imprudencia. Se hubiera dicho que se imponía el deber de decir a todo el mundo su loca pasión por Julián. Afortunadamente, aquel día M. De la Mole y la marquesa estaban muy ocupados con una nueva promoción de cordones azules que se preparaba, y en la que no figuraba M. De Chaulnes. Hacia el fin de la comida ocurrió que Matilde, que estaba hablando con Julián, le llamó "mi dueño". Se ruborizó hasta el blanco de los ojos.

Sea casualidad o hecho de propósito, el caso es que Mme. De la Mole no dejó sola un minuto aquel día a Matilde. Por la noche, al trasladarse del comedor al salón, encontró un momento para decir a Julián:

—¿Vas a creer que es un pretexto mío? Mamá

ha decidido que una de sus doncellas duerma en mis habitaciones.

Aquel día pasó como un relámpago. Julián estaba en el colmo de la dicha. Al día siguiente, a las siete de la mañana, ya estaba instalado en la biblioteca, esperando que Mlle. de la Mole se dignase aparecer; le había escrito una carta interminable.

No la vió hasta muchas horas después; en el almuerzo. Iba peinada con sumo cuidado: un arte maravilloso habíase encargado de ocultar la falta de los cabellos cortados. Miró dos o tres veces a Julián, pero con ojos tranquilos y corteses: no era caso de llamarle "mi dueño".

El asombro de Julián le quitaba la respiración... Matilde se reprochaba casi todo lo que había hecho por él.

Reflexionando maduramente, había decidido que era un ser, si no absolutamente vulgar, por lo menos que no sobrepasaba lo suficiente de la línea para merecer todas las extrañas locuras que ella se atreviera a cometer por él. En resumen: no pensaba en el amor; aquel día estaba cansada de amar.

En cuanto a Julián, los movimientos de su corazón fueron los de un niño de diez y seis años. La duda horrible, el asombro, la desesperación, le ocuparon alternativamente durante aquel almuerzo que le pareció interminable.

En cuanto pudo levantarse de la mesa sin desentonar, se lanzó, más bien que corrió, a la cua-

dra, ensilló por su mano un caballo y salió al galope; temía deshonrarse con alguna debilidad.

—Tengo que matar mi corazón a fuerza de cansancio físico— se decía galopando por los bosques de Meudon—. ¿Qué he hecho, qué he dicho para caer en tal desgracia?

Hoy no debo hacer nada, ni decir nada—pensó al volver al palacio—, sino estar muerto en lo físico como lo estoy en lo moral. Julián no vive; en su cadáver que se agita aún.

CAPITULO XX

El jarrón japonés.

Su corazón no abarca en un principio toda la extensión de su desgracia; está más turbado que conmovido. Pero vuelve la razón y siente entonces lo hondo de su desdicha. Cuantos placeres hay en la vida son ya nulos para él. Sólo percibe los agujones de la desesperación que desgarran su pecho. Pero ¿a qué hablar de dolores físicos? ¿Qué dolor del cuerpo es comparable a éste?

JEAN PAUL.

Tocaban a comer. Julián tuvo el tiempo justo de vestirse. Encontró en el salón a Matilde, que insistía con M. De Croisenois y con su hermano para que se comprometieran a no ir a pasar la velada a Suresnes, a casa de la mariscala de Fer-vaques.

Difícilmente se podría ser más seductora y más

amable para ellos. Después de comer se presentaron de Luz, de Caylus y varios amigos suyos. Se hubiese dicho que Mlle. De la Mole había recobrado, con el culto del cariño paternal, el de las más escrupulosas conveniencias. Aun cuando aquella noche hacía un tiempo espléndido, ella insistió en no salir al jardín; quiso que no se alejasen de la poltrona en que estaba sentada madame de la Mole. El sofá azul fué el centro del grupo, como en invierno.

Matilde tenía antipatía al jardín, o, por lo menos, le parecía perfectamente enojoso; estaba unido al recuerdo de Julián.

La desgracia amengua la perspicacia. Nuestro héroe cometió la torpeza de detenerse cerca de aquella sillita de paja que fuera testigo de los brillantes triunfos de otro tiempo. Hoy nadie le dirigió la palabra; su presencia parecía pasar inadvertida o algo peor aún. Los amigos de mademoiselle de la Mole, que estaban colocados cerca de él, al extremo del sofá, afectaban en cierto modo volverle la espalda; por lo menos, a él se le figuró.

—Es una desgracia de corte—pensó—, y quiso estudiar un instante a las personas que pretendían abrumarle con su desdén.

El tío de M. De Luz desempeñaba un alto cargo cerca del rey; de aquí que este lindo oficial colocase al principio de su conversación con cada interlocutor que se presentaba, esta particularidad interesante; su tío habíase puesto en camino

hacia Saint-Cloud a las siete, y pensaba dormir allí. Este detalle era traído siempre con la apariencia de la mayor sencillez, pero siempre llegaba.

Observando a M. De Croisenois con la mirada severa de la desgracia, Julián advirtió la extremada influencia que este joven suponía a las causas ocultas; a tal punto, que se entristecía y se malhumoraba si veía atribuir a una causa sencilla y natural un suceso importante.

—Eso es un punto de locura—dijose Julián—. Este carácter tiene una gran relación con el del emperador Alejandro, tal y como me lo ha descrito el príncipe Korasoff.

Durante el primer año de su estancia en París, el pobre Julián, recién salido del seminario, alucinado por las gracias tan nuevas para él de todos aquellos muchachos amables, sólo había podido admirarlos. Su verdadero carácter se dibujaba muy ligeramente a sus ojos.

—Estoy haciendo aquí un papel indigno—dijose de repente.

Y trató de dejar su sillita de paja de un modo que no fuera demasiado torpe. Quiso inventar, pidió algo nuevo a su imaginación, ocupada en otra parte. Era preciso recurrir a la memoria, y la suya, fuerza es confesarlo, era poco rica en recursos de este género. El pobre muchacho tenía aún muy poca costumbre; así es que fué de una torpeza absoluta y notada por todos cuando se levantó para marcharse del salón. Era demasiado evidente la desgracia en su traza y maneras.

Estaba representando, hacía tres cuartos de hora, el papel de un importuno inferior, al cual nadie se toma la pena de ocultar lo que piensan de él.

Las observaciones críticas que acababa de hacer sobre sus rivales le impidieron, sin embargo, tomar su desgracia muy por lo trágico; para sostener su orgullo tenía el recuerdo de lo ocurrido la antevíspera, y pensaba, al salir solo al jardín:

—Por muchas que sean sus ventajas sobre mí, Matilde no ha sido para ninguno de ellos lo que dos veces se ha dignado ser para mí.

Su sensatez no fué más lejos. No comprendía en modo alguno el carácter de la persona singular que el destino acababa de hacer dueña absoluta de toda su felicidad.

Al día siguiente sólo se ocupó en rendirse y rendir a su caballo. Por la noche no intentó acercarse al sofá azul, al que Matilde siguió fiel. Observó que el conde Norberto ni siquiera se dignó mirarle al encontrarle por la casa.

—Debe de hacerse una gran violencia—pensó—, él que es tan bien educado por naturaleza.

Para Julián habría sido una felicidad el sueño. A despecho de la fatiga física, los recuerdos demasiado seductores comenzaban a invadir su imaginación. No tuvo el talento de comprender que con sus grandes caballadas por los bosques de los alrededores de París, que sólo obraban en su espíritu y en modo alguno en el de Matilde, ni en su corazón, dejaba al azar el disponer de su suerte.

Juzgaba que una cosa llevaría a su dolor un alivio infinito: hablar a Matilde. Y, sin embargo, ¿qué se atrevería a decirle?

En esto estaba pensando, ensimismado profundamente, una mañana, a las siete, cuando de pronto la vió entrar en la biblioteca.

—Sé, caballero, que desea usted hablarme.

—¡Dios santo! ¿Quién se lo ha dicho a usted?

—Lo sé. ¡Qué le importa! Si no tiene usted honor, puede perderme, o, por lo menos, intentarlo; pero este peligro, que no creo real, no me impedirá ser sincera. No le amo a usted ya; mi loca imaginación me ha engañado...

Ante aquel golpe terrible, Julián, loco de amor y de dolor, trató de justificarse. Nada más absurdo. ¿Hay alguien que se justifique de no gustar? Pero la razón no tenía ningún imperio sobre sus actos. Un instinto ciego le empujaba a retrasar la decisión de su suerte. Le parecía que mientras hablase no se acabaría todo. Matilde no escuchaba sus palabras; su sonido le irritaba; no concebía que tuviese la audacia de interrumpirla.

Los remordimientos de la virtud y los del orgullo la hacían aquella mañana igualmente desgraciada. Estaba en cierto modo anonadada, por la espantosa idea de haber concedido derechos sobre ella a un curita, hijo de un campesino.

—Es casi lo mismo—se decía en los momentos en que exageraba su desgracia, que si tuviera que reprocharme una debilidad con uno de los lacayos.

En los caracteres atrevidos y orgullosos no hay

más que un paso entre la cólera contra sí mismos y el enfurecimiento contra los demás; los transportes de furor son, en tal caso, un vivo placer.

En un instante, Mlle. De la Mole llegó al punto de abrumar a Julián con las más excesivas muestras de desprecio. Tenía ella mucho talento, y este talento triunfaba en el arte de torturar el amor propio de los demás e infligirle crueles heridas.

Por primera vez en su vida, Julián se hallaba sometido a la acción de un talento superior, animado del odio más violento contra él. Lejos de pensar ni remotamente en aquel momento defenderse, llegó a despreciarse a sí mismo. Al sentirse abrumado por las más crueles muestras de desprecio, calculadas con tanto ingenio para destruir la buena opinión que él podía tener de sí, le parecía que Matilde tenía razón y que aún no decía bastante.

Ella, por su parte, experimentaba un delicioso placer de orgullo en castigar así a los dos por la adoración que sintiera algunos días antes.

No necesitaba inventar y pensar por primera vez las frases crueles que le dirigía con tanta complacencia; no hacía sino repetir lo que desde ocho días antes le estaba diciendo en su corazón el abogado del partido contrario al amor.

Cada palabra centuplicaba el horrible sufrimiento de Julián. Quiso huir; Mlle. De la Mole le retuvo autoritariamente.

—Tenga usted en cuenta—le dijo él—que está

hablando muy alto, y que la oirán en la habitación contigua.

—¡Qué importa!—repuso con altivez Mlle. De la Mole—. ¿Quién ha de atreverse a decir que me oye? Quiero curar para siempre a su amor propio de las ilusiones que ha podido forjarse por cuenta mía.

Cuando Julián pudo salir de la biblioteca, estaba tan asombrado que sentía menos su desgracia.

—Es cosa hecha, no me ama ya—se repetía en voz alta, como para mostrarse a sí mismo su situación—. Parece que me ha amado ocho o diez días, y yo la amaré toda la vida.

¿Es posible? ¡Si no era nada, absolutamente nada para mi corazón hace ocho días!...

Los goces del orgullo inundaban el corazón de Matilde. ¡Había, pues, conseguido romper para siempre! Triunfar tan completamente de una inclinación tan poderosa la haría feliz del todo.

—Así comprenderá ese caballerito, de una vez para siempre, que nunca tendrá imperio alguno sobre mí.

Era tan feliz, que realmente no sentía nada de amor en aquel momento.

Después de una escena tan tremenda, tan humillante para otro ser menos apasionado que Julián, el amor sería ya imposible. Sin apartarse un ápice de lo que se debía a sí misma, Mlle. De la Mole le había dicho esas cosas desagradables, tan bien calculadas, que pueden parecer verdad aun recordándolas fríamente.

La conclusión que Julián sacó en el primer momento de una escena tan extraña, fué que Matilde tenía un orgullo desmedido. El creía firmemente que todo estaba terminado para siempre entre los dos, y, sin embargo, al día siguiente, en el almuerzo, estuvo torpe y tímido con ella. Aquel era un defecto que nadie pudo reprocharle hasta entonces. En las pequeñas, lo mismo que en las grandes cosas, sabía con exactitud lo que debía y quería hacer, y lo ejecutaba.

Aquel día, después del almuerzo, cómo madame de la Mole le pidiera un folleto sedicioso, y, sin embargo, bastante raro, que su capellán le trajera por la mañana en secreto, Julián, al cogerlo de encima de una consola, dejó caer un jarrón antiguo de porcelana azul, feo si los había.

Madame de la Mole se levantó dando un grito de angustia, y fué a contemplar de cerca las ruinas de su jarrón querido.

—Era Japón antiguo—dijo—; procedía de mi tía abuela, abadesa de Chelles; era un presente de los holandeses al regente duque de Orleans, que lo regaló a su hija..

Matilde había seguido el movimiento de su madre, encantada de ver roto aquel jarrón azul que le parecía horriblemente feo. Julián permanecía silencioso y no muy turbado; vió a Mlle. De la Mole muy cerca de él.

—Este jarrón—le dijo él—está destruido para siempre; lo mismo ocurre con un sentimiento que un día fué el dueño de mi corazón. Ruego a usted

qué acepte mis excusas por todas las locuras que me ha hecho cometer...

Y se marchó.

—Cualquiera diría—exclamó Mme. De la Mole viéndole marchar—, que este M. Sorel está orgulloso y contento de lo que acaba de hacer.

Aquella frase fué derecha al corazón de Matilde.

—Es cierto; mi madre ha dado en el quid; ese es el sentimiento que le anima.

Entonces solamente cesó la alegría que le produjera la escena que le había hecho la víspera.

—Todo se ha terminado—díjose ella con una aparente calma—; me queda un gran ejemplo; este error es tremendo y humillante; me valdrá la sensatez para el resto de mi vida.

—¡Si hubiese dicho la verdad!—pensaba Julián—. ¿Por qué me atormenta aún el amor que tenía por esta muchacha?

Este amor, lejos de extinguirse como él esperaba, hizo rápidos progresos.

—Está loca, es verdad—se decía—; ¿pero es por eso menos adorable? ¿Es posible ser más bonita? ¿No estaba reunido a porfía en mademoiselle de la Mole todo lo que la civilización más elegante puede presentar como vivos placeres?

Los recuerdos de la felicidad pretérita se apoderaban de Julián y destruían rápidamente toda la obra de la razón.

La razón lucha en vano con los recuerdos de este género; sus análisis severos no hacen más que aumentar su encanto.

Veinticuatro horas después de la rotura del jarrón japonés antiguo, Julián era decididamente uno de los hombres más desgraciados.

CAPITULO XXI

La nota secreta.

Todo cuanto refiero, lo he visto, y si he podido engañarme al verlo, de seguro que no os engaño al decíroslo.

(Carta al autor.)

El marqués le mandó llamar. M. De la Mole parecía rejuvenecido; su mirada era brillante.

—Hablemos un poco de su memoria—dijo a Julián—; dicen que es prodigiosa. ¿Podría usted aprenderse cuatro páginas e ir a Londres a repetir las? Pero sin variar una palabra, se entiende...

El marqués garrapateaba, malhumorado, en el número de la "Quotidienne" del día, y trataba inútilmente de disimular un aire muy serio y que Julián no le había visto nunca, ni aun cuando se ocupaba del pleito de Frilair.

Julián tenía ya bastante costumbre para comprender que debía fingirse como engañado por el tono frívolo que se le demostraba.

—Este número de la "Quotidienne" no será muy divertido quizá; pero si el señor marqués lo per-

mite, mañana por la mañana tendré el honor de recitarlo entero.

—¡Cómo! ¿Hasta los anuncios?

—Exactamente, y sin que falte una palabra.

—¿Me da usted su palabra?—repuso el marqués con repentina seriedad.

—Sí, señor; solamente el temor de faltar podría entorpecer mi memoria.

—Es que ayer me olvidé de hacerle esta pregunta: no le exijo a usted juramento de que no repetirá lo que oiga; le conozco demasiado para hacerle esta ofensa. He respondido de usted; voy a llevarle a un salón en el que se reunirán doce personas; usted tomará nota de lo que cada una de ellas diga. No esté usted inquieto; no será una conversación confusa; cada uno hablará por turno; no quiero decir que con orden—añadió el marqués, recobrando el tono frívolo natural en él—. Mientras hablemos, usted escribirá una veintena de páginas; luego volverá usted aquí y reduciremos a cuatro las veinte páginas. Estas cuatro páginas son las que ha de recitar usted mañana, en vez del número de la "Quotidienne". Inmediatamente después se pondrá usted en viaje; habrá que correr la posta como un joven que viaja por divertirse. Cuidará usted principalmente de no ser notado por nadie. Luego llegará usted junto a un gran personaje. Allí necesitará más habilidad. Se trata de engañar a todos los que le rodean, pues entre sus secretarios, entre sus criados, hay gentes vendidas a nuestros enemigos y que acechan

el paso de nuestros agentes para interceptarlo. Llevará usted una carta de recomendación insignificante.

En el momento en que su excelencia le mire, sacará usted mi reloj, que le presto para el viaje. Hélo aquí. Llévelo consigo, y ya tenemos eso hecho. Deme usted el suyo.

El mismo duque se dignará escribir al dictado las cuatro páginas aprendidas de memoria por usted.

Hecho esto, pero no antes, fíjese bien, podrá usted, si su excelencia le interroga, contar la sesión a que va usted a asistir.

Una cosa que estorbará el que se aburra usted durante el viaje, es que entre París y la residencia del ministro hay gentes que no desearían cosa mejor que disparar un tiro contra el abate Sorel. En ese caso, su misión se terminaría, y ello nos causaría un gran retraso, pues, querido, ¿cómo sabríamos su muerte? El celo de usted no podría llegar hasta comunicárnosla.

Vaya inmediatamente a comprar un equipo completo—añadió el marqués con gravedad—. Vístase a la moda de hace dos años. Esta noche debe usted presentarse con un aspecto poco cuidado. En el viaje, por el contrario, irá usted como de costumbre. Esto le sorprende; su desconfianza divina... Sí, amigo mío, uno de los venerables personajes cuya opinión va usted a oír es muy capaz de enviar noticias, merced a las cuales bien podrían darle a usted, por lo menos, una dosis de

opio por la noche en alguna posada en que hubiese usted pedido de comer.

—Mejor sería—dijo Julián—hacer treinta leguas más y no seguir el camino directo. Se trata de Roma, supongo...

El marqués adoptó un aire de altanería y descontento que Julián no había visto en él desde Bray-le-Haut.

—Eso lo sabrá usted cuando yo juzgue oportuno decírselo. No me gustan las preguntas.

—Esto no era una pregunta—repuso Julián con efusión—. Le juro, señor marqués, que estaba pensando en alta voz y buscaba en mi mente el camino más seguro.

—Sí, y parece que su mente iba muy lejos. No olvide usted nunca que un embajador, y más de su edad, no debe aparecer como queriendo forzar la confianza.

Julián sintióse muy mortificado; no tenía razón. Su amor propio buscaba una excusa y no la encontraba.

—Comprenda, pues—añadió M. de la Mole—, que siempre que uno comete una tontería acude a su corazón.

Una hora más tarde, Julián estaba en la antecámara del marqués con un aire de subalterno, un traje antiguo, una corbata de blancura dudosa y algo de pedante en toda su apariencia.

Al verle, el marqués se echó a reír, y entonces fué cuando resultó completa la justificación de Julián.

—Si este hombre me traiciona, ¿de quién fiarse?—decíase M. De la Mole—. Y cuando se obra no hay, sin embargo, más remedio que confiarse a alguien. Mi hijo y sus elegantes amigos de la misma calaña tienen corazón y fidelidad por cien mil; si fuese preciso batirse, perecerían en los escaños del trono; lo saben todo... excepto lo que necesitamos en este momento. Un demonio si veo entre ellos uno sólo que pudiese aprenderse de memoria cuatro páginas y hacer cien leguas sin ser despistado. Norberto sabría hacerse matar como sus antepasados; pero ese es también el mérito de un recluta...

El marqués quedó profundamente ensimismado, y con un suspiro murmuró:

—Y hacerse matar, quizá este Sorel lo sabría hacer tan bien como él...

—Montemos en el coche—dijo el marqués, como para alejar una idea importuna.

—Señor—apuntó Julián—, mientras me arreglaban este traje me he aprendido de memoria la primera plana de la "Quotidienne" de hoy.

El marqués cogió el periódico. Julián recitó sin equivocarse en una sola palabra.

—Bueno—pensó el marqués—; esta noche, muy diplomático; mientras tanto, este joven no se fijará en las calles por que pasamos.

Llegaron a un salón de triste apariencia, revestido de madera en parte, y en parte tapizado de terciopelo verde. En medio del salón, un lacayo mal encarado acababa de instalar una mesa de

comedor, que más tarde cambió en mesa de trabajo, cubriéndola con un inmenso tapete de terciopelo verde, lleno de manchas de tinta, despojo de algún ministerio.

El dueño de la casa era un hombre gigantesco, cuyo nombre no se pronunció. Julián encontró en él la fisonomía y la elocuencia del individuo que digiere.

A una seña del marqués, Julián se quedó en el último extremo de la mesa. Para no estar como un tonto, se puso a cortar plumas. Con el rabillo del ojo contó hasta siete interlocutores; pero Julián sólo los veía de espaldas. Le pareció que dos de ellos dirigían la palabra a M. De la Mole en un tono de igualdad; los otros parecían más o menos respetuosos.

Un nuevo personaje entró sin ser anunciado.

—Esto es raro—pensó Julián—; en este salón no se anuncia. ¿Tomarán esta precaución en honor mío? Todo el mundo se levantó para recibir al recién llegado. Llevaba la misma condecoración, por todo extremo distinguida, que otras tres de las personas que estaban ya en el salón. Hablaban muy bajo. Para juzgar al recién llegado tuvo que contentarse Julián con lo que pudieran decirle su aire y su figura. Era bajo y ancho, muy arrebatado de color, la mirada brillante y sin más expresión que una maldad de jabalí.

La atención de Julián fué vivamente distraída por la llegada, casi inmediata, de otro individuo, en todo diferente. Era un hombre alto, muy del-

gado y que llevaba tres o cuatro chalecos. Su mirada era acariciadora; su gesto, cortés.

—Es enteramente la cara del viejo obispo de Besançon—pensó Julián.

Aquel hombre, evidentemente, pertenecía a la iglesia; representaba de cincuenta a cincuenta y cinco años, y no podía tener un aire más paternal.

El joven obispo de Agda apareció también, y pareció sorprenderse mucho cuando, al pasar revista a los presentes, sus ojos se fijaron en Julián. No le había dirigido la palabra desde la ceremonia de Bray-le-Haut. Su mirada sorprendida azoró e irritó a Julián.

—¿Es posible—decíase éste—que siempre sea para mí una desgracia el conocer a un hombre? Todos estos grandes señores, a quienes no he visto en mi vida, no me intimidan lo más mínimo, y la mirada de este joven obispo me hiela. Hay que convenir en que soy un ser muy raro y muy desgraciado.

Un hombrecillo todo vestido de negro entró con estrépito y empezó a hablar desde la puerta; tenía la tez amarilla y un aspecto de loco. A la llegada de este hablador infatigable se formaron varios grupos; evidentemente, para evitar el fastidio de escucharle.

Al alejarse de la chimenea se acercaban al extremo de la mesa ocupada por Julián. Su situación era cada vez más embarazada, pues por muchos esfuerzos que hiciese, le era imposible no

oír, y por poca que fuese su experiencia, comprendía toda la importancia de aquellas cosas, de las cuales se hablaba sin el menor recato. ¡Y cómo debía interesarles a aquellos personajes que tenía ante su vista que permaneciesen secretas!

Ya había cortado Julián una veintena de plumas con toda la calma posible; se le iba a agotar el recurso. Buscaba inútilmente una orden en los ojos de M. De la Mole; el marqués le había olvidado

—Lo que hago es ridículo—se decía Julián cortando sus plumas—; pero estas gentes de fisonomía tan mediocre, y encargados por los demás, o por ellos mismos, de tan grandes intereses, deben de ser muy suspicaces. Mi desdichada mirada tiene algo interrogativo y de poco respetuoso que les molestaría sin duda alguna; si bajo los ojos por completo, parecerá que estoy recogiendo sus palabras.

Se apuro era extremado; oía cosas muy singulares.

CAPITULO XXII

La discusión

¡La república! Para uno que sacrificase hoy todo al bien público, son millares y millones los que sólo se preocupan de los goces y la vanidad. En París es el coche y no la virtud la que da consideración.

NAPOLÉON.—*Memorial.*

El lacayo entró precipitadamente diciendo:

—El señor duque de ***.

—Cállese usted; es un majadero—dijo el duque al entrar.

Pronunció tan bien estas palabras y con tanta majestad, que, a pesar suyo, pensó Julián que saber enfadarse con un lacayo era toda la ciencia de aquel personaje. Julián levantó los ojos y los bajó en seguida. Había adivinado tan bien el alcance del recién llegado, que temió que su mirada fuese una indiscreción.

Aquel duque era un hombre de cincuenta años, ataviado como un "dandy" y de rigidez afectada en su marcha. Tenía la cabeza estrecha, con una gran nariz y un rostro afilado y saledizo. Hubiera sido difícil tener un aire más noble y más insignificante. Su llegada determinó la apertura de la sesión.

Julián fué de repente interrumpido en sus ob-

servaciones fisonómicas por la voz de M. De la Mole:

—Les presento al abate Sorel—decía el marqués—; tiene una memoria prodigiosa; no hace más que una hora que le he hablado de la misión con que podría ser honrado, y, para dar una prueba de su memoria, se ha aprendido la primera plana de la “Quotidienne”.

—¡Ah!, las noticias extrañas de ese pobre N... —dijo el dueño de la casa.

Tomó el periódico con presteza, y mirando a Julián con aire cómico, a fuerza de querer ser importante, le dijo:

—Hable usted, caballero.

El silencio era profundo; todos los ojos estaban fijos en Julián; éste recitó tan bien, que al cabo de cinco líneas díjole el duque:

—Basta.

El hombrecillo de mirada de jabalí se sentó. Era el presidente, pues apenas estuvo en su sitio, indicó a Julián una mesa de juego, haciéndole seña de que la llevara a su lado. Julián se instaló allí con todo lo necesario para escribir. Contó doce personas sentadas en derredor del tapete verde.

—Señor Sorel—dijo el duque—, retírese a la pieza inmediata; ya se le llamará.

El dueño de la casa se mostró muy inquieto:

—No están cerradas las maderas—dijo a media voz a su vecino—. Es inútil mirar por la ventana —gritó neciamente a Julián.

—Estoy metido en una conspiración, cuando me-

nos—pensó éste—. Felizmente, no es de las que conducen a la plaza de la Greve. Y aun cuando hubiera algún peligro, debo esto y mucho más al marqués. Feliz sería yo si estuviese en mi mano reparar toda la pena que mis locuras pueden causarle algún día.

Aun pensando en sus locuras y su desgracia, miraba los lugares de modo que no pudiese olvidarlos nunca. Entonces recordó que no había oído al marqués decir al lacayo el nombre de la calle y que el marqués había tomado un coche de alquiler, cosa que no hacía nunca.

Julián pudo entregarse a sus reflexiones durante mucho tiempo. Estaba en un salón tapizado de terciopelo rojo con anchos galones de oro. Sobre la consola se veía un gran crucifijo de marfil, y encima de la chimenea, el libro del Papa de M. De Maistre, magníficamente cuadernado y con cantos dorados. Julián lo abrió, a fin de aparentar que no escuchaba. Por momentos hablaban más alto en el salón vecino. Por fin se abrió la puerta y lo llamaron.

—Tengan en cuenta, señores—decía el presidente—, que en este momento hablamos ante el duque de ***. El señor—dijo señalando a Julián— es un joven levita, devoto de nuestra santa causa, que repetirá fácilmente, gracias a su portentosa memoria, hasta nuestros menores discursos. El señor tiene la palabra—dijo, señalando al personaje de aire paternal que llevaba tres o cuatro chalcos.

A Julián le pareció que habría sido más natural llamarle el señor de los chalecos. Cogió un papel y escribió mucho.

(Aquí el autor hubiera querido poner una página de puntos suspensivos. “Eso sería quitarle gracia—dijo el editor—, y para un escrito tan frívolo, la falta de gracia es la muerte.”)

La política—prosigue el autor—es una piedra que se cuelga al cuello de la literatura, y en menos de seis meses la sumerge. La política, en medio de los intereses de imaginación, es un tiro en medio de un concierto. Es un ruido desgarrador, sin ser enérgico, y no armoniza con ningún instrumento. La política va a ofender mortalmente a una mitad de los lectores y aburrir a la otra, que la ha encontrado más interesante y enérgica en el periódico de la mañana...

Si sus personajes no hablan de política—replika el editor—, no son franceses de 1830, y el libro no será un espejo, como usted pretende...)

El proceso verbal de Julián tenía veintiséis páginas; aquí daremos un extracto muy pálido, pues, como siempre, ha sido preciso suprimir la parte ridícula, que por su exceso parecería odiosa o inverosímil. (Ver la “Gaceta de los Tribunales.”)

El hombre de los chalecos y del aire paternal (quizá era un obispo) sonreía a menudo, y entonces sus ojos, rodeados de párpados fofos, adquirían un brillo singular y una expresión menos indecisa que de costumbre. Aquel personaje, a quien hacían hablar el primero delante del duque (“Pero

¿qué duque?”, decíase Julián) aparentemente para exponer las opiniones y ejercer de abogado general, le pareció a Julián que caía en la incertidumbre y la ausencia de conclusiones decisivas que se reprocha generalmente a estos magistrados. En el curso de la discusión, el mismo duque llegó a reprochárselo.

Después de algunas frases de moral y de filosofía indulgente, el hombre de los chalecos dijo:

—La noble Inglaterra, guiada por un gran hombre, el inmortal Pitt, ha gastado muchos millones de francos en contrarrestar la revolución. Si esta asamblea me permite abordar con alguna franqueza una idea triste, diré que Inglaterra no comprendió suficientemente que con un hombre como Bonaparte, sobre todo cuando no se le podían poner enfrente más que una colección de buenas intenciones, no había nada más decisivo que los medios personales...

—¡Ah! ¡Otra vez el elogio del asesinato!—dijo el dueño de la casa con aire inquieto.

—Dispénsenos usted de sus homilias sentimentales—exclamó furioso el presidente.

Y su mirada de jabalí brilló como un relámpago feroz.

—Continúe—dijo al hombre de los chalecos.

Las mejillas y la frente del presidente se pusieron de color de púrpura.

—La noble Inglaterra—continuó el orador—está hoy aplastada, pues todo inglés, antes de comprar su pan, se ve obligado a pagar los intereses de

todos los millones de francos que se gastaron contra los jacobinos. Además, no tiene ya a Pitt...

—Tiene al duque de Wellington—dijo un personaje militar, adoptando un aire muy importante.

—Por favor, silencio, señores—exclamó el presidente—; si continuamos disputando, será inútil haber hecho entrar a M. Sorel.

—Ya sabemos que el señor tiene muchas ideas—dijo el duque con aire molesto, mirando al interruptor, antiguo general de Napoleón.

Julián notó que aquello aludía a algo personal y muy ofensivo, pues todo el mundo sonrió; el general tráfuga se puso furioso.

—Ya no hay Pitt, señores—continuó el orador con el aire descorazonado del hombre que desespera de hacer entrar en razón a los que le escuchan—. Y aun cuando surgiere un nuevo Pitt en Inglaterra, no se engaña a una nación dos veces por los mismos procedimientos...

—Por esto es por lo que un general vencedor, un Bonaparte, es ya imposible en Francia—exclamó el interruptor militar.

Por esta vez, ni el presidente ni el duque se atrevieron a enfadarse, aun cuando Julián creyó leer en sus ojos que se les pasaron buenas ganas de ello. Bajaron los ojos, y el duque se contentó con suspirar de modo que todo el mundo le oyera.

Pero el orador ya estaba malhumorado.

—Tienen prisa de verme acabar—dijo con fuego. Y dejando a un lado por completo aquella corte-

sía sonriente y aquel lenguaje mesurado que Julián creía la expresión de su carácter, añadió:

—Hay prisa de verme acabar; no se tienen en consideración los esfuerzos que hago para no ofender las orejas de nadie, tengan el tamaño que tengan. Pues bien, señores, seré breve. Y os diré en palabras muy vulgares: Inglaterra no tiene un cuarto al servicio de la buena causa. Habría de volver Pitt, con todo su genio, y no lograría engañar a los pequeños propietarios ingleses, pues saben que la campaña de Waterlloo, sola, les costó varios millones de francos. Puesto que se quieren frases concretas—añadió el orador, animándose más y más—, os diré: “Ayudaos vosotros mismos”, pues Inglaterra no tiene una guinea a nuestro servicio, y cuando Inglaterra no paga, Austria, Rusia, Prusia, que tienen valor, pero no dinero, no pueden hacer contra Francia más que una campaña o dos.

Puede esperarse que los jóvenes soldados reunidos por el jacobinismo sean batidos a la primera campaña, a la segunda quizá; pero a la tercera, aun cuando pase por un revolucionario ante vuestros ojos, a la tercera tendréis los soldados de 1794, que ya no eran los campesinos alistados de 1792.

Aquí la interrupción partió de tres o cuatro puntos a la vez.

—Caballero—dijo el presidente a Julián—, váyase al salón inmediato a poner en limpio el comienzo del proceso verbal que ha escrito.

Julián salió con gran sentimiento suyo. El orador acababa de abordar probabilidades que constituían el objeto de sus meditaciones habituales.

—Tienen miedo de que me burle de ellos—pensó.

Cuando le llamaron de nuevo, M. De la Mole estaba diciendo, con una seriedad que para Julián, que le conocía, resultaba muy cómica:

—...Sí, señores; de este desgraciado pueblo es del que con más razón puede decirse:

Sera-t-il Dieu, table ou cuvette? (1).

“Il será Dieu”, dice el fabulista. A vosotros, señores, es a quienes parece pertenecer esta frase tan noble y tan profunda. Obrad por vuestra cuenta, y la noble Francia resurgirá, poco más o menos, tal como la hicieron nuestros abuelos y nosotros la hemos visto antes de la muerte de Luis XVI.

Inglaterra, o a lo menos sus nobles lores, execran tanto como nosotros el innoble jacobinismo; sin el oro inglés, Austria, Rusia, Prusia, no pueden dár más que dos o tres batallas. ¿Bastará esto para traer una feliz ocupación como la que M. de Richelieu malgastó tan tontamente en 1817? No lo creo.

Aquí hubo interrupción, pero ahogada por los “chist” de todo el mundo. Partió, por supuesto, del antiguo general del imperio, que deseaba el cordón azul y quería figurar entre los redactores de la nota secreta.

(1) ¿Será Dios, mesa o palangana?

—Yo no lo creo—continuó M. De la Mole después del tumulto.

Insistió en el "yo" con una insolencia que entusiasmó a Julián.

Esto es hacerlo bien—decíase, mientras volaba su pluma casi tan de prisa como las palabras del marqués; con una frase bien dicha, el marqués redujo a la nada las veinte campañas de aquel tráfuga.

—Y no es sólo al extranjero—continuó el marqués con el tono más mesurado—al que podemos deber una nueva ocupación militar. Toda esta juventud, que hace artículos incendiarios en el "Globe", os dará cuatro mil capitanes jóvenes, entre los cuales podrían encontrarse un Kleber, un Hoche, un Jourdan, un Pichegru, pero menos bien intencionados.

—No hemos sabido rodearle de gloria—dijo el presidente—; era preciso mantenerle inmortal.

—Tiene que haber en Francia dos partidos—continuó M. De la Mole—; pero dos partidos no solamente de nombre; dos partidos bien claros, bien definidos. Sepamos a quién hay que aplastar. De un lado los periodistas, los electores, la opinión, en una palabra, la juventud y todo lo que la juventud admira. Mientras ella se aturde con el ruido de sus vanas palabras, nosotros tenemos la ventaja de consumir el presupuesto.

Aquí otra nueva interrupción.

—Usted, caballero—dijo M. De la Mole al interruptor con una altivez y una tranquilidad ad-

mirables—, usted no consume, si la palabra le choca; usted devora cuarenta mil francos del presupuesto del Estado y ochenta mil que recibe usted de la lista civil.

Pues bien, caballero, puesto que usted me obliga a ello, no titubeo en ponerle por ejemplo. Como sus nobles antepasados, que siguieron a San Luis a la Cruzada, usted debería, por estos ciento veinte mil francos, presentarnos por lo menos un regimiento, una compañía, ¿qué digo?, media compañía, aun cuando sólo constara de cincuenta hombres dispuestos a combatir y afectos a la buena causa en vida y en muerte. Y sólo tiene usted lacayos, que, en caso de una revuelta, le asustarían a usted mismo.

El trono, el altar, la nobleza, pueden perecer mañana, señores, mientras en cada departamento no se haya creado una fuerza de quinientos hombres “abnegados”; quiero decir abnegados, no solamente con todo el valor francés, sino con toda la constancia española.

La mitad de esta fuerza deberá componerse de nuestros hijos, nuestros sobrinos, de verdaderos caballeros. Cada uno de ellos tendrá a su lado, no un burguesito charlatán, dispuesto a ostentar la escarapela tricolor si volviera a presentarse un 1815, sino un buen campesino, sencillo y franco, como Cathelineau; nuestro caballero será un instructor, y el campesino, si es posible, será su hermano de leche. Que cada uno de nosotros sacrifique la “quinta parte” de su renta para formar este

pequeño ejército afecto, de quinientos hombres por departamento. Entonces podréis contar con una ocupación extranjera. Ningún soldado extranjero penetrará, ni siquiera hasta Dijon, si no está seguro de encontrar quinientos soldados amigos en cada departamento.

Los reyes extranjeros no os escucharán más que cuando les anunciéis que tenemos veinte mil caballeros dispuestos a tomar las armas para abrirles las puertas de Francia. "Este servicio es penoso", me diréis; caballeros, nuestra cabeza tiene ese precio. Entre la libertad de la Prensa y nuestra existencia como hidalgos, hay guerra a muerte. Convertíos en fabricantes, en labradores o tomad un fusil. Sed tímidos si queréis, pero no seáis estúpidos; abrid los ojos.

"Formez vos bataillons", os diré, parodiando el himno de los jacobinos; entonces, siempre habrá algún noble Gustavo Adolfo, que, conmovido ante el peligro inminente del principio monárquico, se lanzará a trescientas leguas de su país y hará por vosotros lo que Gustavo hizo por los príncipes protestantes. ¿Queréis continuar hablando sin obrar? Dentro de cincuenta años no habrá en Europa más que presidentes de repúblicas y ni un rey siquiera. Y con estas tres letras R E Y, se van los sacerdotes y los caballeros. No veo más que "candidatos" haciendo la corte a "mayorías" sucias.

Ya podéis decir que Francia no tiene en este instante un general acreditado, conocido y querido

de todos; que el ejército no está organizado más que en interés del trono y del altar; que se le han quitado todos sus veteranos, mientras en cada uno de los regimientos austriacos y prusianos figuran cincuenta suboficiales fogueados.

Doscientos mil jóvenes pertenecientes a la burguesía aman la guerra...

—Basta de verdades desagradables—dijo con t no de suficiencia un grave personaje, aparentemente de muy elevada jerarquía eclesiástica, pues M. De la Mole sonrió con agrado, en vez de enojarse, lo cual fué una señal muy significativa para Julián—. Basta de verdades desagradables; resumamos, señores; el hombre a quien se trata de cortar una pierna gangrenada, sería muy tonto si dijera a su cirujano: "Esta pierna está muy sana." Perdonad la expresión, señores; el noble duque de *** es nuestro cirujano.

—Ya está pronunciada la gran frase—pensó Julián—. Esta noche saldré galopando hacia...

CAPITULO XXIII

El clero, los bosques, la libertad.

La primera ley de todo ser es conservarse, vivir. ¡Sembráis cizaña y queréis que maduren las espigas!

MAQUIAVELO.

El personaje grave continuó; se veía que estaba enterado; expuso con una elocuencia dulce y mo-

derada, que agradó infinitamente a Julián, estas grandes verdades:

Primero. Inglaterra no tiene una guinea a nuestra disposición; la economía y Hume están de moda allí. Ni los "Santos" nos darán dinero, y Mr. Brougham se burlará de nosotros.

Segundo. Imposible conseguir más de dos campañas de los reyes de Europa sin el oro inglés, y dos campañas no bastarán contra la pequeña burguesía.

Tercero. Necesidad de formar un partido armado en Francia, sin el cual el principio monárquico de Europa no aventurará ni esas dos campañas.

El cuarto punto que me atrevo a exponer como evidente es éste:

"Imposibilidad de formar un partido armado en Francia sin contar con el clero."

—Os lo digo sin rebozo, porque voy a probarlo, señores. Al clero hay que darle todo.

Primero. Porque ocupándose de su negocio noche y día, y guiado por hombres de gran capacidad, establecidos lejos de nuestras tormentas, a trescientas leguas de nuestras fronteras...

—¡Ah! ¡Roma, Roma!—exclamó el dueño de la casa...

—Sí, señor, "Roma"—continuó el cardenal con orgullo—. Sean cuales fueren las cuchufletas, más o menos ingeniosas, que estuvieron de moda cuando usted era joven, diré muy alto que, en 1830, el clero, dirigido por Roma, es el único que habla con el pueblo bajo.

Cincuenta mil sacerdotes repiten las mismas palabras el día indicado por el jefe, y el pueblo, que es en fin de cuentas el que da los soldados, se sentirá más conmovido con la voz de sus sacerdotes que con la de todos los pequeños gusanos del mundo... (Esta personalidad levantó murmullos.)

—El clero tiene un talento superior al vuestro—continuó el cardenal, levantando la voz—; todos los pasos que se han dado hacia el punto capital de “tener en Francia un partido armado” los hemos dado nosotros. Aquí aparecieron hechos... ¿Quién envió ochenta mil fusiles a Vendée?... , etc., etc.

Mientras el clero no tenga sus bosques, no tiene nada. A la primera guerra, el ministro de Hacienda escribe a sus agentes que no hay dinero más que para los curas. En el fondo, Francia no es creyente, y tiene afición a la guerra.

Sea quien quiera el que se la proporcione, será doblemente popular, pues hacer la guerra supone hacer pasar hambre a los jesuitas; para hablar en lenguaje vulgar: hacer la guerra es librar a esos monstruos de orgullo, los franceses, de la amenaza de una intervención extranjera.

El cardenal era escuchado con atención...

—Sería preciso—dijo—que monsieur de Nerval dejase el ministerio; su nombre irrita inútilmente.

A estas palabras, todo el mundo se levantó y comenzó a hablar a un tiempo.

Me van a echar otra vez—pensó Julián—;

pero hasta el sensato presidente habíase olvidado de la presencia y la existencia de Julián.

Todos los ojos buscaban un hombre, que Julián reconoció: era M. De Nerval, el primer ministro que él viera en el baile del duque de Retz.

“El desorden llegó a su colmo”, como dicen los periódicos hablando de la Cámara. Al cabo de un cuarto de hora largo logró restablecerse un silencio relativo.

Entonces se levantó M. De Nerval, y, adoptando el tono de un apóstol, dijo con una voz extraña:

—No afirmaré en modo alguno que no tengo apego al ministerio. Está probado, señores, que mi nombre duplica las fuerzas de los jacobinos, puesto que decide contra nosotros a muchos de los moderados. Así, pues, me retiraría gustoso; pero los caminos del Señor sólo son visibles para un corto número, y además—añadió mirando fijamente al cardenal—, tengo una misión que cumplir; el cielo me ha dicho: llevarás tu cabeza al cadalso o restablecerás la monarquía en Francia, y reducirás las Cámaras a lo que fué el Parlamento en tiempo de Luis XV, y esto, señores, “lo haré”.

Se calló, se volvió a sentar y reinó un gran silencio.

He aquí un buen actor—pensó Julián.

Se engañaba, como por lo regular le ocurría siempre, suponiendo demasiado talento a las personas. Animado por los debates de una reunión tan animada y, sobre todo, por la sinceridad de

lo discutido, M. De Nerval en aquel momento creía en su misión. Con un gran valor, aquel hombre no tenía sentido.

En el silencio que siguió a la bella frase "lo haré", sonaron las campanadas de la media noche.

A Julián le pareció que el sonido del reloj tenía algo imponente y fúnebre. Estaba emocionado.

La discusión se reanudó a poco con una energía creciente, y, sobre todo, con una increíble ingenuidad.

—Estas gentes me van a envenenar—pensaba Julián en algunos momentos—. ¿Cómo dicen ciertas cosas delante de un plebeyo?

Dieron las dos y aún estaban hablando. El dueño de la casa dormía hacía un buen rato; M. De la Mole tuvo que llamar para que renovaran las bujías. M. De Nerval, el ministro, se había marchado a la una y tres cuartos, no sin antes haberse fijado atentamente varias veces en la cara de Julián, que se reflejaba en un espejo que el ministro tenía a su lado. Su marcha produjo en apariencia tranquilidad a todo el mundo.

Mientras estaban cambiando las bujías, dijo en voz baja a su vecino el hombre de los chalecos:

—Dios sabe lo que este hombre va a decir al rey. Puede muy bien ponernos en ridículo y echar por tierra nuestro porvenir.

Es preciso convenir en que hay en él una suficiencia muy rara y hasta desvergüenza en presentarse aquí. Verdad es que venía antes de entrar en el ministerio; pero la cartera lo cambia

todo; ahoga los intereses de un hombre, y él ha debido comprenderlo.

Apenas se marchó el ministro, el general de Bonaparte cerró los ojos. En aquel momento habló de su salud, de sus heridas, consultó su reloj y se fué.

—Apostaría—dijo el hombre de los chalecos—a que el general corre detrás del ministro; va a excusarse de su presencia aquí, y a presumir de que nos guía.

Cuando los criados, medio dormidos, hubieron renovado las bujías, dijo el presidente:

—Deliberemos, por fin, señores, y no tratemos de convencernos los unos a los otros. Ocupémonos del contenido de la nota que dentro de cuarenta y ocho horas estará ante la vista de nuestros amigos de fuera. Se ha hablado de los ministros. Ahora que no está presente M. De Nerval, podemos decirlo: ¿qué nos importan los ministros? Les haremos querer.

El cardenal mostró su aprobación con una sonrisa sutil.

—Me parece que no hay nada más fácil que resumir nuestra posición—; dijo el joven obispo de Agda, con el fuego concentrado y constreñido del más exaltado fanatismo.

Hasta entonces había permanecido silencioso; sus ojos, que Julián observaba al principio, dulces y tranquilos, habíanse inflamado después de la primera hora de discusión. Ahora su alma se desbordaba como la lava del Vesubio.

—De 1806 a 1814, Inglaterra ha sufrido una equivocación—dijo—; y es no haber obrado directa y personalmente contra Napoleón. En cuanto este hombre hizo duques y chambelanes, en cuanto restableció el trono, la misión que Dios le confiara estaba terminada; ya no servía más que para ser inmolado. Las Santas Escrituras nos enseñan en más de un pasaje la manera de acabar con los tiranos. (Aquí varias citas en latín.)

Hoy, señores, no es un hombre al que hay que inmolar, es París. Toda Francia copia a París. ¿Para qué armar esos quinientos hombres por departamentos? Empresa arriesgada y que no acabaría nunca. ¿A qué mezclar a Francia en una cosa que es exclusiva de París? París es el único que hace el daño con sus periódicos y sus salones; que perezca, pues, la moderna Babilonia.

Entre el altar y París hay que acabar con éste. Esta catástrofe está incluso en los intereses mundanos del trono. ¿Por qué París no se atrevió a respirar contra Bonaparte? Preguntadlo al cañón de Saint-Roch...

.....
Hasta las tres de la madrugada no salieron Julián y M. De la Mole.

El marqués estaba avergonzado y cansado. Por primera vez, al hablar a Julián, se notaba en su acento un tono de ruego. Le pidió su palabra de que no revelaría jamás el exceso de celo, estas fueron sus palabras, de que la casualidad le había hecho testigo. No hable usted de ello a nuestro

amigo del extranjero, sino en el caso de que insista seriamente en conocer a nuestros jóvenes locos. ¿Qué les importa a ellos que se eche abajo al Estado? Serán cardenales y se refugiarán en Roma. Nosotros, en nuestros castillos, seremos asesinados por los campesinos.

La nota secreta que dictó el marqués, de acuerdo con el proceso verbal de veintiséis páginas escrito por Julián, no estuvo lista hasta las cuatro y tres cuartos.

—Estoy muerto de cansancio—dijo el marqués—, y ya se conoce en esta nota falta de claridad al final; es la cosa que menos me gusta de todas las que he hecho en mi vida. Téngala, amigo mío—añadió—; vaya a descansar unas horas, y, como temo que le rapten a usted, voy yo mismo a encerrarle con llave en su cuarto.

Al día siguiente, el marqués condujo a Julián a un castillo aislado, bastante lejos de París. Allí encontraron huéspedes raros, que Julián supuso eran curas. Le entregaron un pasaporte con un nombre supuesto; pero que indicaba al fin el verdadero objeto del viaje, que él había fingido ignorar siempre. Montó solo en una carretela.

El marqués no tenía inquietud alguna respecto a su memoria, pues Julián le recitó varias veces la nota secreta, pero temía mucho que fuera detenido.

—Sobre todo, trate usted de aparecer como un presumido que viaja por matar el tiempo—le dijo el marqués cariñosamente, en el momento en que

salía del salón—. Es muy posible que hubiera más de un traidor en nuestra asamblea de anoche.

El viaje fué rápido y muy triste. Apenas Julián estuvo fuera de la vista del marqués, olvidó la nota secreta y la misión, para no pensar más que en el desprecio de Matilde.

En un pueblecillo, algunas leguas más allá de Metz, el maestro de postas fué a decirle que no había caballos. Eran las diez de la noche; Julián, muy contrariado, pidió de cenar. Empezó a pasearse por delante de la puerta, e insensiblemente, sin aparentar interés, pasó al patio de las cuerdas. No vió caballo alguno.

—Y, sin embargo, el aire de ese hombre era extraño—se decía Julián—; su mirada gósera me examinaba.

Como se ve, comenzaba a no creer de primera intención lo que le decían. Pensaba escapar después de la cena, y con el propósito de saber algo del país, dejó su cuarto para ir a calentarse al hogar de la cocina. ¡Cuál no fué su alegría al encontrarse allí al "signor Geronimo", el célebre cantante!

Instalado en un sillón que había hecho colocar junto al fuego, el napolitano se lamentaba en alta voz y hablaba más él solo que los veinte campesinos alemanes que le rodeaban embobados.

—Estas gentes me arruinan—gritó a Julián—; he prometido cantar mañana en Maguncia. Siete príncipes soberanos se han reunido allí para oír-

me. Pero vamos a tomar el aire—añadió con un tono significativo.

Cuando estuvo a cien pasos, ya en el camino y fuera del alcance de los oídos indiscretos, dijo a Julián:

—¿Sabe usted de lo que se trata? Este maestro de postas es un bribón. Paseándome antes, he dado un franco a un pillete que me ha contado todo. En una cuadra, al otro extremo del pueblo, hay más de doce caballos. Quieren retrasar algún correo.

—¿De veras?—dijo Julián con aire cándido.

No era bastante haber descubierto el engaño; era preciso marcharse, y esto es lo que no pudieron conseguir Jerónimo y su amigo.

—Esperemos que sea de día—dijo por fin el cantante—; desconfían de nosotros. Quizá van contra usted o contra mí. Mañana por la mañana pedimos un buen almuerzo; mientras nos le preparan, nos vamos de paseo; nos escapamos, alquilamos caballos y ganamos la posta próxima.

—¿Y su equipaje de usted?—dijo Julián, pensando que quizá el mismo Jerónimo podía ser enviado para detenerle.

No hubo más remedio que cenar y acostarse. Julián estaba aún en el primer sueño, cuando despertó sobresaltado por la voz de dos personas que hablaban en su habitación sin preocuparse gran cosa.

Reconoció al maestro de postas, armado de una linterna sorda. La luz se dirigía hacia el arquilla

del coche, que Julián había hecho subir a su cuarto. Al lado del maestro de postas había un hombre que revolvía tranquilamente el arca abierta. Julián no distinguía más que las mangas de su traje, que eran negras y muy apretadas.

Es una sotana—se dijo—, y acarició las pistolas que colocara debajo de la almohada.

—No tema usted que despierte, señor cura—decía el maestro de postas—. El vino que le han servido era del que preparó usted mismo.

—No encuentro ni rastro de papeles—respondió el cura—. Mucha ropa blanca, esencias, pomadas, futilidades: es un joven del siglo, preocupado tan sólo de sus placeres. Quizá sea el otro el emisario, ese que afecta hablar con acento italiano.

Aquellas gentes se acercaron a Julián para registrar en los bolsillos de su traje de viaje. Estuvo tentado de matarles como ladrones. Nada de menos peligrosas consecuencias. Se le pasaron buenas ganas...

Sería un majadero—díjose—, y comprometería mi misión.

Registrado su traje, dijo el cura:

—No es un diplomático.

Se alejó, e hizo bien.

—Si llega a tocarme en la cama, ¡desgraciado de él!—decíase Julián—. Podía venir a darme de puñaladas, y lo que es eso no lo sufro yo.

El cura volvió la cabeza. Julián entreabrió los ojos. ¡Cuál no fué su asombro al reconocer al abate Castanède! En efecto, aunque las dos perso-

nas aquellas hablasen bastante bajo, desde el principio creyó reconocer una de las voces. Julián fué asaltado de un gran deseo de librar al mundo de uro de sus más cobardes bribones...

—¿Y mi misión?—se dijo.

El cura y su acólito salieron. Un cuarto de hora más tarde, Julián fingió despertarse. Llamó y puso en conmoción a toda la casa.

—¡Estoy envenenado!—exclamó—. Sufro horriblemente.

Buscaba un pretexto para ir en auxilio de Jerónimo. Le encontró medio asfixiado por el láudano contenido en el vino.

Julián, temiendo alguna broma de este género, cenó chocolate que traía de París. No consiguió despertar del todo a Jerónimo para decidirle a marchar.

—Aunque me dieran todo el reino de Nápoles—decía el cantante—, no renunciaría en este momento a la voluptuosidad de dormir.

—¡Pero los siete príncipes soberanos!...

—Que esperen.

Julián partió solo, y sin otro accidente llegó donde estaba el gran personaje. Perdió una mañana entera en solicitar inútilmente una audiencia. Afortunadamente, a eso de las cuatro, el duque quiso tomar el aire. Julián le vió salir a pie, y no vaciló en acercarse a él y pedirle limosna. Cuando llegó a dos pasos del gran personaje, sacó el reloj del marqués de la Mole y lo enseñó con afectación.

—Sígame usted de lejos—le dijeron sin mirarle.

A un cuarto de legua de allí, el duque entró bruscamente en un pequeño "Café-Hauss". En una habitación de aquella posada, del más ínfimo orden, fué donde Julián tuvo el honor de recitar al duque sus cuatro páginas. Cuando hubo terminado, le dijeron:

—Vuelva a comenzar y vaya más despacio.

El príncipe tomó notas.

—Gane usted a pie la posta inmediata. Abandone su equipaje y su coche. Vaya como pueda a Estrasburgo, y el veintidós de este mes (era diez) esté usted a medio día en este mismo Café-Hauss. No salga usted hasta dentro de media hora. Silencio.

Aquellas fueron las únicas palabras que Julián oyó. Bastaron para llenarle de la más grande admiración.

Así es—pensaba—como se tratan los negocios. ¿Qué diría este gran hombre de Estado si oyese a los charlatanes apasionados de hace tres días?

Julián empleó dos en llegar a Estrasburgo; le parecía que no tenía nada mejor que hacer. Dió un gran rodeo.

—Si ese diablo de abate Castanède me ha reconocido, no es hombre que deje perder mi huella sin más ni más. ¡Y qué placer para él burlarse de mí y hacer fracasar mi misión!

El abate Castanède, jefe de la policía de la Congregación en toda la frontera del Norte, no le ha-

bía reconocido, felizmente. Y los jesuítas de Estrasburgo, aunque muy celosos, no se cuidaron de observar a Julián, que, con su cruz y su levitón azul, parecía un joven militar muy preocupado de su persona.

CAPITULO XXIV

Estrasburgo.

¡Fascinación! Tienes la energía del amor y el poder de contrastar la desventura. Sus encantadores placeres, sus dulces goces exceden solos tu esfera. Yo no podía decir viéndola dormir: es toda mía con su belleza angelical y sus dulces debilidades. Ya está entregada a mi poderío, como la hizo el cielo en su misericordia para encantar un corazón de hombre.

Oda de SCHILLER.

Obligado a pasar ocho días en Estrasburgo, Julián trataba de distraerse con ideas de gloria militar y de abnegación por la patria. ¿Estaba enamorado? No lo sabía; solamente notaba que en su espíritu torturado Matilde era dueña absoluta de su felicidad y de su imaginación. Necesitaba de toda la energía de su carácter para mantenerse por encima de la desesperación. Pensar en algo que no se relacionara con Mlle. De la Mole era superior a sus fuerzas. La ambición, los éxitos de vanidad, le distraían algo de los sen-

timientos que Mme. De Renal le inspirara. Matilde había absorbido todo; la encontraba siempre al pensar en lo porvenir.

Y el porvenir lo veía Julián ahora por todas partes falto de éxito. Este ser, a quien vimos en Verrières tan lleno de presunción, tan orgulloso, había caído en un exceso de modestia ridícula.

Tres días antes habría matado al abate Castanède con un gran placer, y si en Estrasburgo un niño se hubiera puesto a reñir con él, le hubiese dado la razón. Recapacitando sobre los enemigos que encontrara en su vida, Julián pensaba que siempre había sido él el equivocado.

Y es que ahora tenía por implacable enemigo aquella imaginación poderosa, otro tiempo empleada sin cesar en pintarle éxitos brillantes en el porvenir.

La soledad absoluta de la vida de viajero aumentaba el imperio de aquella negra imaginación. ¡Qué tesoro hubiera sido un amigo!

—Pero—decíase Julián—, ¿habrá algún corazón que lata por mí? Y aunque tuviera un amigo, ¿no me ordena el honor un silencio eterno?

Se paseaba tristemente a caballo por los alrededores de Kehl, una aldea a orillas del Rhin, inmortalizada por Desaix y Gouvion Saint-Cyr. Un campesino alemán le enseñaba los arroyos, los caminos, los islotes del Rhin, a todos los cuales dieron nombre las hazañas de aquellos grandes generales. Julián, guiando a su caballo con la mano izquierda, sostenía en la derecha el magní-

fico mapa que ilustra las "Memorias del mariscal Saint-Cyr". Una exclamación de alegría le hizo levantar la cabeza.

Era el príncipe Korasoff, aquel amigo de Londres, que le había iniciado algunos meses antes en las reglas de la alta fatuidad. Fiel a este arte, Korasoff, llegado la víspera a Estrasburgo, hacía una hora a Kehl, y que en su vida había leído una línea sobre el sitio de 1796, se puso a explicar todo a Julián. El campesino alemán le miraba asombrado, pues sabía bastante francés para entender las enormes tonterías que decía el príncipe. Julián estaba a mil leguas de las ideas del campesino; miraba con asombro a aquel guapo mozo, admiraba su gracia montando a caballo.

—¡Qué feliz carácter!—se decía—. ¡Qué bien cae su pantalón! ¡Con qué elegancia lleva cortado el pelo! ¡Ay, si yo hubiese sido así, es posible que después de amarme tres días no me hubiera tomado aborrecimiento!

Cuando hubo terminado su relato del sitio de Kehl, dijo el príncipe a Julián:

—Tiene usted el aspecto de un trapense; exagera usted la teoría de la gravedad que le enseñé en Londres. El aire triste no es de buen tono. Hay que tener aire aburrido. Si está usted triste es porque le falta algo, porque algo le ha salido mal. Es "mostrarse inferior". Si está usted aburrido, por el contrario, es que un inferior a usted ha tratado inútilmente de agradarle. Comprenda usted, querido, lo grave que es la equivocación.

Julián arrojó un escudo al campesino, que les escuchaba con la boca abierta.

—¡Bien!—dijo el príncipe—. Eso tiene gracia. Un desdén noble. ¡Muy bien!

Y puso su caballo al galope.

Julián le siguió, lleno de una admiración estúpida.

—¡Si yo hubiese sido así no hubiera ella preferido a Croisenois!

Cuanto más le chocaban las ridiculeces del príncipe, tanto más se despreciaba por no admirarlas y se consideraba desgraciado por no tenerlas. El desprecio de sí mismo no puede ir más lejos.

El príncipe, que le encontraba decididamente triste, le dijo conforme entraban en Estrasburgo:

—¿Ha perdido usted todo su dinero, o está enamorado de alguna actriz?

Los rusos copian las costumbres francesas; pero siempre con cincuenta años de distancia. Ahora están en la época de Luis XV.

Aquellas bromas sobre el amor llenaron de lágrimas los ojos de Julián.

—¿Por qué no he de consultar a este hombre tan amable?—se dijo de pronto.

—Pues bien, querido—dijo al príncipe—, me encuentra usted en Estrasburgo muy enamorado e incluso desdeñado. Una mujer encantadora, que vive en una ciudad vecina, me ha plantado después de tres días de pasión, y este cambio me mata.

Y pintó al príncipe, cambiando los nombres, los actos y el carácter de Matilde.

—No continúe usted—dijo Korasoff—; para que tenga usted más confianza en el médico, voy yo mismo a terminar la confidencia. El marido de esa mujer tiene una enorme fortuna, o quizá más bien, ella pertenece a la más rancia nobleza del país. Es preciso que esté orgullosa por algo.

Julián asintió con la cabeza; no tenía valor para hablar.

—Muy bien—dijo el príncipe—. Aquí tiene usted tres drogas, muy amargas, que va usted a tomar sin pérdida de tiempo.

Primera, ver todos los días a Mme.... ¿Cómo se llama?

—Madame de Dubois.

—¡Qué nombre!—dijo el príncipe, echándose a reír—. Pero, perdón; para usted es sublime. Se trata de ver a diario a Mme. De Dubois; pero no vaya usted a presentarse a sus ojos como molesto y frío; recuerde el gran principio de su siglo: ser lo contrario de lo que esperan de uno. Muéstrese precisamente como fuera usted ocho días antes de verse honrado con sus bondades.

—¡Qué tranquilo estaba yo entonces!—exclamó Julián con desesperación—. Creía tenerla compasión...

—La mariposa se quema en la luz—continuó el príncipe—; comparación tan vieja como el mundo.

Primera, la verá usted todos los días.

Segunda, cortejará usted a una mujer de su sociedad; pero sin aparentar estar apasionado de ella, entiéndalo bien. No negaré que el papel es un poco difícil, pues representa usted una comedia, y si lo adivinan está usted perdido.

—¡Tiene ella tanto talento y yo tan poco! Estoy perdido—dijo Julián tristemente.

—No, lo que está usted es más enamorado de lo que yo me figuraba. Madame de Dubois se ocupará profundamente de sí misma, como todas las mujeres a quienes el cielo ha concedido mucha nobleza o mucho dinero. Se mirará a sí misma en vez de mirarle a usted, y, naturalmente, no le conoce a usted. Durante los dos o tres ataques de amor que ha tenido en favor de usted, con gran esfuerzo de imaginación veía en usted el héroe soñado, y no lo que es usted en realidad...

Pero ¡qué demonio! ¡Ahí están todos los elementos, querido Sorel! ¿Es usted, acaso, un completo estudiante?

¡Caramba! Vamos a entrar en este almacén. Vea usted un cuello negro, encantador; parece hecho por John Anderson, de Burlington-Street. Hágame el favor de tomarle y tirar lejos esa innoble cuerda negra que lleva usted al cuello.

Bueno—continuó el príncipe al salir de la tienda del primer mercero de Estrasburgo—, ¿qué relaciones tiene Mme. Dubois? ¡Dios mío, qué nombre! No se enfade usted, mi querido Sorel, pero es más fuerte que yo... ¿A quién hace usted la corte?

—A una pudorosa por excelencia, hija de un comerciante de medias, inmensamente rico. Tiene los ojos más bonitos del mundo y me gustan mucho; ocupa la más elevada jerarquía en la comarca; pero, en medio de todas sus grandezas, se ruboriza hasta el punto de desconcertarse si alguien habla de comercio o de tienda. Y, por desgracia, su padre es uno de los comerciantes más conocidos de Estrasburgo.

—Así que si se habla de “industria”—dijo el príncipe riendo—, está usted seguro que la bella piensa en ella y no en usted. Esta ridiculez es divina y muy útil, pues evitará que sienta usted el menor movimiento de locura junto a esos bellos ojos. El éxito es seguro.

Julián pensaba en la mariscala de Fervaques, que iba mucho al palacio de la Mole. Era una extranjera hermosa, que se casó con el mariscal un año antes de su muerte. Toda su vida parecía encaminada a hacer olvidar que era hija de un “industrial”, y, para ser algo en París, presumía de virtuosa.

Julián admiraba sinceramente al príncipe; ¡qué no hubiese dado por tener sus ridiculeces! La conversación entre los dos amigos fué interminable; Korasoff estaba radiante; nunca un francés le había escuchado tanto tiempo.

—¡De modo—se decía el príncipe encantado— que llego a hacerme oír dando lecciones a mis maestros! ¿Estamos de acuerdo, eh?—repetía a Julián por décima vez—. Ni el menor asomo de

pasión cuando hable usted a la beldad, hija del comerciante de medias de Estrasburgo, en presencia de Mme. De Dubois. Leer una carta de amor bien escrita es el placer supremo para una pudorosa; es un momento de descanso. La mujer no representa una comedia; se atreve a escuchar su corazón; así, que dos cartas diarias.

—¡Nunca! ¡Nunca!—dijo Julián descorazonado—. Antes me haría machacar en un mortero que componer tres frases; soy un cadáver; no espere nada de mí. Déjeme usted morir al borde del camino.

—¿Y quién habla de componer frases? En mi saco tengo seis tomos de cartas de amor manuscritas. Las hay para todos los caracteres de mujer, aun para la virtud más austera. ¿No cortejó Kalisky en Richemond-la-Terrasse—sabe usted, a tres leguas de Londres—, a la más linda cuáquera de toda Inglaterra?

Julián se sentía menos desgraciado cuando, a las dos de la madrugada, se separó de su amigo.

Al día siguiente, el príncipe mandó llamar a un memorialista, y dos días después, Julián tenía en su poder cincuenta y tres cartas amorosas, numeradas, con destino a la virtud más austera y más sublime.

—No hay cincuenta y cuatro porque Kalisky se hizo despedir; pero ¿qué le importa a usted ser maltratado por la hija del comerciante de medias si sólo quiere obrar sobre el corazón de madame de Dubois?

Todos los días montaban a caballo; el príncipe estaba loco por Julián, y no sabiendo cómo demostrarle su amistad, concluyó por ofrecerle la mano de una prima suya, rica heredera de Moscú.

—Y una vez casado—añadió—, mi influencia y la cruz que tiene usted, le hacen coronel en dos años.

—Pero esta cruz no ha sido concedida por Napoleón, y para eso haría falta que fuese así.

—¡Qué importa!—dijo el príncipe—. No la fundó él. Es ya de antiguo la primera en Europa.

Julián estuvo a punto de aceptar; pero su deber le llamaba junto al gran personaje. Al separarse de Korasoff le prometió que le escribiría.

Recibió la contestación a la nota secreta que llevara, y corrió a París; pero apenas estuvo solo dos días seguidos, abandonar Francia y a Matilde le pareció un suplicio mayor que la muerte.

No me casaré con los millones que me ofrece Korasoff—dijose—, pero seguiré sus consejos.

Después de todo, su oficio es el arte de seducir; hace más de quince años que no se ocupa de otra cosa, y tiene treinta. No se puede decir que le falta ingenio; es fino y cauteloso; el entusiasmo, la poesía, son imposibles en este carácter: es un procurador, razón de más para que no se equivoque.

No hay más remedio; voy a cortejar a madame de Fervaques.

Probablemente me aburriré un poco; pero miraré aquellos ojos tan bellos y que tanto se parecen a los que me han amado más en el mundo.

Es extranjería, y, por tanto, un carácter nuevo que observar.

Estoy loco; me ahogo. Debo seguir los consejos de un amigo y no creer en mí mismo.

CAPITULO XXV

El ministerio de la virtud.

Pero si gusto el placer con freno y medida, ya no será un placer para mí.

LOPE DE VEGA.

Apenas de vuelta en París, y al salir del gabinete de M. De la Mole, que pareció muy desconcertado con los despachos que se le presentaban, nuestro héroe corrió a casa del conde de Altamira.

A la honra de estar condenado a muerte, este simpático extranjero unía gran seriedad y la dicha de ser devoto: estos dos méritos y, sobre todo, la alta alcurnia del conde, convenían absolutamente a Mme. De Fervaques, quien le veía con frecuencia.

Julián le confesó seriamente que estaba muy enamorado de ella.

—Es la virtud más pura y más firme—respondió Altamira—, aunque un poco jesuítica y enfática. Hay días en que no entiendo las frases que dice y, sin embargo, entiendo perfectamente las palabras que las componen. Algunas veces me hace pensar que no sé el francés tan bien como dicen.

Esta amistad hará que se conozca su nombre de usted; le dará peso en el mundo. Pero vamos a ver a Bustos—dijo el conde de Altamira, que era un espíritu de orden—; él cortejó en otro tiempo a la mariscala.

Don Diego Bustos se hizo explicar prolijamente el asunto, sin decir nada, como un abogado en su despacho. Tenía una gran cara de fraile con bigotes negros y una seriedad sin pareja; por lo demás, era un buen carbonario.

—Ya comprendo—dijo por fin a Julián—. ¿Ha tenido amantes la mariscala de Fervaques? ¿No los ha tenido? ¿Abriga usted alguna esperanza de éxito? Esta es la cuestión. Por mi parte, debo decir que no conseguí nada. Ahora que ya no me siento molesto, me hago esta reflexión: muchas veces tiene mal humor y, como verá usted por lo que le voy a contar, no deja de ser vengativa. No es que yo le atribuya ese temperamento bilioso, propio del genio, y que da a todos los actos como un barniz de pasión. Por el contrario, a la manera de ser, flemática y tranquila, de los holandeses, es a lo que debe su rara belleza y sus frescos colores.

Julián se impacientaba de la lentitud y la flemma inalterable del español; de tiempo en tiempo, a su pesar, se le escapaban algunos monosílabos.

—¿Quiere usted escucharme?—le dijo con seriedad D. Diego Bustos.

—Dispense la "furia francesa"—dijo Julián—: soy todo oídos.

—La mariscala de Fervaques es muy dada al odio; persigue sin piedad a personas que no ha visto nunca: abogados, pobres diablos de literatos que han compuesto canciones, como Collé. ¿Sabe usted?

J'ai la marotte
D'almer Marote, etc. (1)

Y Julián tuvo que soportar la cita entera. Al español le gustaba mucho cantar en francés.

Nunca fué escuchada aquella divina canción con más impaciencia.

Cuando terminó, dijo D. Diego Bustos:

—La mariscala hizo destituir al autor de la canción:

Un jour l'amour au cabaret. (2)

Julián tembló ante la idea de que quisiera cantarla también. Se contentó con analizarla. Realmente, era irreverente y poco culta.

—Cuando la mariscala se indignó con esta canción—dijo D. Diego—, le hice observar que una mujer de su jerarquía no debía leer todas las estupideces que se publican. Por muchos progresos que hagan la piedad y la seriedad, siempre habrá en Francia literatura de taberna. Cuando Mme. De Fervaques hizo que le quitaran al autor, pobre diablo a medio sueldo, un empleo de mil ochocientos francos, le dije yo: “Tenga cuidado: usted ha ata-

(1) Tengo la manía
de amar a Marote...

(2) Un día, el amor, en la taberna...

cado a ese poetastro con sus armas; él puede contestar con sus rimas: hará una canción sobre la virtud. Los salones dorados estarán de parte de usted; la gente aficionada a reír, repetirá sus epigramas." ¿Sabe usted, caballero, lo que me respondió la mariscala? "Por el interés del Señor, todo París me vería marchar hacia el martirio; sería un espectáculo nuevo en Francia. El pueblo aprendería a respetar la calidad. Sería el día más hermoso de mi vida." Nunca he visto más bonitos sus ojos.

—Los tiene soberbios—exclamó Julián.

—Veo que está usted enamorado... Así, pues—continuó D. Diego Bustos—, no tiene ella la constitución biliosa que conduce a la venganza. Si le gusta hacer daño, sin embargo, es porque es desgraciada. Yo sospecho en ella una "desgracia interior." ¿No será una pudorosa cansada de su oficio?

El español le miró silencioso durante más de un minuto.

—Esta es la cuestión—añadió gravemente—; y ahí puede usted tener alguna esperanza. Yo he reflexionado mucho durante los dos años que me dediqué a ser su más humilde servidor. Todo el porvenir del caballero enamorado que me consulta depende de este gran problema: "¿Es una pudorosa cansada de su papel, y mala porque es desgraciada?"

—O bien—dijo Altamira, saliendo al fin de su profundo silencio—, no será más que lo que te he dicho veinte veces: sencillamente, vanidad fran-

cesa. El recuerdo de su padre, el famoso comerciante de paños, hace la desgracia de este carácter sombrío y seco. Sólo puede haber una felicidad para ella: habitar en Toledo y verse atormentada por un confesor que todos los días le muestre el infierno abierto.

Cuando se marchaba Julián, díjole D. Diego, cada vez más serio:

—Altamira me ha dicho que es usted de los nuestros. Un día nos ayudará usted a reconquistar nuestra libertad; por eso quiero ayudarle a usted en esta pequeña diversión. Bueno será que conozca usted el estilo de la mariscala: aquí tiene algunas cartas suyas.

—Voy a copiarlas y se las devolveré a usted.

—¿Y nadie sabrá nunca una palabra de lo que aquí hemos hablado?

—¡Jamás! Palabra de honor—exclamó Julián.

—Que Dios le ayude—añadió el español, y acompañó silencioso hasta la escalera a Altamira y a Julián.

Esta escena alegró un tanto a nuestro héroe; estuvo a punto de sonreír al decirse: “Este beato de Altamira ayudándome en una empresa de adulterio!”.

Durante toda la seria conversación de D. Diego Bustos, Julián había estado atento a las horas que sonaban en el reloj del palacio de Aligre.

Se acercaba la de comer, y, por lo tanto, iba a ver de nuevo a Matilde. Volvió a la casa y se vistió con mucho esmero.

—Primera tontería—díjose al bajar la escalera—. Debo seguir al pie de la letra las instrucciones del príncipe.

Subió otra vez a su cuarto y se puso un traje de viaje de lo más sencillo.

Ahora—pensó—se trata de las miradas.

No eran más que las cinco y media y se comía a las seis. Se le ocurrió la idea de bajar al salón, que encontró desierto. A la vista del sofá azul su emoción fué tal que las lágrimas acudieron a sus ojos; sus mejillas ardían.

Tengo que dominar esta sensibilidad estúpida que me traicionaría—díjose colérico.

Cogió un periódico, para fingir que se ocupaba de algo, y salió y entró cuatro o cinco veces del salón al jardín y del jardín al salón.

Temblando y bien oculto por una gran encina, se atrevió a levantar los ojos hasta la ventana de Mlle. De la Mole. Estaba herméticamente cerrada. Julián estuvo a punto de caerse y permaneció mucho tiempo apoyado contra la encina. Luego, con paso vacilante, fué a contemplar la escalera del jardinero. El eslabón que un día forzara en circunstancias ¡ay! tan distintas, estaba aún sin componer. Arrastrado por un movimiento de locura, Julián lo apretó contra sus labios.

Después de andar errando mucho tiempo del salón al jardín, Julián se halló horriblemente fatigado; este fué su primer éxito, del que se sintió muy contento. “Mis miradas serán apagadas y no me traicionarán.” Poco a poco fueron llegando al

salón los convidados; pero nunca se abría la puerta sin que el corazón de Julián sintiese una turbación mortal.

Se sentaron a la mesa. Por fin, apareció mademoiselle de la Mole, siempre fiel a su costumbre de hacerse esperar. Se puso muy colorada al ver a Julián. No le habían dicho su llegada. Siguiendo la recomendación del príncipe Korasoff, Julián miró sus manos: temblaban. Emocionado él hasta más no poder por este descubrimiento, fué bastante feliz para no aparecer más que cansado.

Monsieur de la Mole hizo su elogio. La marquesa le dirigió la palabra momentos después, y le felicitó por su aire fatigado.

Julián se decía a cada instante:

—No debo mirar demasiado a Mlle. De la Mole; pero tampoco debo huirla. Tengo que ser exactamente lo mismo que era ocho días antes de mi desgracia...

Tuvo motivos para sentirse satisfecho del éxito, y se quedó en el salón. Atento por primera vez a la dueña de la casa, se esforzó vivamente en hacer hablar a los hombres de la reunión y mantener animada la conversación.

Su cortesía fué recompensada. A eso de las ocho anunciaron a la mariscala de Fervaques. Julián desapareció y volvió a poco vestido con el mayor cuidado. Mademoiselle de la Mole le agradeció infinito aquella muestra de respeto, y quiso demostrarle su satisfacción hablando de su viaje a madame de Fervaques.

Julián se instaló cerca de la mariscala, de manera que sus ojos no fuesen vistos de Matilde. Así colocado, siguiendo todas las reglas del arte, madame de Fervaques fué para él el objeto de la más entusiasta admiración. Por un párrafo sobre este sentimiento comenzaba la primera de las cincuenta y tres cartas que le regalara el príncipe Korasoff.

La mariscala anunció que iba a la Opera Bufa. Allá se fué Julián corriendo; se encontró al caballero de Beauvoisis, que le condujo a un palco de los gentileshombres de cámara, precisamente al lado del palco de Mme. De Fervaques. Julián la miró constantemente.

—Necesito—se dijo al volver a casa—que lleve un diario del sitio; pues si no, olvidaré los ataques.

Se esforzó en escribir dos o tres páginas sobre aquel asunto enojoso, y así consiguió, cosa admirable, casi no pensar en Mlle. De la Mole.

Matildé se había casi olvidado de él durante su viaje.

—Después de todo, no es mas que un ser vulgar—pensaba—, y su nombre me recordará siempre la falta más grande de mi vida. Hay que volver de buena fe a las ideas vulgares de formalidad y de honor: una mujer corre el riesgo de perderlo todo al olvidarlas.

Se mostró dispuesta a consentir en que se ultimase el contrato con el marqués de Croisenois, preparado hacía tanto tiempo. El estaba loco de

alegría, y se habría asombrado mucho si alguien le dijera que en aquel modo de sentir de Matilde, que tanto le enorgullecía, había, en el fondo, mucho de resignación.

Todas las ideas de Matilde cambiaron al ver a Julián.

—En realidad—se dijo—, este es mi marido; y si vuelvo de buena fe a las ideas de sensatez, evidentemente debo casarme con él.

Ella esperaba importunidades, aires de desgracia por parte de Julián. Preparaba sus contestaciones; pues sin duda al terminar de comer, él trataría de decirle algunas palabras. Lejos de ello, se quedó en el salón, y sus miradas ni siquiera se dirigieron al jardín. Eso sí, ¡Dios sabe con cuánto trabajo!

—Más vale tener cuanto antes esa explicación— pensó Mlle. De la Mole.

Salió sola al jardín; pero Julián no pareció. Matilde fué a pasearse junto a las puertas ventanas del salón; desde allí le vió muy entretenido, describiendo a Mme. De Fervaques los castillos en ruinas que coronan los altozanos a orillas del Rin y que le dan tanto carácter. Empezaba a usar, y no sin éxito, la frase sentimental y pintoresca que en algunos salones se llama "esprit".

Si el príncipe de Korasoff hubiese estado en París se habría sentido orgulloso: aquella velada era exactamente la que él había predicho. También habría merecido su aprobación la conducta de Julián en los días siguientes.

Una intriga entre los miembros del Gobierno oculto dejaba vacantes algunos cordones azules: la mariscala de Fervaques exigía que su tío abuelo fuese caballero de la Orden. El marqués de la Mole tenía la misma pretensión para su suegro; reunieron sus esfuerzos, y la mariscala fué casi todos los días al palacio de la Mole. Por ella supo Julián que el marqués iba a ser ministro: ofrecía a la "camarilla" un plan muy ingenioso para anular la carta, sin conmoción, en tres años.

Julián podía esperar un obispado si M. De la Mole llegaba al ministerio; pero para él todos estos grandes intereses se le aparecían como cubiertos con un velo. Su imaginación no los alcanzaba más que vagamente y, por decirlo así, en la lejanía. La gran desgracia que le convertía en un maniático, cifraba todos los intereses de la vida en su manera de ser con Mlle. De la Mole. Calculaba que después de cinco o seis años de trabajo conseguiría le nuevo su amor.

Aquella cabeza tan fría había llegado, como se ve, a un completo estado de locura. De todas las cualidades que antes le distinguieran, sólo le quedaba un poco de firmeza. Materialmente fiel al plan de conducta trazado por el príncipe Korasoff, todas las roches se colocaba lo más cerca posible del sillón de Mme. De Fervaques; pero no conseguía encontrar una palabra que decirle.

El esfuerzo que se impusiera para aparecer curado ante Matilde, agotaba todas las fuerzas de su alma, y permanecía al lado de la mariscala co-

mo un ser apenas animado; hasta sus ojos habían perdido todo su fuego, como ocurre cuando se tiene un gran sufrimiento físico.

Como la manera de ver las cosas de Mme. De la Moie era siempre una copia de las opiniones de aquel marido que podía hacerla duquesa, hacía unos días que ensalzaba hasta las nubes el mérito de Julián.

CAPITULO XXVI

El amor moral.

There also was of course in Adeline
That calm patrician polish in the address,
Which ne'er can pass the equinoctial line
Of any thing which Nature would express:
Just as a Mandarin finds nothing fine,
At least his manner suffers not to guess
That any thing he views can greatly please (1).

(*Don Juan*, c. XIII, estancia 84.)

—Hay algo de locura en la manera de ver de toda esta familia—pensaba la mariscala—. Están encantados con su joven abate, que no sabe sino escuchar, con unos ojos muy bonitos, es cierto.

Julián, por su parte, encontraba en los modales de la mariscala un ejemplo casi perfecto de aquella “calma patricia”, que respira una exquisita

- (1) También había, naturalmente, en Adeline, esa corrección serena y patricia en las maneras que nunca rebasa la línea equinoccial de lo que quiere o puede expresar la naturaleza; Tal el mandarín que nada encuentra demasiado bello, o que, al menos, no deja que por su aire pueda sospe-
[charse
que espera dé ninguna cosa un deleite excesivo.

cortesía, pero más aún la imposibilidad de ninguna emoción viva.

Lo imprevisto en los movimientos, la falta de dominio sobre sí mismo, hubiera escandalizado a Mme. De Fervaques casi tanto como la falta de majestad con los inferiores. El menor signo de sensibilidad hubiese sido a sus ojos como una especie de "embriaguez moral", de la que hay que ruborizarse, y que perjudica mucho a lo que una persona de una jerarquía elevada se debe a sí misma. Su gran placer era hablar de la última cacería del rey; su libro favorito, las "Memorias del duque de Saint-Simon", sobre todo por la parte genealógica.

Julián sabía el sitio que, según la disposición de las luces, era conveniente a la belleza de madame de Fervaques. Él solía estar allí de antemano; pero procurando colocar su silla de modo que no viese a Matilde. Extrañada de aquella insistencia en ocultarse de ella, un día abandonó el sofá azul y fué a trabajar junto a una mesita vecina del sillón de la mariscala. Julián podía verla bastante cerca, por debajo del sombrero de Mme. de Fervaques. Aquellos ojos, que disponían de su suerte, le asustaron primero; pero luego le sacaron violentamente de su apatía habitual: habló, y muy bien.

Dirigía la palabra a la mariscala; pero su intención única era obrar sobre el alma de Matilde. Se animó de tal modo, que Mme. De Fervaques llegó a no entender lo que decía.

Aquél era un primer mérito. Si Julián hubiera tenido la idea de completarle con alguna frase de misticismo alemán, de alta religiosidad y de jesuitismo, la mariscala le hubiera clasificado desde luego entre los hombres superiores llamados a regenerar el siglo.

Puesto que tiene tan mal gusto, decíase mademoiselle de la Mole, que está hablando tanto tiempo y con tanto fuego a Mme. De Fervaques, no le escucharé más. Durante el final de aquella velada cumplió su palabra, aunque con trabajo.

A media noche, cuando cogió la palmatoria de su madre para acompañarla a su cuarto, madame de la Mole se detuvo en la escalera para hacer un elogio completo de Julián. Matilde acabó de ponerse de mal humor; no pudo conciliar el sueño. Una idea la calmó: lo que yo desprecio puede aun parecer un hombre de gran mérito ante los ojos de la mariscala.

En cuanto a Julián, como había obrado, era menos infeliz; sus ojos se fijaron por casualidad en la cartera de piel de Rusia en que el príncipe Korasoff había encerrado las cincuenta y tres cartas de amor que le regaló. Julián vió una nota al final de la primera carta, que decía: "Se envía el número 1 ocho días después del primer encuentro."

¡Estoy retrasado!—exclamó Julián—; pues hace mucho tiempo que estoy viendo a Mme. De Fervaques. Se puso en seguida a copiar aquella carta

de amor: era una homilia llena de frases sobre la virtud y aburrida de muerte; Julián tuvo la suerte de dormirse a la segunda carilla.

Unas horas después, el sol le sorprendió apoyado sobre la mesa. Uno de los momentos más penosos de su vida era el de por la mañana, cuando, al despertar, "advertía" toda su desgracia. Aquel día acabó la copia de su carta casi riendo. ¿Es posible, se decía, que haya habido un muchacho capaz de escribir así? Contó varias frases de nueve líneas. Al pie del original vió una nota con lápiz.

"Estas cartas las lleva uno mismo: a caballo, corbata negra, levitón azul. Se entrega la carta al portero con aire contrito; profunda melancolía en la mirada. Si se ve a alguna doncella, enjugarse los ojos furtivamente. Dirigir la palabra a la doncella."

Todo esto fué fielmente ejecutado.

Lo que yo estoy haciendo es un poco expuesto, pensó Julián al salir del palacio de Fervaques; pero tanto peor para Korasoff. ¡Atreverse a escribir a una virtud tan célebre! Voy a ser tratado con el mayor desprecio, y nada me divertirá más. Esta es en el fondo la única comedia a que puedo ser sensible. Sí, cubrir de ridículo a este ser odioso que llamo "yo", me divertirá. Si me dejara llevar por mis impulsos cometería un crimen para distraerme.

Hacia un mes que el momento más feliz de la vida de Julián era aquel en que conducía su ca-

ballo a la cuadra. Korasoff le había prohibido expresamente mirar, bajo ningún pretexto, a la amante que le había abandonado. Pero el paso del caballo, que tan bien conocía ella; la manera como Julián llamaba con la fusta a la puerta de la caballeriza, para que saliera un mozo, atraían algunas veces a Matilde detrás de las cortinillas de su ventana. La batista era tan fina, que Julián veía a través de ella. Mirando de cierto modo, por debajo del ala de su sombrero, distinguía el cuerpo de Matilde, sin ver sus ojos. Por lo tanto, se decía, ella tampoco puede ver los míos, y esto no es mirarla.

Por la noche, Mme. De Fervaques fué para él exactamente lo mismo que si no hubiera recibido la disertación filosófica, mística y religiosa que por la mañana entregara él a su portero con tanta melancolía. La víspera, por casualidad, había descubierto Julián el medio de ser elocuente; se las arregló de manera que viese los ojos de Matilde. Ella, por su parte, unos instantes después de la llegada de la mariscala, abandonó el sofá azul, lo cual era desertar de su sociedad habitual. El marqués de Croisenois parecía consternado con aquel nuevo capricho; su dolor evidente consoló a Julián de lo más horrible de su desgracia.

Aquel detalle, imprevisto en su vida, le hizo hablar como un ángel; y como el amor propio se desliza siempre incluso en los corazones que sirven de templo a la virtud más augusta, al subir en su coche la mariscala pensaba: madame de

la Mole está en lo cierto; este curita tiene distinción. Se conoce que los primeros días mi presencia le intimidaba. Ciertamente, todo el ambiente de esta casa es por demás frívolo; no se ven más que virtudes sostenidas por la vejez, muy necesitadas, sin duda, de los hielos de la edad. Este muchacho habrá visto la diferencia; escribe bien, pero mucho me temo que la petición que me hace en su carta, de que le ilumine con mis consejos, sea, en el fondo, un sentimiento que él mismo ignora.

Y, sin embargo, ¡cuántas conversiones han comenzado así! Lo que me hace augurar bien de ésta, es la diferencia de su estilo con el de los muchachos, cuyas cartas he tenido ocasión de ver. Es imposible no reconocer la unción, una seriedad profunda y mucho convencimiento en la prosa de este joven levita: quizá tenga la dulce virtud de Massillon.

CAPITULO XXVII

Los mejores puestos de la iglesia.

¡Servicios! ¡Talento! ¡Mérito!
to! ¡Bah! Sed de un partido.

Telemaco.

La idea de obispado se presentaba por primera vez, mezclada con la de Julián, en la cabeza de una mujer que, tarde o temprano, había de distribuir los mejores puestos de la Iglesia de Francia. Aquella probabilidad no impresionó casi a

Julián; en aquel instante su pensamiento no se salía para nada de su desgracia actual. Todo la redoblaba. Por ejemplo, la vida de su habitación se le había hecho insoportable. En la noche, cuando se retiraba con su bujía, cada mueble, cada pequeño adorno parecía que tenían voz para anunciarle agriamente algún nuevo detalle de su desdicha.

Hoy tengo un trabajo obligado—dijose al entrar con una vivacidad, inusitada en él desde hacía algún tiempo—; esperemos que la segunda carta sea tan fastidiosa como la primera.

Lo era mucho más. Le parecía tan absurdo lo que copiaba, que concluyó por transcribir línea por línea, sin preocuparse del sentido.

Este es aún más enfático—decíase—que los documentos oficiales del tratado de Munster, que mi profesor de diplomacia me hacía copiar en Londres.

Entonces se acordó de las cartas de madame de Fervaques, cuyos originales se había olvidado de devolver al grave español don Diego Bustos. Las buscó: eran realmente casi tan ininteligibles como las del joven señor ruso. Eran de una completa vaguedad. Aquello quería decirlo todo y no decir nada. Es el arpa eolia del estilo, pensó Julián. En medio de los más sublimes pensamientos sobre la nada, sobre la muerte, sobre el infinito, etc., no veo de real más que un miedo abominable al ridículo.

El monólogo que acabamos de resumir se re-

pitó durante quince días seguidos. Dormirse copiando una especie de comentario al Apocalipsis; al día siguiente ir a llevar una carta con aire melancólico; volver el caballo a la cuadra con la esperanza de divisar el traje de Matilde; trabajar por la noche; presentarse en la Opera cuando Mme. De Fervaques no iba al Palacio de la Mole: tales eran las monótonas ocupaciones de la vida de Julián. Algún más interés tenía cuando Mme. De Fervaques iba a ver a la marquesa; entonces podía entrever los ojos de Matilde por debajo del ala del sombrero de la mariscala, y entonces estaba elocuente. Sus frases pintorescas y sentimentales comenzaban a tomar un giro más elegante y más interesante a la vez.

Comprendía perfectamente que lo que hablaba era absurdo a los ojos de Matilde; pero quería impresionarla por la elegancia de la dicción. Cuanto más falso sea lo que diga, tanto más debo gustarle, pensaba Julián. Y entonces, con una osadía inaudita, exageraba algunos aspectos de la naturaleza. Pronto advirtió que para no parecer vulgar ante Mme. De Fervaques, tenía que prescindir sobre todo de las ideas sencillas y razonables. Así, pues, continuaba o abreviaba sus amplificaciones, según veía el éxito o la indiferencia en los ojos de las dos grandes damas a quienes tenía que agradar.

En conjunto, su vida era menos triste que cuando pasaba los días en la inacción.

Pero—decíase una noche—estoy copiando el nú-

mero quince de estas abominables disertaciones; las catorce primeras han sido fielmente entregadas al suizo de la mariscal. Voy a tener el honor de llenar todos los cajones de su escritorio. Y, sin embargo, ella me trata exactamente lo mismo que si no escribiese. ¿En qué acabará todo esto? ¿Le fastidiará a ella mi constancia tanto como a mí? Hay que convenir en que el ruso amigo de Korasoff, y enamorado de la bella cuáquera de Richmond, fué en su tiempo un hombre terrible; no se puede ser más abrumador.

Como todos los seres mediocres a quienes la casualidad pone en presencia de las maniobras de un gran general, Julián no comprendía una palabra del ataque que el ruso dirigiera contra el corazón de la bella inglesa. Las cuarenta primeras cartas no tenían más objeto que hacerse perdonar el atrevimiento de escribir. La cuestión era que aquella dulce persona, que probablemente se aburría de muerte, contrajera la costumbre de recibir cartas, quizá un poco menos sosas que su vida diaria.

Una mañana entregaron una carta a Julián: en ella reconoció las armas de Mme. De Fervaques, y abrió el sello con un interés que algunos días antes le habría parecido imposible: no era mas que una invitación a comer.

Consultó presuroso las instrucciones del príncipe Korasoff. Desgraciadamente, el joven ruso había querido ser ligero, como Dorat, en donde hubiera debido ser sencillo e inteligible. Julián no

pudo adivinar la posición moral que debía ocupar en la comida de la mariscala.

El salón era en extremo magnífico, dorado, como la galería de Diana en las Tullerías, con cuadros al óleo en los artonados. En estos cuadros aparecían algunas manchas claras. Julián supo más tarde que, habiendo parecido los asuntos poco decentes a la dueña de la casa, ésta había mandado corregir los cuadros.

—“¡Siglo moral!”—pensó.

En aquel salón reconoció a tres de los personajes que asistieran a la redacción de la nota secreta. Uno de ellos, monseñor el obispo de ***, tío de la mariscala, tenía la hoja de los beneficios, y, según decían, no sabía negar nada a su sobrina.

¡Qué gran paso he dado—dijose Julián, sonriendo con melancolía—. ¡Y qué indiferente me es! Heme aquí comiendo con el famoso obispo de ***.

La comida fué mediana, y la conversación, inaguantable.

Es el índice de un mal libro—pensaba Julián—. Todos los grandes problemas suscitados en el pensamiento de los hombres, se tratan aquí con orgullo. A los tres minutos de escuchar, se pregunta uno qué es más insoportable, si el énfasis del orador o su perfecta ignorancia.

El lector quizá haya olvidado a aquel literatuelo Tambeau, sobrino del académico y futuro profesor, que parecía el encargado de envenenar el salón De la Mole con sus bajas calumnias.

A la vista de este hombrecillo apuntó en Julián la idea de que, aun cuando Mme. De Fervaques no contestase a sus cartas, podría muy bien ocurrir que viese con indulgencia el sentimiento que las dictaba. El alma negra de M. Tambeau se desgarraba ante los éxitos de Julián; pero como, por otra parte, un hombre de mérito, lo mismo que un majadero, no puede estar en dos sitios a la vez, si Sorel se hace amante de la sublime mariscalá—decíase el futuro profesor—, ella le colocará en la Iglesia en algún buen puesto y yo me veré libre de él en el palacio De la Mole.

El abate Pirard dirigió a Julián también largos sermones sobre sus triunfos en el palacio de Fervaques. Había algo de “celos de secta” entre el austero jansenista y el salón jesuítico, regenerador y monárquico de la virtuosa mariscalá.

CAPITULO XXVIII

Manon Lescaut.

Una vez que se hubo convencido de lo estúpido y burro que era el prior, acertaba comúnmente llamando negro a lo blanco y blanco a lo negro.

LICHTENBERG.

Las instrucciones rusas prescribían imperiosamente no contradecir nunca de viva voz a la persona a quien se escribía. No había que separarse, bajo ningún pretexto, del papel de la más extáti-

ca admiración; las cartas partían siempre de este supuesto.

Una noche, en la ópera, en el palco de Mme. De Fervaques, Julián ponía por las nubes el bailable de "Manon Lescaut". Su única razón para hablar así era que lo consideraba insignificante.

La mariscala dijo que el bailable era muy inferior a la novela del abate Prévost.

¡Cómo!, pensó Julián, asombrado y divertido. ¡Una persona tan virtuosa alabar una novela! Madame de Fervaques hacía alarde, dos o tres veces por semana, del más completo desprecio por los escritores que mediante esas obras chabacanas tratan de corromper a una juventud, por desgracia demasiado propicia a los errores de los sentidos.

—En este género inmoral y peligroso, "Manon Lescaut"—continuó la mariscala—, ocupa, según dicen, uno de los primeros puestos. Las debilidades y las angustias de un corazón muy criminal están, según dicen, pintadas con una verdad realmente profunda; lo cual no impide que vuestro Bonaparte diga en Santa Elena que es una novela escrita para lacayos.

Esta frase devolvió toda su actividad al espíritu de Julián. Han querido perderme con la mariscala; le han contado mi entusiasmo por Napoleón. El hecho le ha molestado lo bastante para ceder a la tentación de hacérmelo comprender. Aquel descubrimiento le divirtió toda la noche, y a su vez le hizo ser divertido. Al despedirse en el

vestíbulo de la ópera, le dijo la mariscala: “Recuerde usted que no hay que querer a Bonaparte cuando se me quiere a mí; todo lo más, puede aceptársele como una necesidad impuesta por la providencia. Además, este hombre no tenía bastante flexibilidad de espíritu para comprender las obras maestras de las artes.”

“¡Cuando se me quiere a mí!”, se repetía Julián. Esto no quiere decir nada, o quiere decirlo todo. Sutilezas del lenguaje ignoradas por nosotros, pobres provincianos. Y pensó mucho en Mme. De Renal mientras copiaba una carta interminable destinada a la mariscala.

—¿Cómo es—le dijo ella al día siguiente, con un aire de indiferencia que a él le pareció fingido—que me hable usted de “Londres” y de “Richmond” en una carta que, al parecer, escribió usted anoche al salir de la ópera?

Julián se quedó aturdido: había copiado a la letra, sin pensar en lo que escribía, y, por lo visto, habíase olvidado de poner “París” y “Saint-Cloud”, en vez de “Londres” y “Richmond”, que figuraban en el original. Comenzó dos o tres frases, pero no logró acabarlas: tenía unas ganas irresistibles de reír a carcajadas. Finalmente, buscando alguna frase, se le ocurrió esta idea:

—Exaltado por la discusión de los más sublimes, de los más grandes intereses del alma humana, la mía, al escribir, ha podido tener una distracción.

He hecho efecto—se dijo—; por lo tanto, pue-

do ahorrarme el aburrimiento del resto de la velada. Salió corriendo del palacio de Fervaques. Por la noche, revisando el original de la carta que cogió la víspera, llegó al pasaje fatal en que el joven ruso hablaba de Londres y de Richmond. A Julián le chocó mucho encontrar aquella carta casi tierna.

El contraste entre la aparente frivolidad de su conversación y la profundidad sublime y casi apocalíptica de sus cartas, era lo que le había conseguido la consideración de Mme. De Fervaques. La longitud de las frases, placía, sobre todo, a la mariscal; no es ese estilo a saltos, puesto de moda por Voltaire, aquel hombre tan inmoral. Aun cuando nuestro héroe hiciese esfuerzos increíbles por desterrar todo asomo de buen sentido en su conversación, ésta siempre tenía cierto tinte antimonárquico e impío que no escapaba a madame de Fervaques. Rodeada de personas eminentemente morales, pero a quienes de ordinario no se les ocurría una idea en toda la noche, aquella señora se interesaba sobremanera en lo que parecía una novedad; pero al mismo tiempo creía un deber para sí mostrarse ofendida por ello. Llamaba ella a aquel defecto "conservar el sello de la frivolidad del siglo"...

Tales salones sólo son soportables cuando se pretende. Sin duda alguna, el lector participará de todo el aburrimiento de la vida que llevaba Julián. Estos son los páramos de nuestro viaje.

Durante todo el tiempo usurpado en la vida

de Julián por el episodio Fervaques, mademoiselle de la Mole tenía necesidad de hacer un gran esfuerzo para no pensar en él. Su alma era presa de los combates más violentos; a veces se jactaba de despreciar a aquel hombre tan triste, pero a pesar suyo su conversación la cautivaba. Lo que le chocaba sobre todo era su absoluta falsedad; no decía una sola palabra a la mariscala que no fuese una mentira, o, por lo menos, un disfraz abominable de su modo de pensar, qué Matilde conocía tan perfectamente en casi todos los asuntos. Aquel maquiavelismo la asombraba. ¡Qué profundidad!, se decía. ¡Qué diferencia con los badulaques pretenciosos, o los bribones vulgares como M. Tambeau, que emplean el mismo lenguaje!

Julián, sin embargo, tenía días horribles. Se presentaba a diario en el salón de la mariscala para cumplir el más penoso de los deberes. Sus esfuerzos para representar una comedia acababan de quitar a su alma toda la fuerza. Muchas veces, por la noche, al atravesar el patio inmenso del palacio de Fervaques, necesitaba acudir a todo su carácter y sus razonamientos para conseguir mantenerse por cima de la desesperación.

En el seminario vencí la desesperación, decía-se, y, sin embargo, ¡qué horrible perspectiva tenía entonces! Había de lograr fortuna o hundirme para siempre; en uno y en otro caso, me vería obligado a pasar mi vida entera en intimidad con lo más despreciable y más repugnante

que hay en el mundo. En la primavera siguiente, total once meses después, era quizá el más feliz de los muchachos de mi edad.

Pero casi siempre estos bellos razonamientos se estrellaban contra la horrible realidad. Todos los días veía a Matilde en el almuerzo y en la comida. Por las numerosas cartas que le dictaba M. De la Mole, sabía que estaba en vísperas de casarse con M. De Croisenois. Este joven amable ya iba dos veces al día al palacio de la Mole: a la mirada celosa de un amante abandonado no se le escapaba ninguno de sus pasos.

Cuando había creído advertir que Mlle. De la Mole trataba bien a su pretendiente, al volver a su cuarto Julián no podía por menos de acariciar sus pistolas amorosamente.

¡Ay! ¡Más sensato sería quitar las iniciales a mi ropa blanca y marcharme a algún bosque solitario, a veinte leguas de París, a terminar esta vida maldita! Desconocido en la comarca, mi muerte permanecería oculta durante quince días, y al cabo de ellos, ¿quién pensaría en mí?

Este razonamiento era muy sensato. Pero al día siguiente, el brazo de Matilde, entrevisto entre la manga y el guante, bastaba para sumir a nuestro joven filósofo en penosos recuerdos que, sin embargo, le apegaban a la vida. Bueno, se decía entonces, seguiré hasta el fin la política rusa. ¿Cómo terminará todo esto?

Respecto a la mariscala, no volveré a escribirle ciertamente después que haya escrito las cin-

cuenta y tres cartas. En cuanto a Matilde, espero que estas seis semanas de comedia tan penosa, o no hagan cambiar en nada su cólera, o me proporcionen un instante de reconciliación ¡Dios santo! ¡Me moriría de felicidad!... Y no podía acabar su pensamiento.

Cuando después de un largo deliquio conseguía reaccionar, decíase: Obtendría quizá un día de felicidad, después volverían a comenzar sus rigores, fundados, desgraciadamente, en la poca fuerza que tengo para agradarla, y no me restaría ya recurso alguno; quedaría arruinado, perdido para siempre— ¡Qué garantía puede darme ella con su carácter?

¡Ay! Mi poco mérito es causa de todo. Indudablemente carezco de elegancia en mis modales, mi manera de hablar es pesada y monótona. ¡Dios mío! ¡Por qué soy como soy?

CAPITULO XXIX

El aburrimiento.

Sacrificarse a las propias pasiones, pase; pero a pasiones que no se tienen... ¡Oh triste siglo diez y nueve!

GIRODET.

Después de haber leído, sin placer alguno al principio, las cartas de Julián, Mme. De Fervanques empezaba a preocuparse de ellas; pero una cosa la tenía desolada: ¡qué lástima que M. Sorel

no sea decididamente cura! Entonces podría admitírsele con cierta intimidación; pero con esa cruz y ese traje casi seglar, se expone una a preguntas crueles, y ¿qué responder?

No terminaba su pensamiento. Alguna amiga maliciosa puede suponer, y hasta divulgar, que es algún primo modesto, pariente de mi padre, algún comerciante condecorado por la guardia nacional.

Hasta el momento en que viera a Julián, el mayor placer de Mme. De Fervaques había sido escribir la palabra "mariscala" al pie de su nombre. Luego, una vanidad de advenedizo, malsana y que se ofendía de todo, combatió un principio de interés.

—¡Me sería tan fácil—decíase la mariscala—hacer de él un vicario mayor en alguna diócesis cercana a París! Pero Sorel a secas y, además, secretario de M. De la Mole..., es desolador.

Por primera vez aquel alma, que "temía todo", sentíase emocionada por un interés extraño a sus pretensiones de jerarquías y superioridad social. Su anciano portero notó que, cuando llevaba una carta de aquel guapo mozo que tenía un aire tan triste, estaba seguro de ver desaparecer el aire distraído y molesto que la mariscala cuidaba siempre de adoptar a la llegada de alguno de sus criados.

El aburrimiento de un modo de vivir exterior, supeditado al efecto en el público, sin que hubiese en el fondo una satisfacción real por tal géne-

ro de éxito, había llegado a ser tan intolerable desde que pensaba en Julián, que una hora que pasase durante una noche con aquel hombre singular, bastaba para que las doncellas no fuesen maltratadas en todo el día siguiente. El crédito naciente del joven resistió a algunos anónimos muy bien trazados. En vano el pequeño Tambeau proporcionó a De Luz, De Croisenois y De Caylus dos o tres calumnias muy hábiles, que estos señores se encargaron de divulgar sin preocuparse mucho de la verdad de las acusaciones. La mariscala, cuyo espíritu no era muy a propósito para resistir a estos medios vulgares, contaba sus dudas a Matilde y siempre recibía consuelo.

Un día, después de haber preguntado tres veces si había cartas, Mme. De Fervaques se decidió repentinamente a contestar a Julián. Fué una victoria del aburrimiento. A la segunda carta la mariscala fué detenida por la inconveniencia de escribir de su puño y letra una dirección tan vulgar: "A M. Sorel, en casa del marqués de la Mole."

—Es preciso—dijo ella por la noche a Julián con un aire muy seco—que me traiga usted sobres con sus señas.

Heme aquí convertido en amante de escalera abajo—pensó Julián, y se inclinó, divirtiéndole la idea de disfrazarse de Arsenio, el viejo ayuda de cámara del marqués.

Aquella misma noche llevó los sobres, y al día siguiente, muy de mañana, recibió una tercera carta. Leyó cinco o seis líneas del principio y dos o

tres del final. Era de cuatro carillas, de letra muy metida.

Poco a poco tomaron la costumbre de escribirse casi todos los días. Julián contestaba con copias fieles de las cartas rusas y, ¡ventajas del estilo enfático!, Mme. De Fervaques no echó de ver la poca relación de las contestaciones con sus cartas.

Cuál no hubiera sido la indignación de su orgullo si el pequeño Tambeau, que se había constituido en espía voluntario de Julián, le hubiese podido decir que todas sus cartas, sin abrir, estaban tiradas y revueltas en el cajón de Julián.

Una mañana el portero le llevó a la biblioteca una misiva de la mariscala: Matilde se encontró a aquel hombre y vió la carta y la dirección de letra de Julián. Entró en la biblioteca a tiempo que el portero salía; la carta estaba aún en el borde de la mesa, pues Julián, muy ocupado en su escritura, no la había metido en el cajón.

—Esto es una cosa que no puedo sufrir—exclamó Matilde, apoderándose de la carta—. Me olvida usted por completo, a mí, que soy su esposa. ¡Su conducta es horrible, caballero!

A estas palabras, su orgullo, espantado de la tremenda inconveniencia de aquel paso, la sofocó; se deshizo en lágrimas, y a poco le pareció a Julián que no podía respirar.

Sorprendido, confuso, Julián no apreciaba bien todo lo que para él tenía de feliz aquella escena. Ayudó a Matilde a sentarse; ella casi se abandonaba en sus brazos.

Al percatarse de este movimiento, la alegría de Julián fué inmensa. En seguida pensó en Korasoff: "Puedo echarlo todo a perder con una palabra."

Sus brazos quedaron inmóviles: tan grande era el esfuerzo impuesto por la política.

No debo ni siquiera permitirme estrechar contra mi pecho este cuerpo gracil y encantador que encierra el corazón que me maltrata y desprecia. ¡Qué carácter más terrible!

Y, maldiciendo el carácter de Matilde, la amaba cien veces más; le parecía tener en sus brazos a una reina.

La impasible frialdad de Julián redobló el dolor de orgullo que desgarraba el alma de Matilde. Estaba muy lejos de tener la sangre fría necesaria para tratar de adivinar en los ojos de él lo que sentía por ella en aquel momento. No pudo decidirse a mirarle: temblaba encontrarse con la expresión del desprecio.

Sentada en el diván de la biblioteca, inmóvil, con la cabeza vuelta al lado contrario de Julián, era presa de los dolores más vivos que el orgullo y el amor pueden hacer sentir a un alma humana. ¡Qué mal paso acababa de dar!

—¡Desgraciada de mí! ¡Me estaba reservado el ver rechazar los más indecorosos avances! ¡Y rechazados por quién!—añadía su orgullo dolorido—. ¡Rechazados por un criado de mi padre! Esto es lo que no sufriré—dijo en alta voz.

Y, levantándose furiosa, abrió el cajón de la mesa de Julián, que estaba a dos pasos de ella. Quedó como helada de horror al ver allí ocho o diez cartas, sin abrir, semejantes en todo a la que el portero acababa de entregarle. En todos los sobres reconocía la letra de Julián, más o menos fingida.

—¿De modo—exclamó fuera de sí—que no solamente está usted bien con ella, sino que también la desprecia usted? ¡Usted, un hombre de la nada, despreciar a la mariscala de Fervaques!... ¡Ay, perdón, querido mío—añadió, echándose a sus pies—; despréciame, si quieres, pero ámame; no puedo vivir privada de tu amor!

Y cayó al suelo, completamente desmayada.

—¡Ya está la orgullosa a mis pies!—se dijo Julián.

CAPITULO XXX

Un palco en los Bufos.

As the blackest sky
Foretells the heaviest tempest (1).

Don Juan. C. I., est. 73.

En medio de todos aquellos arranques, Julián se sentía más asombrado que feliz. Las injurias de Matilde le demostraban cuán sabia era la poli-

(1) Como el cielo más negro
anuncia la tempestad mayor.

tica rusa. "Hablar poco; obrar poco", éste es el único medio de salvarme.

Levantó a Matilde, y sin pronunciar palabra, la volvió a colocar sobre el diván. Poco a poco las lágrimas la vencieron.

Para hacer algo, cogió en sus manos las cartas de Mme. De Fervaques; las abría lentamente. Tuvo un movimiento nervioso, muy marcado, cuando reconoció la letra de la mariscal. Volvía, sin leerlas, las hojas de aquellas cartas; la mayoría eran de seis carillas.

—Contésteme al menos—dijo por fin Matilde, con el tono de voz más suplicante; pero sin atreverse a mirar a Julián—. Usted sabe bien que tengo orgullo; esta es la desgracia de mi posición y hasta de mi carácter, lo confieso. ¿Madame de Fervaques me ha arrebatado el corazón de usted?... ¿Ha hecho ella por usted todos los sacrificios a que a mí me ha arrastrado este amor fatal?

Un hosco silencio fué toda la respuesta de Julián. ¿Con qué derecho, pensaba, me pide una indiscreción, indigna de un hombre honrado?

Matilde trató de leer las cartas; sus ojos arrasados de lágrimas le quitaban la posibilidad de lograrlo.

Hacía un mes que era desgraciada; pero su alma altiva estaba muy lejos de confesarse sus sentimientos. La casualidad solo había traído aquella explosión. Los celos y el amor, un punto habían vencido al orgullo. Matilde estaba en el

diván y muy cerca de él. Julián veía sus cabellos, su cuello de alabastro. Un instante olvidóse de lo que se debía. La enlazó por la cintura con su brazo y casi la estrechó contra su pecho.

Ella volvió lentamente la cabeza hacia él, dejándole asombrado por la expresión de intenso dolor de sus ojos, que hacían variar totalmente su fisonomía habitual.

Julián sintió que le abandonaban las fuerzas; tan penoso era el acto de valor que se imponía.

Estos ojos no expresarán dentro de poco sino el más frío desdén, díjose Julián, si me dejo llevar por la dicha de amarla. Y, sin embargo, con voz muy tenue y con palabras entrecortadas, ella le repetía en aquel momento la seguridad de todos sus remordimientos por las acciones que su orgullo había podido aconsejarla.

—Yo también tengo orgullo—le dijo Julián, con una voz apenas inteligible.

Y en sus rasgos se pintaba el grado extremo del abatimiento físico.

Matilde se volvió vivamente hacia él. Oír su voz era una felicidad a la que casi había renunciado. En aquel momento sólo recordaba su altivez para maldecirla; hubiera deseado encontrar medios insólitos, increíbles, para probarle hasta qué punto le adoraba y se detestaba a sí misma.

—Probablemente, a causa de este orgullo—continuó Julián—usted me ha distinguido un instante; a causa de esta firmeza animosa, propia de un

hombre, me estima usted aún en este momento. Yo puedo estar enamorado de la mariscala...

Matilde se estremeció; sus ojos tomaron una expresión extraña. Iba a oír pronunciar su sentencia. Este movimiento no pasó inadvertido para Julián, que sintió debilitarse su valor.

¡Ah!—decíase escuchando el sonido de las vanas palabras que su boca pronunciaba, como si fuera un ruido extraño—, ¡si yo pudiera cubrir de besos esas mejillas tan pálidas sin que tú lo sintieses!

—Puedo estar enamorado de la mariscala—continuó... Y su voz era cada vez más débil—. Pero ciertamente, no tengo ninguna prueba decisiva de su interés por mí...

Matilde le miró; él sostuvo aquella mirada, suponiendo que al menos su fisonomía no le había traicionado. Se sintió penetrado de amor hasta en los repliegues más íntimos de su corazón. Nunca había adorado hasta aquel punto, estaba casi tan loco como Matilde. Si ella hubiese tenido bastante sangre fría y ánimo para maniobrar, él habría caído a sus pies renegando de toda vana comedia. Tuvo bastante fuerza para continuar hablando. ¡Ah, Korasoff!—exclamó interiormente—, ¿por qué no estás aquí? ¡Qué bien me vendría una palabra que dirigiera mi conducta! Entre tanto, su boca decía:

—A falta de otro sentimiento, a fuer de hombre agradecido, tengo que mostrarme adicto a la mariscala: ella ha sido indulgente conmigo, me ha

consolado cuando se me despreciaba... Yo no puedo tener gran fe en ciertas apariencias, por todo extremo halagüeñas, sin duda; pero quizá también poco duraderas.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Matilde.

—Vamos a ver: ¿qué garantía me daría usted?—continuó Julián con un acento vivo y firme y que parecía abandonar por un momento las formas prudentes de la diplomacia.—. ¿Qué garantía, qué Dios me responderá de que la posición que en este momento está usted dispuesta a devolverme durará más de dos días?

—El exceso de mi amor y de mi desgracia si no me ama usted ya—le dijo ella tomándole las manos y volviéndose hacia él.

El movimiento brusco que hiciera echó hacia atrás el chal con que se cubría; Julián pudo ver sus hombros encantadores. Sus cabellos, algo alborotados, le trajeron a la memoria un recuerdo delicioso...

Iba a ceder. Una palabra imprudente—se dijo—y volverá a dar comienzo la serie interminable de días pasados en la desesperación. Madame de Renal hallaba razones para hacer lo que su corazón le dictaba; esta muchacha del gran mundo no deja conmoverse a su corazón sino cuando se ha probado con razones que debe conmoverse.

Vió esta verdad en un abrir y cerrar de ojos, y en un abrir y cerrar de ojos recobró todo su valor.

Retiró las manos, que Matilde estrechaba entre las suyas, y con marcado respeto se separó

de ella un poco. El valor de un hombre no puede ir más lejos. En seguida se puso a reunir todas las cartas de Mme. De Fervaques, que estaban esparcidas por el diván, y con la apariencia de una extremada cortesía, muy cruel en aquel momento, añadió:

—Mademoiselle de la Mole me permitirá que reflexione sobre todo esto.

Se alejó rápidamente de la biblioteca; ella le oyó cerrar todas las puertas, unas después de otras.

—El monstruo no se ha conmovido—dijo Matilde...

—Pero ¡qué ha de ser un monstruo! Es sensato, prudente, bueno; yo soy la que ha cometido todas las equivocaciones que pueden imaginarse.

Esta manera de pensar perduró. Matilde se sintió casi feliz aquel día, pues se dedicó por entero al amor; hubiérase dicho que nunca aquel alma se había sentido agitada por el orgullo, y ¡qué orgullo!

Se estremeció de horror cuando por la noche, en el salón, el lacayo anunció a Mme. De Fervaques: la voz de aquel hombre le pareció siniestra. No pudo soportar la presencia de la mariscala, y se alejó rápidamente. Julián, poco orgulloso de su penosa victoria, había temido a sus propias miradas y no comió en el palacio De la Mole.

Su amor y su felicidad aumentaban rápidamente a medida que se alejaba del momento de la batalla. Llegaba a censurarse.

¿Cómo he podido resistirla?—se decía—. ¡Si fuera a dejar de amarme! Un momento puede hacer variar a ese alma altiva, y fuerza es convenir en que la he tratado de un modo horrible.

Por la noche comprendió que era absolutamente preciso presentarse en los Bufos, en el palco de Mme. De Fervaques, que le había invitado expresamente. Matilde se enteraría con seguridad de su presencia o de su ausencia impolítica.

A pesar de la evidencia de este razonamiento, no tuvo fuerza para alternar con la gente al principio de la noche. Hablando iba a perder la mitad de su dicha.

Dieron las diez. No había otro remedio que dejarse ver.

Afortunadamente, encontró el palco de la mariscalca lleno de señoras, y se vió relegado a un sitio cerca de la puerta y oculto completamente por los sombreros. Aquel sitio le salvó de un ridículo.

Los acentos divinos de desesperación de Carolina en el "Matrimonio secreto" le arrancaron lágrimas. Madame de Fervaques vió aquellas lágrimas; de tal modo contrastaban con la firmeza viril de su fisonomía habitual, que aquel alma de gran señora, saturada tiempo hacía de todo lo que el orgullo de "advenedizo" tiene de más corrosivo, se sintió conmovida. Lo poco de mujer que quedaba en su corazón le indujo a hablar. Quería gozar del sonido de su voz en aquel momento.

—¿Ha visto usted a las señoras De la Mole?—le dijo—. Están en el tercero.

Al punto Julián se asomó a la sala, apoyándose con bastante descortesía en la barandilla del palco. Vió a Matilde: sus ojos tenían brillo de lágrimas.

—Y, sin embargo, hoy no es su día de ópera. ¡Qué afán!

Matilde había decidido a su madre a ir a los Bufos, a pesar de lo poco distinguido del palco que una amiga complaciente de la casa se había apresurado a ofrecerles. Quería ver si Julián pasaba aquella noche con la mariscala.

CAPITULO XXXI

Asustarla.

Este es el milagro de vuestra civilización. Habéis hecho del amor un negocio corriente.

BARNAVE.

Julián corrió al palco de Mme. De la Mole. Sus ojos se cruzaron en seguida con los ojos, llenos de lágrimas, de Matilde. Lloraba sin contenerse. En el palco no había más que personas de poca distinción: la amiga que prestara el palco y algunos amigos suyos. Matilde puso su mano sobre la de Julián: parecía como si hubiera olvidado todo temor de su madre. Casi ahogada por las lágrimas, Matilde sólo le dijo esta palabra: "Garantías."

Por lo menos, que no le hable—decíase Julián, muy conmovido y tapándose como podía los

ojos, so pretexto de la araña que deslumbra a los ocupantes del tercer piso de palcos—. Si hablo, no podrá dudar de lo excesivo de mi emoción; el tono de mi voz me traicionaría, y todo acaso puede perderse aún.

Su lucha era mucho más penosa que por la mañana, pues su alma había tenido tiempo de conmovirse. Temía ver a Matilde picada de la vanidad. Ebrio de amor y de voluptuosidad, se decidió por el silencio.

A mi modo de ver, éste es uno de los rasgos más bellos de su carácter; un ser capaz de tal esfuerzo sobre sí mismo puede ir lejos, "si fata sinant".

Mademoiselle de la Mole insistió para que Julián se fuese con ellas a casa. Felizmente llovía mucho. Pero la marquesa le colocó enfrente de ella; le habló sin cesar, e impidió que pudiese decir una palabra a su hija. Podría haberse pensado que la marquesa favorecía a Julián, en cual, no temiendo ya echarlo todo a perder por el exceso de su emoción, se entregaba a ella con locura.

¡Me atreveré a decir que al entrar en su cuarto, Julián se arrodilló y cubrió de besos las cartas amorosas que le diera el príncipe Korasoff?

—¡Oh, gran hombre! ¡Cuánto te debo!—exclamó en su desvarío.

Poco a poco recobró su sangre fría. Se comparó a un general que acaba de ganar una gran batalla a medias. El avance es seguro y grande.

se dijo; pero ¿qué pasará mañana? Un momento puede echarlo todo a perder.

Con un movimiento apasionado abrió las "Memorias de Santa Elena", y durante dos horas largas se esforzó en leerlas; sólo leían los ojos; pero no importaba; siguió haciendo el esfuerzo. Durante aquella singular lectura, su cabeza y su corazón, elevados al nivel de lo que pueda haber de más alto, trabajaban a pesar suyo. Este corazón es bien distinto del de Mme. De Renal, se decía; pero no iba más lejos.

¡Asustarla!, exclamó de repente, tirando el libro lejos de sí. El enemigo no me obedecerá sino mientras me tema; entonces no se atreverá a despreciarme.

Y pensando esto se paseaba por su reducida habitación ebrio de alegría. En verdad sea dicho, aquella alegría era más de orgullo que de amor.

¡Asustarla!, se repetía altivamente, y tenía razón de sentirse orgulloso. Aun en los momentos de mayor dicha, Mme. De Renal temía siempre que mi amor no fuese igual al suyo. Aquí es un demonio al que subyugo; es preciso, pues, "subyugar".

Sabía de sobra que a la mañana siguiente, desde las ocho, Matilde estaría en la biblioteca; así que no apareció en ella hasta las nueve, ardiendo en amor; pero su cabeza dominaba a su corazón. No pasaba un solo minuto sin que se repitiese: "Debo tenerla siempre preocupada con esta gran duda: ¿me ama?" Su brillante posición,

las adulaciones de todo el que le habla, la llevan un "poco demasiado" a la seguridad.

La encontró pálida, tranquila, sentada en el diván; pero, al parecer, incapaz del menor movimiento. Matilde le tendió la mano.

—Querido, te he ofendido, es cierto, y tienes derecho para estar enojado.

Julián no esperaba aquel tono sencillo. Estuvo a punto de fraicionarse.

—Quieres garantías—añadió después de un silencio que esperaba ver roto—, es justo. Róbame; partamos para Londres... Quedaré perdida para siempre, deshonrada...

Tuvo el valor de retirar su mano de la de Julián para taparse los ojos con ella. En aquel alma habían renacido todos los sentimientos de recato y virtud femenina.

Pues bien; deshónrame—dijo por fin con un suspiro—; esto es una "garantía".

Ayer fuí feliz porque tuve el valor de ser severo conmigo mismo—pensó Julián—. Después de un corto silencio, tuvo el suficiente dominio sobre su corazón para decir con tono glacial:

—Una vez camino de Londres, una vez deshonrada, para servirme de sus mismas expresiones, ¿quién me responde de que me amará usted, de que mi presencia en la silla de posta no le parecerá importuna? No soy un monstruo; que su reputación quede por los suelos, sólo será una desgracia más. Y el obstáculo no es la posición de usted en el mundo, es, por desgracia, su ca-

rácter. ¿Puede usted asegurarse a sí misma que me amaría ocho días seguidos?

(¡Que me ame ocho días, solamente ocho días—decíase Julián en voz baja—, y me moriré de alegría. ¿Qué me importa el porvenir? ¿Qué me importa la vida? Y esta dicha inefable puede comenzar en este instante si yo quiero, sólo depende de mí.)

Matilde le vió pensativo.

—¿Entonces soy completamente indigna de usted—dijo ella cogiéndole una mano.

Julián la abrazó, pero en seguida la mano de hierro del deber se adueñó de su corazón. Si ve cómo la adoro, la pierdo. Y antes de separarse de sus brazos ya había recobrado toda la dignidad que conviene a un hombre.

Aquel día y los siguientes, el delirio de la felicidad vencía a todos los consejos de la prudencia.

Cerca de una bóveda de madreselvas, dispuesta para ocultar la escalera en el jardín, era donde tenía costumbre de colocarse para mirar de lejos la persiana de Matilde y llorar su inconstancia. Había muy cerca una gran encina, y el tronco de este árbol le ocultaba de miradas indiscretas.

Paseando con Matilde por aquel mismo sitio que le recordaba tan vivamente su extrema desventura, el contraste entre la desesperación pasada y la felicidad presente, fué demasiado fuerte para su espíritu; las lágrimas inundaron sus ojos, y

llevando a sus labios la mano de su amiga, exclamó:

—Aquí vivía pensando en ti; desde aquí miraba aquella persiana y esperaba horas enteras el momento dichoso en que viera que esta mano la abría.

Su debilidad fué completa. Le pintó, con esos colores verdaderos que no pueden inventarse, el exceso de su desesperación de entonces. Algunas exclamaciones atestiguaban su felicidad actual, que había hecho cesar aquella pena atroz...

¿Qué es lo que hago, Santo Dios?—se dijo Julián volviendo en sí de repente—. Me pierdo.

En el exceso de su alarma ya creyó ver menos amor en los ojos de Mlle. de la Mole. Era una ilusión; pero la cara de Julián varió rápidamente cubriéndose de mortal palidez. Sus ojos se apagaron un instante y una expresión de altivez, no exenta de maldad, sucedió a la del amor más verdadero y más olvidado de sí.

—¿Qué tienes querido mío?—le dijo Matilde con ternura e inquietud.

—Estoy mintiendo—exclamó Julián malhumorado—, y estoy mintiéndote a ti. Me lo reprocho y, sin embargo, Dios sabe que te estimo lo bastante para no mentir. Tú me amas, tú me eres adicta, y no necesito hacer frases para agradarte.

—¡Dios bendito! ¿Son frases todo lo que me estás diciendo, tan encantador, hace dos minutos?

—Y lamento mucho haberlas dicho, querida mía—. Las compuse hace tiempo para una mujer que me amaba y me aburría... Es el defecto de mi carácter, lo confieso; perdóname.

Lágrimas amargas corrían por las mejillas de Matilde.

—En cuanto por cualquier matiz que me impresiona, tengo un momento de desvarío forzado—continuó Julián—, mi execrable memoria, que maldigo en este momento, me sugiere un recurso, y abuso de él.

—Entonces es que, sin quererlo, he cometido alguna acción que te ha desagradado—dijo Matilde con una sencillez encantadora.

—Un día recuerdo que, pasando por cerca de estas madre selvas, cogiste una flor, M. De Luz te la quitó y tú se la dejaste. Yo estaba a dos pasos.

—¿Monsieur de Luz? ¡Es imposible!—repuso Matilde con la altanería tan habitual en ella—. No tengo esas costumbres.

—Estoy seguro—replicó Julián con viveza.

—Pues bien; es cierto—dijo Matilde bajando los ojos con tristeza—. Estaba segura de que en muchos meses no había permitido tal acción a monsieur de Luz.

Julián la miró con una ternura inexplicable.

No—se dijo—; no me ama “menos”.

Por la noche Matilde le criticó, riendo, su afición a Mme. De Fervaques:

—¡Un burgués amar a una advenediza! Los co-

razones de esta clase son quizá los únicos que mi Julián no puede enloquecer. Y había llegado a hacer de ti un verdadero "dandy"—añadía, jugando con sus cabellos.

En la época en que se juzgaba despreciado por Matilde, Julián se había convertido en uno de los hombres mejor vestidos de París; pero con una ventaja sobre los hombres de esta clase: una vez que se acicalaba, no volvía a pensar en ello.

Una cosa molestaba a Matilde: Julián continuaba copiando las cartas rusas y enviándoselas a la mariscal.

CAPITULO XXXII

El tigre.

¡Ay! ¿Por qué eso y no aquéllo?

BEAUMARCHAIS.

Un viajero inglés cuenta la intimidad en que vivía con un tigre: le había domesticado y le acariciaba; pero siempre tenía en su mesa una pistola cargada.

Julián no se abandonaba al exceso de su dicha sino en los momentos en que Matilde no podía leerla en la expresión de sus ojos. Cumplía exactamente con el deber de decirle de tiempo en tiempo una frase dura.

Cuando la dulzura de Matilde, que él observaba con asombro, y el exceso de su cariño estaban a

punto de quitarle el dominio de sí mismo, tenía el valor de separarse de ella bruscamente.

Por primera vez Matilde amó. La vida, que siempre se arrastrara para ella a paso de tortuga, volaba ahora.

Como era preciso, sin embargo, que el orgullo se abriera paso de algún modo, quería exponerse temerariamente a todos los peligros que su amor podía hacerle correr. Julián era quien tenía prudencia, y solamente cuando se trataba de peligro era cuando ella no cedía a su voluntad; pero sumisa y casi humilde con él, mostrábase cada vez más altanera con todo lo que en la casa la rodeaba: parientes o criados.

De noche, en el salón, entre sesenta personas, llamaba a Julián para hablarle aparte y mucho tiempo.

El pequeño Tambeau se instaló un día junto a ellos; Matilde le rogó que fuese a la biblioteca a buscar el tomo de Smollet, en que está la revolución de 1688, y como él dudase, añadió, con una expresión de insultante altanería, que fué un bálsamo para el alma de Julián: "No tenga usted prisa."

—¿Has notado la mirada de ese pequeño monstruo?—le dijo él.

—Si su tío no tuviera los diez o doce años de servicio que tiene en este salón, haría que lo echaran inmediatamente.

Su conducta con Croisenois, De Luz, etc., cortés por todo extremo en la forma, no era menos pro-

vocativa en el fondo. Matilde se reprochaba vivamente las confidencias que hiciera en otro tiempo a Julián, tanto más cuanto que no se atrevía a confesarle que había exagerado las muestras de interés, en absoluto inocentes, de que aquellos señores habían sido objeto.

A pesar de todas sus decisiones, su orgullo de mujer le impedía todos los días decir a Julián: "Porque hablaba contigo era por lo que me complacía en describir la debilidad que tenía de no retirar la mano cuando M. De Croisenois la roza un poco al colocar la suya sobre una mesa de mármol.

Hoy, apenas uno de aquellos señores le hablaba unos instantes, se le ocurría hacer una pregunta a Julián, y aquello era un pretexto para retenerle a su lado.

Se encontró encinta, y se lo dijo a Julián con alegría:

—¿Dudarás ahora de mí? ¿No es esto una garantía? Soy tu esposa para siempre.

Aquel anuncio llenó a Julián de un asombro profundo. A punto estuvo de olvidar el principio de su conducta. ¿Cómo ser voluntariamente frío y ofensivo con esta pobre muchacha que se pierde por mí? Sí; tenía ella el aire un poco enfermo; aun en aquellos días en que la sensatez hacía oír su voz terrible, no se encontraba con valor para dirigirle una de aquellas frases crueles, tan indispensables, según su experiencia, para la duración de su amor.

—Quiero escribir a mi padre—le dijo un día Matilde—; para mí más que padre es un amigo; como tal encontraría indigno de ti y de mí que le engañásemos, aunque no fuese mas que un minuto.

—¡Dios Santo! ¿Qué vas a hacer?—dijo Julián asustado.

—Lo que es mi deber—respondió ella, con los ojos brillantes de alegría.

Matilde se sentía más magnánima que su amante.

—Pero me echará ignominiosamente.

—Está en su derecho; hay que respetarlo. Yo te daré el brazo y saldremos por la puerta grande, a pleno sol.

Julián, asombrado, le rogó que lo retrasase una semana.

—No puedo—respondió ella—; el honor habla; conozco mi deber; hay que cumplir con él y sin demora.

—Bueno; te ordeno que lo retrases—dijo por fin Julián—. Tu honor está a cubierto: yo soy tu esposo. La situación de los dos ha de cambiar con este paso decisivo. Yo también estoy en mi derecho. Hoy es martes; el martes próximo es el día del duque de Retz; por la noche, cuando vuelva M. De la Mole, el portero le entregará la carta fatal... El sólo piensa en hacerte duquesa; estoy seguro, ¡piensa en su dolor!

—¿Quieres decir piensa en su venganza?

—Puedo tener compasión de mi bienhechor, es-

tar desesperado por causarle daño; pero no temo ni temeré nunca a nadie.

Matilde se sometió. Desde que había anunciado a Julián su estado, era la primera vez que se dirigía a ella con autoridad; nunca la había amado tanto. La parte sensible de su alma se aferraba con alegría al pretexto del estado en que se hallaba Matilde, para dispensarse de dirigirle frases crueles. La confesión a M. de la Mole le agitó profundamente. ¿Irían a separarle de Matilde? Y por mucho que fuese su dolor al verle partir, ¿pensaría en él al cabo de un mes?

Casi igual era el horror que sentía por los justos reproches que podría dirigirle el marqués.

Por la noche confesó a Matilde este segundo motivo de pesar, y luego, extraviado por su amor, le confesó también el primero.

Ella cambió de color.

—Realmente—le dijo—, ¿sería para ti una desgracia pasar seis meses alejado de mí?

—Inmensa; la única en el mundo que veo con espanto.

Matilde fué muy feliz. Había Julián desempeñado su papel con tal aplicación, que llegó a hacerle pensar que, de los dos, era ella la más enamorada.

El martes fatal llegó. A media noche, al volver a casa, el marqués encontró una carta con la dirección precisa para que la abriese él mismo, y cuando estuviese sin testigos.

“Padre mío:

”Todos los lazos sociales están rotos entre
”nosotros, ya no quedan más que los de la na-
”turalidad. Después de mi marido, tú eres y serás
”siempre el ser más querido para mí. Mis ojos
”se llenan de lágrimas, pienso en el dolor que te
”causo; pero para que mi vergüenza no sea pú-
”blica, para dejarte tiempo de deliberar y de
”obrar, no puedo diferir por más tiempo la
”confesión que te debo. Si tu cariño, que sé es
”grande para mí, quiere concederme una pequeña
”pensión, iré a instalarme donde tú quieras: a
”Suiza, por ejemplo, con mi marido. Su nombre
”es tan obscuro, que nadie reconocerá a tu hija
”en la señora de Sorel, nuera de un carpintero
”de Verrières. Este es el nombre que me ha
”costado tanto trabajo escribir. Por Julián temo
”tu cólera, tan justa en apariencia. No seré du-
”quesa, padre mío; pero ya lo sabía al amarle;
”yo he sido quien le he amado primero, yo quien
”le ha seducido. Heredo de ti un alma demasiado
”elevada para fijar mi atención en lo que es o
”me parece vulgar. Ha sido inútil que, con inten-
”ción de agradarte, haya pensado en M. De Croi-
”senois. ¿Por qué me has puesto ante los ojos
”el verdadero mérito? Tú mismo me lo dijiste
”cuando volví de Hieres; este joven Sorel es
”la única persona que me entretiene. El pobre
”muchacho está tan afligido como yo, si es posi-
”ble, ante la idea del dolor que esta carta te
”cause.

"No puedo evitar que te indignes como padre,
"pero quiéreme siempre como amigo.

"Julián me respetaba. Si alguna vez me hablaba
"era únicamente a causa de su gran agradecimien-
"to a ti, pues la altivez natural de su carácter
"le induce a no contestar más que oficialmente
"a aquello que está por encima de él. Tiene un
"sentimiento vivo e innato de la diferencia de
"las posiciones sociales. Yo fuí—lo confieso con
"rubor a mi mejor amigo, y semejante confesión
"no volverá a salir de mis labios—, yo fuí quien
"un día en el jardín le apretó un brazo.

"Dentro de veinticuatro horas, ¿por qué has
"de estar irritado con él? Mi falta es irrepa-
"rable. Si lo exiges, yo seré el intérprete de su
"profundo respeto y de su desesperación por des-
"agradarte. No le verás más; pero yo iré a re-
"unirme con él donde quiera. Está en su derecho,
"y es mi deber: es el padre de mi hijo. Si tu bon-
"dad nos concede seis mil francos para vivir los
"recibiré con agradecimiento; si no, Julián piensa
"establecerse en Bensaçon, donde puede dedicar-
"se a maestro de latín y de literatura. Por bajo
"que sea el escalón desde donde empiece, tengo
"la certeza de que se elevará. Con él no temo
"la obscuridad. Si hay revolución, estoy segura de
"que desempeñará un gran papel. ¿Podrías decir
"otro tanto de ninguno de los que han solicitado
"mi mano? Estos tienen hermosas propiedades;
"pero yo no puedo encontrar en ello una razón
"para admirarlos. Mi Julián llegaría a conseguir

"una posición, incluso con el régimen actual, si
"tuviese un millón y la protección de mi padre..."

Matilde, que sabía que su padre era un hombre impulsivo, había escrito ocho carillas.

¿Qué hacer?, decía Julián, mientras M. De la Mole leía la carta. ¿Cuál es: primero, mi deber; segundo, mi interés? Lo que yo le debo es enorme: sin él hubiese sido un bribón subalterno; pero no tan bribón que no me hubiese ganado el odio y las persecuciones de los demás. Me ha hecho un hombre de mundo. Mis picardías "necesarias" serán: primero, más raras; segundo, menos innobles. Esto es más que si me hubiera dado un millón. Le debo esta cruz y la apariencia de servicios diplomáticos que me elevan sobre mis iguales.

Si tuviese la pluma para ordenar mi conducta, ¿qué escribiría?

Julián fué interrumpido bruscamente por el viejo ayuda de cámara de M. De la Mole.

—El marqués dice que vaya usted inmediatamente, vestido o sin vestir.

El criado añadió en voz baja, andando junto a Julián: "Está fuera de sí; tenga usted cuidado."

CAPITULO XXXIII

El infierno de la debilidad.

Al tallar ese diamante un torpe artifice, le ha quitado algunos de sus más vivos destellos. En la Edad Media... ¿qué digo?, aun en tiempos de Richelleu, el francés tenía la fuerza de querer.

MIRABEAU.

Julián encontró al marqués furioso. Quizá por primera vez en su vida aquel señor fué de mal tono: abrumó a Julián con todos los insultos que le vinieron a la boca. Nuestro héroe se sintió extrañado, impaciente; pero su agradecimiento no flaqueó. ¡Cuántos hermosos proyectos, acariciados mucho tiempo en el fondo de su pensamiento, ve el pobre hombre venirse abajo en un instante!

Pero debo contestarle; mi silencio aumentará su ira. La contestación se inspiró en el héroe de Tartufo.

—“No soy un ángel”... Si he servido a usted bien, usted me ha pagado con generosidad... Yo era agradecido; pero tengo veintidós años... En esta casa nadie me comprendía más que usted y esa persona amable...

—¡Monstruo!—exclamó el marqués—. ¡Amable, amable! El día en que la encontró usted amable debió huir.

—Ya lo intenté; entonces propuse marcharme al Languedoc.

Cansado de pasearse con furia, el marqués, dominado por el dolor, dejóse caer en un sillón; Julián le oyó decir a media voz:

—No es un mal hombre.

—No, no lo soy para usted—exclamó Julián, cayendo a sus pies.

Pero se avergonzó muchísimo de aquel impulso y se levantó en seguida.

El marqués estaba realmente aturdido. Al percatarse de aquel movimiento volvió a llenarle de insultos atroces y dignos de un cochero de punto. La novedad de aquellas palabrotas quizá era una distracción.

—¿De modo que mi hija se llamará Mme. Sorrel? ¿Mi hija no será duquesa?

Cada vez que estas dos ideas se presentaban con claridad ante M. De la Mole se sentía atormentado y los movimientos de su alma no eran voluntarios. Julián temió que le pegase.

En los intervalos lúcidos, y cuando el marqués se iba acostumbrando a su desgracia, dirigía a Julián reproches bastante razonables:

—Debió usted huir—le decía—. Su deber era huir... Es usted el más vil de los hombres...

Julián se acercó a la mesa y escribió:

“Hace tiempo que la vida me es insoportable.
”Pongo término a ella. Ruego al señor marqués
”que reciba, con la expresión de mi agradecimien-

"to sin límites, mis excusas por la incomodidad
"que puede causar mi muerte en su palacio."

—Dígnese el señor marqués pasar la vista por este papel... Máteme usted o hágame matar por su criado. Es la una de la madrugada; voy a pasearme por el jardín hacia la tapia del fondo.

—Váyase a todos los diablos—le gritó el marqués cuando se iba.

Ya comprendo—pensó Julián—. No le molestaría nada que ahorrarse el hecho de mi muerte a su criado... Que me mate si quiere, enhorabuena; es una satisfacción que le ofrezco... Pero, qué demonio, amo la vida... Me debo a mi hijo.

Esta idea, que por primera vez acudía a su imaginación con tanta claridad, le preocupó por entero después de los primeros minutos de su paseo dedicados al sentimiento del peligro.

Aquel interés tan nuevo hizo de él un hombre prudente. Necesito consejos para conducirme con este hombre tan fogoso... No razona; es capaz de todo.

Fouqué está demasiado lejos; además no comprendería los sentimientos de un corazón como el del marqués.

El conde de Altamira... ¿Estoy seguro de un eterno silencio? Es preciso que mi petición de consejo no vaya a ser un acto que complique mi situación. Sólo me queda el sombrío abate Pirard...; su espíritu está empequeñecido por el jansenismo... Un pillo de jesuíta conocería el mundo

y me serviría más... M. Pirard es muy capaz de pegarme en cuanto le enuncie el crimen.

El genio de Tartufo acudió en auxilio de Julián: —Bueno, iré a confesarme con él. Esta fué la última resolución que tomó en el jardín después de pasearse dos horas. Ya no pensaba que podría ser sorprendido por un tiro; el sueño se apoderaba de él.

Al día siguiente, muy temprano, Julián estaba a varias leguas de París, llamando a la puerta del severo jansenista. Con gran asombro suyo, hubo de advertir que no le sorprendió la confianza.

—Quizá tengo yo algo que reprocharme—decía el abate, más preocupado que irritado. Había creído adivinar este amor... Mi cariño hacia usted, desgraciado, me impidió advertir al padre...

—¿Qué va hacer?—le dijo vivamente Julián.

(En aquel momento amaba sinceramente al abate y le hubiera sido muy penosa una escena.)

—Yo veo tres probabilidades—continuó Julián—: Primera, M. de la Mole puede hacerme matar (y contó lo de la carta, acusándose de suicidio, que había entregado al marqués.) Segunda, Puede hacerme ser blanco del conde Norberto, que me provocaría a un duelo.

—¿Y aceptaría usted?—dijo el abate furioso, levantándose.

—No me deja usted acabar. Ciertamente, yo nunca dispararé contra el hijo de mi bienhechor. Tercera, puede alejarme. Si me dice: "Márchese a

Edimburgo, Nueva York, yo le obedeceré. Entonces, quizá puedan ocultar la situación de mademoiselle de la Mole; pero yo no sufriré el que supriman a mi hijo.

—Eso será, no lo dude usted, la primera idea de ese hombre corrompido.

En París, Matilde estaba desesperada. A eso de las siete había visto a su padre. Este le había enseñado la carta de Julián, y ella temía que hubiera encontrado muy noble el poner fin a su vida. ¿Y sin mi permiso?, se decía, con un dolor que más bien era indignación.

—Si él se mata, yo me moriré—le dijo a su padre—. Y tú serás la causa de su muerte... Y quizá te alegres de ella... Pero juro a sus manes que le llevaré luto y seré públicamente la viuda de Sorel; repartiré tarjetas comunicando la noticia; puedes estar seguro... Nunca me hallarás pusilánime ni cobarde.

Su amor llegaba a la locura. A su vez, M. De la Mole quedó confuso.

Comenzó a ver los sucesos con alguna serenidad. Matilde no se presentó en el almuerzo. El marqués se vió libre de un gran peso, y le halagó el saber que no había dicho una palabra a su madre.

Julián se apeaba del caballo. Matilde le mandó llamar y se echó en sus brazos casi delante de su doncella. Julián no le agradeció mucho aquel transporte. Salía muy diplomático y muy calculador de su larga conferencia con el abate Pirard. Su

imaginación estaba apagada por el cálculo de probabilidades. Matilde, con las lágrimas en los ojos, le dijo que había visto su carta declarándose suicida.

—Mi padre puede cambiar de opinión; hazme el favor de marcharte en seguida a Villequier. Vuelve a montar a caballo y sal del palacio antes que se levanten de la mesa.

Como Julián no abandonaba su aire extrañado y frío, ella tuvo un ataque de lágrimas.

—Déjame dirigir nuestros asuntos—exclamó con transporte, estrechándole entre sus brazos—. Demasiado sabes que no me separo de ti voluntariamente. Escíbeme dirigiendo las cartas a mi doncella, y que el sobre venga con una letra desconocida. Yo te escribiré cartapacios. ¡Adiós! ¡Huye!

Esta última palabra hirió a Julián; pero obedeció, sin embargo.

Es una fatalidad—pensaba—que hasta en los mejores momentos estas gentes tengan la habilidad de molestarme.

Matilde resistió con firmeza a todos los proyectos “prudentes” de su padre. No quiso entrar en negociaciones más que sobre las bases siguientes: Sería la señora de Sorel y viviría pobremente con su marido en Suiza, o en la casa de su padre en París. Rechazó decididamente la proposición de un alumbramiento clandestino.

—Entonces es cuando empezaría para mí la posibilidad de la calumnia y del deshonor. Dos meses

después de mi matrimonio iré a viajar con mi marido y fácil será después suponer que mi hijo ha nacido en una época conveniente.

Acogida al principio con muestras de cólera, esta firmeza hizo vacilar al marqués.

En un rasgo de enternecimiento, dijo a su hija:

—Mira: aquí tienes un resguardo de diez mil libras de renta; envíalo a tu Julián y que se las arregle de modo que no pueda yo volver a apoderarme de él.

Para “obedecer” a Matilde, cuya afición al mando conocía, Julián había hecho cuarenta leguas inútiles; estaba en Villequier arreglando las cuentas de los granjeros. Aquella donación del marqués fué la causa de su retorno. Fué a pedir albergue al abate Pirard, que durante su ausencia se había hecho el auxiliar más útil de Matilde. Siempre que el marqués le preguntaba, demostrábale que toda solución que no fuera el matrimonio público, sería un crimen a los ojos de Dios.

—Y afortunadamente—añadía el abate—, en este caso están de acuerdo la religión y la sensatez mundana. ¿Podría tenerse seguridad, dado el carácter impetuoso de Mlle. De la Mole, de un secreto que ella no se impusiera a sí misma? De no admitirse la marcha franca de un matrimonio público, la sociedad se ocupará mucho más tiempo de esta unión extraña. Más vale decirlo todo de una vez, sin apariencias ni realidad del menor misterio.

—Es verdad—dijo pensativo el marqués—. En

tal sistema, hablar de este matrimonio después de tres días resulta una repetición propia de un hombre que no tiene ideas. Había que aprovechar alguna medida importante antijacobina del Gobierno para deslizarse de incógnito en consecuencia.

Dos o tres amigos de M. De la Mole pensaban como el abate Pirard. El gran obstáculo, según ellos, era el carácter decidido de Matilde. Pero, a pesar de todos aquellos bellos razonamientos, el alma del marqués no podía acostumbrarse a renunciar a la esperanza de la "almohada" para su hija.

Su memoria y su imaginación daban mil vueltas a las pilladas y falsedades de todo género que eran posibles ya en su juventud. Ceder a la necesidad, tener miedo a la ley, le parecieron cosas absurdas y deshonorosas en un hombre de su jerarquía. Bien caros pagaba ahora los sueños maravillosos que se permitía hacía diez años sobre el porvenir de aquella hija querida.

—¿Quién lo hubiera podido prever?—se decía—. ¡Una muchacha de carácter tan altivo, con un talento tan elevado, más orgullosa que yo del nombre que lleva y cuya mano me pedían los hombres más ilustres de Francia!

Hay que renunciar a toda prudencia. Este siglo está hecho para desarreglarlo todo. Vamos hacia el caos.

CAPITULO XXXIV

Un hombre de talento.

El gobernador, caminando a caballo, pensaba: ¿Por qué no he de ser ministro, presidente del Consejo, duque? De este modo haría yo la guerra... Así metería en la cárcel a los innovadores.

EL GLOBO.

No hay argumento que pueda destruir el imperio de diez años de sueños agradables. El marqués no encontraba razonable enfadarse; pero no podía resolverse a perdonar.

Si el tal Julián desapareciese por un accidente—decíase algunas veces...

Aquella imaginación entristecida hallaba algún alivio persiguiendo las más absurdas quimeras, que paralizaban la influencia de los razonamientos lógicos del abate Pirard. Así se pasó un mes sin que la negociación adelantase un paso.

En aquel asunto de familia, lo mismo que en los políticos, el marqués tenía ideas luminosas que le entusiasmaban durante tres días. Un plan de conducta no le era agradable, porque se sustentaba en buenas razones, y los razonamientos no le convencían sino cuando apoyaban su plan favorito. Durante tres días trabajaba con todo el ardor y el entusiasmo de un poeta para que las cosas llegaran a una determinada situación; al día siguiente no pensaba más en ello.

Al principio, Julián se desconcertaba con la lentitud del marqués; pero, después de unas cuantas semanas, comenzó a vislumbrar que, en aquel asunto, M. De la Mole no tenía ningún plan determinado.

Madame de la Mole y toda la gente de la casa creían que Julián estaba de viaje para asuntos de la administración. El estaba escondido en la casa del abate Pirard, y veía a Matilde casi todos los días. Ella, todas las mañanas, pasaba con su padre una hora; pero algunas veces transcurrían semanas enteras sin hablar del asunto que ocupaba todos sus pensamientos.

—No quiero saber dónde está ese hombre—dijo un día el marqués—. Envíale esa carta.

Matilde leyó:

“Las tierras del Languedoc producen 20.600 francos. Doy 10.600 a mi hija y 10.000 a Julián Sorel. Les doy las tierras, por supuesto. Que el notario dicte dos actas de cesión separadas y me las traiga mañana. Después de esto se acabaron las relaciones entre nosotros. ¡Ah, caballero! ¿Podía yo esperar esto? EL MARQUES DE LA MOLE.

—Muchas gracias—dijo Matilde alegremente—. Nos iremos a instalar al castillo de Aiguillon, entre Agen y Marmande; dicen que es una comarca tan bella como Italia.

Aquella donación sorprendió muchísimo a Julián. Ya no era el hombre severo y frío que hemos conocido. La suerte de su hijo absorbía de

antemano todos sus pensamientos. Aquella fortuna, imprevista y bastante considerable para un hombre tan pobre, le hizo ambicioso. Se encontraba con que su mujer, o él, tenían 36.000 libras de renta. En cuanto a Matilde, todos sus sentimientos se resumían en la adoración por su marido, pues así le llamaba siempre en su orgullo. Su grande, su única ambición era publicar su matrimonio. Se pasaba la vida exagerándose la gran prudencia que había demostrado uniendo su suerte a la de un hombre superior. El mérito personal estaba de moda en su cabeza.

La ausencia casi continua, la multiplicidad de los negocios, el poco tiempo que tenían para hablar de amor, contribuyeron a completar el buen efecto de la sabia política imaginada por Julián.

Matilde acabó por impacientarse al ver tan poco al hombre a quien había llegado a amar realmente.

En un momento de mal humor escribió a su padre, comenzando la carta como Otelo:

“Que he preferido a Julián a las satisfacciones que la sociedad ofrecía a la hija del marqués de la Mole, lo prueba de sobra mi elección. Los placeres de consideración y de vanidad menuda no son nada para mí. Pronto hará seis semanas que vivo separada de mi marido. Es suficiente para demostrarte mi respeto. Antes del jueves próximo abandonaré la casa paterna. Tu generosidad nos ha enriquecido. Nadie más que el res-

petable abate Pirard conoce mi secreto. Me iré a su casa; él nos casará, y una hora después de la ceremonia estaremos camino del Languedoc, y no volveremos a parecer en París sin una orden tuya. Pero lo que me traspasa el corazón es que todo esto va a constituir una anécdota molesta contra ti y contra mí. Y los epigramas de un público imbécil, ¿no pueden hacer que nuestro excelente Norberto busque cuestión a Julián? En tal caso, le conozco, no tendría yo el menor dominio sobre él. En su alma surgiría el plebeyo rebelde. Te lo pido de rodillas, ¡padre mío!: ven a asistir a mi matrimonio en la iglesia de M. Pirard el jueves próximo. La parte picante de la anécdota se suavizará, y quedarán aseguradas la vida de tu hijo único y la de mi marido, etc., etc..."

Esta carta llevó al alma del marqués una extraña turbación. No había más remedio que "tomar un partido". Todas las costumbres menudas, todos los amigos vulgares, habían perdido su influencia.

En aquella circunstancia extraordinaria, los grandes rasgos de carácter, impresos por los acontecimientos de la juventud, recobraron su imperio. Las desgracias de la emigración le hicieron un hombre de recursos. Después de disfrutar durante dos años de una fortuna inmensa y de todas las distinciones de la corte, el 1790 le sumió en las terribles miserias de la emigración. Aquella dura escuela cambió su alma de veintidós años. En el fondo, más bien estaba acampado en

medio de sus riquezas actuales, que no dominado por ellas. Pero la misma imaginación que librara a su alma de la gangrena del oro, le había arrojado en presa a una loca pasión por ver a su hija dotada de un título brillante.

Durante las seis semanas transcurridas, empujado quizá por un capricho, el marqués había querido enriquecer a Julián. La pobreza le parecía innoble, deshonrosa para él, M. De la Mole; imposible para el esposo de su hija: así, pues, tiró el dinero. Al día siguiente, tomando su imaginación un nuevo rumbo, parecía que Julián iba a entender el lenguaje mudo de aquella generosidad de dinero y a cambiar de nombre, expatriándose en América y escribiendo a Matilde que había muerto para ella... Monsieur de la Mole suponía escrita esta carta, y seguía su efecto sobre el carácter de su hija...

El día en que la carta "real" de su hija le sacó de aquellos sueños tan cándidos, después de emplear algún tiempo pensando matar a Julián o hacerle desaparecer, soñaba con crearle una fortuna brillante. Le haría tomar el nombre de una de sus propiedades, y ¿por qué no habría de cederle el título de par anejo a ella? El duque de Chaulnes, su suegro, le había hablado varias veces, después que su hijo único fué muerto en España, del deseo de transmitir su título a Norberto...

No se puede negar a Julián una aptitud singular para los asuntos, osadía; quizá hasta brillantez—decíase el marqués...—; pero en el fon-

do de su carácter encuentro algo que asusta. Y es la impresión que produce en todo el mundo. Luego es que hay algo en realidad. (Cuanto más difícil era dar con ese punto real, tanto más asustaba al alma imaginativa del marqués.)

Mi hija me lo decía muy hábilmente el otro día. (En una carta suprimida.)

“Julián no se ha afiliado a ningún salón, a ninguna camarilla.”

No se ha procurado ningún apoyo contra mí; si yo le abandono no tiene el menor recurso... ¿Pero no será esto ignorancia del estado actual de la sociedad?... Dos o tres veces le he dicho: “No hay más candidatura real y aprovechable que la de los salones...”

No, no tiene el talento hábil y cauteloso del intrigante que no pierde un minuto ni una oportunidad... No es un carácter a lo Luis XI. Por otra parte, tiene unas máximas de lo más anti-generoso... Me confundo... ¿Recordará estas máximas para que sirvan de dique a sus pasiones?

Una cosa, además, sale a la superficie: el desprecio le impacienta; por aquí le tengo cogido.

No tiene la religión de la alcurnia, es cierto; no nos respeta por instinto... Esto es una equivocación; pero, en fin, el alma de un seminarista no debería impacientarse más que por la falta de placeres y de dinero. El, al contrario, no puede soportar el desprecio por nada del mundo.

Apremiado por la carta de su hija, M. De la Mole comprendió que tenía que decidirse.

—La cuestión principal es ésta: ¿ha llegado la audacia de Julián hasta atreverse a seducir a mi hija porque sabe que es lo que más quiero en el mundo y porque tengo cien mil libras de renta?

Matilde responde de lo contrario... No, Juliancito, éste es un punto en el que no quiero hacerme ilusiones.

¿Ha habido amor verdadero, imprevisto, o sencillamente deseo de elevarse a una bonita posición? Matilde es clarividente, ha comprendido desde luego que esta sospecha puede perderle en mi opinión, y de aquí su confesión de que ella ha sido la primera en amarle.

Una muchacha de un carácter tan altivo, ¿se había olvidado hasta el punto de hacer avances materiales?... Apretarle el brazo una noche en el jardín; ¡qué horror!, como si no hubiera tenido mil maneras menos indecorosas de hacerle comprender que le distinguía.

“Quien se excusa se acusa”; desconfío de Matilde... Este día, los razonamientos del marqués eran más concluyentes que de ordinario. Sin embargo, la costumbre se impuso; resolvió ganar tiempo escribiendo a su hija. Porque en el palacio de la Mole se pasaban el tiempo escribiéndose de un lado a otro; M. De la Mole no se atrevía a discutir con Matilde y defenderse. Temía que todo terminase por una concesión repentina.

Carta.

“Ten cuidado y no hagas nuevas locuras; ahí

te envió un nombramiento de teniente de húsares para el caballero Julián Sorel de la Vernaye. Ya ves lo que hago por él. No me contraríes, no me preguntes. Que salga dentro de veinticuatro horas para tomar posesión en Estrasburgo, donde está su regimiento. Adjunto una letra contra mi banquero; que se me obedezca.”

El amor y la alegría de Matilde no reconocieron límites; quiso aprovecharse de la victoria, y escribió en seguida:

“Monsieur de la Vernaye estaría a tus pies loco de agradecimiento si supiera todo lo que te dignas hacer por él. Pero en medio de esta generosidad, mi padre me ha olvidado: el honor de tu hija está en peligro. Una indiscreción puede echarle una mancha eterna, que no podrían reparar veinte mil escudos de renta. No enviaré el nombramiento a M. De la Vernaye sino cuando me hayas prometido que, dentro del mes próximo, mi matrimonio se celebrará públicamente en Villequier. Poco después de esa época, de la que te suplico no pases, tu hija no podría presentarse en público más que con el nombre de Mme. De la Vernaye. Te doy mil gracias, querido papá, por haberme librado del nombre de Sorel, etc., etc.”

La respuesta fué imprevista:

“Obedece o me retracto de todo. Tiembla, joven imprudente. Aún no sé lo que es tu Julián, y tú misma lo sabes menos que yo. Que salga para

Estrasburgo y tenga cuidado de marchar derecho. De aquí a quince días daré a conocer mis decisiones."

Aquella contestación tan firme sorprendió a Matilde. "No conozco a Julián"; esta frase le produjo una preocupación que no tardó en dejar paso a las más halagüeñas suposiciones, que ella creía la realidad.

—El espíritu de mi Julián no se ha vestido con el "uniforme" mezquino de los salones, y mi padre no cree en su superioridad, precisamente a causa de lo que la demuestra...

Pero si no obedezco a esta genialidad, preveo una escena pública; un escándalo rebajaría mi posición en el mundo y me podría hacer menos estimable a los ojos de mi Julián. Después del escándalo... la pobreza para diez años; y la locura de elegir un marido por su mérito no puede salvarse del ridículo más que con la más brillante opulencia. Si vivo lejos de mi padre, a su edad, puede olvidarme.. Norberto se casará con una muchacha agradable, lista; el viejo Luis XIV fué seducido por la duquesa de Borgoña...

Se decidió a obedecer; pero guardóse de comunicar la carta de su padre a Julián; su carácter impetuoso quizá le hubiera llevado a cometer alguna locura.

Por la noche, cuando dijo a Julián que era teniente de húsares, su alegría fué inmensa. Se puede formar una idea aproximada de ella por

la ambición de toda su vida y la pasión que ahora tenía por su hijo. El cambio de nombre le asombró extraordinariamente.

Después de todo, mi novela ha terminado, y mío es todo el mérito. He sabido hacerme amar por ese monstruo de orgullo—añadía mirando a Matilde—; su padre no puede vivir sin ella, ni ella sin mí.

CAPITULO XXXV

Una tormenta.

¡Dios mío, dadme la mediocridad!

MIRABEAU.

Su alma estaba absorta; sólo respondía a medias a la viva ternura que ella le demostraba. Permanecía silencioso y sombrío. Nunca se había presentado tan grande, tan adorable a los ojos de Matilde, quien temía que alguna sutileza de su orgullo viniese a echar por tierra toda la situación.

Casi todas las mañanas, ella veía llegar al palacio al abate Pirard. ¿No habría podido Julián por él haber averiguado alguna cosa de las intenciones de su padre? ¿No podría el marqués, en un momento de capricho, haberle escrito? Después de una dicha tan grande, ¿cómo explicarse el aire severo de Julián? Ella no se atrevió a interrogarle.

¡No se "atrevió", ella, Matilde! Desde aquel momento hubo en el cariño que sentía por Julián algo de vago, de imprevisto, algo como terror. Aquel alma seca se sintió apasionada, todo lo que puede apasionarse un ser educado en medio del exceso de civilización que París admira.

Al día siguiente, muy de mañana, Julián estaba en casa del abate Pirard. En el patio esperaban los caballos de posta con una silla desmantelada alquilada en la posta vecina.

—Tal tren no es propio—díjole el severo abate de mal humor—. Aquí tiene usted veinte mil francos que le regala M. De la Mole; quiere que los gaste usted dentro del año, pero procurando ponerse en ridículo lo menos posible.

(Con una suma tan crecida en manos de un joven, el sacerdote sólo veía ocasión de pecar.)

—El marqués añade: M. Julián de la Vernaye habrá recibido este dinero de su padre, a quien es inútil nombrar de otro modo. M. De la Vernaye quizá juzgue oportuno hacer un regalo a M. Sorrel, carpintero de Verrières, que le cuidó en su infancia... Yo podría encargarme de esta parte de la comisión, pues he decidido a M. De la Mole a que transija con el abate De Frilair, tan jesuíta. Su crédito es positivamente mucho mayor que el nuestro; el reconocimiento implícito del origen de usted, por este hombre que gobierna Besançon, será una de las condiciones del arreglo.

Julián no pudo dominar su alegría al verse reconocido, y abrazó al abate.

—¡Vaya al diablo!—dijo M. Pirard rechazándole—. ¿Qué significa esta vanidad mundana?... En cuanto a Sorel y a sus hijos, yo les ofreceré en mi nombre una pensión anual de quinientos francos, que se les pagará a cada uno de ellos mientras se porten bien.

Julián volvía a mostrarse frío y altanero. Dió las gracias, pero en términos muy vagos y no obligándose a nada.

Será posible — se decía — que yo sea, efectivamente, hijo natural de algún gran señor desterrado a nuestras montañas por el terrible Napoleón?

Cada vez le parecía menos absurda esta suposición.

—Mi odio por mi padre sería una prueba... Entonces no sería yo un monstruo.

Pocos días después de este monólogo, el regimiento número 15 de húsares, uno de los más lucidos del ejército, estaba formado en la plaza de armas de Estrasburgo. El caballero de la Vernaye montaba el caballo más bonito de Alsacia, que le había costado seis mil francos. Tomaba posesión del empleo de teniente sin haber sido subteniente más que en las listas de un regimiento del que ni siquiera había oído hablar.

Su aire impasible, sus ojos severos y casi aviesos, su palidez, su inalterable sangre fría, le comenzaron a formar una reputación desde el primer momento. Poco después, su cortesía, mesurada y perfecta, su destreza en la pistola y las ar-

mas blancas, que dió a conocer sin demasiada afectación, alejaron toda idea de burlarse de él en alta voz. Después de cinco o seis días de duda, la opinión general en el regimiento se declaró en su favor.

—Este muchacho—decían los viejos oficiales chocarreros—lo tiene todo menos juventud.

Desde Estrasburgo, Julián escribió a M. Chellan, el antiguo cura de Verrières, que ya estaba en los límites de la extrema vejez:

“Seguramente habrá usted sabido con alegría los sucesos que han empujado a mi familia a enriquecerme. Le envió quinientos francos para que los distribuya sin ruido alguno, y sin hacer mención de mi nombre, entre los desgraciados pobres de ahora, como yo lo fuí antes, y a los que sin duda socorrerá usted como me socorrió a mí.”

Julián estaba ebrio de ambición, pero no de vanidad, y, sin embargo, prestaba gran parte de su atención a la apariencia externa. Sus caballos, sus uniformes, las libreas de sus criados, todo era de una corrección que hubiera hecho honor a la minuciosidad de un gran señor inglés. Apenas llevaba dos días de teniente de gracia, ya calculaba que para mandar en jefe a los treinta años, a lo sumo, como los grandes generales, era preciso ser más que teniente a los veintitrés. Sólo pensaba en la gloria y en su hijo.

En medio de los transportes de la más desenfrenada ambición, vióse sorprendido por un lacayo del palacio de la Mole que llegaba de correo.

“Todo está perdido—le escribía Matilde—; acude lo antes posible; sacrifica todo, deserta, si es preciso. Apenas llegues, espérame en un coche de alquiler cerca de la puertecilla del jardín, en el número... de la calle... Iré a hablarte; quizá pueda introducirte en el jardín. Todo está perdido, y me temo que sin remedio; cuenta conmigo, que te seré fiel y adicta en la adversidad. Te quiero.”

En pocos minutos, Julián consiguió un permiso del coronel, y salió de Estrasburgo a galope tendido; pero la terrible inquietud que le devoraba no le permitió continuar en esta forma el viaje más allá de Metz. Se metió en una silla de posta, y con una rapidez casi increíble, llegó al sitio indicado, cerca de la puertecilla del jardín del palacio de la Mole. Esta puerta se abrió, y en seguida Matilde, olvidándose de todo respeto humano, se precipitó en sus brazos. Felizmente, no eran más que las cinco de la mañana, y la calle estaba aún desierta.

—Todo está perdido; mi padre, temiendo mis lágrimas, se ha marchado la noche pasada. ¿Adónde? Nadie lo sabe. Aquí tienes su carta; léela.

Y se metió en el coche con Julián.

“Podía perdonar todo menos el proyecto de seducirte porque eres rica. Esta es, desgraciada hija, la terrible realidad. Te doy mi palabra de honor de que no consentiré jamás un matrimonio con ese hombre. Le asigno diez mil libras de renta si quiere vivir lejos, fuera de las fronteras de

Francia, o, mejor aún, en América. Lee la carta que recibo en contestación a los informes que había pedido. El desvergonzado me había propuesto que escribiese a Mme. De Renal. No volveré a leer una línea tuya que se refiera a ese hombre. Me horrorizas tú y me horroriza París. Te conjuro a guardar el mayor secreto sobre lo que ha de ocurrir. Renuncia "francamente" a un hombre vil y volverás a encontrar un padre."

--¿Dónde está la carta de Mme. De Renal?— dijo fríamente Julián.

—Aquí la tienes. No he querido enseñártela sin prepararte de antemano.

Carta.

"Lo que debo a la causa sagrada de la religión y de la moral me obliga, caballero, a dar este paso terrible; una regla que no puede fallar me obliga en este momento a hacer daño a mi prójimo, pero es a fin de evitar un escándalo mayor: el dolor que siento debe ser compensado por el sentimiento del deber. Es muy cierto, caballero; la conducta de la persona sobre quien me pide usted la verdad, ha podido parecer inexplicable y hasta honrada. Quizá alguien ha podido juzgar conveniente ocultar o disfrazar una parte de la realidad: la prudencia y la religión así lo querían. Pero esa conducta que usted quiere conocer ha sido realmente muy condenable, mucho más de lo que yo puedo decir. Pobre y ambicioso, valiéndose de la seducción de una mujer débil y desgraciada, este hom-

bre trató de crearse una posición y ser algo. Una parte de mi penoso deber es añadir que creo que el tal individuo no tiene ningún principio de religión. En conciencia me veo obligada a pensar que uno de los medios de que se vale para tener éxito en una casa, es seducir a la mujer que en ella tenga más crédito. Con apariencia de desinterés y con frases de novela, su grande, su único objeto, es llegar a manejar al dueño de la casa y su fortuna. Tras él deja la desgracia, los remordimientos eternos, etc., etc., etc.”

Esta carta, extremadamente larga y borrosa por las lágrimas, era, sin duda alguna, de letra de Mme. De Renal, y aun estaba escrita con más cuidado que de costumbre.

—No puedo censurar a M. De la Mole—dijo Julián después de terminarla—; es justo y prudente. ¿Qué padre querría entregar a su hija querida a semejante hombre? ¡Adiós!

Julián saltó del coche y corrió a su silla de posta, que aguardaba al extremo de la calle. Matilde, a quien parecía haber olvidado, dió algunos pasos para seguirle; pero las miradas de los comerciantes, que estaban a las puertas de sus tiendas y que la conocían, la obligaron a meterse precipitadamente en el jardín.

Julián había partido para Verrières. En aquel viaje rápido no pudo escribir a Matilde, como había proyectado, pues su mano no trazaba en el papel más que rasgos ininteligibles.

Llegó a Verrières un domingo por la mañana. Entró en casa del armero del pueblo, que le llenó de felicitaciones por su reciente fortuna: era la noticia de la comarca.

Julián tuvo que emplear un gran esfuerzo para hacerle comprender que quería un par de pistolas. El armero las cargó, obedeciendo sus órdenes.

Dieron las "tres campanadas": es una señal muy conocida en los pueblos de Francia, que después de los distintos toques de la mañana anuncia el comienzo inmediato de la misa.

Julián entró en la iglesia nueva de Verrières. Todas las ventanas altas del edificio estaban veladas con cortinas carmesí. Julián se encontró a algunos pasos de distancia del banco de Mme. De Renal. Le pareció que oraba con fervor. La vista de aquella mujer que tanto le amara hizo temblar el brazo de Julián de tal forma, que no pudo por el pronto ejecutar su propósito.

No puedo—se decía a sí mismo—; físicamente, no puedo.

En aquel momento, el monaguillo que ayudaba a misa tocó a "alzar". Mme. De Renal bajó la cabeza, que un momento casi se ocultó entre los pliegues de su chal. Julián ya no la reconocía tan bien; disparó un tiro sobre ella, que no hizo blanco; disparó un segundo tiro, y cayó Mme. De Renal.

CAPITULO XXXVI

Detalles tristes.

No esperéis que se debilite mi ánimo. Me he vengado. He merecido la muerte, y aquí estoy. Rogad por mi alma.

SCHILLER.

Julián quedó inmóvil; no veía. Cuando se rehizo un poco, advirtió que todos los fieles huían de la iglesia; el sacerdote había abandonado el altar. Julián comenzó a seguir, con paso bastante lento, a unas mujeres que se iban gritando. Una mujer, que trataba de huir más de prisa que las otras, le empujó violentamente, derribándole al suelo. Sus pies se enredaron en una silla caída; al levantarse sintió que le apretaban el cuello: era un gendarme de gran uniforme, que le detenía. Maquinalmente, Julián quiso recurrir a sus pistolas, pero un segundo gendarme le sujetaba los brazos.

Fué conducido a la cárcel. Le metieron en una habitación, le colocaron las esposas, le dejaron solo, cerrando la puerta con dos vueltas de llave; todo esto fué hecho muy rápidamente; él permaneció insensible.

—A fe mía, todo ha terminado—dijo en alta voz, volviendo en sí—. Dentro de quince días, la guillotina... o matarse de aquí a entonces.

Su razón no iba más lejos; sentía la cabeza como si se la apretaran con violencia. Miró por

ver si alguien le sujetaba. Después de unos minutos se durmió profundamente.

Madame de Renal no estaba herida de muerte. La primera bala atravesó su sombrero, y en el momento en que se volvía, disparó él por segunda vez.

La bala le había alcanzado en el hombro, y, cosa rara, después de chocar con el hueso, que, sin embargo, rompió, de rebote fué a dar contra una columna gótica, a la que arrancó un gran pedazo.

Cuando, después de una cura larga y dolorosa, el cirujano, hombre serio, dijo a Mme. De Renal: "Respondo de la vida de usted como de la mía", ella sintió una aflicción profunda.

Hacía mucho tiempo que deseaba sinceramente la muerte; la carta que había escrito a M. De la Mole, impuesta por su confesor actual, había sido el último golpe para aquel ser debilitado por una desgracia constante. Esta desgracia era la ausencia de Julián, que ella llamaba el "remordimiento". El director, eclesiástico joven, virtuoso y ferviente, recién llegado de Dijón, no se dejaba engañar.

Morir así, pero no por mi mano, no es un pecado—pensaba Mme. De Renal—. Dios me perdonará quizá al alegrarme de mi muerte.

No se atrevía a añadir:

Y morir a manos de Julián, es el colmo de la felicidad.

Apenas se vió libre de la presencia del cirujano

y de todos los amigos, que acudieron en tropel, mandó llamar a Elisa, su doncella, y le dijo, ruborizándose:

—El carcelero es un hombre cruel. Sin duda le maltratará, creyendo que con ello hará una cosa que me sea agradable... No puedo soportar esta idea. ¿No podría usted ir y, como cosa suya, darle al carcelero este paquetito de luises? Al mismo tiempo, le dice usted que la religión no permite que le maltrate... Y, sobre todo, que no vaya a decir una palabra de este dinero...

A la circunstancia de que hablamos debióse la humanidad para con Julián del carcelero de Verrières; era aquel mismo M. Noiroud, perfecto ministerial, al que vimos asustarse hondamente ante la presencia de M. Appert.

El juez se presentó en la cárcel.

—He asesinado con premeditación—le dijo Julián—; he comprado y mandado cargar las pistolas en casa de Fulano, el armero. El artículo 1.342 del Código penal es claro; merezco la muerte y la espero.

El juez, extrañado ante aquella manera de responder, quiso multiplicar las preguntas para arreglárselas de modo que el acusado "se culpase" en sus contestaciones.

—Pero no ve usted—le dijo Julián sonriendo— que me confieso tan culpable cuanto puede usted desear. Váyase, caballero; no dejará de conseguir el objeto que se propone. Tendrá usted el placer de condenarme, pero ahórreme su presencia.

Me queda un penoso deber que cumplir—pensó Julián—; tengo que escribir a Mlle. De la Mole.

“Me he vengado—le decía—. Desgraciadamente, mi nombre aparecerá en los periódicos, y no puedo escapar de incógnito de este mundo. Dentro de dos meses moriré. La venganza ha sido atroz, como el dolor de verme separado de ti. Desde este momento me prohíbo escribirte y pronunciar tu nombre. No hables nunca de mí; ni aun a mi hijo; el silencio es la única manera de honrarme. Para la mayoría de los hombres, yo seré un asesino vulgar... En este momento supremo, permíteme la verdad: tú me olvidarás. Esta gran catástrofe, de la cual te aconsejo no hables nunca a ser viviente, agotará para muchos años todo lo romántico y aventurero que yo veía en tu carácter. Tú habías nacido para vivir con los héroes de la Edad Media; demuestra su firmeza de carácter. Que lo que ha de ocurrir suceda en secreto y sin comprometerte. Tomarás un nombre falso y no tendrás confidente alguno. Si necesitas absolutamente el socorro de un amigo, ahí tienes al abate Pirard.

“No hables a nadie más, sobre todo a las gentes de tu clase: los de Luz, los Caylus.

“Un año después de mi muerte, cástate con monsieur de Croisenois; te lo ruego y te lo ordeno como esposo. No me escribas; no te contestaría. Mucho menos malo que Yago, según creo, diré como él: “From this time forth. Y never will

speak word." (Desde este momento no hablaré palabra.)

"No me verán hablar ni escribir; tuyas habrán sido mis últimas palabras, así como mis últimas adoraciones.—J. S."

Después de enviar esta carta fué cuando Julián, algo rehecho, se sintió muy desgraciado. Una a una, todas sus esperanzas y ambiciones habrían de ser arrancadas de su corazón por estas horribles palabras: "He de morir." La muerte, en sí, no era "horrible" a sus ojos. Toda su vida no había sido más que una larga preparación para la desgracia, y no por ver de cerca la mayor de todas le ocurría olvidarse de lo pasado.

¡Qué!—se decía—. Si dentro de sesenta días tuviera que batirme en duelo con un hombre muy diestro en las armas, ¿sería tan débil que estuviera pensando siempre en ello con el terror en el alma?

Pasó más de una hora tratando de conocerse en este respecto.

Cuando hubo visto claro en su alma, y ante sus ojos apareció la verdad, tan distintamente como una de las columnas de su celda, pensó en el remordimiento.

—¿Y por qué habría de tenerle? He sido ofendido de un modo atroz; he matado; merezco la muerte; esto es todo. Moriré después de haber saldado mi cuenta con la humanidad. No dejo ninguna obligación sin cumplir; no debo nada a na-

die; mi muerte no tiene de vergonzoso más que el instrumento: es verdad que esto sólo basta y sobra para mi vergüenza ante los ojos de los burgueses de Verrières; pero ¿habrá nada más despreciable que ellos, intelectualmente considerados? Y aún me queda un medio de hacerme valer a sus ojos: echar al pueblo monedas de oro al ir al suplicio. Mi recuerdo, unido a la idea del "oro", será algo resplandeciente para ellos.

Después de este razonamiento, que al cabo de una hora le pareció evidente, díjose Julián:

—No tengo nada que hacer en el mundo.

Y se durmió profundamente.

A eso de las nueve de la noche, el carcelero le despertó, llevándole la cena.

—¿Qué se dice en Verrières?

—Señor Julián, el juramento prestado ante el crucifijo el día en que tomé posesión de mi destino me obliga al silencio.

Se calló, pero no se marchaba. Aquella hipocresía vulgar divirtió a Julián.

Es menester—pensó—que le haga esperar un rato los cinco francos que desea para venderme su conciencia.

Cuando el carcelero vió que la comida estaba terminando, sin intento de seducción, dijo con aire falso y meloso:

—El cariño que le tengo, señor Julián, me obliga a hablar, porque lo que le he decir, aun cuando sea en contra del interés de la justicia, puede servirle para preparar su defensa... El señor Ju-

lián, que es un buen muchacho, se alegrará mucho cuando yo le diga que Mme. De Renal está mejor.

—¡Cómo! ¿No ha muerto?—exclamó Julián, fuera de sí.

—¿Pero no sabía usted nada?—dijo el carcelero con aire estúpido, que a poco convirtiéndose en avaricia satisfecha—. Justo será que el señor dé algo al médico, que, según la ley y la justicia, no debía hablar. Pero por dar gusto al señor, he ido a su casa, y él me ha contado todo...

—Luego la herida no es mortal—le dijo Julián impaciente—. ¿Me respondes de ello con tu vida?

El carcelero, gigante de seis pies de estatura, sintió miedo y se retiró hacia la puerta. Julián comprendió que iba por mal camino para saber la verdad; se sentó de nuevo y arrojó un napoleón a M. Noiroud.

A medida que el relato de aquel hombre demostraba a Julián que la herida de Mme. De Renal no era mortal, se sentía invadido por las lágrimas.

—Váyase usted de aquí—dijo bruscamente.

El carcelero obedeció. Apenas había cerrado la puerta, exclamó Julián:

—¡Dios mío! ¡No está muerta!

Y cayó de hinojos, derramando ardientes lágrimas.

En aquel momento supremo era creyente. ¿Qué importan las hipocresías de los curas? ¿Pueden quitar algo a la verdad y a la sublimidad de la idea de Dios?

Entonces solamente empezó Julián a arrepentirse de su crimen. Por una coincidencia que le evitó la desesperación, acababa de cesar el estado de irritación física y casi de locura en que estuvo sumido desde que salió de París para Verrières.

Sus lágrimas tenían un origen generoso, pues no podía caberle duda de la suerte que le esperaba.

¡De modo que vivirá!—se decía—. Vivirá para perdonarme y para amarme...

Al día siguiente, muy temprano, cuando el carcelero le despertó, le dijo:

—Debe usted de tener un corazón famoso. He venido dos veces y no he querido despertarle. Aquí tiene usted dos botellas de un vino excelente que le envía M. Maslon, nuestro cura.

—¿Está aún aquí ese bribón?—dijo Julián.

—Sí, señor—respondió el carcelero bajando la voz—; pero no hable tan alto, que podría perjudicarle.

Julián se rió de buena gana.

—En el punto en que estoy, amigo mío, sólo podría perjudicarme el que usted dejase de ser dulce y humano... Pero será usted bien pagado—continuó Julián interrumpiéndose y volviendo a tomar un aire altanero, que justificó en seguida dando una moneda.

Monsieur Noiroud contó nuevamente, con gran lujo de detalles, todo lo que sabía de Mme. De Kenal; pero no dijo una palabra de la visita de Elisa.

Aquel hombre era bajo y sumiso a más no poder. Una idea cruzó por la mente de Julián.

Esta especie de gigante disforme puede ganar trescientos o cuatrocientos francos, pues esta cárcel no es muy frecuentada. Yo puedo asegurarle diez mil francos si quiere huir conmigo a Suiza... La dificultad será convencerle de mi buena fe.

La idea del largo coloquio que debería tener con un hombre tan vil produjo asco a Julián, y pensó en otra cosa.

Por la noche ya no era tiempo. Una silla de posta llegó a media noche para llevárselo. Quedó muy contento de los gendarmes que le acompañaron en el viaje. Por la mañana, cuando llegó a la cárcel de Besançon, tuvieron la amabilidad de alojarle en el piso superior de un torreón gótico. Admiró la gracia y la ligereza de su arquitectura, que supuso del comienzo del siglo XIV. Por una estrecha abertura entre dos muros, y más allá de un patio profundo, se ofrecía un punto de vista soberbio.

Al día siguiente sufrió un interrogatorio, después del cual le dejaron tranquilo unos cuantos días. Su alma estaba serena. Veía su asunto sencillo por demás.

—He intentado matar; deben matarme.

Su imaginación no se detuvo más en este razonamiento. El juicio, el enojo de aparecer en público, la defensa; consideraba todo esto como molestias ligeras, como ceremonias enojosas, en las

cuales no valía la pena de pensar hasta que llegara el caso. Tampoco le preocupaba el momento de la muerte:

—Ya pensaré en ello después del juicio.

La vida no era aburrida para él; consideraba las cosas bajo un nuevo aspecto; no tenía ambición alguna. Pensaba raras veces en Mlle. De la Mole. Sus remordimientos le ocupaban mucho y le presentaban con mucha frecuencia la imagen de madame de Renal, sobre todo en el silencio de la noche, que en aquel torreón elevado sólo interrumpía el canto de la lechuza.

Daba gracias al cielo por no haberla herido mortalmente.

¡Qué cosa más rara!—decíase—. Yo creía que con su carta a M. De la Mole había destruído para siempre mi felicidad por venir, y menos de quince días después de la fecha de aquella carta, no pienso en nada de lo que me absorbía entonces... Dos o tres mil libras de renta para vivir tranquilo en un pueblo de montaña como Vergy... Entonces era feliz... No comprendía mi felicidad.

En otros momentos, se levantaba de la silla sobresaltado.

Si hubiese herido mortalmente a Mme. De Renal, me habría matado... Necesito convencerme de esto para no horrorizarme de mí mismo. ¡Martarme! Esta es la gran cuestión—se decía—. Estos jueces tan formalistas, tan encarnizados con el pobre acusado, que harán colgar al mejor ciudadano por prenderse una cruz.. Me substraería a

ellos, a sus insultos en mal francés, que el periódico del departamento llamará elocuencia... Puedo vivir aún cinco o seis semanas, poco más o menos... ¡Matarme! De ninguna manera—se dijo después de algunos días—; Napoleón vivió.

Además, la vida me es agradable; aquí estoy tranquilo; no hay gentes molestas—añadió riendo. Y se puso a redactar una nota de los libros que pensaba pedir a París.

CAPITULO XXXVII

Un torreón.

La tumba de un amigo.

STERNE.

Oyó un gran ruido en el corredor; no era la hora en que solían subir a su encierro; la lechuzza levantó el vuelo gritando, la puerta se abrió, y el venerable cura Chelan, temblando, apoyado en el bastón, arrojóse en sus brazos.

—¡Dios santo! ¿Es posible, hijo mío?... ¡Monstruo!, debería decir.

Y el buen viejo no pudo añadir una palabra más. Julián temió que se cayese. Se vió obligado a llevarle a una silla. La mano del tiempo se había ensañado con aquel hombre, antes tan enérgico. A Julián le pareció la sombra de sí mismo.

Cuando recobró el aliento:

—Anteayer mismo recibí tu carta de Estrasburgo, con los quinientos francos para los pobres

de Verrières; me la llevaron a Liveru, a la montaña, donde vivo retirado con mi sobrino Juan. Ayer me entero de la catástrofe... ¡Cielos! ¿Es posible?

Y el viejo ya no lloraba; parecía privado de la facultad de pensar, y añadió maquinalmente:

—Necesitarás los quinientos francos; aquí te los traigo.

—¡Necesito verle, padre mío!—exclamó Julián enternecido—. Tengo dinero de sobra.

Pero no consiguió una respuesta acorde. De tiempo en tiempo, M. Chelan vertía algunas lágrimas que se deslizaban silenciosamente por sus mejillas; luego miraba a Julián, y estaba como aturdido al ver que le cogía las manos y se las llevaba a los labios. Aquella fisonomía, antes tan viva y que reflejaba tan enérgicamente los más nobles sentimientos, no salía del aire apático. A poco, una especie de campesino vino a buscar al viejo.

—No hay que cansarle—dijo a Julián, quien comprendió que era el sobrino.

Aquella aparición dejó a Julián sumido en una tristeza cruel que alejaba las lágrimas. Todo le parecía triste y sin consuelo; sentía su corazón helársele en el pecho.

Aquellos minutos fueron los más crueles que pasara desde el crimen. Acababa de ver la muerte en toda su fealdad. Todas las ilusiones de grandeza de alma y de generosidad se disiparon como una nube ante la tempestad.

Tan angustiosa situación duró varias horas. Después de un envenenamiento moral se necesitan remedios físicos y vino de Champagne. Julián se hubiera considerado un cobarde recurriendo a ellos. Al final de un día horrible, que pasó por entero paseándose en su estrecho torreón, exclamó:

—¿Estoy loco? La vista de este pobre viejo hubiera podido sumirme en el estado de tristeza horrible en que estoy, si yo fuera a morir como otro cualquiera; pero la muerte rápida y en la flor de la edad me pone precisamente en la imposibilidad de llegar a esa triste decrepitud.

Por más razonamientos que se hacía, Julián estaba enternecido como cualquier ser pusilánime, y, por consiguiente, entristecido con aquella visita.

Ya no había nada rudo y grandioso en él, nada de virtud romana; la muerte se le aparecía a muy gran altura y como cosa menos fácil.

Este será mi termómetro—se dijo—. Esta noche estoy a diez grados por bajo del valor que me pone a nivel de la guillotina. Esta mañana tenía ese valor. Pero, en resumen, ¿qué importa? Con tal que lo tenga en el momento necesario.

Esta idea de termómetro le divirtió y consiguió distraerle.

Al día siguiente, al despertar, sintió vergüenza del día anterior.

—Mi felicidad, mi tranquilidad están en juego.

Casi estuvo resuelto a escribir al procurador del rey para pedirle que no permitiesen que le visitase nadie.

—Pero ¿y Fouqué?—pensó—. Si se decide a venir a Besançon, ¿cuál no sería su pena?

Hacia quizá dos meses que no había pensado en Fouqué.

—Qué majadero era yo en Estrasburgo; no pensaba más allá del cuello de mi uniforme.

El recuerdo de Fouqué le ocupó mucho tiempo y le dejó más enternecido. Se paseaba con agitación.

—Decididamente, estoy a veinte grados bajo el nivel de la muerte... Si esta debilidad va en aumento, más me valdría matarme. ¡Qué alegría para los abates Maslon y para los Valenod si yo muriese como un cuitado!

Fouqué llegó; aquel hombre sencillo estaba loco de dolor. Su única idea, si tenía alguna, era vender toda su hacienda para seducir al carcelero y hacer fugarse a Julián. Le habló largo rato de la evasión de M. de Lavalette.

—Me causas pena—le dijo Julián—. Monsieur de Lavalette era inocente, yo soy culpable; sin querer me haces pensar en la diferencia... Pero ¿es cierto? ¿Venderías toda tu hacienda?—dijo Julián volviendo a ser el hombre observador y desconfiado.

Encantado Fouqué de ver que por fin su amigo respondía a su idea dominante, le detalló con minuciosidad y con diferencia de unos cien francos lo que podría sacar de cada una de sus propiedades.

—¡Qué sublime esfuerzo en un propietario cam-

pesino!—pensó Julián—. ¡Cuántas economías, qué de pequeñas tacañerías, cuya comisión por mí presenciada me causaba sonrojo, sacrificaría por mí! Ninguno de los jóvenes que he visto en el palacio de la Mole, y que leen “René”, tendrá seguramente ninguna de aquellas ridiculeces; pero, exceptuando los muy jóvenes y ricos por herencia, y que desconocen el valor del dinero, ¿cuál de esos lindos parisienses sería capaz de semejante sacrificio?

Todas las faltas de lenguaje, todos los gestos ordinarios de Fouqué desaparecieron; Julián se arrojó en sus brazos.

Nunca ha recibido un homenaje más sincero lo provinciano comparado con lo de París.

Fouqué, entusiasmado con la alegría que veía en los ojos de su amigo, lo tomó como consentimiento en la fuga.

La contemplación de lo “sublime” devolvió a Julián toda la fuerza que le quitara la aparición de M. Chelan.

(Era nuestro héroe aún muy joven; pero, a mi parecer, de buena cepa. En lugar de marchar de lo sentimental a lo taimado, como la mayoría de los hombres, la edad le hubiera dado la bondad fácil al enternecimiento y se habría curado de su loca desconfianza... ¿Pero para qué estas vanas predicciones?)

Los interrogatorios eran cada vez más frecuentes, a pesar de los esfuerzos de Julián, cuyas respuestas tendían a abreviar el asunto.

—He matado, o, por lo menos, he querido matar con premeditación—repetía diariamente.

Pero el juez era formalista ante todo. Las declaraciones de Julián no abreviaban en modo alguno los interrogatorios; el amor propio del juez se picó. Julián no se enteró de que habían querido trasladarle a un calabozo sombrío, y que, gracias a las gestiones de Fouqué, le habían dejado su linda habitación con ciento ochenta escalones.

El abate de Frilair era uno de los hombres importantes que se proveían de leña en casa de Fouqué. El buen comerciante llegó hasta el todopoderoso vicario mayor. Con gran asombro y alegría oyó a M. De Frilair anunciarle que, interesado por las buenas condiciones de Julián y por los servicios que prestara en el seminario, pensaba recomendarle a los jueces. Fouqué entrevió la esperanza de salvar a su amigo, y al salir, prosternándose hasta el suelo, rogó al vicario que distribuyera en misa, para pedir la absolución del acusado, la suma de diez luises.

Fouqué se equivocaba por completo. Monsieur de Frilair no era un Valenod. Se negó a aceptar, y hasta trató de que comprendiese al buen campesino que lo mejor que podía hacer era guardar su dinero. Viendo que era imposible ser más claro, sin cometer una imprudencia, le aconsejó que diera aquella cantidad como limosna a los pobres presos, que en realidad carecían de todo.

—Este Julián es un ser extraño; su acto es inexplicable—pensaba M. De Frilair—, y no hay

nada que deba serlo para mí... Quizá sea posible convertirle en un mártir... En todo caso, yo sabré el "fin" de este asunto, y quizá encuentre ocasión de meter miedo a ese M. De Renal, que no nos estima y, en el fondo, a mí me detesta... Quizá pueda hallar en todo esto un medio de reconciliarme públicamente con M. De la Mole, que tiene debilidad por este joven seminarista.

La transacción del pleito se había firmado unas semanas antes, y el abate Pirard marchóse de Besançon, no sin antes haber hablado del misterioso nacimiento de Julián, el mismo día en que el desgraciado atentaba contra la vida de madame de Renal en la iglesia de Verrières.

Julián sólo veía un acontecimiento desagradable entre él y la muerte: la visita de su padre. Consultó a Fouqué sobre la idea de escribir al procurador general para que le dispensaran de toda visita. Aquel horror de ver a su padre, y en tal momento, extrañó sobre manera al corazón honrado y burgués del comerciante de madera.

Creyó comprender por qué había tanta gente que odiaba apasionadamente a su amigo. Por respeto a la desgracia, ocultó su manera de pensar.

—En todo caso—le respondió fríamente—, esta orden no se aplicará a tu padre.

CAPITULO XXXVIII

Un hombre pudiente.

¡Hay tanto misterio en sus andanzas y tanta elegancia en su talle! ¿Quién será ella?

SCHILLER.

Las puertas del torreón abriéronse muy temprano al día siguiente. Julián despertó sobresaltado.

—¡Ay, Dios mío! ¡Aquí está mi padre!—pensó—. ¡Qué escena más desagradable!

En el mismo momento, una mujer, vestida de campesina, se arrojó en sus brazos; a él le costó mucho trabajo reconocerla. Era Mlle. De la Mole.

—¡Infame, hasta no recibir tu carta no sabía dónde estabas! Lo que tú llamas tu crimen, y que no es sino una venganza noble que demuestra toda la grandeza del corazón que late en ese pecho, no lo supe hasta llegar a Verrières...

A pesar de sus prevenciones contra Mlle. De la Mole, que en realidad no se confesaba claramente, Julián la encontró muy bonita. ¿Cómo no ver en toda aquella manera de hablar y de obrar un sentimiento noble, desinteresado, muy por encima de lo que hubiera osado un alma vulgar y pequeña? De nuevo creyó amar a una reina. Después de unos minutos, dijo con una gran nobleza de elocución y de pensamiento:

—El porvenir se presentaba a mis ojos muy claro. Después de mi muerte te casaba con M. De Croisenois, que te consideraría viuda. El alma noble, pero un poco romántica, de esta viuda adorable, asombrada y convertida al culto de la prudencia vulgar por un acontecimiento singular, trágico y grande para ella, se hubiera dignado comprender el verdadero mérito del joven marqués. Te hubieras resignado a ser feliz, con la felicidad de todo el mundo: la consideración, las riquezas, la elevada jerarquía... Pero, Matilde querida, si sospechan tu venida a Besançon, será un golpe mortal para M. De la Mole, y he aquí lo que no me perdonaré nunca. ¡Le he causado ya tanta pena! El académico va a decir que ha abrigado en su seno una serpiente.

—Confieso que lo que menos esperaba yo era tanto razonamiento frío, tanta preocupación por el porvenir. Mi doncella, casi tan prudente como tú, ha sacado un pasaporte para ella, y he hecho mi viaje con el nombre de Mme. Michelet.

—¿Y Mme. Michelet ha podido llegar hasta mí con tanta facilidad?

—¡Ah! ¡Eres siempre el hombre superior, el que yo he descubierto! Primero he ofrecido cien francos a un secretario del juez, quien pretendía que mi entrada en el torreón era imposible. Pero, una vez recibido el dinero, el tal hombre me ha hecho esperar, ha puesto dificultades, yo creo que quería robarme...

Matilde se detuvo.

—¿Y qué más?—dijo Julián.

—No te enfades, Juliancito mío—le dijo abrazándole—; me he visto obligada a dar mi nombre a ese secretario, que me tomaba por una obrerilla de París enamorada del guapo Julián... Estas son sus mismas palabras. Le he jurado que era tu mujer, y me dará un permiso para verte a diario.

La locura es completa—pensó Julián—; pero yo no he podido impedirla. Después de todo, M. De la Mole es tan gran señor, que la opinión encontrará siempre una excusa para el joven coronel que se case con esta encantadora viuda. Mi cercana muerte ocultará todo...

Y se entregó con delicia al amor de Matilde; aquello era la locura, la grandeza de alma, todo lo más singular del mundo. Ella le propuso seriamente matarse con él.

Después de los primeros transportes, y cuando Matilde se vió satisfecha con la delicia de ver a Julián, una viva curiosidad se apoderó de su alma. Examinaba a su amante, a quien encontraba muy por encima de lo que se imaginara. Le parecía Bonifacio de la Mole resucitado, pero más heroico.

Matilde visitó a los principales abogados de la ciudad, a los que ofendió ofreciéndoles crudamente dinero; claro que luego acabaron por aceptar.

Pronto vino a parar Matilde a esta conclusión: que en materia de cosas dudosas y de importancia, en Besançon, todo dependía del abate de Frilair.

Bajo el nombre obscuro de Mme. Michelet, tropezó primero con invencibles dificultades para llegar al todopoderoso congregante. Pero por la ciudad circulaba el rumor de la belleza de una joven modista, loca de amor, y llegada de París a Besançon para consolar al joven abate Sorel.

Matilde recorría a pie, sola, las calles de Besançon, esperando no ser reconocida. En todo caso, no creía que fuera perjudicial a su causa el producir una gran impresión en el pueblo. Su locura llegaba a pensar en hacerle rebelarse para salvar a Julián cuando fuera conducido a la muerte. Mademoiselle de la Mole creía que iba ataviada sencillamente, como conviene a una mujer llena de tristeza; sin embargo, lo estaba de un modo que atraía todas las miradas.

Era en Besançon el blanco de la curiosidad general cuando, después de ocho días de solicitudes, obtuvo una audiencia de M. De Frilair.

Por mucho que fuese su valor, las ideas de congregante influyente y de maldad cauta y profunda aparecían por tal modo ligadas en su espíritu, que temblaba al llamar a la puerta del obispado. Apenas podía andar cuando le fué preciso subir la escalera que conducía a las habitaciones del vicario mayor. La soledad del palacio episcopal le daba frío.

—Puede que me siente en un sillón, y este sillón me coja los brazos y me haga desaparecer. ¿A quién podrá reclamar mi doncella? El capitán de los gendarmes ya se cuidará de no ha-

cer nada... ¡Me encuentro aislada en esta gran ciudad!

Su primera ojeada por la habitación la tranquilizó. Primero le había abierto un lacayo con una librea muy elegante. El salón en que la hicieron esperar era de ese lujo fino y delicado, tan diferente de la magnificencia grosera, y que sólo se encuentra en París en las mejores casas. En cuanto vió a M. De Frilair, que se acercaba a ella con aire paternal, desaparecieron todas las ideas de crimen atroz. Ni siquiera encontró en aquel hermoso rostro el sello de esa virtud enérgica y un tanto salvaje, tan antipática a la sociedad de París. La sonrisa, casi imperceptible, que animaba los rasgos del sacerdote, dueño de todo Besançon, denunciaba al hombre de buena sociedad, al prelado instruído, al administrador hábil. Matilde se creyó en París.

Pocos minutos necesitó M. De Frilair para lograr que Matilde le confesara que era la hija de su poderoso enemigo, el marqués de la Mole.

—En efecto, no soy Mme. Michelet—dijo ella, recobrando toda la altivez de su actitud—, y esta confesión me cuesta poco trabajo, pues vengo, señor, a consultaros acerca de la posibilidad de procurar la evasión de M. De la Vernaye. Primeramente, no es culpable sino de aturdimiento; la mujer sobre la cual ha disparado está ya bien. En segundo lugar, para seducir a la gente menuda, puedo disponer desde luego de cincuenta mil francos y comprometerme por el doble. En

fin, mi reconocimiento y el de mi familia no hallará nada imposible para quien salve a M. De la Vernaye.

Monsieur de Frilair pareció extrañar este nombre. Matilde le mostró varias cartas del ministro de la Guerra dirigidas a Julián Sorel de la Vernaye.

—Ya veis que mi padre se encargaba de su fortuna. Me he casado con él en secreto; mi padre quería que fuese jefe antes de publicar este matrimonio, un poco raro para una la Mole.

Matilde observó que la expresión de bondad y de cierta alegría dulce se desvanecía rápidamente a medida que M. De Frilair iba haciendo descubrimientos importantes. En su rostro se pintó una finura mezclada de profunda falsedad.

El abate tenía sus dudas; releía con calma los documentos oficiales.

¿Qué partido puedo sacar de estas singulares confidencias?—se decía—. Héteme aquí de pronto en relación íntima con una amiga de la célebre mariscala de Fervaques, sobrina todopoderosa de monseñor el obispo de ***, por cuya mediación se llega a obispo en Francia. Lo que yo veía muy lejos en el porvenir se presenta de improviso. Esto puede conducirme a la realización de todos mis deseos.

Al principio, Matilde se asustó del rápido cambio de la fisonomía de aquel hombre tan influyente, con el cual se encontraba sola en un aposento apartado. Pero pronto díjose a sí misma:

—¡Bah! Lo peor hubiera sido no causar impresión alguna en el frío egoísmo de un hombre harto de poder y de satisfacciones.

Deslumbrado por aquel camino rápido e imprevisto que se abría ante sus ojos para llegar al episcopado, asombrado del talento de Matilde, M. De Frilair, durante un momento, no fué dueño de sí.

Mademoiselle de la Mole casi le vió a sus pies, ambicioso y vivo hasta ser presa de un temblor nervioso.

Todo se aclara—pensó ella—; nada será imposible aquí a la amiga de Mme. De Fervaques.

A pesar de un sentimiento de celos, muy doloroso aún, tuvo valor para explicar que Julián era amigo íntimo de la mariscala y que veía casi todos los días en su casa al obispo de ***.

—Si se sortease cuatro o cinco veces una lista de treinta y seis jurados entre los notables del departamento—dijo el vicario con la mirada aviesa de la ambición y recalcando las palabras—, me consideraría muy desgraciado si en cada una de las listas no contaba con ocho o diez amigos, y de los más inteligentes de la pandilla. Casi siempre podría tener mayoría y más que mayoría para condenar; vea usted, señorita, con cuánta facilidad puedo hacer absolver..

El abate se paró en seco, como asustado de sus propias palabras; estaba confesando cosas que nunca se dicen a los profanos.

Pero a su vez impresionó a Matilde, dejándola

estupefacta, cuando le dijo que lo que asombraba e interesaba, sobre todo, a la sociedad de Besançon en la rara aventura de Julián, era que en otros tiempos había inspirado una gran pasión a madame de Renal, a la que por algún tiempo fué correspondido. M. De Frilair advirtió fácilmente la turbación extrema que producía su relato.

¡Tengo mi desquite!—pensó. Ya he encontrado el medio de manejar a esta personita tan decidida; temía no llegar a conseguirlo.

El aire distinguido y poco fácil de dominar redoblaba a sus ojos el encanto de la rara belleza, que veía casi suplicante ante él. Recobró toda su sangre fría y no vaciló en revolver el puñal en su corazón.

—No me sorprendería nada, después de todo—le dijo con aire frívolo—, que nos dijeran que habían sido los celos el móvil que impulsara a Sorel a disparar los dos tiros contra esa mujer, tan amada antes. Desde hace poco tiempo, ella veía con mucha frecuencia a cierto abate Marquinot, de Dijón, especie de jansenista, vicioso como lo son todos.

Monsieur de Frilair torturó voluptuosamente y a su placer el corazón de aquella linda muchacha, cuya cuerda sensible había descubierto.

—¿Por qué Sorel—decía fijando una mirada ardiente sobre Matifde—habría elegido la iglesia, sino porque, precisamente en aquel momento, estaba diciendo misa su rival? Todo el mundo atribuye mucho talento, y aún mayor prudencia, al

hombre feliz que usted protege. Nada más sencillo que haberse escondido en los jardines de monsieur De Renal, que tan bien conoce, y allí, con la casi seguridad de no ser visto, ni cogido, ni sospechoso, haber dado la muerte a la mujer de quien tenía celos.

Aquel razonamiento, tan sensato en apariencia, acabó de poner a Matilde fuera de sí. Aquella alma, altiva, pero saturada de esa prudencia seca, que pasa en el gran mundo por fiel expresión del corazón humano, no estaba hecha para comprender rápidamente el placer de burlarse de toda prudencia, que puede ser tan vivo en un alma ardiente. En las altas clases de la sociedad de París, donde Matilde viviera, la pasión rara vez puede prescindir de la prudencia, y se tiran por la ventana desde el quinto piso.

Finalmente, el abate de Frilair se afirmó en su dominio. Hizo creer a Matilde (mintiendo, sin duda) que podía disponer a su antojo del ministerio público encargado de sostener la acusación contra Julián.

Después que la suerte designara los treinta y seis jurados de la sesión, hablaría directamente con treinta de ellos, por lo menos.

Si Matilde no le hubiera parecido tan bonita a M. De Frilair, éste no la hubiese hablado con tanta claridad hasta la quinta o la sexta entrevista.

CAPITULO XXXIX

La intriga.

Castres, 1676.—Un hermano acaba de asesinar a su hermana en la casa que está junto a la mía. Ese hidalgo había cometido ya una muerte. Su padre mandó distribuir en secreto quinientos escudos a los consejeros, y le salvó la vida.

LOCKE.—*Viaje por Francia.*

Al salir del obispado, Matilde no dudó en enviar un correo a Mme. De Fervaques; el temor de comprometerse no la detuvo un segundo. Conjuraba a su rival a que consiguiese una carta para M. De Frilair, escrita de puño y letra de monseñor el obispo de * * *. Llegaba hasta a suplicarle que acudiese ella misma a Besançon. Este fué un rasgo heroico en un alma celosa y altanera.

Siguiendo el consejo de Fouqué, había tenido la prudencia de no hablar de sus intrigas a Julián. Ya le turbaba bastante su presencia sin esto. Más honrado al acercarse a la muerte que lo fuera durante su vida, tenía remordimiento, no solamente por M. De la Mole, sino también por Matilde.

—¡Qué cosa!—se decía—. Encuentro a su lado distracción; pero también fastidio. Se pierde por mí y es así como yo la recompensó. ¿Seré un mal-

vado? Esta pregunta hubiérale preocupado poco cuando era ambicioso; entonces, no conseguir su objeto era la única vergüenza para él.

Su malestar moral junto a Matilde era tanto más decidido cuanto que él la inspiraba en aquel momento la pasión más extraordinaria y más loca. Sólo hablaba de los sacrificios extravagantes que haría por salvarle.

Exaltada por un sentimiento del que estaba orgullosa y que la remontaba sobre todo su orgullo, hubiera querido no dejar pasar un instante de su vida sin ocuparle en alguna intentona extraordinaria.

Sus largas conversaciones con Julián eran siempre sobre proyectos, los más raros y peligrosos. Los guardianes, bien pagados, la dejaban reinar en la prisión. Las ideas de Matilde no se limitaban al sacrificio de su reputación; poco le importaba que todo el mundo supiese su estado. Una de las menores locuras con que soñaba aquella imaginación exaltada, era echarse de rodillas para pedir el indulto de Julián al paso del coche del rey cuando fuese al galope; llamar la atención del príncipe, a riesgo de ser aplastada mil veces. Por medio de sus amigos de la corte del rey estaba segura de ser admitida en los reservados del parque de Saint-Cloud.

Julián se creía poco digno de tanta abnegación; a decir verdad, estaba cansado de heroísmo. Hubiera sido sensible a una ternura sencilla, ingenua y casi tímida, mientras que, por el contra-

rio, el alma orgullosa de Matilde necesitaba siempre la idea de un público: de "los demás".

En medio de todas sus angustias, de todos sus temores por la vida de aquel amante, al que no quería sobrevivir, ella sentía una necesidad secreta de asombrar al público por el exceso de su amor y la sublimidad de sus empresas.

Julián se ponía de mal humor al ver que no le conmovía todo aquel heroísmo. ¿Qué hubiera sido de conocer todas las locuras con que Matilde abrumaba el espíritu abnegado, pero eminentemente razonable y limitado, del bueno de Fouqué?

Este no sabía qué censurar en la abnegación de Matilde; pues él también hubiese sacrificado toda su fortuna y expuesto su vida a los mayores peligros para salvar la de Julián. Estaba estupefacto ante la cantidad de oro que Matilde tiraba. Los primeros días, las cantidades así derrochadas llegaron a imponer a Fouqué, que tenía por el dinero toda la veneración de un provinciano.

Finalmente descubrió que los proyectos de mademoiselle de la Mole variaban a menudo, y, con gran satisfacción de su parte, halló una palabra para censurar aquel carácter que le resultaba tan cansado: era "voluble". De este epíteto al de "mala cabeza", el mayor anatema en provincias, no hay más que un paso.

Es raro—decíase Julián un día a punto que Matilde se marchaba de la cárcel—que una pasión tan viva, de la cual soy objeto, me deje tan insen-

sible. ¡Y la adoraba hace dos meses! Yo había leído que la proximidad de la muerte desinteresa de todo; pero es horrible sentirse ingrato y no poder cambiar. ¿Seré un egoísta?

Y, con este motivo, se hacía los reproches más humillantes.

La ambición había muerto en su espíritu; pero otra pasión había surgido de sus cenizas: él la llamaba el remordimiento por haber asesinado a Mme. De Renal.

En realidad, se sentía perdidamente enamorado de ella. Encontraba un placer singular, cuando le dejaban completamente solo y no tenía temor de que le interrumpieran, en entregarse por entero al recuerdo de los días felices pasados en Verrières o en Vergy. Los menores incidentes de aquellos tiempos, que tan rápidamente volaron, tenían para él una frescura y un encanto irresistibles. Ni un momento pensaba en sus éxitos de París; le aburrían.

Esta disposición de espíritu, que aumentaba con rapidez, fué adivinada en parte por la celosa Matilde. Se dió cuenta exacta de que tenía que luchar contra el amor de la soledad. Alguna vez pronunciaba con terror el nombre de Mme. De Renal; observaba que Julián se estremecía. Desde aquel momento su pasión no tuvo límites ni medida.

—Si muere, moriré después de él—se decía con toda la buena fe posible—. ¿Qué dirían los salones de París si vieran a una muchacha de mi alcurnia adorar hasta este punto a un amante condena-

do a muerte? Para hallar tales sentimientos hay que remontarse a la época de los héroes: amores de este género eran los que hicieron palpar los corazones del siglo de Carlos IX y Enrique III.

En medio de los transportes más vivos, cuando apretaba contra su corazón la cabeza de Julián, solía decirse con horror:

—¿Es posible que esta cabeza encantadora esté destinada a caer? Pues bien—añadía, inflamada en un heroísmo no exento de placer—, antes de veinticuatro horas mis labios, que ahora besan apasionadamente estos lindos cabellos, estarán yertos.

Los recuerdos de aquellos instantes de heroísmo y de horrible voluptuosidad la perseguían tenazmente. La idea del suicidio, tan obsesionante en sí misma, pero tan lejos hasta entonces de aquel alma altiva, penetró en ella y pronto reinó con imperio absoluto.

—No; la sangre de mis antepasados no se ha envilecido al llegar a mí—se decía Matilde con orgullo.

—Tengo que pedirte un favor—le dijo un día Julián: pon a criar a tu hijo en Verrières para que Mme. De Renal vigile a la nodriza...

—Muy duro es lo que me dices...

Y Matilde palideció.

—Es verdad, y por ello te pido mil veces perdón—exclamó Julián, saliendo de su ensimismamiento y estrechándola en sus brazos.

Después de secar sus lágrimas volvió a su idea.

pero con más habilidad. Había dado a la conversación un tono de filosofía melancólica. Hablaba del porvenir que tan pronto se cerraría para él.

—Preciso es convenir, querida, que las pasiones son un accidente en la vida; pero este accidente no se suele hallar más que en las almas superiores... La muerte de mi hijo sería, en el fondo, una dicha para el orgullo de tu familia, y esto lo admirarían los inferiores. El abandono será la suerte de este hijo de la desgracia y de la vergüenza... Espero que en una época que no quiero fijar, pero que sin embargo mi ánimo entrevé, obedecerás mis últimas recomendaciones y te casarás con el marqués de Croisenois.

—¡Cómo! ¡Deshonrada!

—El deshonor no podrá caer en un nombre como el tuyo. Serás una viuda, la viuda de un loco: he aquí todo. Más diré: como mi crimen no obedeció al móvil del dinero, no tiene nada de deshonroso. Posible es que en esa época algún legislador filósofo haya conseguido vencer los prejuicios de sus contemporáneos y abolir la pena de muerte. Entonces alguna voz amiga dirá, como un ejemplo: "El primer marido de Mlle. De la Mole era un loco; pero no un malvado, ni un bandido. Fué un absurdo cortarle la cabeza..." Entonces mi recuerdo será menos infame; por lo menos, después de cierto tiempo... Tu posición en el mundo, tu fortuna, y, permíteme decirlo, tu talento, harán que el marqués de Croisenois, ya tu marido, desempeñe un papel al que solo no llegaría nunca.

El únicamente tiene alcurnia y valor, y estas cualidades, que por sí solas eran suficientes para que un hombre figurase en 1729, un siglo más tarde son un anacronismo y sólo incuban pretensiones: hacen falta otras cosas para ponerse a la cabeza de la juventud francesa. Tú llevarás la ayuda de un carácter firme y emprendedor al partido en que lanzarás a tu esposo. Podrás suceder a las Chevreuse, a las Longueville de la Fronda... Pero entonces, querida mía, el fuego sagrado que te anima en este momento estará un poco más tibio. Y permítame decirlo—añadió después de muchas más frases preparatorias—: dentro de quince años mirarás como una locura disculpable, pero siempre como una locura, el amor que has sentido por mí...

Se calló y quedó pensativo. De nuevo se encontraba frente a frente de aquella idea tan molesta para Matilde: "Dentro de quince años Mme. De Renal adorará a mi hijo, y tú le habrás olvidado."

CAPITULO XL

La tranquilidad.

Porque entonces estaba loco, soy hoy sabio. ¡Oh, filósofo, que sólo ves lo instantáneo, cuán poco alcanza tu mirada. Tus ojos no siguen la labor subterránea de las pasiones.

GOETHE.

Aquel coloquio fué interrumpido por un interrogatorio, seguido de una conferencia con el abogado defensor. Estos momentos eran los únicos completamente desagradables de una vida llena de abandono y de delirios tiernos.

—Hay asesinato, y asesinato con premeditación—dijo Julián, tanto al juez como al abogado—. Lo siento mucho, señores—añadió sonriendo—, pero esto reduce el cometido de ustedes a muy poca cosa.

Después de todo—decíase Julián cuando consiguió verse libre de aquellos dos seres—, es preciso que sea valiente y, en apariencia, más valiente que estos dos hombres. Ellos miran como el colmo de los males, como “al rey de los espantos”, este duelo de resultado infeliz, del que yo no pienso ocuparme seriamente hasta el día preciso.

Y es que yo he conocido una desgracia mayor—continuó Julián filosofando consigo mismo—.

Mucho más sufría yo cuando en mi primer viaje a Estrasburgo, me creía abandonado de Matilde... Y decir que he deseado tan apasionadamente esta intimidad perfecta que hoy me deja tan frío... En realidad estoy más contento cuando me veo solo que cuando esa muchacha tan hermosa comparte mi soledad...

El abogado, hombre de ley y de formalidades, le creía loco y pensaba, con el público, que los celos eran los que habían puesto la pistola en su mano. Un día se atrevió a hacer comprender a Julián que esta alegación, verdadera o falsa, sería un medio excelente de defensa. Pero el acusado se volvió en un abrir y cerrar de ojos un ser apasionado y violento.

—Por su vida, caballero—exclamó Julián fuera de sí—, guárdese de proferir tan abominable mentira.

El prudente abogado tuvo miedo un instante de ser asesinado.

Preparaba su defensa, porque el momento decisivo se acercaba rápidamente. En Besançon, y en todo el departamento no se hablaba más que de esta causa célebre. Julián ignoraba este detalle, pues había rogado que no le hablaran de estas cosas.

Aquel día, Fouqué y Matilde habían querido enterarle de algunos rumores públicos, muy propios, según ellos, para dar esperanzas, pero Julián les había detenido a las primeras palabras.

—Dejadme la vida ideal. Vuestros chismes, vuestros detalles de la vida real, más o menos molestos para mí, me sacarían del cielo. Se muere como se puede; yo no quiero pensar en la muerte más que a mi manera. ¿Qué me importan “los demás”? Mis relaciones con “los demás” van a romperse bruscamente. Por favor, no me habléis más de esas gentes; bastante tengo con ver al juez y al abogado.

En verdad—decíase a sí mismo—que mi destino parece ser morir soñando. Un ser oscuro, como yo, seguro de ser olvidado antes de quince días, sería bien tonto, preciso es confesarlo, en representar una comedia... Pero es raro, sin embargo, que yo no haya conocido el arte de gozar de la vida, sino cuando veo tan cerca de mí su término.

Julián pasaba estos últimos días paseándose por la estrecha terraza del torreón, fumando magníficos cigarros que Matilde había enviado buscar a Holanda por un correo, y sin sospechar que su aparición era esperada todos los días por todos los anteojos de la ciudad. Su pensamiento estaba en Vergy. Nunca hablaba de madame de Renal a Fouqué; pero este excelente amigo hablábale dicho dos o tres veces que ella se restablecía rápidamente, y esta frase repercutía en su corazón.

Mientras el alma de Julián estaba casi siempre por entero en el país ideal, Matilde, ocupada de las cosas reales, como conviene a un corazón aris-

tócrata, había sabido hacer llegar a tal punto la intimidad de la correspondencia directa entre madame de Fervaques y M. De Frilair, que ya se había dicho la gran palabra: "obispado".

El venerable prelado, a cuyo cargo se hallaba la hoja de los beneficios, ponía como apostilla en una carta de su sobrina: "Ese pobre Sorel no es mas que un atolondrado; espero que nos será devuelto."

Al ver estas líneas, M. De Frilair se sintió fuerte de sí. No dudaba de salvar a Julián.

La víspera del sorteo de los treinta y seis jurados de la sesión—decía a Matilde—. Sin esa ley jacobina que dispone la formación de una lista interminable de jurados y que, en realidad, no tiene otro objeto que quitar influencia a la gente bien nacida, yo hubiera respondido del "veredicto". Yo hice absolver al cura N...

Con gran alegría, a la mañana siguiente, encontró M. De Frilair, entre los nombres salidos de la urna, los de cinco congregantes de Besançon, y entre los extraños a la ciudad, los de Valenod, de Moirod, de Cholin.

—Respondo, en principio, de estos ocho jurados—dijo a Matilde—. Los cinco primeros son "máquinas". Valenod es mi agente, Moirod me lo debe todo, Cholin es un imbécil que de todo tiene miedo.

El periódico extendió por el departamento los nombres de los jurados, y Mme. De Renal, ante el inexplicable terror de su marido, quiso ir a Be-

sançon. Todo lo que pudo conseguir M. De Renal fué que ella le prometiera no levantarse de la cama para no tener el desagrado de verse llamada como testigo.

—No te haces cargo de mi situación—decía el antiguo alcalde de Verrières—; ahora soy liberal de la “disidencia”, como ellos dicen; nadie duda de que el sinvergüenza de Valenod y M. De Fri-lair consigan fácilmente de los jueces y del pro-cu-rador general todo lo que pueda serme desagra-dable.

Madame de Renal cedió sin trabajo a las órde-nes de su marido.

Si me presentara en la Audiencia—se decía—, parecería que iba a pedir venganza.

A pesar de todas las promesas de prudencia que hiciera a su director espiritual y a su marido, ape-nas llegada a Besançon escribió de su puño y le-tra a cada uno de los treinta y seis jurados:

“Señor: Yo no me presentaré el día de la vista,
 ”porque mi presencia podría perjudicar a la causa
 ”de M. Sorel. No deseo mas que una cosa en el
 ”mundo, y ésta con pasión: que le salven. No lo
 ”dude usted: la espantosa idea de que, por mi cau-
 ”sa, un inocente ha sido condenado a muerte, en-
 ”venenaría el resto de mi vida y, sin duda alguna,
 ”la acortaría. ¿Cómo podrían condenarle a él a
 ”muerte viviendo yo? No; la sociedad no puede
 ”tener derecho a quitar la vida, y, sobre todo, a
 ”un hombre como Julián Sorel. Todo el mundo en

"Verrières le ha conocido momentos de extravío.
 "Ese pobre muchacho tiene formidables enemigos;
 "pero entre ellos (¡y cuántos no tiene!), ¿cuál será
 "el que ponga en duda su admirable talento y su
 "profunda ciencia? Durante más de diez y ocho
 "meses le hemos conocido piadoso, serio, aplicado;
 "pero dos o tres veces al año se veía acometido
 "de ataques de melancolía que llegaban hasta el
 "extravío.

"Todo el pueblo de Verrières, todos los veci-
 "nos de Vergy, donde pasamos el verano, mi fa-
 "milia entera, el mismo subprefecto, harán jus-
 "ticia a su piedad ejemplar; se sabe de memoria
 "toda la santa "Biblia". Y un impío ¿habría em-
 "pleado años enteros en aprender el libro santo?
 "Mis hijos tendrán el honor de entregarle a usted
 "esta carta: son niños. Dígnese preguntarles, se-
 "ñor; ellos le darán, acerca de ese pobre muchacho,
 "todos los detalles que sean aun necesarios para
 "convencerle de lo bárbaro que sería condenar-
 "le. Lejos de vengarme, me causaría usted la
 "muerte.

"¿Qué podrán oponer sus enemigos a esto? La
 "herida, consecuencia de uno de esos momentos de
 "locura que mis mismos hijos observaban algunas
 "veces en su preceptor, es tan poco peligrosa que,
 "apenas transcurridos dos meses, me ha permitido
 "venir en posta de Verrières a Besançon. Si sé,
 "señor, que tiene usted la menor duda en sustraer
 "a la barbarie de las leyes a un ser tan poco cul-
 "pable, me levantaré de la cama, donde me retie-

"nen únicamente las órdenes de mi marido, e iré a arrojarme a sus pies.

"Declare usted, señor, que la premeditación no es evidente, y no tendrá que reprocharse la sangre de un inocente, etc., etc."

CAPITULO XLI

El juicio.

La comarca recordará por mucho tiempo esa célebre causa. El interés por el acusado llegaba a la agitación. Su crimen, en efecto, era extraño, y, sin embargo, no era atroz. Y, aunque lo fuera, ¡era tan bello aquel joven! Su fortuna tan en flor quebrada aumentaba el enternecimiento. ¿Lo condenarán?, preguntaban las mujeres a los hombres a quienes conocían. Y palidecían aguardando la respuesta.

SAINTE-BEUVE.

Por fin amaneció el día tan temido por madame de Renal y por Matilde.

El aspecto extraño de la ciudad aumentaba su terror y hasta llegó a emocionar el alma firme de Fouqué. Toda la provincia había acudido a Besançon para presenciar la vista de aquella causa novelesca.

Hacía varios días que no se encontraba sitio en las posadas. El presidente de la Audiencia estaba agobiado de peticiones de billetes; todas

las damas de la ciudad querían asistir al juicio; por las calles se pregonaba el retrato de Julián, etcétera, etc.

Matilde tenía reservada, para el momento supremo, una carta escrita, toda ella de puño y letra de monseñor el obispo de * * *. Este prelado, que dirigía la Iglesia de Francia y hacía obispos, se dignaba pedir la absolución de Julián. La víspera del juicio, Matilde llevó esta carta al omnipotente vicario mayor.

Al final de la entrevista, como ella se marchase desecha en llanto, le dijo M. De Frilair, saliendo por fin de la reserva diplomática y casi emocionado:

—Respondo de la declaración del Jurado. Entre las doce personas encargadas de examinar si el crimen de su protegido está probado, y, sobre todo, si en él ha habido premeditación, cuento con seis amigos adictos a mi suerte, a los que he dado a entender que de ellos dependía el llevarme al obispado. El barón Valenod, a quien yo he hecho alcalde de Verrières, dispone por entero de sus administrados Noirot y Cholin. Es cierto que la suerte nos ha deparado para este asunto dos jurados muy difíciles; pero, aun cuando ultraliberales, son fieles a mis órdenes en las grandes ocasiones, y les he hecho rogar que votasen con M. De Valenod. He sabido que un sexto jurado, industrial inmensamente rico y liberal charlatán, aspira en secreto a una contrata de utensilios del ministerio de la Guerra, y, sin duda,

no querrá disgustarme. Le he enviado a decir que M. De Valenod tiene mi última palabra.

—¿Y quién es ese M. De Valenod?—dijo Matilde inquieta.

—Si le conociera usted no podría dudar del éxito. Es un hablador audaz, desvergonzado, grosero, a propósito para conducir a los tontos. En 1814 estaba en la miseria, y voy a hacerle perfecto. Es capaz de pegar a los demás jurados si no quisieran votar a su gusto.

Matilde se tranquilizó un poco.

Por la noche la esperaba otra discusión. Para no prolongar una escena desagradable, y cuyo resultado era seguro a sus ojos, Julián estaba resuelto a no tomar la palabra.

—Mi abogado hablará y esto basta—dijo a Matilde—. Demasiado tiempo estaré expuesto como espectáculo ante mis enemigos. Estos provincianos se han asombrado ante la fortuna rápida que te debo, y, créeme, no hay uno solo que no desee mi condena, aun cuando luego lloren como unos tontos, cuando me lleven al cadalso.

—Desean verte humillado, eso es cierto—respondió Matilde—; pero no creo que sean crueles. Mi presencia en Besançon y el espectáculo de mi dolor han interesado a todas las mujeres; tu linda figura hará el resto. Si dices una palabra ante los jueces, todo el auditorio estará de tu parte, etc., etc.

Al día siguiente, a las nueve, cuando Julián bajó de su prisión para ir a la gran sala del palacio de

Justicia, a duras penas pudieron los gendarmes apartar a la inmensa multitud que se apiñaba en el patio.

Julián había dormido bien; estaba tranquilo, y no experimentaba otro sentimiento que una lástima filosófica por toda aquella multitud de envidiosos que, sin crueldad, iban a aplaudir su sentencia de muerte. Se sorprendió mucho cuando, detenido más de un cuarto de hora entre la muchedumbre, vióse obligado a reconocer que su presencia inspiraba al público una lástima mezclada de ternura. No oyó ni una sola frase desagradable.

—Estos provincianos son menos malos de lo que yo creía—se dijo.

Al entrar en la sala del Tribunal quedóse admirado de la elegancia de la arquitectura. Era de un gótico puro, con una porción de lindas columnitas labradas en la piedra con el mayor cuidado. Creyóse en Inglaterra.

Pero, a poco, toda su atención fué absorbida por doce o quince mujeres bonitas que, colocadas frente por frente del banquillo del acusado, llenaban los tres balcones que había encima de los jueces y de los jurados.

Al volverse hacia el público, vió que la tribuna circular que corona el anfiteatro estaba llena de mujeres; la mayoría de ellas eran jóvenes y le parecieron muy lindas; sus ojos brillaban, llenos de interés.

En el resto de la sala el gentío era enor-

me; en las puertas se pegaban, y los centinelas no podían conseguir que se callasen.

Cuando todos los ojos que buscaban a Julián advirtieron su presencia al verle ocupar el sitio un poco alto del acusado, fué acogido con un murmullo de asombro y de interés cariñoso.

Hubiérase dicho en aquel instante que no tenía veinte años: iba vestido sencillamente, pero con una gracia perfecta; sus cabellos y su frente eran encantadores. Matilde había querido presenciar su "tocado". La palidez de Julián era extremada. Apenas sentado en el banquillo, oyó decir por todos lados:

—¡Dios santo! ¡Qué joven es!... ¡Pero si es un niño!... Es mucho mejor que el retrato.

—Mi acusado—díjole el gendarme que estaba sentado a su derecha—: ¿ve usted aquellas seis damas que ocupan aquel balcón?

El gendarme le señalaba una pequeña tribuna salediza colocada encima del anfiteatro donde se sientan los jurados.

—Es la prefecta—continuó el gendarme—; a su lado, la marquesa de H***: ésta tiene mucha simpatía por usted; la he oído hablar con él juez de instrucción. La otra es Mme. Derville...

—¡Madame Derville!—exclamó Julián, y un vivo rubor cubrió su frente—. Al salir de aquí escribiré a Mme. De Renal.

Ignoraba la llegada de ésta a Besançon.

Los testigos declararon muy rápidamente. Desde las primeras palabras de la acusación, sosteni-

da por el fiscal, dos de aquellas señoras que estaban en el balconcillo, frente a frente de Julián, rompieron a llorar.

—Madame Derville no se enternece así—pensó Julián.

Sin embargo, observó que estaba muy encarnada.

El fiscal, con tono patético y en mal francés, se extendió sobre la barbarie del crimen cometido.

Julián notó que las vecinas de Mme. Derville desaprobaban vivamente al fiscal. Varios jurados, al parecer, amigos de aquellas señoras, les hablaban y parecían tranquilizarlas.

—Esto no deja de ser de buen agüero—pensó Julián.

Hasta entonces habíase sentido lleno de un profundo desprecio por todos los hombres que asistían al juicio. La elocuencia burda del fiscal aumentó este sentimiento de repugnancia. Pero, poco a poco, la sequedad de espíritu de Julián fué desapareciendo ante las muestras de interés de que era objeto.

Le satisfizo el aspecto firme de su abogado. Nada de frases—le dijo en voz baja cuando iba a tomar la palabra.

—Todo el énfasis robado a Bossuet, de que han hecho derroche contra usted, le ha servido—dijo el abogado.

En efecto, apenas llevaba cinco minutos hablando, casi todas las mujeres tenían el pañuelo en la mano. El abogado, alentado, dirigió a los

jurados conceptos extremadamente fuertes. Julián se estremeció, se sentía a punto de llorar. ¡Dios mío! ¡Qué dirán mis enemigos?

Iba a ceder al enternecimiento que se apoderaba de su espíritu, cuando, felizmente, sorprendió una mirada insolente del barón de Valenod.

—Los ojos de ese imbécil echan chispas—se dijo—. ¡Qué triunfo para su alma baja! Aun cuando mi crimen no hubiera traído consigo más que esta circunstancia, tendría que maldecirle. ¡Dios sabe lo que irá diciendo de mí a Mme. De Renal!

Esta idea borró todas las demás. Poco después, Julián volvió en sí por las muestras de asentimiento del público. El abogado terminaba su defensa. Julián recordó que era conveniente estrecharle la mano. El tiempo había pasado con rapidez.

Trajeron un refrigerio para el abogado y el acusado. Entonces fijóse Julián en un detalle: ninguna mujer había abandonado la sala para ir a comer.

—Estoy muerto de hambre—dijo el abogado—. ¿Y usted?

—Yo también—respondió Julián.

—Mire, mire, la prefecta también recibe su comida—le dijo el abogado señalando al balconcillo—. Animo, todo va bien.

La sesión se reanudó.

Cuando el presidente hacía el resumen dieron las doce. El presidente tuvo que interrumpir su discurso. En medio del silencio, de la ansiedad

general, el sonido de la campana del reloj llenaba la sala.

—Comienza el último de mis días—pensó Julián—. A poco sintióse inflamado por la idea del deber. Hasta allí había dominado su enternecimiento y conservado su resolución de no hablar; pero cuando el presidente del tribunal le preguntó si tenía alguna cosa que añadir, se levantó. Ante él veía los ojos de Mme. Derville, que con las luces le parecieron muy brillantes. ¿Estará llorando?—pensó.

“Señores jurados:

”El horror del desprecio, al que creía poder hacer frente en el momento de morir, me obliga a tomar la palabra. Señores, no tengo el honor de pertenecer a vuestra clase; en mí veis un campesino que se ha rebelado contra la humildad de su fortuna.

”No os pido gracia alguna, continuó Julián con voz más firme. No me hago ilusiones; la muerte me espera; será justa. He atentado contra la vida de la mujer más digna de todos los respetos, de todos los homenajes. Mme. De Renal había sido para mí como una madre. Mi crimen es atroz y fué “premeditado”. He merecido la muerte, señores jurados. Pero aun cuando fuese menos culpable, estoy viendo hombres que, sin detenerse en lo que mi juventud puede merecer de piedad, querrán castigar en mí, y desalentar para siempre a esta clase de jóvenes que, nacidos en una clase inferior, y en cierto modo oprimidos por

la pobreza, tienen la suerte de procurarse una buena educación y la audacia de mezclarse con lo que el orgullo de las gentes ricas llama la sociedad.

"Este es mi crimen, señores, y será castigado con tanta mayor severidad cuanto que, en realidad, no me juzgan mis iguales. No veo en los bancos del Jurado ningún campesino enriquecido, sino únicamente burgueses indignados..."

Durante veinte minutos Julián habló en este tono; dijo todo lo que se le ocurrió. El fiscal, que aspiraba a los favores de la aristocracia, saltaba en su asiento; pero, a pesar del tono abstracto que Julián dió a su discurso, todas las mujeres se deshacían en lágrimas. ¡Hasta Mme. Derville tenía el pañuelo en los ojos!

Antes de acabar, Julián volvió sobre la premeditación, su arrepentimiento, el respeto y la adoración filial y sin límites que en tiempos más felices había sentido por Mme. De Renal...

Madame Derville dió un grito y se desmayó.

La una daba cuando los jurados se retiraron a deliberar. Ninguna mujer se había movido de su sitio; muchos hombres tenían las lágrimas en los ojos. Las conversaciones fueron, al principio, muy vivas; pero poco a poco, y como el fallo del Jurado se dilatase, el cansancio general fué tranquilizando a la reunión. El momento era solemne. Las luces brillaban menos. Julián, cansadísimo, oía discutir a su lado si aquel retraso era de bueno o de mal agüero. Vió con placer que todo el mundo

estaba de su parte: el Jurado no volvía y, sin embargo, ninguna mujer dejaba la sala.

Acababan de dar las dos cuando se sintió un gran movimiento. La puertecilla del salón de los jurados se abrió. Monsieur de Valenod avanzó con paso grave y teatral, seguido de los demás jurados. Tosió. Luego dijo que, en su alma y en su conciencia, la declaración unánime del Jurado era que Julián Sorel estaba culpado de asesinato, y de asesinato con premeditación. Esta declaración lleva consigo la pena de muerte.

Un momento después fué dictada la sentencia.

Julián miró al reloj y se acordó de M. De Lavalette: eran las dos y cuarto.

—Hoy es viernes—pensó—. Sí; pero hoy es un día feliz para el Valenod que me condena... Estoy demasiado vigilado para que Matilde pueda salvarme, como lo hizo Mme. De Lavalette... Así es que dentro de tres días, a esta misma hora, ya sabré a qué atenerme respecto a “la gran incógnita”.

En aquel momento oyó un grito que le tornó a las cosas de este mundo. Las mujeres, a su alrededor, sollozaban; vió que todas las cabezas se volvían hacia una pequeña tribuna practicada en el coronamiento de un pilar gótico; más tarde supo que allí estaba oculta Matilde. Como el grito no se repitió, todo el mundo volvió a mirar a Julián, que atravesaba la multitud, abriéndole paso a duras penas los gendarmes.

Procuraremos no dar motivo de risa a ese bri-

bón de Valenod—pensó Julián—. ¡Con qué aire contrito y fingido ha pronunciado la declaración que lleva consigo la pena de muerte! En cambio, el pobre presidente de la Audiencia, a pesar de ser juez hace muchos años, tenía las lágrimas en los ojos al condenarme... ¡Qué alegría para el tal Valenod poderse vengar de nuestra antigua rivalidad respecto a Mme. De Renal!... ¡Y yo no la veré ya! Esto es hecho... Comprendo que un último adiós es imposible entre nosotros... ¡Qué feliz hubiera sido pudiéndole decir con todo el horror que mi crimen me inspira, solamente estas palabras: “Creo que soy condenado en justicia”!

CAPITULO XLII

Al tornar a la prisión, Julián fué introducido en una celda cestinada a los condenados a muerte. Él, que de ordinario se fijaba hasta en los menores detalles, ni se dió cuenta de que no le hacían subir a su torreón. Iba pensando en lo que diría a Mme. De Renal, si antes del último momento alcanzaba la dicha de verla. Daña por supuesto que ella le interrumpiría, y quería, en la primera frase, pintarle todo su arrepentimiento.

Después de lo que he hecho, ¿cómo convencerla de que a ella es a quien amo únicamente? Porque el caso es que he querido mañarla por ambición o por amor hacia Matilde.

Al meterse en la cama notó que las sábanas eran de tela ordinaria. Entonces abrió los ojos.

¡Ah!—se dijo—. Estoy en el calabozo como condenado a muerte. Es justo... El conde de Altamira me contaba que, la víspera de su muerte, Danton decía con su voz gruesa: “Es raro; el verbo guillotinar no puede conjugarse en todos los tiempos. Se puede decir: yo seré guillotinado, tú serás guillotinado; pero no se puede decir: yo he sido guillotinado.”

¿Por qué no—repuso Julián—, si hay otra vida?... A fe mía que si me encuentro con el Dios de los cristianos, estoy perdido: es un déspota y, como tal, lleno de ideas de venganzas; su “Biblia” no habla mas que de castigos atroces. Nunca le he amado; nunca he querido creer que se le amase sinceramente. No tiene piedad. (Y recordaba algunos pasajes de la “Biblia”.) Me castigará de un modo abominable... ¡Pero si me encuentro con el Dios de Fenelón! Quizá me diga: “Mucho te será perdonado porque has amado mucho...”

¿He amado mucho? Sí, he amado a madame De Renal; pero mi conducta ha sido atroz. En esto, como en muchas otras cosas, el mérito sencillo y modesto ha sido abandonado por lo que brilla...

Pero también ¡qué perspectiva!... Coronel de húsares, si tuviésemos guerra; secretario de Legación durante la paz; en seguida, embajador... Pues pronto me habría enterado de los negocios... Y aun cuando no hubiese sido más que un majadero, ¿podría el yerno del marqués de la Mole tener ninguna rivalidad? Me habrían perdonado to-

das mis tonterías o, mejor aún, apuntado como méritos. Hombre de valía y gozando de la más elevada posición en Viena o en Londres...

No es eso precisamente, caballero; guillotinado dentro de tres días.

Julián rió de buena gana ante esta salida de su ingenio.

En verdad, el hombre tiene dentro de sí dos seres—pensó—. ¿Quién demonios pensaba en esta reflexión malévola?

—Pues bien; sí, mi amigo guillotinado dentro de tres días—respondía al interruptor—. Monsieur de Cholin alquilará una ventana a medias con el abate Maslon. ¿Y cuál de los dos robará al otro para pagar el precio del alquiler de tal ventana?

Súbitamente recordó el siguiente pasaje del Venceslao, de Rotrou:

LADISLAO

Mi alma está dispuesta.

EL REY, *padre de Ladislao.*

El cadalso también lo está; lléva allí tu cabeza.

¡Hermosa respuesta!—pensó, y durmióse.

Por la mañana le despertaron, abrazándole fuertemente.

—¡Cómo! ¿Ya?—dijo Julián, abriendo los ojos espantado.

Creíase en las manos del verdugo.

Era Matilde. Felizmente no me ha entendido. Esta reflexión le devolvió toda su sangre fría.

Encontró a Matilde tan cambiada, como si hubiera pasado seis meses de enfermedad; realmente no se la reconocía.

—Ese infame de Frilair me ha hecho traición —le decía ella, retorciéndose las manos: la rabia no la dejaba llorar.

—¿No te parecí guapo ayer cuando tomé la palabra?—respondió Julián—. Improvisaba, y por primera vez en mi vida. Ciertamente es de temer que también sea la última.

En aquel momento Julián jugaba con el carácter de Matilde con la misma sangre fría que un pianista hábil toca un piano... Me falta, ciertamente—añadió—, la condición de un nacimiento ilustre; pero el alma grande de Matilde ha elevado a su amante hasta ella. ¿Crees que Bonifacio de la Mole estuviese mejor ante sus jueces?

Matilde, aquel día, estaba tierna, sin afectación, como una pobre muchacha que vive en un quinto piso; pero no pudo obtener de él palabras más sencillas. Le devolvía, sin saberlo, el tormento que ella le infligiera tantas veces.

Nadie conoce las fuentes del Nilo, decía Julián; al hombre no le ha sido dado ver al rey de los ríos como un simple arroyo; de la misma manera, ningún ojo humano verá débil a Julián, principalmente porque no lo es. Pero tengo un corazón fácil de conmover; la palabra más vulgar, si se dice con acento verdadero, puede hacer temblar mi voz, y hasta hacer correr mis lágrimas.

mas. ¡Cuántas veces no me han despreciado por este defecto los corazones secos! Creían que pedía clemencia: esto es lo que no se puede sufrir.

Dicen que el recuerdo de su mujer emocionó a Danton al pie del cadalso; pero Danton había dado empuje a una nación de hombres frívolos e impedía que el enemigo llegara a París... Yo sólo sé lo que yo podría haber hecho... Para los demás, a lo sumo, soy una "incógnita".

Si estuviera aquí, en mi calabozo, Mme. De Renal en vez de Matilde, ¿hubiera podido responder de mí mismo? El exceso de mi desesperación y de mi arrepentimiento habría pasado a los ojos de los Valenod y de todos los patricios del país por el innoble miedo a la muerte. ¡Están tan orgullosos, con sus corazones débiles, de que su posición pecuniaria les pone por encima de las tentaciones! Y los Moirod y los Cholin, que me han condenado a muerte, dirían: "Mirad lo que tiene nacer hijo de un carpintero". Se puede llegar a ser sabio, hábil; pero el corazón... el corazón no se aprende. Ni aun con esta pobre Matilde, que ahora llora, o, mejor dicho, que ya no puede llorar, dijo, mirando sus ojos enrojecidos... Y la estrechó entre sus brazos; la vista del dolor verdadero le hizo olvidar su silogismo... Ha llorado toda la noche seguramente, se dijo; pero ¿cuánto no le avergonzará este recuerdo algún día? Pensará que fué enloquecida en su primera juventud por los pensamientos bajos de un plebeyo... El Croisenois es bastante débil para

casarse con ella, y a fe mía que hará bien. Ella conseguirá que haga papel.

*Du droit qu'un esprit ferme et vaste en ses desseins
a sur l'esprit grosier des vulgaires humains (1).*

—¡Qué cosa más graciosa! Desde que tengo necesariamente que morir, todos los versos que he sabido en mi vida acuden a mi memoria. Debe de ser un signo de decadencia...

Matilde le repetía con voz apagada:

—Está en la habitación inmediata.

Por fin, Julián atendió a sus palabras. Su voz es débil, pensó; pero toda la fuerza de su carácter imperioso está aún en su acento. Baja la voz para no enfadarse.

—¿Y quién está ahí?—dijo él con aire dulce.

—El abogado, para que firmes la apelación.

—No apelaré.

—¡Cómo! ¿No vas a apelar?—dijo ella levantándose con los ojos chispeantes de cólera. ¿Y por qué, si puede saberse?

—Porque en este momento me siento con valor de morir sin hacer reir demasiado a mi costa. ¿Y quién me dice que dentro de dos meses, después de una larga permanencia en este calabozo húmedo, esté tan bien dispuesto? Preveo entrevistas con curas, con mi padre... Nada en el mundo puede serme más desagradable. Muramos.

Aquella contrariedad imprevista reavivó toda

(1) Con el derecho que un espíritu firme y de amplitud
tiene sobre el espíritu de los humanos vulgares. [de miras]

la parte activa del carácter de Matilde. No había logrado ver al abate de Frilair antes de la hora de abrirse los calabozos de la cárcel de Besançon; su furia descargó contra Julián. Ella le adoraba, y, durante un cuarto de hora largo, él volvió a encontrar en sus imprecaciones contra el carácter suyo, en sus remordimientos por haberle amado, toda la altanería de alma que algún día le llenara de injurias tan punzantes en la biblioteca del Palacio de la Môle.

—El cielo debía a la gloria de tu raza el haberte hecho nacer hombre—dijo él.

Pero lo que es yo—pensaba—sería bien tonto si viviese aún dos meses en esta estancia asquerosa, siendo el blanco de todo lo que la gente patricia pueda inventar de infame y humillante (1), y teniendo por único consuelo las imprecaciones de esta loca... Pero pasado mañana me batiré en duelo con un hombre conocido por su sangre fría y su destreza notable... Muy notable, dice el partido mefistofélico: nunca falla su golpe.

Bueno, sea enhorabuena. (Matilde continuaba siendo elocuente.) ¡Qué demonio!—se dijo—. No apelaré.

Tomada esta resolución, volvió a su ensimismamiento... El correo llevará el periódico, como de costumbre, a las seis; a las ocho, después que lo haya leído M. De Renal, Elisa, de puntillas, irá

(1) Habla un jacobino.

a dejarlo encima de su cama. Más tarde ella despertará: de pronto, mientras lee, se sobresaltará, su linda mano temblará, leerá hasta estas palabras: "A las diez y cinco minutos había dejado de existir." Llorará a lágrima viva, la conozco; en vano he querido asesinarla; todo lo olvidará. Y la persona a quien he querido quitar la vida, será la única que llore sinceramente mi muerte.

¡Esto es una antítesis!—pensó, y durante un cuarto de hora largo, que aún duró la visita que le hizo Matilde, no se ocupó mas que de Mme. De Renal.

A pesar suyo, y aun respondiendo a menudo a lo que Matilde le decía, no lograba apartar su pensamiento de la alcoba de Verrières. Veía la "Gaceta de Besançon" sobre la colcha de seda naranja. Veía aquella mano tan blanca, arrugándola con un movimiento convulsivo; veía a Mme. De Renal llorando... Y seguía el curso de cada lágrima en aquel rostro encantador.

Como Mlle. De la Mole no pudo conseguir nada de Julián, hizo entrar al abogado.

Por fortuna, era éste un antiguo capitán del ejército de Italia de 1796, donde había sido compañero de Manuel.

Empezó combatiendo la resolución del conde-nado. Julián, queriendo tratarle con astucia, le rebatió todos sus argumentos.

—A fe mía, se puede pensar como usted—terminó por decirle M. Félix Vaneau: éste era el nombre del abogado—. Pero aún tiene usted tres días

completos para apelar; mi deber es venir todos los días. Si de aquí a dos meses se abriera un volcán bajo la prisión, usted se salvaría. Además, puede usted morir de enfermedad, añadió, mirando a Julián.

Julián le estrechó la mano.

—Le doy las gracias; es usted un hombre honrado. Pensaré en esto.

Y cuando, por fin, Matilde se marchó con el abogado, él sintió mucha más simpatía por éste que por ella.

CAPITULO XLIII

Una hora más tarde, cuando ya dormía profundamente, le despertaron las lágrimas que sentía correr por su mano. ¡Otra vez Matilde, pensó, despierto a medias. Vendrá, fiel a su teoría, a atacar mi resolución por la ternura. Molesto ante la perspectiva de esta nueva escena del género patético, no abrió los ojos. A su memoria acudieron los versos de Belphegor, huyendo de su mujer.

Oyó un suspiro extraño; abrió los ojos; era Mme. De Renal.

—¡Ah! Te vuelvo a ver antes de morir; ¿eso es una ilusión?—exclamó él, arrojándose a sus pies.

Pero, perdón, señora: sólo soy un asesino ante sus ojos—repuso al momento, volviendo en sí.

—Caballero... vengo a obligarle a que apele; sé que no quiere usted hacerlo...—Los sollozos la ahogaban; no podía hablar.

—Dígnese usted perdonarme.

—Si quieres que te perdone—le dijo ella, levantándose y echándose en sus brazos—, apela en seguida de tu sentencia de muerte.

Julián la cubría de besos.

—¿Vendrás a verme todos los días en estos dos meses?

—Te lo juro. Todos los días, a menos que mi marido me lo prohíba.

—Firmaré—exclamó Julián—. Pero tú me perdonas, ¿es posible?

La estrechaba en sus brazos; estaba loco. Ella dió un ligero grito. —No es nada—dijo—; me has hecho daño.

—En el hombro—exclamó Julián, deshaciéndose en lágrimas—. Se separó un poco y cubrió sus manos de besos ardientes. ¡Quién me lo hubiese dicho la última vez que te vi en tu cuarto en Verrières!...

—¡Quién me hubiese dicho entonces que yo escribiría la carta infame que escribí a M. De la Mole!...

—Has de saber que te he amado siempre; que no he amado a nadie mas que a ti.

—¡Es muy posible!—exclamó Mme. De Renal, encantada.

Y se apoyó sobre Julián, que estaba a sus pies. Durante largo rato lloraron en silencio.

En ninguna época de su vida había pasado Julián un momento semejante. Mucho tiempo después, cuando pudieron hablar, dijo Mme. De Renal:

—¿Y esa joven Mme. Michelet o, mejor dicho, esa Mlle. De la Mole?, porque, en realidad, ya empiezo a creer esa extraña novela.

—Sólo es verdad en apariencia—respondió Julián—. Es mi mujer, pero no es mi amante...

E interrumpiéndose cien veces el uno al otro, consiguieron a duras penas contarse lo que ignoraban. La carta escrita a M. De la Mole era obra del joven sacerdote que dirigía la conciencia de Mme. De Renal, y luego copiada por ella.

—¡Qué horror me ha hecho cometer la religión!—le decía ella—. Y aun suavicé bastante los pasajes más horribles de la dichosa carta...

Los transportes y la alegría de Julián demostraban bien a las claras su perdón. Nunca había estado tan loco de amor.

—Y sin embargo, me creo piadosa—le decía madame de Renal en el curso de la conversación—. Creo sinceramente en Dios; creo igualmente, y de esto tengo pruebas, que el crimen que cometo es atroz, y en el momento en que te veo, aun después de haberme tú disparado dos tiros...

Aquí, a pesar suyo, Julián la cubrió de besos.

—Déjame—continuó ella—; quiero razonar contigo por miedo a olvidarlo... En cuanto te veo, todos los deberes desaparecen; no soy más que amor para ti o, mejor dicho, la palabra amor es muy

poco. Siento por ti lo que únicamente debería sentir por Dios: una mezcla de respeto, de amor, de obediencia... Realmente, no sé lo que me inspiras. Me hablarías de dar una puñalada al carcelero, y el crimen quedaría cometido antes que yo lo pensara. Explicame esto claramente antes de dejarte; quiero ver claro en mi corazón, pues dentro de dos meses nos separamos... A propósito, ¿nos separaremos?—le dijo ella, sonriendo.

—Retiro mi palabra—exclamó Julián, levantándose—. No apelo de la sentencia de muerte si, por veneno, puñal, pistola, carbón o de cualquier otro modo, intentas poner fin u obstáculo a tu vida.

La fisonomía de Mme. De Renal cambió de repente; la ternura más viva dejó el sitio a un extravío profundo.

—Si muriésemos en seguida...—le dijo ella, por fin.

—¿Quién sabe lo que se encuentra en la otra vida!—repuso Julián—. Quizá tormentos, quizá nada. ¿No podemos pasar dos meses juntos de un modo delicioso? Dos meses son muchos días. Nunca habré sido tan feliz.

—¿Nunca habrás sido tan feliz?

—Nunca—repitió Julián, entusiasmado—. Y te hablo como me hablo a mí mismo. ¡Dios me libre de exagerar!

—Hablar así es mandarme—dijo ella, con sonrisa tímida y melancólica.

—Bueno, ¿entonces juras por el amor que me tienes que no atentarás contra tu vida ni directa

ni indirectamente?... Piensa—añadió—que tienes que vivir para mi hijo, que Matilde abandonará a lacayos en cuanto sea marquesa de Croisenois.

—Lo juro—repuso ella, fríamente—; pero quiero llevarme tu apelación escrita y firmada por ti. Iré en persona a ver al procurador general.

—Ten cuidado; mira que te comprometes.

—Después del paso de venir a verte a la cárcel, seré para siempre en Besançon, y en todo el Franco-Condado, una heroína de anécdota—dijo ella con aire profundamente afligido—. He franqueado los límites del pudor austero... Soy una mujer perdida; bien es verdad que es por ti...

Su acento era tan triste, que Julián la abrazó con una emoción completamente nueva para él. No era la embriaguez del amor, era un agradecimiento infinito. Acababa de darse cuenta, por primera vez, de toda la extensión del sacrificio que ella le hacía.

Algún alma caritativa informó, sin duda, a M. De Renal de las largas visitas que su mujer hacía a la prisión de Julián; pues a los tres días le envió un coche con orden expresa de regresar inmediatamente a Verrières.

Con esta separación cruel, comenzó mal el día para Julián. Dos o tres horas después le anunciaron que cierto curita intrigante, pero que, sin embargo, no había podido colarse entre los jesuitas de Besançon, estaba instalado desde por la mañana a la puerta de la cárcel. Llovía mucho, y el buen hombre pretendía de este modo hacerse

el mártir. Julián estaba mal dispuesto; aquella tontería le molestó profundamente.

Por la mañana, ya se había negado a recibir a aquel cura; pero al buen hombre se le había metido en la cabeza confesar a Julián, y hacerse un nombre entre las mujeres de Besançon, por las confidencias que pretendería haber escuchado.

Declaraba en alta voz que pensaba pasar el día y la noche a la puerta de la cárcel: "Dios me envía para conmover el corazón de este joven apóstata..." Y el pueblo bajo, siempre curioso de una escena, comenzaba a aglomerarse.

—Sí, hermanos míos—les decía—; pasaré aquí el día, la noche, y todos los días y las noches que seguirán. El Espíritu Santo me ha hablado, tengo una misión de arriba; yo soy quien tiene que salvar el alma del joven Sorel. Uníos a mis oraciones, etc., etc.

Julián tenía horror al escándalo, y a todo lo que pudiera atraer sobre él la atención. Quería aprovechar el momento para escapar de incógnito de este mundo; pero tenía alguna esperanza de volver a ver a Mme. De Renal, de la que estaba lócamente enamorado.

La puerta de la cárcel se abría a una de las calles más frecuentadas. La idea de aquel cura lleno de barro, reuniendo a la multitud y promoviendo escándalo, torturaba su alma. —Y seguramente repite mi nombre a cada minuto. Aquello era más penoso que la muerte.

Con una hora de intervalo, llamó dos o tres

veces a un llavero, que le era adicto, para que fuese a ver si el cura seguía a la puerta de la cárcel.

—Señor: está de rodillas en el barro—le decía siempre el llavero—; reza en voz alta, y dice letanías por el alma de usted...

—¡Qué impertinente!—pensó Julián.

En aquel instante, en efecto, oyó un bordoneo sordo: era el pueblo, que contestaba a las letanías. Para colmo de impaciencia, vió al mismo guarda que movía los labios, repitiendo las palabras latinas.

—Ya empiezan a decir—añadió el llavero—que debe usted de tener el corazón bien empedernido para rehusar la ayuda de ese santo varón.

—¡Oh, patria mía! ¡Qué bárbara eres aún!—exclamó Julián, ebrio de cólera.

Y continuó su razonamiento en alta voz y sin cuidarse de la presencia del llavero.

—Ese hombre aspira a un artículo en un periódico, y seguramente lo conseguirá. ¡Malditos provincianos! En París no me vería sometido a todas estas vejaciones. Allí son más duchos en charlatanismo. ¡Que entre ese cura!—dijo, por fin, al guardián. Y el sudor le corría a chorros por la frente.

El llavero hizo la señal de la cruz y salió muy gozoso.

Aquel santo sacerdote era horriblemente feo y estaba cubierto de barro. La lluvia fría que cae-
ra aumentaba la humedad y la obscuridad del calabozo. El cura quiso abrazar a Julián y trató de

enternecerle hablando. Era evidente en él la más baja hipocresía; en su vida Julián se había sentido tan enfurecido.

Un cuarto de hora después de la entrada del cura, Julián se sintió un completo cobarde. Por primera vez le pareció horrible la muerte. Pensaba en el estado de putrefacción en que estaría su cuerpo dos días después de la ejecución, etcétera, etc.

Estaba a punto de traicionarse por algún signo de flaqueza, o de arrojarse sobre el cura y estrangularle con su cadena, cuando tuvo la ocurrencia de rogar al santo varón que fuese a decir por él una misa de cuarenta francos aquel mismo día.

Como eran cerca de las doce, el cura salió corriendo.

CAPITULO XLIV

Cuando se hubo marchado, Julián lloró mucho, y lloró por morir. Poco a poco se decía que si madame de Renal hubiese estado en Besançon habríale confesado su debilidad...

En el momento en que más sentía la ausencia de aquella mujer adorada; oyó los pasos de Matilde.

La mayor desgracia en la cárcel—pensó—es no poder cerrar la puerta.

Todo lo que Matilde le dijo no hizo sino irritarle.

Le contó que el día del juicio M. De Valenod,

que guardaba en el bolsillo su nombramiento de prefecto, se había atrevido a burlarse de M. De Frilair, dándose además el gusto de condenarle a muerte.

—¿Qué idea ha tenido su amigo de usted—acaba de decirme M. De Frilair—de ir a despertar y atacar la vanidad pequeña de esta “aristocracia burguesa”? ¿Por qué hablar de “casta”? Les ha indicado el camino que debían seguir en su interés político; esos simples no pensaban en ello y estaban a punto de llorar. Este interés de casta ha venido a disfrazarles el horror de la condena a muerte. Hay que confesar que M. Sorel es un novato en los negocios. Si no conseguimos salvarle con la apelación, su muerte será una especie de “suicidio...”

Matilde no pudo decir a Julián una cosa que ella misma no sospechaba aún: que el abate Frilair, viendo perdido a Julián, creía útil a su ambición aspirar a ser su sucesor.

Casi fuera de sí a fuerza de cólera impotente y de contrariedad, Julián dijo a Matilde:

—Ve a oír una misa por mí y déjame en paz un momento.

Matilde, muy celosa ya con las visitas de madame de Renal, y que acababa de saber su partida, comprendió la causa del mal humor de Julián y rompió a llorar.

Su dolor era sincero. Julián lo veía y ello le irritaba más. Tenía una necesidad imperiosa de soledad; y, ¿cómo procurársela?

Finalmente, Matilde, después de intentar todos los razonamientos para enternecerle, le dejó solo; pero casi al mismo tiempo apareció Fouqué.

—Necesito estar solo—dijo Julián a aquel amigo fiel... Y como le viera dudar: —Estoy escribiendo una memoria para el recurso de casación... Además... hazme un favor; no me hables nunca de la muerte. Si aquel día necesito algún servicio particular, déjame que sea yo el primero que hable.

Cuando Julián logró procurarse la soledad, se encontró más abrumado y cobarde que antes. Las pocas fuerzas que le quedaban a aquel alma desfallecida las había agotado para ocultar su situación a Mlle. De la Mole y a Fouqué.

Al llegar la noche, una idea le consoló.

—Si esta mañana, en el momento en que la muerte me parecía tan horrible, me hubieran avisado para la ejecución, la “mirada del público hubiera sido un agujón de gloria”; quizá mi actitud habría tenido algo de empacada, como la de un fatuo tímido que entra en un salón. Algunas personas clarividentes, si es que las hay entre éstos provincianos, hubiesen podido adivinar mi flaqueza...; pero nadie la “hubiera visto”.

Y se sintió liberado de una parte de su desgracia.

Soy un cobarde en este momento—repetíase cantando—; pero nadie lo sabrá.

Un suceso casi más desagradable le esperaba al día siguiente. Hacía mucho tiempo que su pa-

dre le anunciaba su visita; aquel día, antes de despertarse Julián, el viejo carpintero de blancos cabellos se presentó en su calabozo.

Julián se sintió débil, esperaba las más desagradables censuras.

Para hacer aún más penosa esta sensación, aquella mañana sentía remordimientos por no querer a su padre.

El azar nos ha colocado el uno junto al otro en la tierra—se decía mientras el carcelero arreglaba un poco el calabozo—, y nos hemos hecho todo el daño posible. Ahora viene, en el momento de mi muerte, para darme el golpe de gracia.

Los severos reproches del viejo comenzaron en cuanto estuvieron sin testigos.

Julián no pudo contener sus lágrimas. ¡Qué indigna flaqueza!, díjose con rabia. Irá por todas partes exagerando mi falta de valor; ¡qué triunfo para los Valenod y para todos los hipócritas que reinan en Verrières! ¡Y qué fuerza tienen en Francia! Asumen todas las ventajas sociales. Hasta ahora podía decirme al menos: “tienen dinero, todos los honores se acumulan en ellos; pero yo tengo nobleza de corazón.”

Y éste es un testigo a quien todo el mundo dará crédito, y que certificará en todo Verrières, exagerándolo, que he sido débil ante la muerte. ¡Y pasará por haber sido un cobarde en esta prueba que todos comprenden!

Julián estaba casi desesperado. No sabía cómo despedir a su padre. Y fingir de suerte que lo-

grara engañar a aquel viejo astuto, era cosa superior a sus fuerzas en aquel momento.

Su espíritu recorría rápidamente todas las posibilidades.

—“He hecho economías”—exclamó de pronto.

Esta frase afortunada cambió la fisonomía del viejo y la posición de Julián.

—¿Cómo debo disponer de ellas?—continuó Julián, más tranquilo—. El efecto producido le quitó todo sentimiento de inferioridad.

El viejo carpintero ardía en deseos de no dejar escapar aquel dinero, del cual, al parecer, Julián quería legar una parte a sus hermanos. Habló mucho tiempo, y con fuego. Julián pudo ser burlón.

—El Señor me ha inspirado mi testamento: dejaré mil francos a cada uno de mis hermanos, y el resto para usted.

—Muy bien—dijo el viejo—; ese resto me corresponde; pero puesto que Dios ha hecho el milagro de tocarte en el corazón, si quieres morir como un buen cristiano, conviene que pagues tus deudas. No has pensado en los gastos de tu alimentación y de tu educación que yo he adelantado...

¡Este es el amor de padre!, repetíase Julián, con el alma destrozada, cuando al fin se vió solo. A poco se presentó el carcelero.

—Señor, después de la visita de los padres, siempre traigo a mis huéspedes una botella de buen Champagne. Es un poco caro, seis francos la botella; pero alegra el corazón.

—Traiga tres vasos—dijo Julián, con un apresuramiento de niño—, y que entren dos de los presos que oigo pasear por el corredor.

El carcelero le trajo dos condenados a galeras, reincidentes, que se preparaban a volver a presidio. Eran unos bandidos muy alegres y, en realidad, muy notables por su astucia, su valor y su sangre fría.

—Si me da usted veinte francos—dijo uno de ellos a Julián—le contaré al detalle mi vida. Es de “primera”.

—¿Pero va usted a echar muchas mentiras?—dijo Julián.

—No—respondió—; mi amigo, que está presente, y que tiene envidia de los veinte francos, me denunciará si digo algo falso.

Su historia era abominable. Ponía de manifiesto un corazón animoso, en el que no había más que una pasión: el dinero.

Después que se marcharon, Julián no era el mismo hombre. Toda su rabia contra sí mismo había desaparecido. El dolor atroz, enconado por la pusilanimidad que se apoderó de él después de la partida de Mme. De Renal, habíase trocado en melancolía.

A medida que hubiera sido menos engañado por las apariencias, decíase, habría visto que los salones de París están llenos de gentes honradas, como mi padre, o de bribones hábiles, como estos presidiarios. Tienen razón; los hombres de salón no se despiertan ningún día con este pen-

samiento punzante. ¿Cómo comeré? ¡Y se alaban de su honradez! ¡Y, como jurados, condenan con crueldad al hombre que ha robado un cubierto de plata porque se sentía desfallecer de hambre!

Pero si hay una corte, si se trata de perder o de ganar una cartera, mis gentes honradas caen en los mismísimos crímenes que la necesidad de comer ha sugerido a estos dos presidiarios...

No hay "derecho natural"; esta palabra es una tontería anticuada, digna del fiscal que me ha cazado el otro día y cuyo abuelo fué enriquecido por una confiscación de Luis XIV. No hay más "derecho" que la ley, que prohíbe hacer una cosa so pena de castigo. Antes de la ley no hay nada "natural" mas que la fuerza del león o la necesidad del individuo que tiene hambre, que tiene frío; en una palabra: la "necesidad"... No; las gentes a quienes se honra no son mas que bribones que han tenido la suerte de no ser cogidos "in fraganti". El acusador que la sociedad pone contra mí ha sido enriquecido por una infamia... Yo he cometido un asesinato y me condenan con justicia; pero, aparte este hecho, el Valenod que me ha condenado es cien veces más perjudicial a la sociedad.

Después de todo—añadía Julián tristemente, pero sin cólera—, a pesar de su avaricia, mi padre vale más que todos estos hombres. Nunca me ha querido. Y yo vengo a colmar la medida deshonorándole por una muerte infame. El temor

de carecer de dinero, esa exageración de la maldad de los hombres que se llama "avaricia", le hace encontrar un poderoso motivo de consuelo y seguridad en una suma de trescientos o cuatrocientos luises que yo pueda dejarle. Un domingo, después de comer, enseñará su oro a todos los envidiosos de Verrières y les dirá con la mirada: "A este precio, ¿cuál de vosotros no querría tener un hijo guillotinado?"

Esta filosofía podía ser verdadera, pero era para hacer desear la muerte. Así pasaron cinco días interminables.

Era dulce y cortés con Matilde, a la que veía exasperada por los celos más vivos. Una noche, Julián pensaba en serio en suicidarse. Su alma sentíase enervada por la tristeza profunda en que le sumiera la partida de Mme. De Renal. Nada le agradaba ya, ni en la vida real ni en la imaginación. La falta de ejercicio comenzaba a alterar su salud y a darle el carácter exaltado y débil de un estudiante alemán. Perdía esa altivez varonil, que rechaza con un juramento enérgico ciertas ideas poco convenientes que asaltan las almas de los desgraciados.

—Yo he amado la verdad... ¿Dónde está? Por todas partes hipocresía o, cuando menos, charlatanería hasta en los más virtuosos, hasta en los más grandes...

Y sus labios tomaron un gesto de desprecio.

—No; el hombre no puede fiarse del hombre. Mádame de ***, haciendo una colecta para sus po-

bres huérfanos, me decía que cierto príncipe había dado diez luises. ¡Mentira! Pero ¿qué digo? ¡Napoleón en Santa Elena!... Charlatanismo puro; proclamación en favor del rey de Roma.

¡Dios mío! Si un hombre como aquel, y cuando la desgracia le debe recordar severamente su deber, se rebaja hasta el charlatanismo, ¿qué esperar del resto de la especie?...

¿Dónde está la verdad? En la religión... —Sí —añadió, con la sonrisa amarga del más profundo desprecio—; en los labios de los Maslon, de los Frilair, de los Castanède... ¿Quizá en el verdadero cristianismo, donde no se pagaría a los curas, como no se pagaba a los apóstoles?... Pero San Pablo se cobró con el placer de mandar, de hablar, de hacer hablar de sí...

¡Ah! ¡Si hubiera una verdadera religión!... ¡Qué estúpido soy! Veo una catedral gótica, vidrieras venerables; mi corazón débil se imagina al sacerdote de estas vidrieras... Mi alma lo comprendería, mi alma necesita comprenderlo... No veo más que un fatuo con los cabellos sucios... fuera de los encantos, un caballero de Beauvoisis.

Pero un sacerdote verdadero, un Massillón, un Fenelón... Massillón consagró a Dubois. Las Memorias de Saint-Simón me han estropeado a Fenelón; pero, en fin, un verdadero sacerdote... Entonces, las almas tiernas tendrían un punto de reunión en el mundo... No estaríamos aislados... Ese buen sacerdote nos hablaría de Dios. Pero ¿qué Dios? No el de la Biblia, pequeño despo-

ta, cruel y lleno de sed de venganza..., sino el Dios de Voltaire, justo, bueno, infinito...

Se agitó con todos los recuerdos de aquella Biblia que se sabía de memoria... —Pero en reuniéndose tres personas, ¿cómo creer en ese gran nombre de Dios después del abuso espantable que de él hacen nuestros curas?

¡Vivir aislado!... ¡Qué tormento! Me vuelvo loco y soy injusto—dijose Julián, golpeándose la frente—. Estoy aislado aquí, en este calabozo; pero no he “vivido aislado” en el mundo; tenía la idea pujante del “deber”. El deber que me había impuesto, con razón o sin ella..., ha sido como el tronco de un árbol robusto en el que me apoyaba durante la tormenta; vacilaba, estaba agitado. Después de todo, no era mas que un hombre... pero no era arrastrado.

El aire húmedo de este calabozo es lo que me hace pensar en el aislamiento... ¿Y por qué ser aún hipócrita maldiciendo de la hipocresía? Lo que me anonada no es la muerte, ni el calabozo, ni el aire húmedo; es la ausencia de Mme. De Renal. Si por verla en Verrières me viera obligado a ocultarme semanas enteras en los sótanos de su casa, ¿me quejaría?

La influencia de mis contemporáneos sale vencedora—dijo en alta voz y con una amarga sonrisa—. Aun hablando conmigo mismo, a dos pasos de la muerte, soy hipócrita... ¡Oh, siglo XIX!

... Un cazador dispara un tiro en un bosque, su presa cae, él se estira para alcanzarla. Su calzado

tropieza con un hormiguero de dos pies de altura, destruye la habitación de las hormigas, a éstas las esparce por aquí y acullá, y lo mismo sus huevos... Las más filósofas de las hormigas no podrán nunca comprender aquel cuerpo negro, inmenso, terrible, la bota del cazador, que de repente ha penetrado en su vivienda con una rapidez increíble, precedida de un ruido espantoso y acompañado de chispas de un fuego rojizo...

... Así la muerte, la vida, la eternidad: cosas muy sencillas para quien tuviera los órganos bastante amplios para concebirlas...

Una mosca efímera nace a las nueve de la mañana de un día de verano para morir a las cinco de la tarde: ¿cómo podría comprender la palabra "noche"?

Dadle cinco horas más de existencia, y verá y comprenderá lo que es la noche.

Así yo moriré a los veintitrés años. Dadme cinco años más de vida para vivir con Mme. De Renal...

Se echó a reír como Mefistófeles. ¡Qué locura discutir estos grandes problemas!

Primero. Soy hipócrita, como si aquí me estuviera escuchando alguien.

Segundo. Me olvido de vivir y de amar cuando me quedan tan pocos días de vida...

¡Ay! Madame de Renal está ausente. Quizá su marido no la deje volver a Besançon para que no continúe deshonrándose.

Esto es lo que me aísla, y no la ausencia de

un Dios justo, bueno, omnipotente; no malo, no ávido de venganza...

¡Ah! ¡Si existiera!... Yo caería a sus pies y le diría: "He merecido la muerte; pero Dios bendito, Dios bueno, Dios clemente, devuélveme a la que amo."

La noche estaba muy avanzada. Después de una hora o dos de sueño tranquilo, llegó Fouqué.

Julián sentíase fuerte y decidido como el hombre que ve claro en su alma.

CAPITULO XLV

—No le quiero jugar a ese pobre abate Chas-Bernard la mala pasada de llamarle—dijo Julián a Fouqué—; no podría comer en tres días. Pero procura encontrar un jansenista, amigo de M. Pirard que sea inaccesible a la intriga.

Fouqué esperaba con impaciencia aquella decisión. Julián cumplió decentemente con todo lo que en provincias se debe a la opinión. Gracias al abate de Frilair, y a pesar de la mala elección de confesor, Julián era en su calabozo protegido de la congregación; con un poco más de ingenio habría podido escapar. Pero el aire viciado del calabozo producía su efecto: su razón se nublaba. Por eso fué aún más feliz con el retorno de madame de Renal.

—Mi deber principal es ocuparme de ti—le dijo ella, abrazándole—; me he escapado de Verrières...

Julián no tenía con ella ningún amor propio; le contó todas sus flaquezas. La mujer fué buena y encantadora para él.

Por la noche, apenas salió de la cárcel, hizo ir a casa de su tía al cura, que se aferraba a Julián como a una presa; este individuo no deseaba otra cosa que hacerse un nombre entre las mujeres jóvenes de la alta sociedad de Besançon; así que Mme. De Renal consiguió fácilmente que se fuese a hacer una novena al monasterio de Bray-le-Haut.

No hay palabras para expresar la locura y el amor de Julián.

A fuerza de dinero, y usando y abusando del crédito de su tía, beata célebre y rica, Mme. De Renal consiguió verle dos veces al día.

Con esta noticia, los celos de Matilde se exaltaron hasta la locura. Monsieur de Frilair le había confesado que todo su crédito no llegaba hasta desafiar las conveniencias al punto de conseguir que le permitieran ver a su amigo más de una vez al día. Matilde hizo seguir a Mme. De Renal para saber al detalle lo que hacía. Monsieur de Frilair agotaba todos los recursos de un espíritu astuto para hacerle comprender que Julián era indigno de ella.

En medio de todos estos tormentos, ella le amaba más y más, y casi a diario le producía ratos terribles.

Julián quería a toda costa ser honrado hasta el fin con aquella pobre muchacha, que tan extrañamente le amara; pero, a cada momento, el amor

desenfrenado que sentía por Mme. De Renal le arrebatava. Cuando por razonamientos capciosos no lograba convencer a Matilde de la inocencia de las visitas de Mme. De Renal, decíase:

Después de todo, el fin del drama está muy cerca, y esto es una disculpa para mí si no sé disimular mejor.

Mademoiselle de la Mole supo la muerte del marqués de Croisenois. Monsieur de Thaler, aquel hombre tan rico, habíase permitido juicios poco favorables sobre la desaparición de Matilde; monsieur de Croisenois le rogó que se retractara; monsieur de Thaler le enseñó anónimos dirigidos a él, llenos de detalles, tramados con tanto arte, que el pobre marqués no pudo menos de comprender la verdad.

Monsieur de Thaler se permitió burlas groseras. Ebrio de ira y desesperado, M. De Croisenois exigió una reparación tan dura, que el millonario prefirió un duelo. La majadería triunfó, y uno de los hombres más dignos de ser queridos en París encontró la muerte cuando aún no tenía veinticuatro años.

Aquella muerte causó una impresión extraña y malsana en el alma debilitada de Julián.

—El pobre Croisenois—decía él a Matilde—ha sido realmente muy razonable y muy honrado con nosotros; debió odiarme cuando comenzaste a cometer imprudencias en el salón de tu madre; y buscar una cuestión conmigo, pues el odio que sigue al desprecio suele ser siempre furioso...

La muerte de Croisenois cambió las ideas de Julián respecto al porvenir de Matilde; empleó varios días en demostrarle la conveniencia de que se casara con M. De Luz.

—Es un hombre tímido, no demasiado jesuíta—decíale—, y que, sin duda, ocupará altas posiciones. De una ambición más obscura y más continuada que el pobre Croisenois, y sin ducado en su familia, no tendrá inconveniente en casarse con la viuda de Julián Sorel.

—Y una viuda que desprecia las grandes pasiones—replicó fríamente Matilde—, pues ha vivido lo bastante para ver, después de seis meses, que su amante prefería a otra mujer, y una mujer causa de todas sus desdichas.

—Eres injusta; las visitas de Mme. De Renal darán motivo al abogado de París, encargado del recurso de casación, para hacer frases; pintará al asesino honrado por los cuidados de su víctima. Esto puede hacer efecto, y quizá algún día me veas protagonista de algún melodrama, etc., etc.

Los celos furiosos e imposibles de vengar, la continuidad de una desgracia sin esperanza (pues aun suponiendo que se salvase Julián, ¿cómo volver a conquistar su corazón?), la vergüenza y el dolor de amar más que nunca a aquel amante infiel, habían sumido a Mlle. De la Mole en un silencio triste, del que no la podían sacar ni los cuidados solícitos de M. De Frilair ni la ruda franqueza de Fouqué.

En cuanto a Julián, excepto en los momentos

usurpados por la presencia de Matilde, vivía de su amor y casi sin cuidarse del porvenir. Por un efecto extraño de esta pasión, cuando es extremada y sin fingimiento alguno, Mme. De Renal participaba de su despreocupación y su dulce alegría.

—En otro tiempo—le decía Julián—, cuando podía haber sido tan feliz en nuestros paseos por los bosques de Vergy, una ambición fogosa arrasaba mi alma a los países imaginarios. En vez de apretar contra mi corazón este brazo encantador, que estaba tan cerca de mis labios, el porvenir me alejaba de ti; me entregaba a los combates innumerables que tendría que sostener para hacer una fortuna colosal... No; habría muerto sin conocer la dicha si tú no hubieras venido a verme a esta prisión.

Dos sucesos turbaron aquella vida tranquila. El confesor de Julián, a pesar de ser jansenista, no pudo ponerse al abrigo de una intriga de los jesuitas y, a pesar suyo, se convirtió en su instrumento.

Fué un día a decirle que, a menos de caer en el horrible pecado del suicidio, debía hacer todos los esfuerzos por conseguir su indulto. Y como el clero tenía mucha influencia en el ministerio de Justicia en París, había un medio muy fácil: convertirse con solemnidad...

—¡Con solemnidad!—repitió Julián—. ¡Ah! También le pillo a usted, padre mío, haciendo una comedia como un misionero...

—La edad de usted—repuso gravemente el jansenista—, la cara interesante con que le ha dotado la Providencia, el motivo mismo de su crimen, que sigue siendo inexplicable; los intentos heroicos que Mlle. De la Moie prodiga en su favor, todo, en fin, hasta la rara amistad que le demuestra su víctima, ha contribuído a hacerle el héroe de las jóvenes de Besançon. Por usted han olvidado todo, hasta la política...

Su conversión repercutiría en sus corazones, dejando en ellos una impresión profunda. Puede usted ser de gran utilidad a la religión, y yo no dudaré por la frívola razón de que los jesuítas harían lo mismo en mis circunstancias. Entonces resultaría que, aun en este caso particular, que escapa a su rapacidad, perjudicarían también. Que no sea así... Las lágrimas que su conversión de usted haga verter anularán el efecto corrosivo de diez ediciones de las obras impías de Voltaire.

—¿Y qué me quedará—respondió fríamente Julián—si me desprecio a mí mismo? He sido ambicioso, no quiero censurarme; pero entonces obraba con arreglo a las conveniencias del tiempo. Ahora vivo al día, y sería muy desgraciado si me entregara a alguna cobardía...

El otro incidente, mucho más sensible, fué producido por Mme. De Renal. Se conoce que alguna amiga intrigante llegó a convencer a aquel alma ingenua y tan tímida de que su deber era ir a Saint-Cloud y echarse a los pies del rey Carlos X pidiendo clemencia.

Había hecho el sacrificio de separarse de Julián, y, después de tal esfuerzo, el desagrado de exponerse al público, que en otra época le hubiera parecido peor que la muerte, no era nada para ella.

—Me presentaré al rey, confesaré en alta voz que eres mi amante; la vida de un hombre, y de un hombre como Julián, debe estar por encima de todas las consideraciones. Diré que has atentado contra mi vida por celos. Hay muchos ejemplos de pobres gentes salvadas en casos semejantes por la humanidad del jurado o la del rey...

—Dejaré de verte, te cerraré la puerta de mi calabozo—exclamó Julián—, y seguramente al día siguiente me mataré de desesperación si no me juras que no has de dar un paso que nos ponga en evidencia ante el público a los dos. Esta idea de ir a París no es tuya: Dime el nombre de la intrigante que te la ha sugerido.

Seamos felices durante el corto número de días de esta breve vida; ocultemos nuestra existencia; mi crimen es demasiado evidente. Mademoiselle de la Mole tiene mucha influencia en París, y estoy seguro de que hará todo lo humanamente posible. Aquí, en esta capital, tengo contra mí a todas las gentes ricas y consideradas. Si dieras ese paso, ello agriaría aún más a estas gentes ricas y, sobre todo, moderadas, para quienes la vida es una cosa tan fácil... No demos motivos de risa a los Maslon, los Valenod y a otros mil que no son mejores.

El aire infecto del calabozo se le hacía insopor-

table a Julián. Por fortuna, el día que fueron a anunciarle que había que morir, un sol espléndido alegraba la Naturaleza, y Julián se sentía animoso. Andar al aire libre fué para él una sensación tan deliciosa como el pisar tierra para el navegante que lleva mucho tiempo en el mar.

—Vamos, todo va bien; no me falta valor.

Nunca había sido más poética aquella cabeza que lo era en el momento en que iba a caer. Los ratos más dulces, pasados en otro tiempo en los bosques de Vergy, acudían a su memoria, y con una energía extrema.

Todo pasó sencillamente, convenientemente y sin afectación alguna por su parte.

La antevíspera había dicho a Fouqué:

—No puedo responder de si me emocionaré; este calabozo tan horrible, tan húmedo, me produce momentos de fiebre en los que no me reconozco; pero miedo, no; no me verán palidecer.

Había preparado las cosas de modo que la mañana del último día Fouqué se llevase a Matilde y a Mme. De Renal.

—Llévatelas en el mismo coche—le había dicho—. Arréglatelas para que los caballos de posta vayan siempre al galope. Caerán una en brazos de la otra o se demostrarán un odio mortal. En cualquiera de los dos casos, se distraerán algo de su horrible dolor.

Julián había exigido a Mme. De Renal el juramento de que viviría para cuidar del hijo de Matilde.

—¡Quién sabe!—decía él un día a Fouqué—; quizá tenemos alguna sensación después de la muerte. Me gustaría mucho descansar, puesto que descansar es la palabra, en aquella grutita de la gran montaña que domina Verrières. Ya te lo he dicho varias veces; en esa gruta, por la noche, contemplando a lo lejos las comarcas más ricas de Francia, la ambición, mi pasión de entonces, embargaba mi alma... En fin, tengo cariño a esa gruta, y no se puede negar que está situada de modo que daría envidia al alma de un filósofo... Pues bien, estos congregantes de Besançon hacen dinero de todo; si tienes habilidad, te venderán mis restos mortales...

Fouqué tuvo éxito en tan triste negociación. Estaba pasando la noche solo, en su cuarto, junto al cuerpo de su amigo, cuando, con gran sorpresa, vió entrar a Matilde. Pocas horas antes la había dejado a algunas leguas de Besançon. Tenía la mirada y los ojos espantados.

—Quiero verle—le dijo.

Fouqué no tuvo valor para hablar ni para levantarse. Le mostró con el dedo un gran paño azul en el suelo: allí estaba envuelto lo que quedaba de Julián.

Ella se arrodilló. El recuerdo de Bonifacio de la Mole y de Margarita de Navarra le dió, sin duda, un valor sobrehumano. Sus manos temblorosas apartaron el paño. Fouqué volvió los ojos.

Sintió a Matilde andar precipitadamente por la habitación. Matilde encendió varias bujías. Cuan-

do Fouqué tuvo fuerzas para mirarla, vió que había colocado la cabeza de Julián en una mesita de mármol y la besaba en la frente...

Matilde siguió a su amante hasta la tumba que él eligiera. Gran número de curas escoltaba el ataúd, y sin que nadie lo supiese, sola en su coche enlutado, ella llevaba en sus rodillas la cabeza del hombre a quien tanto había amado.

Llegados al punto más alto de una de las elevadas montañas del Jura, en medio de la noche, en aquella pequeña gruta, espléndidamente iluminada por un número infinito de cirios, veinte sacerdotes cantaron el oficio de difuntos. Todos los habitantes de los pueblecillos serranos, que atravesara el cortejo, habíanle seguido, atraídos por la singularidad de aquella extraña ceremonia.

Matilde estaba en medio de ellos, vestida con largas tocas de luto, y, al fin del oficio, les repartió varios millares de monedas de cinco francos.

Sola con Fouqué, quiso enterrar con sus propias manos la cabeza de su amante. Fouqué por poco enloquece de dolor.

Por los cuidados de Matilde, aquella gruta salvaje fué adornada con mármoles esculpidos por los mejores artistas en Italia.

Madame De Renal fué fiel a su promesa. No trató en manera alguna de atentar contra su vida; pero, tres días después que Julián, murió abrazando a sus hijos.

FIN



INDICE DEL TOMO II

	Págs.
CAPITULO I.—Los placeres del campo.....	5
— II.—Entrada en el mundo.....	21
— III.—Los primeros pasos.....	33
— IV.—El palacio de la Mole.....	38
— V.—La sensibilidad y una gran dama devota.....	56
— VI.—El modo de expresarse.....	63
— VII.—Un ataque de gota.....	70
— VIII.—¿Cuál es la condecoración que da más tono?.....	81
— IX.—El baile.....	96
— X.—La reina Margarita.....	109
— XI.—El imperio de una muchacha.....	121
— XII.—¿Será un Dan'on?.....	127
— XIII.—Un complot.....	135
— XIV.—Pensamientos de una muchacha.....	149
— XV.—¿Es un complot?.....	157
— XVI.—La una de la madrugada!.....	164
— XVII.—Una espada antigua.....	174
— XVIII.—Momentos crueles.....	180
— XIX.—La ópera bufa.....	188
— XX.—El jarrón japoés.....	202
— XXI.—La nota secreta.....	211
— XXII.—La discusión.....	219
— XXIII.—El clero, los bosques, la libertad.....	230
— XXIV.—Estrasburgo.....	243
— XXV.—El ministerio de la virtud.....	252
— XXVI.—El amor moral.....	262
— XXVII.—Los mejores puestos de la Iglesia.....	267
— XXVIII.—Manon Lescaut.....	272
— XXIX.—El aburrimiento.....	278
— XXX.—Un palco en los Bufos.....	283

CAPITULO	XXXI.—Asustaría.....
—	XXXII.—El tigre.....
—	XXXIII.—El infierno de la debilidad.....
—	XXXIV.—Un hombre de talento.....
—	XXXV.—Una tormenta.....
—	XXXVI.—Detalles tristes.....
—	XXXVII.—Un torreón.....
—	XXXVIII.—Un hombre pudiente.....
—	XXXIX.—La intriga.....
—	XL.—La tranquilidad.....
—	XLI.—El juicio.....
—	XLII.....
—	XLIII.....
—	XLIV.....
—	XLV.....

s.
o
e
e
e

COLECCIÓN UNIVERSAL

Precio del número 0,30 ptas.

OBRAS PUBLICADAS

- N.º 1-4. — **POEMA DEL CID.** Texto y traducción, por Alfonso Reyes.
- N.º 5-6. — **LOPE DE VEGA: FUENTE OVEJUNA.** Comedia.—Edición revisada por Américo Castro.
- N.º 7. — **M. KANT: LA PAZ PERPETUA.** Ensayo filosófico.—Traducción, por F. Rivera Pastor.
- N.º 8-10. — **O. GOLDSMITH: EL VICARIO DE WAKEFIELD.** Novela.—Traducción, por Felipe Villaverde.
- N.º 11-13. — **La ROCHEFOUCAULD: MEMORIAS.**—Traducción, por Cipriano Rivas Cherif.
- N.º 14-15. — **J. ORTEGA MUNILLA,** de la Real Academia Española: **RELACIONES CONTEMPORANEAS.**
- N.º 16. — **P. MERIMÉE: DOBLE ERROR.** Novela.—Traducción, por A. Sánchez Rivero.
- N.º 17-20. — **STENDHAL: ROJO Y NEGRO.** Novela. Tomo I.—Traducción, por Enrique de Mesa.
- N.º 21-24. — **STENDHAL: ROJO Y NEGRO.** Novela. Tomo II.—Traducción, por Enrique de Mesa.
- N.º 25-26. — **W. GOETHE: LAS CUITAS DE WERTHER.** Novela.—Traducción, de D. José Mor de Fuentes, revisada y corregida.
- N.º 27. — **ANTONIO MACHADO: SOLEDADES, GALERIAS Y OTROS POEMAS.** — Segunda edición.
- N.º 28-29. — **CERVANTES: NOVELAS EJEMPLARES.** Tomo I. "La gitánilla" y "El amante liberal".
- N.º 30-33. — **L. ANDREIEV: SACHKA YEGULEV.** Novela.—Traducción del ruso, por N. Tasin.
- N.º 34-35. — **C. CASTELLO - BRANCO: DOS NOVELAS DEL MIÑO.** Traducción del portugués, por P. Blanco Suárez.
- N.º 36-37. — **CICERON: CUESTIONES ACADÉMICAS.** — Traducción del latín, por A. Millares.
- N.º 38-40. — **VILLALON: VIAJE DE TURQUIA.** Edición, por A. Solalinde, del Centro de Estudios Históricos.